



Nora
Roberts
Dalia azul

TRILOGÍA DEL JARDÍN

se

Huyendo de los fantasmas del pasado, Stella Rotchild, una joven viuda con dos hijos pequeños, ha regresado al viejo Sur y a sus raíces. Tiene ante ella un trabajo, un hogar, dos grandes amigas y la posibilidad de un nuevo amor... si por fin decide aceptar que a veces hay que tomar riesgos.



Nora Roberts

Dalia azul

Trilogía del jardín - 1

ePub r1.2

Titivillus 19.08.2016

Título original: *Blue dahlia*
Nora Roberts, 2004
Traducción: Encarna Quijada

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Patolandia
ePub base r1.2



Para Dan y Jason.
Por más hombres que seáis, siempre seréis mis niños.

Si el cepellón con las raíces de la planta está demasiado compactado, debe soltarse con cuidado.

Cuando la haya trasplantado, tiene que poder extenderse, en lugar de seguir creciendo en una bola apelmazada.

De Compendio de jardinería,
sobre el trasplante de macetas

Y es mi creencia que toda flor disfruta del aire
que respira

WORDSWORTH

Prólogo

Memphis, Tennessee, agosto de 1892

Tener un hijo bastardo no entraba en sus planes. Cuando se enteró de que llevaba en sus entrañas un hijo de su amante, la sorpresa y el pánico se transformaron rápidamente en ira.

Podía arreglarse, claro. Una mujer de su posición tenía recursos y contactos, pero le asustaban, y tenía casi tanto miedo de los defensores del aborto como del hijo no deseado que llevaba en su interior.

La amante de un hombre como Reginald Harper no podía permitirse quedar embarazada.

Ya hacía casi dos años que la mantenía, y muy bien, por cierto. También mantenía a otras, claro —incluyendo a su mujer—, pero eso no le preocupaba.

Aún era joven, y hermosa. Y la belleza y la juventud son productos que se pueden vender fácilmente. Ella llevaba casi una década haciéndolo, con mente y corazón de hierro. Y los había aprovechado, puliéndolos con la gracia y el encanto que había aprendido observando y emulando a las damas que visitaban la gran casa junto al río donde su madre trabajaba.

Había recibido cierta educación... Pero, más que educarse con libros y música, había aprendido el arte del flirteo.

La primera vez que había vendido su cuerpo tenía quince años y, aparte de dinero, también ganó en conocimiento. Pero la prostitución no era su objetivo, no más de lo que podían serlo el trabajo doméstico o encaminarse penosamente a una fábrica cada día. Ella conocía muy bien la diferencia entre una puta y una amante.

Una puta ofrecía sexo frío y rápido a cambio de calderilla, y quedaba olvidada antes de que al hombre le diera tiempo a abotonarse la bragueta.

Pero una amante —una amante inteligente y admirada—, junto con el

producto que llevaba entre las piernas, ofrecía también romance, sofisticación, conversación, alegría. Era una compañera, un paño de lágrimas, una fantasía sexual. Una amante ambiciosa sabía exigir poco y conseguir mucho.

Amelia Ellen Conner tenía ambiciones.

Y había conseguido lo que quería. Al menos en su mayoría.

Había escogido a Reginald con mucho cuidado. No era guapo, ni especialmente brillante. Pero, como le habían confirmado sus pesquisas, era muy rico y muy infiel a la esposa delgada y correcta que tenía en la mansión Harper.

Tenía una amante en Natchez, y decían que había otra en Nueva Orleans. Y podía permitirse una tercera. Así que Amelia se propuso conseguirlo y lo hizo.

A sus veinticuatro años, vivía en una bonita casa en South Main y tenía tres sirvientes propios. Su guardarropa estaba lleno de hermosas vestiduras y su joyero relucía.

Cierto que no podía codearse con las damas a las que antes envidiaba. Pero existía otro mundo alternativo donde sí recibían a las que eran como ella. Donde la envidiaban.

Ella ofrecía fiestas espléndidas, viajaba, vivía de verdad.

Y entonces, cuando hacía poco más de un año que Reginald la había instalado en aquella bonita casa, su mundo tan inteligentemente planeado se vino abajo.

Amelia se lo habría ocultado hasta que hubiera reunido el valor para ir a los barrios bajos y acabar con aquello. Pero la descubrió, la descubrió porque se puso muy enferma y, cuando él estudió su rostro con aquellos ojos oscuros y astutos, lo supo.

Y no solo se mostró complacido, sino que le prohibió poner fin al embarazo.

Para su sorpresa, le compró un brazalete de zafiros para celebrarlo.

Ella no quería el bebé, él sí.

Así que empezó a comprender lo mucho que aquella criatura podía hacer por ella. Como madre del hijo de Reginald Harper —por mucho que fuera un bastardo—, él se ocuparía de ella a perpetuidad. Es posible que perdiera interés por acudir a su lecho conforme la juventud la fuera dejando y la belleza se disipara, pero siempre la mantendría, a ella y al bebé.

Su esposa no había podido darle un hijo varón. Pero tal vez ella sí lo haría.

Llevó aquel hijo en su vientre a través de los últimos rigores del invierno, durante la primavera, y estuvo planificando su futuro.

Y entonces algo extraño sucedió. El bebé se movía en su interior. Se estiraba,

se agitaba, daba pataditas. El hijo que no quería se convirtió de verdad en su hijo.

Crecía en su interior como una flor que solo ella podía ver, sentir, conocer. Y con ese hijo nació un sentimiento de amor poderoso y sobrecogedor.

Durante los calurosos y sofocantes meses del verano, Amelia estuvo radiante, y por primera vez en su vida supo lo que era amar algo que no fuera su propia persona y su seguridad.

El bebé, su hijo, la necesitaba. Y ella lo protegería con todas sus fuerzas.

Con las manos apoyadas en su enorme vientre, supervisó la decoración del cuarto para el pequeño. Paredes verde claro y cortinas de encaje blanco. Un caballito balancín importado de París, una cuna hecha a mano en Italia.

Guardó la ropa diminuta en el pequeño armario. Encaje irlandés y bretón, sedas francesas. Todo con las bonitas iniciales del bebé en un exquisito bordado. Se llamaría James Reginald Conner.

Amelia tendría un hijo. Por fin, algo suyo. Alguien a quien amar. Ella y su precioso niño, viajarían juntos. Le enseñaría el mundo. Iría a las mejores escuelas.

Aquel hijo era su orgullo, su alegría, su vida. Y, aunque durante el bochornoso verano Reginald cada vez iba menos a verla a la casa de South Main, no le importó.

No era más que un hombre. Lo que ella sentía crecer en su interior era un hijo.

Nunca más volvería a estar sola.

Cuando sintió los dolores de parto, no temió. Durante las largas horas de dolor, solo tuvo una cosa en su mente. Su James, su hijo. Su bebé.

Los ojos se le nublaban por el agotamiento y el calor, que era como un monstruo viviente y casi peor que el dolor.

Vio que el médico y la comadrona intercambiaban miradas con expresión sombría. Pero ella era joven y estaba sana, lo conseguiría.

El tiempo había dejado de existir. Una hora daba paso a la siguiente bajo aquella luz de gas que llenaba la habitación de sombras móviles. A pesar del cansancio, Amelia oyó un leve gimoteo.

—Mi hijo. —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Mi hijo.

La comadrona le impidió que se incorporara y no dejaba de murmurar:

—Ahora descanse. Beba un poco, descanse.

Ella dio unos sorbos para aplacar su garganta seca y notó el sabor del

láudano.

Antes de que pudiera decir nada, se quedó profundamente dormida. Muy profundamente.

Cuando despertó, la habitación estaba a oscuras, con las cortinas echadas sobre las ventanas. Al ver que se movía, el médico se levantó de su silla y se acercó para cogerle la mano y comprobar el pulso.

—Mi hijo, mi pequeño. Quiero ver a mi pequeño.

—Pediré que le traigan un caldo. Ha dormido mucho rato.

—Mi hijo. Seguro que tiene hambre. Pida que me lo traigan.

—Señora. —El médico se sentó en un lado de la cama. Sus ojos parecían muy claros y atribulados—. Lo siento, el niño ha nacido muerto.

Amelia sintió que las zarpas ardientes del miedo y el dolor le desgarraban el corazón.

—Yo lo oí llorar. ¡Es mentira! ¿Por qué me dice una cosa tan terrible?

—La niña no gritó. —Le cogió las manos con dulzura—. Ha sido un parto largo y difícil. Cuando terminó estaba usted delirando. Lo siento. La niña que ha alumbrado ha nacido muerta.

Amelia no quería creerlo. Gritó y aulló y lloró y, aunque la sedaron, cuando despertó gritó y aulló y lloró de nuevo.

Al principio no quería a aquel hijo y ahora era lo único que quería.

Su dolor estaba más allá de las palabras, más allá de toda razón.

Y la hizo enloquecer.

1

Southfield, Michigan, septiembre de 2001

La salsa de crema se le había quemado. Stella siempre recordaría aquel detalle irritante, junto con el retumbar del trueno de aquella tormenta de finales de verano y las voces de sus hijos peleándose en la sala.

Recordaría el olor acre, el repentino sonido de la alarma de detección de humos, y la forma mecánica en que había apartado la sartén del fuego y la había tirado al fregadero.

No era una gran cocinera pero, en general, podía decirse que era eficiente. Para aquella comida de bienvenida había pensado preparar pollo Alfredo, uno de los platos favoritos de Kevin, combinado con una bonita ensalada vegetal y pan crujiente y recién hecho con salsa de pesto.

Ya tenía todos los ingredientes preparados en su ordenada cocina de su bonita casa de un barrio residencial, y el libro de recetas estaba apoyado en su soporte, con el protector de plástico sobre las hojas.

Sobre los pantalones ligeros y la camiseta llevaba puesto un delantal azul marino, y se había recogido en lo alto de la cabeza su mata de pelo rizado y rojo para que no le estorbara.

Había empezado a cocinar más tarde de lo que esperaba, porque en el trabajo había tenido un día de locos. En el centro de jardinería ya habían puesto a la venta las flores para la temporada de otoño, y el buen tiempo atraía a los clientes a carretadas.

Pero no le importaba. Le encantaba el trabajo como directora del invernadero, lo adoraba. Era agradable volver a trabajar a jornada completa, ahora que Gavin ya había empezado en el colegio y Luke era lo bastante mayor para ir unas horas a una guardería. ¿Cómo era posible que su hijo hubiera crecido tanto para empezar en primero?

Y, antes de que se diera cuenta, Luke ya tendría edad para ir al jardín de infancia.

Ella y Kevin quizá tendrían que ponerse un poco más en serio si querían de verdad ese tercer hijo. Quizá esta noche, pensó con una sonrisa. Cuando pasara al estadio final y más íntimo de su cena de bienvenida.

Mientras se ocupaba en medir ingredientes, oyó un estruendo y los lloriqueos que venían de la otra habitación. Este niño no se cansa de que lo castigue, pensó mientras se apresuraba para ir a ver qué había ocurrido. Con los dos que tenía ya le alcanzaba para volverse loca, y aún pensaba en tener otro.

Entró en la sala y allí estaban. Sus pequeños ángeles. Gavin, rubio, con mirada perversa, sentado inocentemente haciendo chocar dos coches de cajas de cerillas mientras Luke, con el mismo pelo rojo que ella, berreaba porque sus bloques de madera yacían tirados por el suelo.

No necesitaba verlo para saber qué había pasado. Luke había construido, Gavin había destruido.

En su casa, aquello era el pan de cada día.

—Gavin, ¿por qué lo has hecho? —Cogió a Luke en brazos, le dio unas palmadas en la espalda—. No pasa nada, cariño. Puedes hacer otro.

—¡Mi casa! ¡Mi casa!

—Ha sido un accidente —proclamó Gavin, todavía con aquel destello picarón como si estuviera a punto de escapársele la risa—. Ha sido el coche.

—Ya me lo imagino... después de que tú lo dirigieras a la casa, claro. ¿Por qué no puedes jugar como las personas? No te estaba molestando.

—Estaba jugando. Luke es un crío.

—Eso es verdad. —Y su mirada hizo que Gavin bajara, los ojos—. Y si lo que quieres es comportarte como un crío tú también, mejor lo haces en tu habitación, solo.

—Era una casa fea.

—¡Nooo! Mamá. —Luke cogió el rostro de su madre entre las manos y la miró con aquellos ojos ávidos y húmedos—. Era bonita.

—Puedes hacer otra mejor, ¿vale? Gavin, déjalo en paz. Lo digo en serio. Yo estoy ocupada en la cocina, y papá llegará pronto. No querrás estar castigado como bienvenida a tu padre, ¿no?

—No. Nunca puedo hacer nada.

—Qué pena. Es una pena que no tengas tus propios juguetes. —Dejó a Luke en el suelo—. Haz tu casita, Luke. Y tú, Gavin, déjalo tranquilo. Si me obligas a

venir otra vez te aseguro que no te va a gustar.

—¡Quiero jugar en la calle! —se quejó el niño.

—Lo siento, pero está lloviendo. Tenemos que quedarnos todos aquí, así que compórtate.

Algo acalorada, Stella volvió a su libro de recetas y trató de aclararse la cabeza.

Con un movimiento irritado, encendió el televisor de la cocina. Dios, cómo añoraba a Kevin. Los niños habían estado muy alterados toda la tarde, y ella se sentía tensa y agobiada. Kevin había estado fuera cuatro días, y ella había tenido que ir corriendo de un lado a otro como una loca. La casa, los niños, el trabajo, los recados; había tenido que hacerlo todo sola.

¿Por qué todo aprovechaba para estropearse cuando Kevin se iba? El día antes, había sido la lavadora; y aquella misma mañana la tostadora se había quemado.

Cuando estaban juntos, todo iba tan bien... Se repartían el trabajo y compartían la responsabilidad y la compañía de sus hijos. Si hubiera estado en casa, mientras ella cocinaba Kevin podría haberse sentado a jugar con los niños y haber impuesto un poco de paz entre ellos.

O, mejor aún, él habría cocinado y ella habría podido jugar con los niños.

Añoraba su olor cuando se acercaba desde atrás y se inclinaba para rozarle la mejilla con la suya. Poder acurrucarse a su lado en la cama y hablar con él en la oscuridad sobre sus planes, o reír sobre algo que habían hecho los niños.

Por Dios, ni que llevara fuera cuatro meses y no cuatro días.

Mientras removía la salsa de crema y veía el viento agitando las hojas al otro lado de la ventana, Stella escuchaba a medias cómo Gavin trataba de convencer a su hermano para que construyeran juntos un rascacielos y luego lo derribaran.

Cuando a Kevin le dieran el ascenso ya no tendría que viajar tanto. Pronto, se recordó. Había trabajado muy duro para lograrlo, y ya casi lo tenía. Y ese dinero de más les iría de perlas, sobre todo si tenían otro hijo... una niña, a poder ser.

Con el ascenso de él y ella trabajando a jornada completa otra vez, quizá podrían llevar a los niños a algún sitio en verano. Disney World tal vez. Eso les encantaría. Seguro que podían arreglarse, incluso si ella quedaba embarazada. Había estado arañando algo de dinero para la hucha de las vacaciones... y la del coche nuevo.

Tener que comprar una nueva lavadora mermaría un poco la hucha, pero no pasaba nada.

Cuando oyó que los niños reían, se sintió aliviada. Sí, la vida era maravillosa.

Era perfecta, como siempre la había imaginado. Estaba casada con un hombre estupendo del que se había enamorado en cuanto le había puesto los ojos encima.

Kevin Rothchild, con su sonrisa dulce y tranquila.

Tenían dos hijos preciosos, una bonita casa en un buen vecindario y planes de futuro compartidos. Y cuando hacían el amor aún sonaban las campanas.

Con aquello todavía en la cabeza, se imaginó la reacción de Kevin cuando, después de acostar a los niños, se pusiera la lencería sexy que había comprado en su ausencia.

Un poquito de vino, unas velas y...

Esta vez el estruendo le hizo levantar los ojos al techo, aunque al menos los niños rieron y no hubo lloriqueos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Luke entró corriendo con el rostro iluminado—. Hemos tirado todo el edificio. ¿Puedo comerme una galleta?

—No, la cena ya casi está.

—¡Por favor, por favor, por favor!

Le estaba tirando de los pantalones, tratando de encaramarse a su pierna. Stella dejó la cuchara y lo apartó de la cocina.

—No, antes de la cena no, Luke.

—Nos morimos de hambre —dijo Gavin sumándose a la conversación y haciendo chocar los coches—. ¿Por qué no podemos comer si tenemos hambre? ¿Por qué tenemos que comernos ese Alfredo tan malo?

—Porque sí. —De pequeña a ella siempre le fastidiaba mucho cuando le decían aquello, pero ahora lo encontraba muy útil—. Comeremos todos juntos cuando llegue tu padre. —Pero miró por la ventana preocupada porque el avión quizá llegaba con retraso—. Venga, podéis compartir una manzana.

Cogió una del frutero que había en la encimera, y un cuchillo.

—No me gusta la piel —se quejó Gavin.

—No tengo tiempo de pelarla. —Y removió la salsa—. La piel es muy buena. —Lo era ¿no?

—¿Puedo beber? ¿Puedo beber algo? —Luke tiraba y tiraba de su pantalón—. Tengo sed.

—Dios, dadme cinco minutos, ¿vale? Solo cinco. Id a construir algo. Luego os podréis comer unas rodajas de manzana y un zumo.

Sonó un trueno y Gavin se puso a dar brincos y a gritar.

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

—No es un terremoto.

Pero el niño no dejaba de girar y girar, con la cara resplandeciente por la emoción, y al final salió corriendo.

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

Luke, que se animó también, echó a correr detrás de su hermano.

Stella se llevó una mano a la cabeza. ¡Cuánto alboroto! Pero quizá eso los mantendría ocupados hasta que consiguiera encarrilar la cena.

Se volvió hacia el horno y, sin prestar mucha atención, oyó que anunciaban un avance informativo.

Las palabras penetraron a través del dolor de cabeza y la hicieron volverse hacia el televisor como una autómata.

Accidente aéreo en un vuelo interno. Cubría la ruta entre Detroit Metro y Lansing. Diez pasajeros a bordo.

La cuchara se le cayó de la mano. El corazón se le desbocó.

Kevin. Kevin.

Los niños gritaban asustados y divertidos mientras se sucedían los truenos. En la cocina, Stella cayó al suelo cuando su mundo se vino abajo.

Fueron a comunicarle que Kevin había muerto. Unos desconocidos llamaron a su puerta, con expresión solemne. Stella no podía asimilarlo, no podía creerlo.

Aunque lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que había oído la voz del periodista en el televisor portátil de la cocina.

Kevin no podía estar muerto. Era un hombre joven y sano. Volvería a casa y cenarían pollo Alfredo.

Pero la salsa se le había quemado. El humo había hecho saltar las alarmas, y su bonita casa parecía un manicomio.

Tuvo que mandar a los niños a la casa de los vecinos para que se lo pudieran explicar.

Pero ¿cómo se explica lo imposible, lo impensable?

Un error. La tormenta, un rayo, y todo cambió para siempre. Un instante y el hombre al que amaba, el padre de sus hijos, ya no existía.

¿Tiene alguien a quien pueda llamar?

¿A quién iba a llamar sino a Kevin? Él era su familia, su amigo, su vida.

Le hablaron de detalles que resonaban por su cabeza, preparativos, apoyo psicológico. Lamentaban la pérdida.

Se fueron, y Stella se quedó sola en la casa que ella y Kevin habían comprado cuando estaba embarazada de Luke. La casa para la que habían ahorrado, que habían pintado y decorado juntos. La casa con unos jardines que ella había diseñado personalmente.

La tormenta había pasado y todo estaba en silencio. ¿Había estado alguna vez tan silencioso? Stella oía los latidos de su corazón, el zumbido del calentador, la lluvia que caía de los canalones.

Y oyó sus propios lamentos, cuando se desplomó en el suelo, ante la puerta de la calle. Se encogió formando un ovillo, en un gesto defensivo, de negación. No había lágrimas, todavía no. Estaban apelmazadas, como una bola dura y caliente en su interior. La pena era tan profunda que las lágrimas no le salían. Solo fue capaz de quedarse allí tirada, profiriendo aquellos gemidos lastimeros.

Ya estaba oscuro cuando se incorporó, tambaleándose, mareada y enferma.

Kevin. En algún lugar de su mente su nombre no dejaba de sonar, una vez y otra y otra.

Tenía que ir a buscar a sus hijos, llevarlos de vuelta a casa. Tenía que decírselo.

Oh, Dios. Dios. ¿Cómo se lo iba a decir?

Buscó la puerta a tientas y salió al fresco de la noche, con la mente en blanco.

Dejó la puerta abierta, caminó entre las pesadas cabezuelas de los crisantemos y los ásteres, entre el verde reluciente de las hojas de las azaleas que ella y Kevin habían plantado un día de primavera.

Cruzó la calle como una ciega, mojándose los pies en los charcos, entre la hierba húmeda, en dirección a la luz del porche de la casa de los vecinos.

¿Cómo se llamaba la vecina? Curioso, compartían coche para ahorrar, y a veces iban juntas de compras, pero no lograba recordar su nombre...

Oh, sí, claro. Diane. Diane y Adam Perkins, y sus hijos, Jessie y Wyatt. Una bonita familia, pensó atontada. Bonita y normal. Habían hecho una barbacoa todos juntos hacía solo dos semanas. Kevin había preparado el pollo a la parrilla. Le encantaba hacerlo. Tomaron un buen vino, rieron, y los niños jugaron. Wyatt se había caído y se hizo daño en una rodilla. Pues claro que se acordaba.

Pero se quedó parada ante la puerta sin saber muy bien qué hacía allí.

Los niños. Claro. Había ido para recoger a sus hijos. Tenía que decírselo...

No pienses. Se abrazó a sí misma con fuerza y se meció. No pienses. Si piensas te desmoronarás. Te romperás en un millón de pedacitos que no podrás volver a unir.

Sus hijos la necesitaban. La necesitaban en aquellos momentos. Solo la tenían a ella.

Contuvo aquella bola dura y caliente y llamó al timbre.

Veía a Diane como si la estuviera mirando a través de una pantalla de agua.

Ondulándose, como si en realidad no estuviera. La oía débilmente. Notó el contacto de los brazos que la rodearon en una muestra de apoyo y comprensión.

Pero tu marido sigue vivo, pensó Stella. Tu vida no se ha terminado. Tu mundo sigue siendo el mismo que hace cinco minutos. Así que no puedes saber cómo me siento, no puedes.

Cuando notó que empezaba a sacudirse, se apartó.

—Ahora no, por favor. Ahora no puedo. Tengo que llevar a los niños a casa.

—Puedo acompañarte. —Diane tenía lágrimas en las mejillas. Extendió el brazo y le tocó el pelo—. ¿Quieres que me quede contigo?

—No. Ahora no. Quiero... a los niños.

—Voy a buscarlos. Pasa, Stella.

Pero ella se limitó a menear la cabeza.

—De acuerdo. Están en la sala. Iré a buscarlos. Stella, si hay algo, lo que sea, solo tienes que llamar. Lo siento, lo siento muchísimo.

Stella se quedó fuera, mirando a la luz del interior, y esperó.

Oyó las protestas, las quejas, el arrastrar de pies. Y allí estaban: Gavin, con el pelo rubio de su padre, Luke con su boca.

—No queremos marcharnos —le dijo Gavin—. Estábamos jugando. ¿Podemos terminar la partida?

—Ahora no. Tenemos que ir a casa.

—Estaba ganando yo. No es justo y...

—Gavin, tenemos que irnos.

—¿Ya ha llegado papá?

Stella miró a Luke, con su expresión feliz e inocente, y estuvo a punto de desmoronarse.

—No. —Lo cogió en brazos y rozó con los labios esa boca que se parecía tanto a la de Kevin—. Vamos a casa.

Cogió a Gavin de la mano y echó a andar de vuelta a su casa vacía.

—Si papá estuviera en casa me dejaría quedarme. —Unas lágrimas de

frustración le empañaron la voz—. Quiero a papá.

—Lo sé. Yo también.

—¿Podemos tener un perro? —le preguntó Luke, y le cogió la cara con las manos para que lo mirara—. ¿Podemos preguntárselo a papá? ¿Podemos tener un perro como Jessie y Wyatt?

—Hablaemos de eso después.

—Quiero a papá —volvió a decir Gavin con voz cada vez más estridente.

Lo sabe, pensó Stella. Sabe que algo está mal. Tengo que hacerlo ahora.

—Ahora quiero que nos sentemos. —Con cuidado, con mucho cuidado, cerró la puerta a su espalda y llevó a Luke hasta el sofá. Se sentó con él en el regazo y le pasó el brazo por los hombros a Gavin.

—Si tuviera un perro —le dijo Luke solemnemente—, yo lo cuidaría. ¿Cuándo llegará papá?

—No va a venir.

—¿Está ocupado?

—Él... —Dios, ayúdame a hacer esto—. Ha habido un accidente y papá estaba allí.

—¿Como cuando se chocan dos coches? —preguntó Luke, pero Gavin no dijo nada, se limitó a mirarla con los ojos muy brillantes.

—Ha habido un accidente muy grave. Y papá ha tenido que irse al cielo.

—Pero luego tiene que volver a casa.

—No puede. Ya no podrá volver a casa. Ahora tendrá que quedarse en el cielo.

—Yo no quiero que se quede en el cielo. —Gavin trató de apartarse, pero Stella lo agarró con fuerza—. Quiero que venga a casa.

—Yo tampoco quiero que se quede en el cielo, pero ya no puede volver, por mucho que nosotros queramos.

Los labios de Luke temblaban.

—¿Está enfadado con nosotros?

—No, no, no, mi niño. No. —Hundió el rostro en su pelo, mientras el estómago se le sacudía y lo que le quedaba del corazón palpitaba como una herida—. No está enfadado. Nos quiere, siempre nos querrá.

—Está muerto. —La voz de Gavin sonaba furiosa, su expresión era de rabia. Y entonces se desmoronó, y solo fue un niño llorando en brazos de su madre.

Stella los tuvo a los dos abrazados hasta que se durmieron, y luego los llevó a su propia cama para que no estuvieran solos cuando despertaran. Como había

hecho tantísimas veces, les quitó los zapatos, los arropó con las mantas.

Dejó una luz encendida y se fue a recorrer la casa, como en sueños, cerrando puertas, comprobando ventanas. Cuando se aseguró de que todo estaba correcto, se encerró en el baño.

Y llenó la bañera con un agua tan caliente que la habitación se llenó de vapor.

Cuando se metió en la bañera y se sumergió en el agua caliente, se permitió por fin soltar la bola que había estado reprimiendo. Y, mientras los niños dormían, estuvo llorando y llorando, temblando en una bañera de agua caliente.

Y pasó por el mal trago. Algunos amigos sugirieron que tomara tranquilizantes, pero Stella no quería embotar sus sentimientos. Ni quería estar alelada sabiendo que sus hijos la necesitaban.

Procuró que todo fuera lo más sencillo posible. Él lo habría querido así. Escogió los detalles del servicio en memoria de Kevin: la música, las flores, las fotografías.

Eligió una caja de plata para las cenizas y decidió arrojarlas al lago. Kevin se le había declarado allí, en un bote que habían alquilado una tarde de verano.

Se vistió de negro para la ceremonia. Una viuda de treinta y un años con dos hijos y una hipoteca, y con el corazón tan destrozado que se preguntó si seguiría sintiendo sus fragmentos clavados en su alma toda la vida.

No se apartó de los niños en ningún momento, y lo arregló todo para que recibieran el apoyo psicológico de un experto.

Detalles. Podía ocuparse de los detalles. Mientras tuviera algo que hacer, algo concreto, podría seguir adelante. Y ser fuerte.

Los amigos llegaron, con su compasión, con platos de comida y ojos llorosos. Y ella les estaba agradecida, más por la distracción que por las condolencias. No había consuelo para ella.

Su padre y su segunda esposa, Jolene, llegaron en avión desde Memphis, y Stella se apoyó en ellos. Dejó que Jolene la atendiera, que mimara y consolara a los niños, mientras la madre de Stella se quejaba por tener que estar en la misma habitación que «esa mujer».

Cuando la ceremonia terminó, después de que los amigos se fueron y su padre y Jolene cogieron el vuelo de regreso a Memphis, Stella se obligó a quitarse el vestido negro.

Lo metió en una bolsa para llevarlo a una casa de caridad. No quería volver a verlo.

Su madre se quedó. Stella le había pedido que se quedara unos días. Sin duda, cuando pasaba algo así, lo mejor era estar con su madre. Por muchas diferencias que hubiera entre ellas, no había nada que pudiera compararse con la muerte.

Cuando entró en la cocina, su madre estaba preparando café. Stella se sintió tan agradecida por no tener que preocuparse por algo tan insignificante que se acercó y le dio un beso.

—Gracias. Estoy harta de té.

—Cada vez que me daba la vuelta esa bruja estaba preparando té.

—Solo quería ayudar, mamá. Y no sé si habría sido capaz de tomarme un café hasta ahora.

Carla se dio la vuelta. Era una mujer delgada con el pelo rubio y corto. Y había compensado los efectos de la edad con visitas regulares al cirujano. Recortes, liftings, inyecciones que le habían quitado algunos años de encima. Y le dieron un aspecto artificial y duro, pensó Stella.

Sí, quizá podría aparentar cuarenta, pero no parecía muy feliz.

—Siempre te pones de su parte.

—No me pongo de parte de nadie, mamá. —Stella se sentó con hastío. Se habían acabado los detalles. Ya no quedaba nada por hacer.

¿Cómo conseguiría sobrevivir a la noche?

—No entiendo por qué he tenido que tolerar su presencia.

—Siento que estuvieras incómoda. Pero ha sido muy amable. Ella y papá llevan casados, ¿cuánto, veinticinco años? Ya tendrías que haberte acostumbrado.

—No me gusta tenerla delante, a ella y su voz gangosa. Chusma de un parque de caravanas.

Stella abrió la boca y volvió a cerrarla. Jolene no había salido de ningún parque de caravanas y desde luego no era chusma. Pero ¿qué ganaría diciéndolo? ¿O recordándole a su madre que fue ella quien había querido divorciarse y poner fin a su matrimonio? Quien se había vuelto a casar otras dos veces.

—Bueno, ya se ha ido.

—Con viento fresco.

Stella respiró hondo. Nada de discusiones, pensó, mientras su estómago se contraía y se distendía como un puño. Estaba demasiado cansada para discutir.

—Los niños están durmiendo. Están agotados. Mañana... mañana ya pensaremos qué hacemos. Creo que es lo mejor. —Eché la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. No dejo de pensar que todo esto no es más que una terrible pesadilla y que despertaré en cualquier momento. Kevin estará en casa. No... no puedo imaginarme mi vida sin él. No puedo. —Las lágrimas aparecieron otra vez—. Mamá, no sé qué voy a hacer.

—Tenía un seguro, ¿verdad?

Stella pestañeó mientras su madre le ponía una taza de café delante.

—¿Cómo?

—Un seguro de vida. Tenía, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Tendrías que consultar a un abogado sobre la posibilidad de demandar a la compañía aérea. Es mejor que seas práctica. —Y se sentó con otro café para ella—. De todos modos, es lo que mejor se te da.

—Mamá —lo dijo muy despacio, como si estuviera traduciendo de un idioma muy extraño—, Kevin está muerto.

—Lo sé, cielo, y lo siento. —Estiró el brazo y le dio una palmadita en la mano—. Lo he dejado todo para venir hasta aquí y echarte una mano, ¿no?

—Sí. —Tenía que recordarlo y valorarlo.

—Estamos en un mundo bien torcido cuando un hombre de su edad se muere sin una buena razón. Una pérdida inútil. Nunca lo entenderé.

—No. —Stella se sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se secó las lágrimas—. Yo tampoco.

—Me gustaba. Pero el hecho es que ahora estás en un aprieto. Facturas, niños... una viuda con dos hijos pequeños. No hay muchos hombres dispuestos a hacerse cargo de una familia ya formada, y perdona que lo diga.

—No quiero que ningún hombre se haga cargo de nosotros. Por Dios, mamá.

—Ya querrás, ya —dijo la mujer asintiendo con el gesto—. Tú hazme caso y asegúrate de que el próximo tenga dinero. No cometas el mismo error que yo. Has perdido a tu marido, y eso es muy duro. Pero las mujeres perdemos maridos todos los días, y mejor perderlo como tú que por un divorcio.

El dolor que Stella sentía en el estómago era demasiado agrio para ser por el duelo, demasiado frío para ser de ira.

—Mamá, hemos celebrado el servicio funerario hoy mismo. Tengo sus cenizas en mi cuarto.

—Necesitas mi ayuda. —Carla agitó la cucharilla—. Y es lo que trato de

hacer.

Tienes que sacarles hasta la cerilla de los oídos a los de la compañía aérea y conseguir una buena tajada. Y no engancharte a un perdedor como hago siempre yo. ¿No crees que el divorcio también es algo muy duro? Tú no has pasado por ninguno, pero yo sí. Dos veces. Y como ya es oficial puedo anunciar que van para tres. He terminado con ese estúpido hijo de puta. No te imaginas lo que me ha hecho pasar. No solo es un desconsiderado y un bocazas, sino que encima creo que me ha estado engañando.

Se apartó de la mesa, se puso a rebuscar, y luego se cortó un trozo de pastel.

—Si se cree que voy a tolerarlo está muy equivocado. Me gustaría ver la cara que pone cuando le entreguen los papeles. Hoy.

—Siento que tu tercer matrimonio no funcione —dijo Stella con rigidez—. Pero me resulta un poco difícil mostrarme comprensiva cuando eres tú la que ha elegido casarse y divorciarse por tercera vez. Kevin está muerto. Mi marido está muerto, y te aseguro que no es por decisión mía.

—¿Crees que tengo ganas de volver a pasar por esto? ¿Crees que me apetecía venir aquí y encontrarme con la fulana de tu padre?

—Es su mujer y siempre se ha portado bien contigo y me ha tratado con amabilidad.

—Eso de cara. —Carla se metió un trozo de pastel en la boca—. ¿Crees que eres la única que tiene problemas? ¿La única que tiene el corazón destrozado? No le darás tan poca importancia cuando rondes los cincuenta y te enfrentes a una vida de soledad.

—Mamá, tú rondas los cincuenta, pero desde el otro lado, el lado de los sesenta; y si te enfrentas a una vida a solas es por decisión tuya.

La ira hizo que Carla la mirara con expresión agria y muy sombría.

—No me gusta ese tono, Stella. No tengo por qué tolerarlo.

—No, no tienes por qué. Desde luego que no. En realidad, creo que lo mejor sería que te fueras. Ahora. Ha sido una mala idea pedirte que te quedaras. En qué estaría yo pensando.

—¿Quieres que me vaya? Perfecto. —Carla se levantó de la mesa—. Así podré volver cuanto antes a mi vida. Siempre has sido una desagradecida, y si no me estabas molestando por algo no estabas contenta. La próxima vez que necesites el hombro de alguien para llorar, llama a la palurda de tu madrastra.

—Oh, lo haré —murmuró Stella mientras su madre salía como una exhalación—. Créeme.

Se levantó para llevar su taza al fregadero pero en un arrebato la tiró. Tenía ganas de romperlo todo, igual que la habían roto a ella. Quería destrozar el mundo entero.

Pero, en vez de eso, se quedó aferrándose al borde del fregadero, rezando para que su madre recogiera sus cosas y se fuera pronto. Quería que se fuera. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza pedirle que se quedara? Entre ellas siempre había sido igual. Una relación desagradable, combativa. No había comunicación, nada en común.

Pero, por Dios, la necesitaba. La necesitaba espantosamente, solo por una noche. Al día siguiente haría lo que fuera, pero necesitaba que aquella noche alguien la consolara y la acariciara.

Con dedos temblorosos, recogió los fragmentos de la taza del fregadero y los tiró a la basura llorando. Fue hasta el teléfono y llamó para pedirle un taxi a su madre.

No volvieron a hablar y Stella decidió que era lo mejor. Cerró la puerta, oyó alejarse al taxi.

Una vez que se quedó sola, fue a ver a sus hijos, los arropó, los besó con suavidad en la frente.

Ahora eran lo único que tenía. Y ella era lo único que tenían.

Sería una madre mejor. Se lo prometió a sí misma. Más paciente. Y nunca, nunca les fallaría. Nunca los dejaría tirados cuando la necesitaran.

Y cuando necesitaran un hombro en el que llorar, por Dios que lo tendrían.

Pasara lo que pasase.

—Para mí vosotros sois lo primero —susurró—. Siempre seréis lo primero.

Cuando volvió a su habitación, se desvistió, sacó una vieja bata de franela de Kevin y se la puso, empapándose del olor familiar y conmovedor de su marido.

Se acurrucó en la cama, bien arropada con la bata, cerró los ojos y rezó por el mañana. Por lo que vendría después.

2

Mansión Harper, enero de 2004

No podía permitirse dejarse intimidar por la casa ni por su dueña. Las dos tenían una reputación.

Decían que la casa era elegante y antigua, con jardines que rivalizaban con el del Edén. Eso lo había comprobado por sí misma.

De la mujer se decía que era interesante, algo solitaria y puede que un poquito «difícil». Y Stella sabía que eso tanto podía significar que tenía un carácter fuerte como que era una bruja.

Fuera como fuese, podría manejarla, se dijo mientras se resistía al impulso de levantarse y ponerse a andar arriba y abajo. Había pasado por cosas peores.

Necesitaba el trabajo. No solo por el sueldo, que sería generoso, sino porque suponía un desafío, no podía seguir aceptando que la rutina guiara su vida, como hacía en casa.

Necesitaba vivir de verdad, no limitarse a dejar que el tiempo pasara y a cobrar un cheque que quedaría absorbido por las facturas. Por muy de libro de autoayuda que sonara, necesitaba algo que la llenara y le supusiera un desafío.

Rosalind Harper era una mujer realizada, de eso estaba segura. Una bonita casa antigua, un negocio próspero. ¿Cómo sería, se preguntó, levantarse cada mañana sabiendo exactamente cuál era el sitio de una y adonde la llevaba la vida?

Si una cosa tenía que conseguir por sí misma y por sus hijos, era esa sensación de seguridad. Y lamentablemente la había perdido desde la muerte de Kevin.

Cuando se trataba de actuar, de trabajar, no tenía problema. Si alguien tenía una tarea o un reto y los medios para resolverlo, ella era la persona ideal.

Pero esa sensación íntima de saber quién era ella había quedado destrozada

aquel día de septiembre de 2001 y no la había vuelto a recuperar.

Volver a Tennessee era un nuevo comienzo. Aquella entrevista cara a cara con Rosalind Harper. Si no le daban el trabajo... bueno, ya encontraría otro. Nadie podría decir que no trabajaba o no era capaz de mantener a sus hijos.

Pero, por Dios, quería aquel trabajo.

Enderezó los hombros y trató de no hacer caso de las dudas que la asaltaban.

Este seguro que se lo daban.

Se había vestido con esmero para la entrevista. Para dar una imagen eficiente pero no remilgada, con traje azul marino y blusa blanca almidonada. Zapatos buenos, bolso bueno. Joyas sencillas. Nada ostentoso. Un maquillaje sutil para resaltar el azul de sus ojos. Había tratado de sujetarse el pelo en la nuca. Con un poco de suerte, aquella mata rebelde de rizos no empezaría a soltarse hasta después de la entrevista.

Rosalind la hacía esperar. Seguramente quería ponerla nerviosa, pensó Stella mientras sus dedos toqueteaban la correa del reloj. Dejarla allí sola, muriéndose de impaciencia en el espléndido salón, dejando que se fijara en los adorables objetos de anticuario y los cuadros, en la suntuosa vista de las ventanas delanteras.

Y todo en aquel estilo grato y de ensueño del sur que le recordaba que era un pez yanqui fuera del agua.

Allí las cosas iban muy despacio, se recordó. Sí, tendría que tenerlo en cuenta, allí la vida seguía un ritmo muy distinto de aquél al que ella estaba acostumbrada, era una cultura distinta.

La chimenea seguramente era Adams. La lámpara sin duda era Tiffany's original. Y las cortinas, ¿las seguirían llamando cortinajes, o sonaba demasiado a Scarlett O'Hara? ¿Los paneles de encaje que había bajo las cortinas eran una herencia familiar?

Dios, ¿había estado alguna vez más fuera de su elemento? ¿Qué hacía una viuda de clase media de Michigan en medio de tanto esplendor sureño?

Se recompuso y puso expresión neutra cuando oyó pasos que se acercaban.

—Le traigo café. —No era Rosalind, sino el hombre jovial que había abierto la puerta y la había acompañado a la sala de recibir.

Tendría unos treinta años, altura media, muy delgado. Su reluciente pelo castaño se ondulaba alrededor de una cara de película con unos titilantes ojos azules.

Aunque vestía de negro, no parecía un mayordomo. Era demasiado afectado,

demasiado elegante. Le había dicho que se llamaba David.

Dejó sobre la mesita la bandeja con la cafetera y las tazas de porcelana, las pequeñas servilletas de lino, el azúcar, la crema y un minúsculo jarroncito con un puñado de violetas.

—Roz está algo liada, pero vendrá enseguida. Así que, mientras, relájese y disfrute de su café. ¿Está cómoda?

—Sí, mucho.

—¿Puedo ofrecerle alguna otra cosa mientras espera?

—No, gracias.

—Entonces póngase cómoda —le ordenó el hombre, y sirvió una taza de café—. No hay como un buen fuego en enero, ¿verdad? Se olvida uno de que hace solo unos meses hacía tanto calor que parecía que la piel se le iba a fundir. ¿Con qué toma el café, cielo?

Stella no estaba acostumbrada a que un desconocido que le servía café en un espléndido salón la llamara «cielo». Sobre todo porque sospechaba que era unos años más joven que ella.

—Solo un poco de crema. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse mirando aquella cara; una cara deliciosa, con una boca generosa y ojos de color zafiro, pómulos fuertes, un hoyuelo pequeño y sexy en la barbilla—. ¿Hace mucho que trabaja para la señora Harper?

—Desde siempre. —Le dedicó una sonrisa encantadora y le pasó el café—. O casi. Cuando le haga una pregunta directa dele una contestación directa y no se ande con tonterías. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Detesta a la gente que da rodeos.

Me encanta su pelo, corazón.

—Oh. —Automáticamente, Stella se llevó la mano al pelo—. Gracias.

—Tiziano sabía muy bien lo que hacía cuando pintaba con ese color. Buena suerte con Roz —dijo cuando ya se iba—. Y los zapatos son increíbles.

Stella suspiró sobre el café. El hombre se había fijado en su pelo y había elogiado sus zapatos. Era gay. Una pena.

El café estaba bueno, y David tenía razón. Era agradable estar junto al fuego en enero. Fuera el aire era húmedo y cortante, y el cielo estaba encapotado. ¿A qué mujer no le habría encantado pasar un rato junto al fuego tomando un buen café en unas tazas de... de quién? ¿Meissen? ¿Wedgwood? Movida por la curiosidad, Stella levantó la taza para leer el nombre del fabricante.

—Es de Staffordshire, y las trajo una de las mujeres de la familia de

Inglaterra a mediados del siglo diecinueve.

No tenía sentido fustigarse, pensó Stella. Ni apocarse porque sabía que su tez de pelirroja se iba a arrebolarse por el bochorno. Sencillamente, bajó la taza y miró a Rosalind Harper a los ojos.

—Es bonita.

—Sí, yo también lo pienso. —Entró, se dejó caer en un asiento junto al de Stella y se sirvió una taza de café.

Desde luego, una de las dos no había calculado bien la vestimenta para la entrevista.

Rosalind era una mujer alta y delgada, y llevaba puesto un jersey holgado verde oliva y pantalones de trabajo de color barro, deshilachados por los bajos. No llevaba zapatos, y un par de gruesos calcetines marrones cubrían sus pies largos y estrechos.

Lo cual explicaba que no la hubiera oído entrar.

Tenía el pelo negro, corto y lacio.

Aunque hasta el momento todos los intercambios entre ellas habían sido a través del teléfono, fax o e-mail, Stella había buscado información sobre ella en Google. Quería conocer los antecedentes de su jefa potencial y ver cómo era.

Había encontrado montones y montones de recortes de periódicos y revistas.

Había leído sobre su infancia, su adolescencia. Había mirado con asombro las fotografías de archivo de la delicada y excepcional novia de dieciocho años, y había simpatizado con la pálida y estoica viuda de veinticinco.

Y había más cosas, claro. Páginas de sociedad, chismes y rumores sobre si la viuda volvería a casarse y cuándo. Información de prensa sobre la creación de su negocio de jardinería, el amor de su vida. Sobre un segundo y breve matrimonio y el posterior divorcio.

Stella se había hecho una imagen de una mujer decidida y astuta. Y había atribuido su aspecto increíble a las cámaras, la iluminación y el maquillaje.

Se equivocaba.

A sus cuarenta y seis años, Rosalind Harper era una rosa en flor. No de las de invernadero, sino de las que se exponen a los elementos, estación a estación, y cada año se vuelven más fuertes y más hermosas.

Tenía un rostro fino y anguloso y ojos profundos y alargados del color del whisky escocés. La boca, carnosa y bien definida, estaba sin pintar, al igual que el resto de la cara, como advirtió el ojo experto de Stella.

Había arrugas en las comisuras de sus ojos, esos finos surcos que al dios

tiempo le gusta grabar, pero no la deslucían.

Lo único que Stella fue capaz de pensar fue «Ojalá sea como ella cuando sea mayor. Aunque procuraré vestirme mejor».

—La he hecho esperar, ¿verdad?

Respuestas directas, se recordó Stella.

—Un poco, pero no es molestia cuando está una en una habitación como esta tomando un buen café en tazas de Staffordshire.

—David siempre se desvive por estas cosas. Estaba en la sala de multiplicación del invernadero y me he entretenido un poco. —Tenía la voz enérgica, pensó Stella. No cortante, sino directa y decidida—. Parece más joven de lo que pensaba. ¿Cuántos años tiene, treinta y tres?

—Sí.

—Y sus hijos tienen... ¿seis y ocho años?

—Eso es.

—¿No los ha traído con usted?

—No. Están con mi padre y su mujer.

—Aprecio mucho a Will y Jolene. ¿Cómo están?

—Bien. Y les gusta tener a los nietos con ellos.

—Me lo imagino. Su padre me ha enseñado alguna vez fotografías, y parecía muy orgulloso.

—Una de las razones por las que quiero volver aquí es para que puedan pasar juntos más tiempo.

—Buena razón. A mí también me gustan los niños. Echo en falta la presencia de niños en la casa. El hecho de que tenga usted dos ha sido un punto a su favor. Su curriculum, la recomendación de su padre y la carta de su anterior jefa... bueno, tampoco han ido mal.

Cogió una galletita de la bandeja y le dio un bocado sin apartar los ojos de Stella.

—Necesito alguien que sepa organizar, que sea creativo y trabajador, con buena apariencia e infatigable. Me gusta que la gente que trabaja para mí pueda seguir mi ritmo, y le aseguro que impongo un ritmo muy fuerte.

—Eso he oído. —Muy bien, pensó Stella, también yo seré directa y enérgica—. Tengo un título de jardinería. Dejando aparte los tres años que pasé en casa para dedicarme a mis hijos, período en el que me ocupé de mi jardín y del de los vecinos, siempre me he movido en ese campo. Desde que mi marido murió, hace más de dos años, he estado cuidando de mis hijos y trabajando en lo mío. Y he

hecho un buen trabajo en las dos cosas. Puedo seguir su ritmo, señora Harper. Puedo seguir el ritmo de cualquiera.

Tal vez, pensó Roz. Tal vez.

—Deje que vea sus manos.

Algo molesta, Stella se las mostró. Roz dejó su café y le cogió las manos. Les dio la vuelta, pasó los pulgares sobre ellas.

—Usted sabe trabajar.

—Sí, es cierto.

—El traje de banquera me ha desconcertado. Y no es que no me guste. — Roz sonrió, y se terminó la galleta—. Hace un tiempo muy húmedo estos días. A ver si le puedo encontrar unas botas para que no se estropee sus bonitos zapatos. Le enseñaré el centro.

Las botas eran demasiado grandes, y el verde militar de la goma resultaba muy poco favorecedor, pero el suelo húmedo y la grava habrían sido mortales para sus zapatos nuevos.

Su aspecto pasó a segundo plano al ver lo que Rosalind Harper había creado.

El Jardín se extendía hacia la vertiente oeste de la propiedad. Daba a la carretera, y la zona de la entrada y los laterales de la zona de aparcamiento estaban bellamente ajardinados. Pese a estar en enero, Stella veía el cuidado y la creatividad de la presentación, con una selección de árboles ornamentales y de hoja perenne y elevaciones cubiertas de mantillo que seguramente en primavera y verano, y hasta bien entrado el otoño, se llenarían con los colores de los bulbos y las flores vivaces de las llamativas plantas anuales.

Después de la primera ojeada, ya no quería el trabajo. Lo deseaba desesperadamente. En el estómago sentía ese anhelo que solo se siente por un amante.

—No quería que la zona de venta quedara cerca de la casa —dijo Roz mientras aparcaba la camioneta—. No me gusta ver transacciones comerciales desde la ventana de mi salita. Los Harper siempre hemos tenido mentalidad de comerciantes.

Incluso cuando parte de la tierra estaba cubierta por algodón y no por casas.

Stella tenía la boca demasiado seca para decir nada, así que se limitó a asentir.

La casa principal no se veía desde allí. Una franja de bosque natural la

ocultaba a la vista y evitaba que los edificios bajos del centro de jardinería y los invernaderos se vieran desde allí.

¡Oh, qué castaño de Indias tan antiguo y maravilloso!

—Esta sección está abierta al público todo el año —siguió diciendo Roz—. Ofrecemos el material habitual, junto con plantas de interior y una selección de libros de jardinería. Mi hijo mayor me ayuda con esta parte, aunque le gusta más estar en los invernaderos o en los bancales del exterior. En estos momentos tenemos dos dependientes que trabajan a tiempo parcial. Dentro de unas semanas necesitaremos más.

Ponte las pilas, se dijo Stella a sí misma.

—En esta zona, la temporada fuerte de trabajo debe de empezar en marzo.

—Exacto. —Roz la guio hasta un edificio blanco, subieron por la rampa de asfalto y pasaron por el porche immaculado.

A cada lado de la puerta había un mostrador largo y amplio. Una enorme cantidad de luz que daba mucha vida. Estantes con agregados para la tierra, abono para las plantas, pesticidas, semilleros. Más estantes con libros o tiestos coloridos para hierbas o plantas de interior. Y tenían expuestos móviles de campanillas, placas de jardín y otros accesorios.

Una mujer con el pelo totalmente blanco estaba limpiando el polvo de un grupo expuesto de vitrales. Vestía un cárdigan azul claro con un bordado de rosas en la parte delantera y una blusa blanca que parecía rígida como el acero.

—Ruby, ésta es Stella Rothchild. Le estoy enseñando el invernadero.

—Encantada.

La mirada calculadora que le dedicó la mujer le dejó muy claro que sabía que estaba allí por el trabajo, aunque la sonrisa fue perfectamente cordial.

—Usted es la hija de Will Dooley, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Es... del norte.

A Stella le hizo gracia, porque lo dijo como si el norte fuera un país tercermundista de reputación dudosa.

—Sí, de Michigan, aunque nací en Memphis.

—¿En serio? —La sonrisa cobró un milímetro más de calidez—. Bueno, algo es algo. Se mudaron cuando usted era pequeña, ¿verdad?

—Sí, con mi madre.

—¿Y está pensando en volver?

—Ya he vuelto —la corrigió Stella.

—Bueno. —Aquello fue como decir «ya lo veremos»—. Hace un día muy frío —siguió diciendo Ruby—. No apetece nada salir. Pero puede mirar cuanto quiera.

—Gracias. No hay sitio donde me apetezca más estar que en un invernadero.

—Pues entonces no se ha equivocado de sitio. Roz, Marilee Booker ha venido y ha comprado el *dendrobium*. No he conseguido hacerla cambiar de opinión.

—Oh, vaya. Lo habrá matado en una semana.

—Los *dendrobium* no necesitan grandes cuidados —señaló Stella.

—Marilee es un caso aparte. No es que no tenga mano para las plantas. Ella no tiene brazo. La ley tendría que prohibir que esa mujer se acercara a menos de treinta metros de ningún ser vivo.

—Lo siento, Roz. Pero le hice prometer que me lo traería si se ponía enfermo.

—No pasa nada. —Roz despachó el tema con un gesto de la mano y pasaron a través de una amplia abertura. Allí estaban las plantas, desde las exóticas hasta las clásicas, y tiestos que iban desde el tamaño de un dedal al de la boca de una alcantarilla. Y más accesorios, como pasaderas, espalderas, kits para montar emparrados, fuentes de jardín, bancos.

—De un empleado mío espero que sepa un poco de todo —dijo Roz mientras seguían con el recorrido—. Y si no saben una cosa tienen que ser capaces de encontrar una respuesta. No somos una empresa grande, no comparados con algunos de los viveros de venta al por mayor o los almacenes que venden material de jardinería. Ni tenemos los precios de los centros de jardinería que venden barato. Así que nos concentramos en ofrecer plantas poco comunes junto con los servicios básicos y la atención personalizada al cliente. Y visitamos a domicilio.

—¿Tienen a alguien que se dedica exclusivamente a ir a las casas de los clientes?

—Cuando los clientes tienen algún problema con algo que han comprado aquí, normalmente vamos o yo o Harper. Y también si necesitan asesoramiento.

Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre las suelas de sus botas sucias.

—Aparte de eso, tengo un paisajista. Tuve que ofrecerle una fortuna para que no se lo quedara la competencia. Y garantizarle que siempre tendría vía libre. Pero es el mejor. Quiero ampliar esa rama del negocio.

—¿Tiene una declaración de objetivos?

Roz se volvió hacia ella, con las cejas arqueadas. Por unos instantes, en sus ojos astutos hubo un destello divertido.

—Vaya, es usted... precisamente por eso necesito a alguien como usted. Alguien capaz de decir «declaración de objetivos» sin despeinarse. Deje que piense.

La mujer se puso las manos en las caderas y miró a su alrededor, y luego abrió las puertas de cristal que daban al invernadero adjunto.

—Diría que hay dos objetivos. Aquí es donde almacenamos la mayoría de nuestras plantas anuales y las cestas para colgar, que, por cierto, empiezan la temporada de ventas en marzo. El primer objetivo sería el servicio al jardinero aficionado. Desde el principiante que da sus primeros pasos en el mundo de la jardinería hasta el más experimentado que sabe lo que quiere y quiere probar algo nuevo o diferente. Ofrecer al cliente un buen material, buen servicio y buen asesoramiento. El segundo es atender al cliente que tiene el dinero pero no el tiempo o el interés para ponerse a escarbar en la tierra. El que quiere embellecer su casa pero no sabe por dónde empezar o no le interesa. Vamos a su casa y por una tarifa le diseñamos un programa específico, le llevamos las plantas, pagamos a los trabajadores. Y le garantizamos plena satisfacción.

—Muy bien. —Stella estudió las largas mesas, los aspersores del sistema de irrigación, los drenajes del suelo de hormigón inclinado.

—Cuando empieza la temporada, colocamos mesas con plantas anuales y perennes a todo lo largo del lado del edificio. Se ven desde fuera cuando la gente pasa con el coche o entra. Y tenemos una zona a la sombra para las plantas que necesitan sombra —siguió diciendo mientras caminaba, haciendo ruido con las botas sobre el hormigón—. Aquí tenemos las hierbas aromáticas, y allí hay un almacén para tiestos, cubetas de plástico, etiquetas. Bueno, aquí fuera están los invernaderos para las plantas destinadas a la propagación, las plantas de semilla, una zona para preparación. Estas dos se abrirán al público, y las plantas anuales se venden por semilleros.

La grava crujía bajo sus pies, luego de nuevo asfalto. Arbustos, árboles ornamentales. La mujer señaló a una zona donde las plantas en estado de latencia estaban protegidas con cubiertas.

—Detrás, cerrada al público, tenemos la zona de propagación e injertos. Sobre todo plantamos en contenedores, pero también he reservado un acre aproximadamente para plantar directamente en la tierra. Está junto al estanque,

así que el agua no es problema.

Siguieron caminado, mientras Stella calculaba, analizaba. El anhelo que sentía en el estómago había pasado de ser un nudo enmarañado a una bola dura como una piedra.

Ella podía lograr cosas allí. Dejar su marca sobre los cimientos de algo que había hecho otra mujer. Podía ayudar a mejorar, expandir, refinar.

¿Se sentiría realizada?, pensó, ¿desafiada? Demonios, estaría tan ocupada que cada minuto de cada día sería un desafío y la haría sentirse realizada.

Era perfecto.

Invernaderos blancos con techo abovedado, mesas de trabajo, mesas de exposición, toldos, pantallas, aspersores. Stella lo veía todo cubierto de plantas, a rebosar de clientes. Oliendo a vida y posibilidades.

Y entonces Roz abrió la puerta a la zona de propagación y Stella dejó escapar un leve sonido que no pudo reprimir. De puro placer.

El olor a tierra y plantas vivas, el calor húmedo. Era una atmósfera cerrada, y Stella sabía que su pelo se encresparía enseguida, pero entró de todos modos.

Los plantones germinaban en sus contenedores, plantas nuevas y delicadas que asomaban a través de la tierra enriquecida. Había cestas con plantas ya formadas colgadas para adelantar su floración. Al fondo, estaban las plantas que se utilizaban para la propagación, los padres de aquellas criaturas. Había delantales colgados de perchas, y herramientas repartidas sobre las mesas o guardadas en cubos.

Stella avanzó en silencio entre los pasillos, y se dio cuenta de que cada contenedor tenía una etiqueta que lo identificaba claramente. Reconocía varias de aquellas plantas sin necesidad de leer las etiquetas. Cosmos y aguileña, petunias y penstemon. Estando tan al sur, en unas pocas semanas estarían listas para trasplantarlas en jardines, en tiestos, en lugares soleados o rincones umbríos.

¿Y ella, lo estaría? ¿Estaría lista para plantarse allí y echar raíces? ¿Para florecer?

¿Lo estarían sus hijos?

La jardinería era un riesgo, pensó. La vida también, solo que un riesgo mayor.

Una persona inteligente calculaba esos riesgos, los minimizaba y luchaba para lograr su objetivo.

—Me gustaría ver la zona de injertos, las salas de almacenamiento y las

oficinas.

—Muy bien. Es mejor que salga de aquí. Se le va a manchar el vestido.

Stella se miró, miró las botas verdes y rio.

—Desde luego, doy una imagen de lo más profesional.

La risa hizo que Roz ladeara la cabeza en un gesto de aprobación.

—Es usted una mujer guapa, y tiene buen gusto para la ropa. La imagen que da no está nada mal. Se ha tomado su tiempo para venir presentable a esta entrevista, cosa que yo no he hecho. Aprecio el gesto.

—Usted tiene la sartén por el mango, señora Harper, puede vestirse como le apetezca.

—Tiene razón. —Caminó hasta la puerta, le indicó que la siguiera y salieron a una llovizna ligera y fría—. Vamos a la oficina. No tiene sentido que la lleve arriba y abajo con esta lluvia. ¿Qué otros motivos tiene para querer volver aquí?

—No encontré ninguna razón para seguir en Michigan. Kevin y yo nos mudamos allí cuando nos casamos... por su trabajo. Supongo que he seguido allí por una especie de lealtad hacia él, o por costumbre. No estoy segura. Me gustaba mi trabajo pero no sentía que aquel fuera mi sitio. Más bien me limitaba a pasar de un día al siguiente.

—¿Familia?

—No. No tengo familia en Michigan. Los padres de Kevin murieron antes de que nos casáramos. Mi madre vive en Nueva York. No me interesa vivir en una gran ciudad y criar allí a mis hijos. Además, mi madre y yo tenemos... ciertas diferencias.

Suele pasar entre madre e hija.

—Gracias a Dios yo solo tuve hijos.

—Oh, sí. —Stella volvió a reír, sintiéndose muy a gusto—. Mis padres se divorciaron cuando yo era pequeña. Supongo que ya lo sabe.

—Sí, más o menos. Como le he dicho, aprecio mucho a su padre y a Jolene.

—Yo también, así que en lugar de clavar una aguja en un mapa, decidí venir aquí. Nací aquí. La verdad es que no recuerdo nada, pero esperaba sentir una especie de conexión. Descubrir que mi sitio está aquí.

Volviéron a pasar por la zona de venta al público y entraron en un despacho minúsculo y atestado que arrancó una mueca a la organizada Stella.

—No lo utilizo mucho —dijo Roz—. Lo tengo todo repartido entre la oficina y la casa. Cuando estoy aquí casi siempre acabo en el invernadero o en el campo.

Quitó unos libros de jardinería de una silla y le indicó a Stella que tomara

asiento, y luego se sentó en el borde de la mesa abarrotada.

—Soy consciente de mi capacidad y sé cómo llevar el negocio. Yo sola he levantado todo esto en menos de cinco años. Cuando el negocio era más pequeño, cuando estaba solo yo, podía permitirme algún error. Ahora tengo a mi cargo a dieciocho empleados durante la temporada alta. Hay gente que depende del sueldo que le pago. Así que no me puedo permitir errores. Sé qué plantar, cómo hacerlo y qué precios poner, sé diseñar y almacenar, sé cómo tratar a los empleados y a los clientes. Sé organizar.

—Sí, diría que tiene usted razón. ¿Para qué me necesita exactamente?

—Porque, de todas esas cosas que digo que puedo hacer y hago, hay algunas que no me gustan. No me gusta organizar. Y el negocio ha crecido demasiado para que sea yo sola quien decide qué plantas utilizar para la propagación y cómo. Quiero alguien nuevo, ideas frescas, alguien con cabeza.

—Entiendo. Uno de sus requisitos era que su director viviera en la casa, al menos los primeros meses. Yo...

—No es un requisito. Es una exigencia. —Stella reconoció a la mujer difícil de la que había oído hablar en el tono firme de Rosalind Harper—. Empezamos a trabajar temprano y acabamos tarde. Quiero a alguien que pueda estar siempre listo, al menos hasta que vea si podemos amoldarnos a un mismo ritmo. Memphis está demasiado lejos y, a menos que esté dispuesta a comprarse de forma inminente una casa a menos de quince kilómetros de aquí, no hay alternativa.

—Tengo dos hijos muy movidos y un perro.

—Me gustan los niños activos, y lo del perro no me importa, a menos que le guste escarbar. Si lo descubro escarbando en mis jardines, tendremos un buen problema. Es una casa grande, y tendrá sitio de sobra para usted y sus hijos. Le cedería la casita para invitados, pero no podría sacar a Harper de allí ni a rastras. El mayor —explicó—. ¿Le interesa el trabajo, Stella?

Ella abrió la boca y tragó una bocanada de aire. ¿No había calculado ya los riesgos de volver allí? Había llegado el momento de luchar por su objetivo. El riesgo que conllevaba aquella única condición no podía superar las ventajas.

—Sí, señora Harper, me interesa mucho el trabajo.

—Entonces es suyo. —Roz le tendió la mano—. Puede traer sus cosas mañana... mejor por la mañana y lo prepararemos todo. Puede tomarse un par de días hasta que sus hijos se aclimaten.

—Se lo agradezco. Están entusiasmados, pero también los asusta un poco. —

Y a mí también, pensó—. Le seré sincera, señora Harper. Sí después de un tiempo prudencial mis hijos no se sienten a gusto, tendré que buscar otro alojamiento.

—Si no lo pensara, no la contrataría. Y llámeme Roz.

Para celebrarlo, cuando volvía a la casa de su padre, Stella compró una botella de champán y otra de sidra. La lluvia y el rodeo hicieron que acabara en un bonito atasco de tráfico. Se le ocurrió que, por muy incómodo que pudiera parecer en un primer momento, vivir en el mismo lugar donde trabajaba podía tener sus ventajas.

¡Había conseguido el trabajo! Un trabajo de ensueño desde su punto de vista.

Quizá no sabía cómo sería trabajar para Rosalind —Roz— Harper, y aún tenía muchas cosas que aprender sobre la jardinería en aquella zona... y tampoco sabía cómo llevarían los otros empleados el recibir órdenes de una desconocida. Y yanqui, para más señas.

Pero estaba impaciente por empezar.

Y sus hijos tendrían mucho más espacio para jugar en... la finca, sí, supuso que así podía llamarla, la finca de los Harper. Aún no estaba preparada para comprar una casa, no mientras no estuviera segura de querer quedarse y hubiera tenido tiempo de visitar diferentes vecindarios y comunidades. El caso es que en la casa de su padre estaban muy estrechos. Él y Jolene eran más que adaptables y hospitalarios, pero no podían quedarse indefinidamente en una casa de dos habitaciones.

Aquella era la solución más práctica, al menos de momento.

Aparcó su viejo coche detrás del dos plazas pequeño y elegante de su madrastra. Y, después de coger su bolso, corrió bajo la lluvia hasta la puerta.

Llamó con los nudillos. Le habían dado una llave, pero no le gustaba entrar sin llamar.

Jolene, esbelta con los pantalones negros de yoga y el top negro, con un aspecto increíblemente joven para estar rondando los sesenta, salió a abrir.

—Te he interrumpido tus ejercicios.

—Acababa de terminar. ¡Gracias a Dios! —Se dio unos toquecitos en la cara con una pequeña toalla blanca—. ¿Has perdido la llave?

—Lo siento. Es que no me acostumbro a utilizarla. —Entró, escuchó—. Qué silencio... ¿Tienes a los niños encadenados en el sótano?

—Tu padre se los ha llevado al Peabody para que vean el desfile de la tarde de los patos.^[1] He pensado que estaría bien que fueran ellos tres, así que me he quedado aquí con mi cinta de yoga. —Ladeó la cabeza—. El perro está dormitando en el porche. Pareces contenta.

—Sí. Me han contratado.

—¡Lo sabía, lo sabía! ¡Enhorabuena! —Jolene abrió los brazos para darle un abrazo—. No lo he dudado ni por un momento. Roz Harper es una mujer inteligente.

Sabe reconocer algo bueno en cuanto lo ve.

—Tengo el estómago algo revolucionado, y estoy que salto de los nervios.

Tendría que esperar a que vuelvan papá y los chicos pero... —Sacó el champán—. ¿No te apetece una copita de champán para brindar por mi nuevo trabajo?

—Oh. Estoy tan emocionada que podría ponerme a dar brincos. —Y le pasó un brazo por los hombros mientras las dos entraban en la sala—. ¿Qué te ha parecido Roz?

—No intimida tanto en persona. —Stella colocó la botella en la encimera para abrirla mientras Jolene sacaba unas copas de la vitrina—. Muy directa, segura de sí misma. ¡Y qué casa!

—Es una maravilla. —Jolene se rio cuando saltó el corcho—. Señor, qué sonido tan propio de un libertino a estas horas de la tarde. La mansión Harper pertenece a su familia desde hace generaciones. En realidad, por matrimonio, su primer matrimonio, es una Ashby. Cuando el segundo matrimonio fracasó, prefirió recuperar su auténtico apellido, Harper.

—Cuéntame más cosas, Jolene, por favor. Papá no me dice nada.

—Vaya, vaya, sobornándome con champán para sacarme cotilleos... Bueno, gracias, cielo. —Se sentó en un taburete y alzó su copa—. Pero, primero, por Stella y un buen comienzo.

Stella chocó su copa con la de ella y bebió.

—Hummm. Delicioso. Y ahora cuenta.

—Se casó muy joven. Solo tenía dieciocho años. Era una buena pareja: los dos de buena familia, el mismo círculo social. Y, lo más importante, estaban enamorados.

Se notaba enseguida. Fue por la misma época en que yo me enamoré de tu padre, y una mujer enamorada reconoce a los que están enamorados. A ella sus

padres la tuvieron ya mayores. La madre casi tenía cuarenta y el padre cincuenta. Después de tenerla su madre nunca se recuperó del todo, o le gustaba hacerse la esposa frágil, depende de quién lo cuente. Pero el caso es que Roz los perdió a los dos en solo dos años. Debía de estar embarazada de su segundo hijo. Que es... vaya, Austin, creo.

Ella y John heredaron la mansión Harper. Ya tenía a sus tres hijos y el pequeño apenas empezaba a gatear cuando John murió. Debió de ser muy duro para ella.

—Sí, es verdad.

—Prácticamente no salió de su casa los primeros dos o tres años. Y, cuando volvió a salir, cuando empezó a alternar en sociedad y a organizar fiestas y demás, hubo muchas especulaciones. Con quién se casaría, cuándo. Ya la has visto, es una mujer hermosa.

—Sí, sorprendente.

—Y aquí un linaje como el suyo vale su peso en oro y mucho más. Con su aspecto y su linaje podría haber elegido al hombre que hubiera querido, más joven, más viejo, soltero, casado, rico o pobre. Pero se quedó sola. Cuidó de sus hijos.

Sola, pensó Stella, dando un sorbo a su champán. Entendía perfectamente aquella elección.

—Mantuvo su vida privada en privado —siguió diciendo Jolene— para consternación de la alta sociedad de Memphis. Lo más escandaloso que le pasó fue cuando despidió al jardinero... bueno, a los dos jardineros. Según dicen, corrió tras ellos con una desbrozadora hasta que salieron de su propiedad.

—¿En serio? —Stella abrió los ojos desmesuradamente, por la admiración—. ¿De verdad?

—Es lo que se cuenta, tanto si es cierto como si no. Aquí es frecuente que nos quedemos con la versión más divertida, aunque no sea la verdadera. Por lo visto, habían arrancado algunas plantas o algo así. Después de aquello no quiso contratar a nadie para cuidar su jardín. Prefirió hacerlo todo ella sola. Y lo siguiente que supimos (aunque creo que fue unos cinco años después) es que estaba montando un invernadero en el extremo oeste de su propiedad. Se casó hará unos tres años y se divorció... en un abrir y cerrar de ojos. Cielo, ¿y si nos tomamos otra copita?

—Sí, ¿por qué no? —Stella lo sirvió—. Bueno, ¿y qué pasó con el segundo marido?

—Hum. Un hombre taimado. Guapo como un pecado y encantador como él solo. Bryce Clerk. Dice que su familia es de Savannah, pero yo no creo nada que salga de su boca. De todos modos, formaban una pareja increíble. Lo malo es que a él le gustaba formar parejas increíbles con muchas otras mujeres y el matrimonio no le hizo cambiar sus hábitos en ese campo. Ella lo echó sin miramientos.

—Bien hecho.

—No es ninguna blandengue.

—Eso ya lo he notado.

—Yo diría que es orgullosa pero no altanera, testaruda pero no dura, o no demasiado, aunque hay quien no estaría de acuerdo conmigo. Es amiga de sus amigos y una enemiga terrible. Sabrás manejarla, Stella. Tú puedes con lo que sea.

Le gustaba que la gente pensara aquello; pero, ya fuera por el champán o por los nervios, empezaba a sentir náuseas.

—Bueno, pronto lo comprobaremos.

3

Stella iba en un coche atestado de maletas, con un maletín lleno de anotaciones y esbozos, un perro que había expresado su descontento por el traslado vomitando en el asiento del acompañante y dos niños que discutían acaloradamente en el asiento de atrás.

Ya había parado para limpiar el asiento, y, aunque estaban en enero y hacía frío, iba con las ventanillas abiertas. Parker, su terrier bostoniano, se había despatarrado en el suelo con expresión lastimera.

No sabía por qué discutían los chicos, pero aún no habían llegado a las manos, así que dejó que siguieran. Ellos también se sentían inquietos por la nueva mudanza.

Los había desarraigado y, por mucho cuidado que uno pusiera, no dejaba de ser un trastorno para un organismo. Los cuatro estaban a punto de ser trasplantados.

Pero tenía el convencimiento de que todo iría bien. Necesitaba creerlo, porque de lo contrario se habría sentido tan indispuesta como el perro.

—Odio tu tripa asquerosa y apestosa —declaró Gavin, que tenía ocho años.

—Pues yo odio tu culo gordo. —Éste era Luke, de seis.

—Odio tus orejas de elefante.

—¡Yo odio tu cara!

Stella suspiró y encendió la radio. Y, cuando llegaron a los pilares de ladrillo que flanqueaban la entrada a la propiedad de los Harper, entró y paró el coche a un lado del camino. Por un momento, se limitó a esperar, mientras oía a sus hijos insultándose en el asiento de atrás. Parker la miró con cautela y saltó al asiento para olfatear el aire por la ventanilla.

Stella apagó la radio. A su espalda, las voces empezaron a apagarse, hasta que finalmente, tras un «Yo te odio todo entero» pronunciado en voz baja y agria, se hizo el silencio.

—Bueno, se me acaba de ocurrir una cosa —dijo con tono normal—. Me gustaría que le gastáramos una broma a la señora Harper.

Gavin trató de inclinarse hacia delante, forzando el cinturón de seguridad.

—¿Qué clase de broma?

—Una broma muy inteligente. Pero no sé si podremos. Es una mujer muy lista.

Y tendríamos que ser muy astutos.

—Yo puedo ser muy astuto —le aseguró Luke. Y al mirar por el retrovisor Stella vio que el fuego de la batalla ya empezaba a desaparecer de sus mejillas.

—Vale, entonces, éste es el plan.

Se giró en el asiento para mirar a sus hijos. Como le sucedía tantas veces, le pareció chocante la combinación de rasgos que veía en ellos. Luke tenía sus ojos azules, Gavin los ojos color gris verdoso de Kevin. Veía su boca en la cara de Gavin, y la de Kevin en la de Luke. Luke había sacado su pelo —pobre criatura—, mientras que Gavin tenía el mismo tono dorado de Kevin.

Hizo una pausa efectista, y vio que los dos estaban totalmente pendientes de ella.

—No sé, no sé. —Meneó la cabeza con expresión de pesar—. Seguramente no es buena idea.

Hubo un coro de súplicas, protestas, y una buena dosis de saltos que hicieron que Parker se pusiera a ladrar de entusiasmo.

—Vale, vale. —Levantó las manos—. Os diré lo que haremos. Iremos hasta la casa, y cuando estemos dentro y conozcáis a la señora Harper... Pero tenéis que ser muy, muy astutos.

—¡Sí, sí, lo haremos! —exclamó Gavin.

—Bueno, pues cuando la conozcáis, tenéis que hacer como si fuerais... Es muy difícil, pero creo que podéis hacerlo. Tenéis que portaros como si fuerais unos niños muy educados.

—¡Lo haremos! Nosotros... —La cara de Luke se arrugó—. ¡Eh!

—Y yo haré como si no me sorprendiera estar con dos niños tan bien educados.

¿Creéis que podemos hacerlo?

—¿Y si no nos gusta la casa? —musitó Gavin—. A lo mejor nos gusta y a lo mejor no.

—Yo prefiero vivir con el abuelo y la abuela Jo en su casa. —La pequeña boca de Luke temblaba, y a Stella se le encogió el corazón—. ¿No podemos

vivir con ellos?

—No, de verdad que no. Podemos ir a verlos siempre que queráis. Y ellos a nosotros. Ahora que vamos a vivir aquí, podemos verlos cuando queramos. Eh, que se supone que esto es una aventura, ¿recordáis? Si lo intentamos, si lo intentamos con todas nuestras fuerzas y no nos gusta, buscaremos otra cosa.

—Aquí la gente habla muy raro —se quejó Gavin.

—No, son diferentes, nada más.

—Y no hay nieve. ¿Cómo vamos a hacer muñecos de nieve y subir en el trineo si aquí son tontos y no tienen nieve?

—En eso tienes razón, pero seguro que se pueden hacer otras cosas. —¿Se habrían acabado para ella las blancas Navidades? ¿Por qué no se había parado a pensarlo antes?

El niño alzó el mentón.

—Si no es buena, no me quedo.

—Trato hecho. —Stella arrancó el coche, respiró hondo para tranquilizarse y siguió por el camino.

Momentos más tarde, oyó que Luke exclamaba:

—¡Qué grande!

De eso no hay duda, pensó Stella, y se preguntó cómo estarían viendo sus hijos la casa. ¿Era solo el tamaño de aquel edificio de dos plantas lo que les impresionaba?

¿O serían capaces de apreciar los detalles, la piedra de un amarillo muy claro, las majestuosas columnas, el encanto de la entrada con la doble escalinata, y la bonita terraza que rodeaba todo el conjunto?

¿O veían solo una gran mole... tres veces más grande que su linda casita de Southfield?

—Es muy antigua —les dijo—. Tiene más de ciento cincuenta años. Y la familia de la señora Harper siempre ha vivido aquí.

—¿La señora tiene ciento cincuenta años? —quiso saber Luke, y su hermano le dio un buen codazo y le soltó un bufido.

—Tonto. Si fuera tan mayor ya se habría muerto. Y habría un montón de gusanos...

—Debo recordaros que los niños bien educados no llaman tonto a su hermano.

¿Veis el césped? Seguro que a Parker le encantará que lo saquéis a pasear por aquí. Y tenéis mucho espacio para jugar. Pero no debéis acercaros a los jardines

y los parterres, como cuando estábamos en casa. En Michigan —se corrigió—. Y tendremos que preguntarle a la señora Harper dónde podéis jugar.

—Qué árboles tan grandes —murmuró Luke—. Son muy grandes.

—¿Veis ése de allí? Es un sicómoro y apuesto a que tiene más años que la casa.

Rodeó la rotonda del aparcamiento, admirada ante el uso del arce rojo japonés y el ciprés de guisantes que habían plantado allí junto con las azaleas.

Le puso la correa a Parker, con la mano mucho más firme que el corazón.

—Gavin, tú llevarás a Parker. Volveremos a buscar nuestras cosas cuando conozcáis a la señora Harper.

—¿Es nuestra jefa? —preguntó Gavin.

—Sí. El triste y terrible destino de los niños es tener siempre jefes adultos. Y, como me va a pagar un sueldo, también será mi jefa. Estamos todos en el mismo barco.

Cuando se apearon del coche, Gavin cogió la correa de Parker.

—No me gusta esa mujer.

—Eso es lo que me agrada de ti, Gavin. —Stella le revolvió el pelo rubio y ondulado—. Siempre tan positivo. Bueno, allá vamos. —Y dicho esto los cogió a los dos de la mano y les dio un ligero apretón. Los cuatro se dirigieron hacia la entrada.

Las puertas, pintadas del mismo blanco puro y reluciente que la franja decorativa, se abrieron.

—¡Por fin! —David extendió los brazos—. ¡Hombres! ¡Ya no estoy solo entre tantas mujeres!

—Gavin, Luke, éste es el señor... Lo siento, David, no sé cuál es su apellido.

—Wentworth. Pero llamadme David. —Se acuclilló y miró a los ojos al perro, que se había puesto a ladrar—. ¿A ti qué te pasa, amigo?

A modo de respuesta, Parker le puso las patas delanteras en las rodillas y empezó a lamerle la cara con entusiasmo.

—Esto ya me gusta más. Entrad. Roz bajará enseguida. Está arriba, hablando por teléfono, regañando a un proveedor por una entrega.

Pasaron al amplio vestíbulo. Los niños estaban boquiabiertos.

—Muy lujoso, ¿a que sí?

—¿Es como una iglesia?

—Nooo. —David le sonrió a Luke—. Hay algunas partes que son raras, pero solo es una casa. Podemos hacer una visita guiada, aunque a lo mejor antes os

apetece un chocolate para reponeros después de un viaje tan largo.

—David prepara un chocolate estupendo —dijo Roz, que bajaba por la elegante escalera que dividía el vestíbulo. Iba vestida con su ropa de trabajo, igual que el día anterior—. Con un montón de crema batida.

—Señora Harper, éstos son mis hijos. Gavin y Luke.

—Encantada de conocerlos. Gavin. —Y le ofreció la mano.

—Éste es Parker, nuestro perro. Tiene un año y medio.

—Y es muy guapo. Parker. —Le dio al perro una palmadita amistosa.

—Yo me llamo Luke. Tengo seis años y estudio primero. Y sé escribir mi nombre.

—No es verdad —dijo Gavin en tono burlón—. Solo si le ponen una plantilla.

—Por algún sitio hay que empezar, ¿no? Encantada de conocerte, Luke. Espero que te sientas a gusto en mi casa.

—Usted no parece tan vieja —comentó Luke, y sus palabras hicieron que David lanzara una risotada.

—Bueno, gracias. Normalmente no me siento tan vieja.

Con una ligera sensación de mareo, Stella se obligó a sonreír.

—Les dije a los niños los años que tiene la casa, y que su familia ha vivido siempre aquí. Creo que Luke está un poco confundido.

—Yo no llevo aquí tanto tiempo como la casa. David, ¿por qué no tomamos ese chocolate caliente? Nos sentaremos en la cocina y así podremos conocernos.

—¿Él es tu marido? —preguntó Gavin—. ¿Cómo es que tenéis apellidos diferentes?

—No quiere casarse conmigo —les explicó David mientras los llevaba pasillo abajo—. Me ha roto el corazón.

—Lo dice de broma. David se ocupa de la casa, y de casi todo lo demás. Vive aquí.

—¿También es tu jefa? —preguntó Luke tirando de la mano de David—. Mamá dice que es nuestra jefa.

—Le dejo que crea que es mi jefa.

Los hizo pasar a la cocina, con sus encimeras de granito y cálidos muebles de madera de cerezo. Bajo un amplio ventanal había un banco con cojines de cuero de color zafiro.

Había tuestos con hierbas sobre la superficie de trabajo. Relucientes cazuelas de cobre.

—Éste es mi reino —les dijo David—. Aquí el jefe soy yo. ¿Le gusta cocinar, Stella?

—No sé si «gustar» es la palabra, pero sé que mis conocimientos no estarían a la altura de una cocina como ésta.

Dos neveras, una cocina que parecía la de un restaurante, hornos dobles, kilómetros de encimera.

Y, según vio Stella aliviada, esos pequeños detalles que hacen más acogedor el lugar de trabajo. La chimenea de ladrillo con un bonito fuego encendido, la antigua vitrina para la vajilla con copas antiguas, la mesa de carnicero, con sus tientos de tulipanes y jacintos tratados para adelantar la floración.

—Yo vivo para la cocina. Y, la verdad, es desmoralizador malgastar mi talento con alguien como Roz. A ella tanto le da si le pongo cereales fríos. Y Harper casi nunca aparece.

—Harper es mi hijo mayor. Vive en la casa de invitados. Lo veréis de vez en cuando.

—Es un científico loco. —David sacó un cazo y trozos de chocolate.

—¿Y hace monstruos, como Frankenstein? —preguntó Luke, volviendo a cogerse de la mano de su madre.

—Frankenstein es de mentira —le recordó Stella—. El hijo de la señora Harper trabaja con las plantas.

—A lo mejor un día hace una planta gigante que hable —dijo David.

Maravillado, Gavin se acercó a él.

—¿En serio?

—Bueno, nunca se sabe. Acerca ese taburete, mi joven amigo, y podrás ver preparar al maestro el mejor chocolate del mundo.

—Sé que querrá que empecemos a trabajar lo antes posible —le dijo Stella a Roz—. Anoche estuve preparando unas notas y unos bocetos que me gustaría mostrarle.

—Veo que no pierde el tiempo.

—Estoy impaciente. —Y miró a Luke, que le soltó la mano para acercarse al taburete de su hermano—. Esta mañana tengo una entrevista con el director de la escuela. Espero que puedan empezar mañana. Quizá en la escuela puedan recomendarme a alguien que se ocupe de ellos antes y después de las clases y luego...

—¡Eh! —David estaba batiendo el chocolate y la leche en el cazo—. Ahora estos dos hombrecitos son míos. Pensaba que me harían compañía y me

facilitarían mano de obra esclava cuando no estuvieran en el colé.

—No podría pedirle...

—Nos gustaría quedarnos con David —dijo Gavin chillando—. Estaría bien.

—No...

—Claro que en realidad depende —David hablaba con naturalidad, mientras añadía azúcar al cazo—. Si no les gusta la PlayStation, entonces no hay trato. Tengo mis normas.

—A mí me gusta la PlayStation —dijo Luke.

—Pero tiene que encantarles.

—¡Me encanta, me encanta! —Y los dos se pusieron a brincar en el taburete—. Me encanta la PlayStation.

—Stella, mientras ellos preparan el chocolate, ¿por qué no vamos y sacamos las maletas del coche?

—Muy bien. Será un momento. Parker...

—Puede quedarse con nosotros —dijo David.

—Bueno. Enseguida volvemos.

Roz esperó hasta que llegaron a la puerta.

—David es estupendo con los niños.

—Se ve enseguida. —Se dio cuenta de que se estaba retorciendo la correa del reloj y se refrenó—. Pero casi parece una imposición. Le pagaría, por supuesto, pero...

—Eso mejor lo habláis entre vosotros. Solo quería decirle, como madre, que puede confiar en él, que los cuidará, los entretendrá, y evitará que se metan en problemas... bueno, al menos en los problemas importantes, no en los otros, los del día a día.

—Para eso necesitaría superpoderes.

—Prácticamente se ha criado en esta casa. Es como un hijo para mí.

—La verdad es que eso me facilitaría mucho las cosas. No tendría que llevarlos con una canguro. —Otra desconocida, pensó.

—Y no está acostumbrada a las cosas fáciles.

—No, no lo estoy. —Oyó unas risas chillonas que venían de la cocina—. Pero quiero que mis hijos sean felices, y creo que acabamos de oír el elemento decisivo.

—Es un sonido maravilloso, ¿verdad? Lo he echado mucho en falta. Vayamos a buscar sus cosas.

—Tiene que darme unas pautas —dijo Stella cuando salieron—. Decirme

dónde pueden y no pueden ir los niños. Necesitan tener unas obligaciones y unas normas.

En casa siempre las han tenido. En Michigan.

—Tendré que pensarlo. Aunque seguramente David ya tiene alguna idea al respecto, y eso que sabe que la jefa soy yo. Por cierto, un perro muy bueno. — Sacó dos maletas del maletero del coche—. Mi perro murió el año pasado y no he tenido ánimo para traer otro a casa. Pero me gusta que haya un perro por aquí. Bonito nombre.

—Parker, por Peter Parker. Es...

—Spiderman. Yo he criado a tres hijos sólita.

—Es verdad. —Stella cogió otra de las maletas y una caja de cartón cargada de cosas. Notaba la tensión en los músculos, y en cambio Roz llevó su parte con aparente facilidad—. Me gustaría saber si hay otras personas viviendo aquí, o qué otros miembros tiene entre su personal.

—Solo está David.

—Oh. Es que ha dicho algo sobre el hecho de que las mujeres lo superaban en número antes de que nosotros viniéramos.

—Es cierto. Estamos David, yo y la dama de Harper. —Roz entró las maletas y empezó a subir escalones—. Es nuestro fantasma.

—¿Su fantasma?

—Sería una pena que una casa tan antigua como ésta no estuviera encantada, ¿no le parece?

—Bueno, es una forma de enfocarlo.

Supuso que Roz se estaba divirtiendo pintando las cosas con un poco de color local para la nueva inquilina. Los fantasmas eran un bonito añadido a la tradición familiar. Así que no le dio importancia.

—Tiene a su disposición el ala oeste. Creo que las habitaciones que le hemos asignado son las más apropiadas. Yo estoy en el ala éste y David en las habitaciones contiguas a la cocina. Todos tenemos nuestra intimidad, cosa que siempre me ha parecido fundamental para una buena convivencia.

—Es la casa más bonita que he visto.

—Sí, ¿verdad? —Roz se detuvo un momento para mirar por las ventanas que daban a los jardines—. En invierno hay mucha humedad, y cada dos por tres hay que llamar al fontanero o el electricista... Pero me encanta. Seguro que hay quien piensa que es un derroche que esto pertenezca a una mujer sola.

—Es suyo. Es la casa de su familia.

—Exacto. Y seguiré siéndolo, cueste lo que cueste. Es aquí. Las dos habitaciones dan a la terraza. Usted decidirá si prefiere cerrar con llave el balcón de los niños.

Supuse que, a esta edad, querrían compartir habitación, sobre todo en una casa nueva.

—Ojos de buey. —Stella entró detrás de Roz—. Oh, esto les va a encantar. Hay muchísimo espacio, y mucha luz. —Dejó la caja de cartón y la maleta sobre una de las camas—. Esto son piezas de anticuario. —Deslizó los dedos por la cómoda—. Estoy aterrada.

—Los muebles están para usarlos. Y respetarlos.

—Créame, me aseguraré de que lo entienden. —Oh, Dios, por favor, que no rompan nada.

—Su habitación está al lado. Y tienen un baño que las conecta las dos. —Roz señaló ladeando la cabeza—. He pensado que, al menos al principio, preferiría tenerlos cerca.

—Perfecto.

Entró en el baño. La generosa bañera antigua con patas estaba sobre una plataforma de mármol delante de las puertas de la terraza. Si quería intimidad, podía bajar la cortina. La taza del váter estaba en el interior de un mueble alto hecho de pino amarillo y tenía cadena... ¡Los niños se pondrían locos de contento!

Junto al lavamanos de pedestal había un calentatoallas donde ya había unas suaves toallas verde mar.

A través de la puerta que conectaba el baño con su habitación, vio que estaba llena de luz invernal. El suelo de roble tenía un dibujo de rizomas.

Una pequeña chimenea de mármol blanco presidía la zona de descanso, con un cuadro de un jardín en flor.

Una cama con dosel, con su gasa blanca y rosada, cubierta por una generosa montaña de almohadones de seda en tonos pastel. Una cómoda con un espejo oval, de reluciente caoba al igual que el tocador, encantador y femenino, y el armario tallado.

—Empiezo a sentirme como la Cenicienta en el baile.

—Si el zapato le entra... —Roz dejó las maletas en el suelo—. Quiero que se sienta a gusto, y que sus hijos estén felices, porque la voy a hacer trabajar muy duro. Es una casa grande y supongo que David se la enseñará en un momento u otro. No nos veremos a menos que sea a propósito. —Se subió las mangas de la

camisa y miró alrededor—. No soy una mujer muy sociable, pero me gusta estar en compañía de la gente que me cae bien. Y creo que usted me va a caer bien, tanto como sus hijos. —Consultó su reloj—. Me voy a tomar ese chocolate caliente (con el chocolate no me puedo resistir) y luego volveré al trabajo.

—Más tarde me gustaría enseñarle algunas de mis ideas.

—Perfecto. Búsqueme.

Y fue lo que hizo. Aunque su intención era llevarse a los niños con ella después de la entrevista en la escuela, no tuvo el valor de separarlos de David.

Ella tan preocupada pensando si serían capaces de acostumbrarse a vivir en una nueva casa con gente desconocida y mira... Por lo visto, la mayoría de los ajustes los tendría que hacer ella en su cabeza.

Esta vez se vistió más apropiadamente, con un calzado fuerte que ya había estado en contacto con el barro, vaqueros viejos y jersey negro. Maletín en mano, se dirigió a la entrada principal del centro de jardinería.

En el mostrador encontró a la misma mujer que la vez anterior, solo que esta vez estaba atendiendo a un cliente. Stella reparó en un tiesto de color cereza con una pequeña dieffenbachia y cuatro ejemplares de bambú de la suerte sujetos con cáñamo decorativo y ya preparados en una caja de cartón baja.

Una bolsa con piedrecitas y un jarrón cuadrado esperaban para que los pasaran por caja.

Bien.

—¿Está por aquí Roz? —preguntó.

—Oh... —Ruby hizo un ademán impreciso—. Por ahí andará.

Stella señaló con el gesto los walkie talkie que había detrás del mostrador.

—¿Cree que Roz se habrá llevado uno de esos?

La idea pareció divertir a Ruby.

—No creo, no.

—Bueno, ya la encontraré. Eso es divertido... —dijo a la clienta señalando el bambú—. Alegre e interesante. En ese jarrón cuadrado quedarán estupendos.

—Había pensado colocarlo en mi cuarto de baño. Que le dé un aire gracioso pero que también sea bonito.

—Es perfecto. Y como regalo para un invitado también es genial. Más imaginativo que las típicas flores.

—No se me había ocurrido. A lo mejor me llevo otro.

—No se equivocará.

Le dedicó una sonrisa y se dirigió hacia los invernaderos sin dejar de congratularse. No tenía prisa por encontrar a Roz. Aquello era una ocasión inmejorable para echar un vistazo por su cuenta, comprobar el material, el género en exposición. Y tomar más notas.

En la zona de propagación se entretuvo estudiando la evolución de los plántulos de semillas y los esquejes, las plantas utilizadas para la propagación y su estado.

Cuando por fin se dirigió hacia la zona de injertos, había pasado casi una hora.

A través de la puerta le llegaba el sonido de la música... Parecían los Corrs.

Asomó la cabeza. Había dos largas mesas a cada lado, y otras dos juntas recorriendo la parte central. Olía a calor, vermiculita y turba de esfagnos.

Había tiestos, algunos de ellos con plantas injertadas o que se iban a injertar. Y carpetas colgadas del borde de las mesas, como en un hospital. En un rincón habían instalado un ordenador y los colores de la pantalla parecían vibrar al ritmo de la música.

En diferentes bandejas, escalpelos, cuchillos, cinta para injertos, cera y otras herramientas propias de aquella rama de la jardinería.

Divisó a Roz en el extremo más alejado, detrás de un hombre que estaba sentado en un taburete. El hombre trabajaba con la espalda encorvada. Roz tenía las manos en las caderas.

—No te tomaré más de una hora, Harper. Este lugar te pertenece tanto como a mí y tienes que conocerla. Al menos escucha lo que tenga que decirnos.

—Lo haré, lo haré, pero, maldita sea, estoy en medio de un trabajo. Eres tú la que quiere que lo dirija todo, no yo. Que haga lo que quiera. A mí me da igual.

—Hay una cosa que se llaman modales. —La exasperación de su voz era evidente—. Solo te pido que al menos durante una hora te comportes como si los tuvieras.

El comentario hizo que Stella se acordara de las palabras que ella misma había dicho a sus hijos. No pudo contener la risa, pero trató de disimular con un carraspeo mientras avanzaba por el pasillo.

—Siento interrumpir. Estaba... —Se detuvo junto a un tiesto y estudió el tallo injertado y las nuevas hojas—. No acabo de reconocer esta planta.

—Daphne. —El hijo de Roz la miró fugazmente.

—Una variedad perenne. Y has utilizado el injerto lateral.

El chico dejó lo que hacía y giró en su taburete. Su madre había dejado su huella en su rostro: la misma estructura ósea poderosa, los ojos expresivos. Su pelo oscuro era bastante más largo que el de ella, y lo llevaba sujeto a la espalda con un trozo de rafia. La misma delgadez, piernas larguísimas, y vestía también con descuido, con unos vaqueros deshilachados y una camiseta de la Universidad de Memphis manchada de tierra.

—¿Sabes algo sobre injertos?

—Solo lo mínimo. Una vez hice un injerto de hendidura en una camelia. Y le fue bien. Pero normalmente me limito a los esquejes. Soy Stella. Encantada de conocerte, Harper.

Él se restregó la mano en los vaqueros antes de estrechársela.

—Mamá dice que nos vas a organizar.

—Ésa es la idea. Espero que resulte lo menos traumático posible para todos. ¿En qué estás trabajando? —Se acercó a una hilera de tientos cubiertos con plástico transparente, con unos palitos que evitaban que este tocara la planta injertada.

—Gypsophiha... Estoy tratando de conseguir un ejemplar azul, y también rosa y blanco.

—Azul. Mi color favorito. No quiero entretenerte. Esperaba que pudiéramos ir a algún sitio a comentar algunas de mis ideas —le dijo a la madre.

—En la sala de plantas anuales. El despacho está imposible. ¿Vienes, Harper?

—Id vosotras. Yo voy en cinco minutos.

—Harper.

—Vale, que sean diez, pero es mi última oferta.

Roz rio y le dio un ligero golpe en la nuca.

—Espero no tener que venir a buscarte.

—No, no, no —musitó él, aunque con una sonrisa.

Cuando salieron, Roz dejó escapar un suspiro.

—Es como si estuviera plantado allí: si uno quiere moverlo hay que clavarle un bieldo en el culo. De mis hijos es el único al que le interesa todo esto. Austin es periodista y trabaja en Atlanta. Masón es médico, o lo será. Está haciendo la residencia en Nashville.

—Debe de estar orgullosa.

—Lo estoy, pero no los veo casi nunca. Y, aunque Harper está aquí al lado, tengo que perseguirlo como un perro de caza si quiero que hable conmigo. —

Roz se aupó a una de las mesas—. Bueno, ¿qué me trae?

—Se parece mucho a usted.

—Sí, eso dicen. Para mí solo es Harper. ¿Sus hijos están con David?

—No habría podido arrancarlos de su lado ni a rastras. —Stella abrió el maletín—. He mecanografiado unas notas.

Roz miró aquel montón de papeles y trató de no pestañear.

—Ya veo.

—Y he hecho algunos bocetos sobre posibles cambios en la organización del espacio que ayudarían a mejorar las ventas y potenciar la compra de material aparte de plantas. El emplazamiento es inmejorable, paisajismo y señalización excelentes, la entrada es atractiva.

—Pero...

—Pero... —Stella se humedeció los labios—. La zona principal de venta al público está algo desorganizada. Con algunos cambios, se pasaría mejor a la zona secundaria, y también a las instalaciones principales con las plantas. Bien, con un plan organizativo funcional...

—Un plan organizativo funcional. Madre de Dios.

—Tranquila. No es tanto como parece. Lo que tiene que hacer es dividir la responsabilidad en las diferentes zonas funcionales. Esto es, ventas, producción y propagación.

Evidentemente, usted hace el trabajo de multiplicación maravillosamente, pero en estos momentos me necesita para dirigir la producción y las ventas. Si incrementamos el volumen de ventas como propongo aquí...

—Ha preparado esquemas. —En la voz de Roz había un deje de asombro—. Y gráficos. Estoy... me estoy asustando.

—No tiene por qué —dijo Stella con una risa, y entonces la miró—. Bueno, un poco sí. Pero si mira este esquema, verá que la directora del invernadero (esa soy yo) y usted estamos al frente de todo; de ahí sale una flecha hacia los responsables de propagación, esto es, usted y supongo que Harper; directora de producción: yo; directora de ventas: otra vez yo. Al menos de momento. Tiene que contratar o designar a alguien para que se encargue de la producción en contenedores o al aire libre. Y esta sección de aquí abarca al personal, la descripción de los diferentes trabajos y las responsabilidades de cada uno.

—Muy bien. —Roz se frotó la nuca aspirando ligeramente—. Antes de leer todo eso, permita que le diga que, si bien podría considerar la posibilidad de contratar más personal, Logan, mi paisajista, es muy hábil con la producción al

aire libre. Yo puedo seguir ocupándome de la producción en contenedores. No creé este lugar para sentarme mientras otros hacían el trabajo.

—Estupendo. Entonces quizá sería bueno que conociera a Logan para que podamos coordinar nuestras opiniones.

Roz esbozó una leve sonrisa, un pelín torcida.

—Eso me gustaría verlo.

—Entretanto, ya que estamos aquí, ¿por qué no cogemos las notas y los bocetos sobre la zona de atención al público y las repasamos sobre el terreno? Así verá mejor lo que quiero decir y será más sencillo para todos.

¿Más sencillo?, pensó Roz bajando de la mesa. Tenía la sensación de que ya nada volvería a ser sencillo.

Pero lo que estaba claro es que tampoco iba a ser aburrido.

4

Todo era perfecto. Stella trabajaba largas horas, pero por el momento se trataba sobre todo de planificar. Y había pocas cosas que a Stella le gustaran más que planificar. Organizar, por ejemplo. Ella tenía una imagen muy concreta de cómo podían y debían ser las cosas.

Seguramente había quien veía como un defecto aquella tendencia suya a organizar y hacer proyectos, a tratar de convertir su visión de las cosas en una realidad incluso —o puede que sobre todo— cuando los demás no acababan de hacerse una idea.

Pero ella no lo consideraba un defecto.

La vida era mucho más agradable cuando cada cosa estaba en su sitio.

Hasta la muerte de Kevin, Stella se había asegurado de que en su vida todo estuviera donde debía. Su infancia había sido un cúmulo de contradicciones, confusión, disgustos. A los tres años había perdido a su padre a causa del divorcio.

Lo único que recordaba con claridad de cuando se habían ido de Memphis fue lo mucho que había llorado por él.

A partir de ahí, ella y su madre no habían dejado de chocar por todo, desde el color de las paredes a la economía o los planes para las vacaciones. Todo.

La misma gente que habría visto su tendencia a organizar como un defecto quizá diría que eso es lo que pasa cuando dos mujeres testarudas están bajo un mismo techo. Pero Stella sabía que no era cierto. Ella era práctica y organizada, y en cambio su madre era dispersa y espontánea. Lo cual explicaba sus cuatro matrimonios y tres compromisos rotos.

A su madre le gustaban los amores desaforados, vertiginosos. Stella prefería algo más tranquilo, estable, un compromiso.

Y no es que no fuera romántica. Simplemente, también era sensata.

Enamorarse de Kevin había sido a la vez sensato y romántico. Él era un

hombre cálido, dulce, firme. Los dos querían las mismas cosas. Un hogar, una familia, un futuro. Y la había hecho muy feliz, había hecho que se sintiera segura y valorada. Oh, Dios, cómo lo añoraba.

¿Qué pensaría sobre su idea de mudarse allí y empezar de cero? Habría confiado en ella, seguro. Él siempre había creído en ella. Creían el uno en el otro.

Kevin había sido un apoyo para ella. Una base sólida sobre la que apoyarse después de una infancia llena de altibajos y descontento.

Y entonces el destino le arrebató ese apoyo y Stella perdió su asidero, su amor, su amigo, a la única persona del mundo que podía querer a sus hijos tanto como ella.

Después de la muerte de Kevin, durante los primeros meses hubo momentos en que creyó que no podría recuperar el equilibrio.

Pero aquello había pasado, y ahora ella era un apoyo para sus hijos y haría lo que fuera para darles una buena vida.

Ya los había acostado, así que se sentó en la cama con su ordenador portátil, con un fuego moderado ardiendo en la chimenea... Sí, definitivamente, cuando tuviera su casa, instalaría una chimenea en su dormitorio.

No era la mejor forma de trabajar, pero no le pareció bien pedirle a Roz que le cediera otra habitación para utilizarla como despacho.

De momento tendría que pasar así. En realidad era agradable repasar el orden del día siguiente instalada en aquella espléndida cama antigua.

Ya tenía la lista de proveedores a los que quería llamar, el plan para reorganizar los accesorios de jardín y plantas de interior. El nuevo sistema de precios por colores.

El programa con el nuevo sistema de facturación.

Tenía que hablar con Roz de los empleados de temporada. Quiénes, cuántos, así como las responsabilidades de grupo y las individuales.

Y aún tenía que atrapar al diseñador de paisajes. En una semana había tenido tiempo de sobra para devolverle la llamada. Tecleó el nombre, «Logan Kitridge», en negrita y lo subrayó.

Miró el reloj, y pensó que seguramente trabajaría mejor después de una noche de sueño reparador.

Así que apagó el ordenador y lo dejó sobre el tocador para ponerlo a cargar.

Realmente necesitaba un despacho.

Siguió la misma rutina de siempre antes de acostarse: se quitó

meticulosamente el maquillaje, estudió su rostro en el espejo tratando de ver si el ogro del tiempo había dejado en ella alguna nueva arruga. Se aplicó con suaves toquecitos la crema de contorno de ojos, la crema para los labios, la hidratante de noche... todas ellas colocadas sobre el mármol por orden de uso. Tras ponerse crema en las manos, dedicó unos minutos a buscarse canas en el pelo. El tiempo podía ser muy astuto.

Le habría gustado ser más guapa. Que sus facciones fueran más regulares, su pelo más lacio y de un color más normal. En una ocasión se lo había teñido de castaño y fue un desastre. Así que tendría que vivir con...

De pronto se dio cuenta de que estaba tarareando y se miró frunciendo el ceño.

¿Qué canción era aquélla? Es curioso que la tuviera en la cabeza y ni siquiera supiera qué era.

Y entonces se dio cuenta de que no la tenía en la cabeza. La estaba oyendo. Un canto suave y soñador. Y venía de la habitación de los niños.

Stella fue hasta la puerta que conectaba las dos habitaciones. ¿Qué haría Roz cantándoles a sus hijos a las once de la noche? Cuando abrió la puerta, el canto cesó.

Bajo la débil luz de la lamparita de Harry Potter, vio a sus hijos en sus respectivas camas.

—¿Roz? —preguntó en un susurro, y entró.

Sintió un estremecimiento. ¿Por qué hacía tanto frío allí adentro? Con gran sigilo y rapidez fue hasta las puertas de la terraza y las encontró bien cerradas, al igual que las ventanas. Y también la puerta que daba al pasillo, pensó frunciendo de nuevo el ceño.

Habría jurado que había oído algo. Había sentido algo. Pero la sensación de frío se había evaporado y lo único que se oía en la habitación era la respiración regular de sus hijos.

Los arropó bien con las mantas, como hacía cada noche, y les dio un beso a cada uno en la cabeza.

Y cuando salió dejó abiertas las puertas que conectaban las dos habitaciones.

A la mañana siguiente ya había olvidado el incidente. Luke no encontró su camiseta de la suerte y Gavin estuvo revolcándose con Parker durante su paseo de la mañana y tuvo que cambiarse la suya. Como resultado, Stella casi no tuvo

tiempo ni de tomarse el café y el panecillo que David insistió en que tomara.

—¿Puedes decirle a Roz que quería empezar temprano? Quiero tener la zona de recepción lista antes de que abramos a las diez.

—Se fue hace una hora.

—¿Hace una hora? —Stella consultó su reloj. Se había propuesto seguir el ritmo de Roz... y por lo visto no lo estaba consiguiendo—. ¿Es que no duerme?

—Se toma muy a pecho el dicho de «A quien madruga Dios lo ayuda».

—Perdona, pero, ohhh... Tengo que irme. —Se dirigió corriendo hacia la puerta, pero se detuvo un momento—. David, ¿va todo bien con los niños? Si tienes algún problema me lo dirás, ¿verdad?

—Por supuesto. Lo único que hacemos es divertirnos. Hoy, después del colegio, practicaremos las carreras con tijeras, y luego probaremos a ver con cuántas cosas nos podemos sacar los ojos. Y luego pasaremos a los materiales inflamables.

—Gracias. Me quedo más tranquila. —Se inclinó para darle una palmadita a Parker—. No pierdas de vista a este individuo —le dijo.

Logan Kitridge andaba algo apurado de tiempo. La lluvia había retrasado su proyecto personal, hasta tal punto que tendría que posponer —otra vez— algunos de los aspectos más delicados para cumplir con sus compromisos profesionales.

En realidad tampoco le importaba tanto. Para él el paisajismo era un trabajo indefinido, en continua evolución. Nunca se acababa. Nunca tendría que acabarse. Y, cuando se trabaja con la naturaleza, ella manda. Es voluble y tramposa, e infinitamente fascinante.

Con ella siempre había que estar alerta, siempre dispuesto a amoldarse, a transigir y cambiar con sus estados de ánimo. Hacer planes en términos absolutos era una forma de amargarse y, en su opinión, ya había demasiadas cosas que le amargaban a uno la vida.

Aquel día, la naturaleza se había dignado ofrecerle un día despejado, así que decidió concentrarse en su proyecto personal. Eso significaba que trabajaría solo —de todos modos, lo prefería así— y que tendría que encontrar un momento para ir a comprobar cómo iban sus dos ayudantes con el trabajo.

Significaba que tenía que ir al centro de jardinería, recoger los árboles que había apartado y llevarlos a su casa. Y los tendría plantados en la tierra antes del

mediodía.

O de la una. Las dos como mucho.

Bueno, a ver qué tal.

Lo único para lo que no encontraría tiempo sería la nueva directora que Roz había contratado. Aunque, para empezar, no entendía para qué quería Roz una directora. Y encima yanqui. En su opinión, Rosalind Harper dirigía su negocio muy bien ella solita y no necesitaba que ninguna desconocida que hablaba muy deprisa se lo jodiera todo.

A Logan le gustaba trabajar para Roz. Era una mujer que conseguía que se hicieran las cosas, y no metía las narices en su trabajo más de lo necesario. Le gustaba su trabajo tanto como a él, y tenía instinto. Por eso, cuando ella hacía una sugerencia, normalmente la escuchaba y la sopesaba.

Pagaba bien y no lo atosigaba con detalles estúpidos.

Se lo estaba viendo venir: aquella directora no haría más que traer problemas.

Como que ya le había estado dejando mensajes con su fino acento de yanqui sobre gestión del tiempo, sistemas de facturación e inventario de material.

A él esas cosas siempre lo habían traído sin cuidado, y no iban a empezar a preocuparle ahora.

Maldita sea, él y Roz ya tenían un sistema que les permitía hacer el trabajo y tener contentos a los clientes.

¿Por qué complicarlo todo buscando más éxito?

Cruzó la zona de aparcamiento con su camioneta, pasó entre los montones de mantillo y arena, las vigas de madera para jardinería, y rodeó la zona de carga lateral.

Ya había visto y etiquetado lo que quería; pero, antes de cargarlo en la camioneta, echaría un último vistazo. Además, había algunas plantas vivaces jóvenes en los bancales del exterior y un par de cicutas ya preparadas con el cepellón que seguramente le servirían.

Harper le había injertado un par de sauces y un seto de peonías. Aquella primavera estarían listos para plantarlos, junto con los diferentes tiestos con esquejes y acodos con los que Roz lo había ayudado.

Avanzó entre las hileras de árboles; luego se dio la vuelta y volvió atrás.

Algo pasaba. Lo habían cambiado todo de sitio. ¿Dónde estaban sus cornejos?

¿Dónde demonios estaban los rododendros y el laurel de montaña que había

seleccionado? ¿Adónde había ido a parar el jodido magnolio?

Miró ceñudo un arbusto de sarga y se puso a buscar cuidadosamente por toda la sección.

Todo estaba diferente. Los árboles y arbustos ya no formaban lo que él consideraba una combinación interesante y ecléctica de especies, sino que los habían alineado como reclutas del ejército. Dios, por orden alfabético. Y con el nombre científico.

Habían colocado los arbustos aparte, organizados con la misma rigidez.

Encontró sus árboles y los cargó en la camioneta hecho una furia. Musitando para sus adentros, decidió acercarse a los bancales del exterior y desenterrar los árboles que quería. Estarían más seguros en su casa. Evidentemente.

Pero primero buscaría a Roz y aclararía todo aquel embrollo.

Encaramada en una escalerilla y armada con un cubo de agua jabonosa y un trapo, Stella se puso a limpiar el estante que había despejado. Una buena limpieza, pensó, y estará listo para exponer los productos. Lo imaginaba con tiestos decorativos de colores coordinados y plantas de colores variados. Si añadía otros accesorios, como difusores con cabezas decorativas, cordel de rafia o piedrecillas, ya sería otra cosa.

En la zona de exposición darían un impulso a las ventas.

Los aditivos para la tierra, fertilizantes y repelentes para animales irían junto al muro lateral. Eran productos básicos, y para ir a buscarlos los clientes tendrían que pasar entre los móviles de campanillas y las jardineras que pensaba colocar. Sí, en conjunto, los cambios atraerían a los clientes a la sección de plantas de interior, tras pasar entre los tiestos del patio y los accesorios de jardín, para llegar al fin a las plantas decorativas de parterre.

Aún faltaba una hora y media para que abrieran. Si conseguía convencer a Harper para que la ayudara con el material más pesado, tenía tiempo.

Oyó pasos a su espalda y se sopló el pelo para apartarlo de los ojos.

—Estoy en ello —empezó a decir—. Sé que no lo parece, pero...

Pero al ver al hombre calló.

Incluso desde lo alto de la escalerilla, se sintió muy poca cosa a su lado. Debía de sobrepasar el metro noventa. Rudo, fuerte, atlético, con unos vaqueros gastados y manchas de lejía en una de las perneras. Llevaba camisa de franela y debajo una camiseta blanca, y unas botas tan sucias y estropeadas que Stella no

entendía que no las hubiera jubilado todavía.

El pelo, largo, ondulado y descuidado, era del mismo color que ella había utilizado la vez que quiso teñirse.

No se podía decir que fuera guapo... porque en él todo daba una sensación de dureza y hosquedad. El mohín severo de la boca, las mejillas hundidas, la nariz afilada, la expresión de los ojos. Eran verdes, pero no como los de Kevin, sino de un verde profundo y hostil, y bajo las espesas cejas parecían furibundos.

No, no se podía decir que fuera guapo, pero sí peculiar, con aquel aire tan imponente y rudo. Una rudeza tal que daba la impresión de que en cualquier momento uno de sus puños podía salir disparado y hacerle más daño a él que a su víctima.

Stella sonrió, aunque le habría gustado saber dónde estaban Roz o Harper.

Quien fuera.

—Lo siento. Aún no hemos abierto. ¿Puedo ayudarlo?

Oh, él conocía esa voz. La misma voz tajante y serena que le había estado dejando irritantes mensajes sobre planes organizativos funcionales y objetivos en la producción.

Él esperaba encontrarse a alguien con el mismo aspecto que sugería la voz; seguramente era un error frecuente. Pero no había nada tajante y sereno en la mata rebelde de pelo rojo que la mujer trataba de controlar bajo aquel ridículo pañuelo, ni en la cautela de sus grandes ojos azules.

—Ha cambiado de sitio mis árboles.

—¿Cómo dice?

—Tiene que haber sido usted. No vuelva a hacerlo.

—No sé de qué me habla. —Bajó de la escalerilla, sin soltar el cubo... por si acaso—. ¿Había encargado árboles? Si me dice su nombre, veré si puedo localizarlos.

Estamos implantando un nuevo sistema, así que...

—Yo no tengo que encargarme nada, y no me gusta su nuevo sistema. Y de todos modos, ¿qué coño está haciendo ahí? ¿Dónde está todo?

Su voz tenía un claro y desagradable deje de impaciencia.

—Creo que será mejor que vuelva cuando hayamos abierto. El horario de invierno empieza a las diez. Déjeme su nombre... —Se volvió hacia el mostrador y el teléfono.

—Kitridge. Ya tendría que saberlo, puesto que lleva casi una semana acosándome con sus mensajitos.

—No sé... oh. Kitridge. —Se relajó, apenas—. El diseñador de paisajes. Y nadie lo ha estado acosando. He intentado ponerme en contacto con usted para que pudiéramos reunirnos. No ha tenido la cortesía de contestar a mis llamadas. Desde luego, espero que no sea tan desagradable con los clientes.

—¿Desagradable? Amiga, no me ha visto usted cuando me pongo desagradable.

—Tengo dos hijos —espetó ella en respuesta—. Y sé muy bien lo que es un hombre grosero. Roz me ha contratado para que ponga un poco de orden en su negocio, para que le quite parte de la carga sistémica y...

—¿Sistémica? —Levantó los ojos al techo como si quisiera rezar—. Jesús, ¿piensa hablar siempre igual?

Ella respiró hondo para calmarse.

—Señor Kitridge, tengo un trabajo que hacer. Y parte de ese trabajo consiste en encargarme de la rama de paisajismo del negocio. Que resulta que es una rama muy importante y rentable.

—Jodidamente cierto. Y es mi jodida rama.

—Y que resulta que está ridículamente desorganizada y por lo visto gestiona usted como una tienducha. Llevo toda la semana encontrando trocitos de papel y pedidos y facturas (si es que se los puede llamar así) garabateados a mano.

—¿Y qué?

—Pues que si se hubiera molestado en devolverme las llamadas y hubiéramos podido reunirnos ya le habría explicado cómo va a funcionar a partir de ahora esa rama del negocio.

—¿No me diga? —Su acento del oeste de Tennessee adoptó un tono susurrante y amenazador—. Usted me lo va a explicar a mí.

—Exacto. A la larga, el sistema que quiero implantar le permitirá ahorrarse una cantidad de tiempo y esfuerzo considerable, con facturas informatizadas e inventario, listas de clientes y diseños, y...

El hombre la estudió. Seguramente la superaba en unos treinta centímetros de altura, y unos cuarenta y cinco kilos. Pero menuda boquita. Es lo que su madre habría llamado viperina, y por lo visto nunca se quedaba cerrada.

—¿Y cómo demonios voy a ahorrar tiempo si me tengo que pasar el día delante del ordenador?

—Cuando los datos estén introducidos lo hará. Por lo que veo, actualmente lleva usted la mayor parte de la información en el bolsillo, o dentro de su cabeza.

—¿Y qué? Si la tengo en el bolsillo significa que la puedo encontrar. Y en mi

cabeza también. No tengo problemas de memoria.

—Puede. Pero imagínese que mañana lo atropella un camión y se pasa los próximos cinco años en coma. —La linda boquita sonrió con frialdad—. ¿Qué haríamos entonces?

—Yo estaré en coma, así que no creo que me importe. Venga conmigo.

Y dicho esto la cogió de la mano y la arrastró hasta la puerta.

—¡Eh! —consiguió decir ella—. ¡Eh!

—Los negocios son los negocios. —El hombre tenía las manos duras y ásperas como rocas. Y, mientras la llevaba fuera del edificio, Stella se vio obligada a correr de una forma poco digna para mantenerse a la par de sus largas zancadas—. Solo será un momento. Mire esto.

Y le señaló la zona de árboles y arbustos, en tanto ella trataba de recuperar el aliento.

—¿Qué le pasa?

—Está todo desordenado.

—Desde luego que no. Me he pasado casi un día entero en esta sección. —Y sus músculos doloridos lo demostraban—. Está organizado de una forma coherente. Así, si un cliente busca un árbol ornamental, él o el empleado que lo esté ayudando podrá encontrar el más adecuado. Si el cliente busca un arbusto que florezca en primavera o...

—Están todos alineados. ¿Es que ha utilizado un nivel de carpintero? Ahora, cuando la gente venga ¿cómo se van a hacer una idea del efecto de la combinación de diferentes especies?

—Ése es su trabajo y de los otros empleados. Estamos aquí para ayudar y orientar al cliente con las diferentes posibilidades, o para cosas más específicas. Si tienen que andar dando vueltas para encontrar una maldita hortensia...

—Verán una espirea o una camelia que quizá los convenza también...

No le faltaba razón. Stella ya lo había pensado, no era ninguna idiota.

—O se irán con las manos vacías porque no han podido encontrar lo que buscaban. Un personal atento y bien formado tendría que saber orientar al cliente y explorar con él. Tanto lo uno como lo otro tiene sus pros y sus contras. Pero a mí me gusta más de esta forma. Y soy yo quien decide. Y ahora —retrocedió—, si tiene un momento, tenemos que...

—No lo tengo. —Y se fue hacia la camioneta.

—Espere. —Stella corrió tras él—. Tenemos que hablar sobre el nuevo sistema de pedidos y facturas.

—Mándeme un jodido informe. Parece que eso la pone.

—No quiero mandarle ningún jodido informe. ¿Qué está haciendo con esos árboles?

—Me los llevo a mi casa. —Abrió la puerta de la camioneta y se subió.

—¿Cómo que se los lleva a su casa? No he visto ningún papel donde lo indique.

—Yo tampoco. —Después de cerrar de golpe, bajó la ventanilla un par de centímetros escasos—. Apártese, pelirroja. No me gustaría pisarle los callos.

—Mire. No puede presentarse aquí y llevarse el material cuando le apetezca.

—Pues dígaselo a Roz. Si es que sigue siendo la jefa. Si no, tendrá que llamar a la policía. —Arrancó el motor y, cuando Stella retrocedió, dio marcha atrás. Y la dejó como un pasmarote.

Stella volvió al edificio, con las mejillas encendidas de ira. Le estaría bien empleado, pensó, le estaría muy bien empleado que viniera la policía. Levantó la cabeza, con mirada llameante, cuando Roz abrió la puerta.

—¿Ésa era la camioneta de Logan?

—¿Tiene contacto con los clientes?

—Claro. ¿Por qué?

—Pues entonces tiene suerte de que no le hayan demandado. Entra hecho una furia y no hace más que quejarse. La madre que... —musitó Stella cuando pasó junto a Roz—. Que si no me gusta esto, no me gusta lo otro. Por lo que he visto no le gusta nada. Y luego se va con un montón de árboles y arbustos.

Roz se frotó el lóbulo de la oreja con aire pensativo.

—Tiene sus arranques.

—¿Arranques? Yo solo he visto uno, y no me ha gustado. —Se quitó el pañuelo de un tirón y lo arrojó sobre el mostrador.

—La ha puesto nerviosa, ¿eh?

—Bastante. Yo solo intento hacer mi trabajo, Roz.

—Lo sé. Y, hasta la fecha, no creo haber hecho comentarios o haberme quejado como para merecerme ese «la madre que...».

Stella la miró horrorizada.

—¡Oh! No. No quería decir... Dios.

—Estamos en una especie de período de adaptación. Y a algunos adaptarse les cuesta más que a otros. La mayoría de sus ideas me gustan, y en cuanto a las otras, puedo darle una oportunidad. Logan está acostumbrado a hacer las cosas a su manera, y hasta ahora no he tenido ningún problema. Funciona.

—Se ha llevado material. ¿Cómo puedo llevar un inventario si no sé lo que se lleva ni para qué? Necesito documentar las cosas, Roz.

—Me imagino que se ha llevado los ejemplares que separó para su uso personal. Si se ha llevado otros, me lo dirá. Sé que no es la forma en que haría usted las cosas —siguió diciendo antes de que Stella pudiera protestar—. Hablaré con él, Stella, pero en este caso quizá tendría que ceder un poco. Esto no es Michigan. La dejo que siga con su trabajo.

Y ella se volvería con sus plantas. Normalmente le daban muchos menos problemas que la gente.

—Roz, sé que puedo ser muy pesada, pero quiero ayudarla a ampliar su negocio, de verdad.

—Ya me había dado cuenta de las dos cosas.

Ya sola, Stella estuvo con mala cara unos momentos. Luego cogió el cubo y volvió a subirse a la escalerilla. Aquella reunión inesperada la había descolocado por completo.

—No me gusta. —Logan estaba sentado en el salón de Roz, con una cerveza en una mano y una expresión de malhumor—. Es mandona, rígida, creída y una histérica. —Al ver que Roz enarcaba las cejas, se encogió de hombros—. Bueno, histérica no, de momento, pero lo otro sí.

—A mí me gusta. Me gusta su energía y su entusiasmo. Y necesito alguien que se ocupe de los detalles. Yo no doy abasto. Solo os pido que tratéis de encontrar un término medio.

—No creo que ella acepte términos medios. Es muy extremista. Y no confío en las mujeres extremistas.

—Confías en mí.

El hombre caviló mientras daba un trago a su cerveza. En eso tenía razón. Si no confiara en ella, no habría aceptado el trabajo, por muy alto que fuera el salario y las propinas.

—Nos hará poner cada pedido por triplicado, y tendremos que justificar los centímetros que podamos de cada arbusto.

—No creo que llegemos a tanto. —Roz apoyó los pies en la mesita auxiliar y bebió de su cerveza.

—Si pensabas contratar a alguien para que dirigiera el negocio, ¿por qué no has buscado a alguien de aquí? Alguien que entienda cómo hacemos las cosas

por aquí.

—Porque no quería a nadie de aquí. La quería a ella. Cuando llegue, tomaremos algo como personas civilizadas y luego comeremos como personas civilizadas. No me importa que no os caigáis bien, pero tenéis que aprender a toleraros.

—Tú mandas.

—Eso es. —Le dio una palmada amistosa en el muslo—. Harper también vendrá. Lo he obligado.

Logan meditó un minuto más.

—¿De verdad te gusta?

—Sí, de verdad. Y echo en falta la compañía de otras mujeres. Mujeres que no sean tontas e irritantes. Y ella no lo es. Fue muy duro para ella perder a su marido tan joven, Logan. Sé muy bien lo que es eso. Pero eso no hizo que se derrumbara ni la convirtió en una persona quisquillosa. Así que, sí, me gusta.

—Entonces toleraré su presencia, pero solo por ti.

—Adulador. —Roz rio y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Solo porque estoy loco por ti.

Stella apareció en la puerta justo a tiempo para ver a Logan cogiendo la mano de Roz y pensó: Oh, mierda.

Había tenido un encontronazo y había discutido con el amante de su jefa, le había insultado y se había quejado de él.

Con una desazón terrible en el estómago, hizo pasar a sus hijos. Y luego entró ella, con una sonrisa postiza en la cara.

—Espero que no lleguemos tarde —dijo alegremente—. Hemos tenido una pequeña crisis doméstica. Hola, señor Kitridge. Me gustaría presentarle a mis hijos. Éste es Gavin, y éste es Luke.

—¿Qué tal? —Parecían niños normales, no los monstruitos que habría esperado de alguien como Stella.

—Yo tengo un diente suelto —le dijo Luke.

—¿Ah sí? Pues habrá que echarle un vistazo. —Logan dejó su cerveza para examinar seriamente el diente que Luke no dejaba de hurgarse con la lengua—. Genial. ¿Sabes?, tengo unos alicates en mi caja de herramientas. Con un tirón saldrá solo.

Logan se dio la vuelta al oír un pequeño grito horrorizado y le sonrió levemente a Stella.

—El señor Kitridge lo dice de broma —le dijo Stella a su hijo, que parecía

fascinado—. Tu diente se caerá solo cuando sea el momento.

—Y, cuando se caiga, vendrá el ratoncito Pérez y me dará un pavo.

Logan frunció los labios.

—Un pavo, ¿eh? Parece un intercambio justo.

—Cuando se caiga me saldrá sangre, pero no me da miedo.

—Señora Roz, ¿podemos ir a la cocina para ver a David? —Gavin lanzó una mirada a su madre—. Mamá dice que tenemos que preguntarle a usted.

—Claro. Id.

—Nada de caramelos —gritó la madre cuando se iban.

—Logan, ¿por qué no le sirves una copa de vino a Stella?

—Ya me lo sirvo yo. No hace falta que se levante —le dijo Stella.

Ya no parecía un estúpido avasallador. Se había aseado bien, y enseguida comprendió por qué a Roz la atraía. Si a una le gustan los hombres muy machos, claro.

—¿Me dijo que Harper viene también? —le preguntó Stella.

—Llegará enseguida. —Roz señaló con la cerveza—. A ver si podemos entendernos todos juntos. Dejar todo este asunto a un lado y disfrutar de una buena comida sin arruinarnos la digestión. Stella se encargará de las ventas y la producción, de dirigir el negocio diario. De todos modos, por el momento las dos compartiremos la dirección del personal, y Harper y yo nos encargaremos de la multiplicación.

Dio un sorbo a la cerveza y esperó, aunque era consciente de su poder y no esperaba que nadie la interrumpiera.

—Logan es el responsable del diseño de paisajes, tanto sobre el terreno como fuera. Como tal, tiene preferencia sobre todo el material y está autorizado a hacer pedidos especiales, o a hacer intercambios, compras o alquiler del material o a llevarse los ejemplares que necesite para diseños del exterior. Los cambios que Stella ya ha realizado o propuesto (y que han recibido mi visto bueno) se conservarán.

Mientras yo no diga lo contrario. ¿Hasta aquí todo claro?

—Totalmente —dijo Stella muy serena.

Logan se encogió de hombros.

—Lo que significa que tendréis que colaborar, y hacer lo posible por entenderos para que los dos funcionéis debidamente en el área que os corresponde. Yo he creado este negocio, y si es necesario puedo dirigirlo sola. Pero no es lo que quiero. Lo que quiero es que vosotros dos y Harper compartáis

la responsabilidad que he puesto sobre vuestros hombros. Discutid lo que queráis. Pero aseguraos de que hacéis el trabajo.

Se terminó la cerveza.

—¿Alguna pregunta? ¿Algún comentario? —Tras un momento de silencio, se levantó—. Bueno, pues entonces vamos a comer.

5

Vista en conjunto, podía decirse que fue una velada agradable. Ninguno de sus hijos tiró comida ni hizo ademán de vomitar. Y para Stella eso siempre era un plus.

La conversación fue educada, incluso animada, sobre todo cuando los chicos descubrieron cuál era el primer apellido de Logan, el mismo que utilizaba el Wolverine de los X-Men.

Eso le dio instantáneamente el estatus de héroe, y más cuando supieron que compartía la afición de Gavin por los cómics.

El hecho de que Logan pareciera más interesado en hablar con sus hijos que con ella seguramente fue otro plus.

—¿Sabes?, si Hulk y Spiderman lucharan alguna vez, yo creo que ganaría Spiderman.

Logan asintió y se puso a cortar su rosbif.

—Porque Spiderman es más rápido y más ágil. Pero si Hulk lo pudiera atrapar, Spiderman estaría perdido.

Gavin atravesó una patata muy pequeña con el tenedor y la sostuvo en alto como una cabeza clavada en una estaca.

—Si estuviera bajo la influencia de un hombre muy malo, como...

—Como mister Hide.

—¡Sí! Como mister Hide, entonces Hulk tendría que ir tras Spiderman. Pero aun así ganaría Spiderman.

—Por eso es tan raro —concedió Logan—, y por eso Hulk es increíble. Hacen falta más que músculos para combatir el mal.

—Sí, hay que ser listo, valiente, y todo eso.

—Peter Parker es el más listo. —Luke emuló a su hermano con la cabeza de patata.

—Bruce Banner también es muy listo. —Al ver que los niños reían, Logan

levantó una patata y la agitó—. Siempre se las arregla para conseguir ropa nueva cuando recupera su forma normal.

—Si de verdad fuera listo —comentó Harper—, encontraría la forma de hacer que su ropa se estirara y se contrajera.

—¡Científicos! —dijo Logan haciendo una mueca—. Nunca pensáis en lo mundano.

—¿Mundano es un supervillano? —quiso saber Luke.

—Mundano significa normal —le explicó Stella—. Como cuando digo: lo más mundano es comerse las patatas en lugar de jugar con ellas, y eso es lo que hace una persona educada en la mesa.

—Oh. —Luke le sonrió, con una expresión entre dulce y picara, y se metió la patata en la boca—. Vale.

Después de comer, Stella utilizó la excusa de los niños para retirarse. Tenía que bañarlos, contestar a sus preguntas, y aún tenían que quemar toda aquella energía que siempre les quedaba al final del día, lo que significa que uno o los dos se dedicarían a correr de un lado a otro prácticamente desnudos.

Luego venía su momento favorito del día, cuando ponía una silla entre las dos camas y les leía en voz alta mientras Parker dormitaba a sus pies. En aquellos momentos estaban con Mystic Horse y, como era de esperar, cuando cerró el libro escuchó una buena dosis de quejas y súplicas porque querían que leyera un poco más.

—Mañana. Me temo que ahora toca la sesión de besos babosos.

—No, besos no. —Gavin se dio la vuelta y escondió la cara contra la almohada—. ¡No, por favor!

—Sí, no podréis escapar. —Y le cubrió la parte de atrás de la cabeza y la nuca de besos mientras él se reía—. Y ahora mi siguiente víctima. —Y dicho esto se volvió hacia Luke y se frotó las manos.

—¡Espera, espera! —El niño levantó las manos para detenerla—. ¿Crees que el diente se me caerá mañana?

—Vamos a echarle un vistazo. —Stella se sentó a un lado y estudió el diente con aire grave mientras Luke se hurgaba con la lengua—. Quizá sí.

—¿Puedo tener un caballo?

—No te cabría debajo de la almohada. —Luke se rio, y Stella le besó la frente, las mejillas, y luego su boca dulce, dulce.

Se levantó, apagó la lamparita y los dejó con la luz de noche.

—Prohibido soñar cosas que no sean divertidas.

—Yo voy a soñar que tengo un caballo, porque a veces los sueños se hacen realidad.

—Sí, es verdad. Y ahora a dormir.

Volvió a su habitación, oyendo cómo sus hijos cuchicheaban. Eso también formaba parte del ritual de antes de dormir.

Lo era desde hacía un par de años. Ellos tres, solos, sin su padre. Pero ahora era algo consolidado y bueno, pensó, mientras oía unas risitas entre susurro y susurro.

En algún momento, Stella había dejado de sufrir cada noche, cada mañana, por lo que había tenido. Y había aprendido a atesorar lo que tenía.

Echó un vistazo a su ordenador portátil y pensó en el trabajo que se había dejado para la noche. Pero, en vez de ponerse a trabajar, se acercó a las puertas de la terraza.

Aún hacía frío para sentarse fuera, pero necesitaba el aire y la tranquilidad de la noche.

Imagínate, salir a la terraza en una noche de enero. Y no se estaba helando.

Aunque el hombre del tiempo había anunciado lluvias, el cielo estaba cuajado de estrellas, y hasta veía un cuarto de luna. Bajo aquella tenue luz podía ver una camelia en flor. Flores en invierno... Eso sí valía la pena añadirlo en su lista de pros para instalarse en el sur.

Se abrazó a sí misma y pensó en la primavera, cuando el aire fuera cálido y perfumado.

Quería estar allí en primavera para verlo, formar parte de aquel despertar.

Quería conservar el trabajo. No se había dado cuenta de lo mucho que lo deseaba hasta esa noche, cuando Roz les había dado aquel discurso antes de la cena.

No llevaba allí ni dos semanas y ya estaba enganchada. Demasiado enganchada. Eso siempre era un problema. Cuando empezaba algo, tenía que acabarlo. Como le decía su madre, ésa era su religión.

Pero había algo más. Sentía una especie de vínculo emocional con aquel lugar.

Era un error, lo sabía. Estaba medio enamorada del invernadero, y de la imagen de cómo quería que fuera. Quería ver las mesas llenas de color, de verde, cascadas de flores que desbordaban desde las canastas que colgarían del techo por los diferentes pasillos. Quería ver a los clientes mirando y comprando, llenando los carros de plantas.

Y, por supuesto, estaba también esa parte de ella que habría querido ir a casa de cada uno de los clientes y enseñarles exactamente cómo plantar cada cosa. Pero eso podía controlarlo.

Tenía que reconocer que también quería ver el sistema de archivo ya instalado, las hojas de cálculo, los cuadernos semanales de inventario.

Y, tanto si a él le gustaba como si no, tenía intención de visitar alguno de los trabajos de Logan. Para hacerse una idea de cómo funcionaba aquella parte del negocio.

Eso suponiendo que él no convenciera a Roz para que la echara.

A él también le había echado una reprimenda, era cierto. Pero él tenía ventaja porque jugaba en casa.

En cualquier caso, Stella no podría trabajar, ni relajarse, ni pensar en nada más hasta que no hubieran aclarado las cosas.

Bajaría con la excusa de prepararse un té. Si la camioneta de Logan ya no estaba, trataría de hablar un momento con Roz.

Todo se hallaba en silencio, y de pronto Stella tuvo la espantosa sensación de que se habían ido juntos a la cama. No, no quería pensar en eso. Bajó sigilosamente al salón y miró por la ventana. No veía la camioneta, pero lo cierto es que tampoco sabía dónde había aparcado, ni en qué vehículo había llegado.

Mejor dejarlo para la mañana. Trataría de entrevistarse brevemente con Roz y todo volvería a su sitio. Sí, mejor consultarlo con la almohada y meditar bien lo que quería decir y cómo.

De todos modos, ya que estaba abajo, decidió prepararse un té; luego subiría y se concentraría en el trabajo. Todo iría mejor cuando se concentrara.

Entró sigilosamente en la cocina y dejó escapar un pequeño grito cuando vio la figura en las sombras. La figura gritó también y dio un manotazo en el interruptor que había junto a la cocina.

—La próxima vez saque el arma y dispare —dijo Roz llevándose una mano al pecho.

—Lo siento. Dios, qué susto me ha dado. Sabía que David pensaba bajar a la ciudad esta noche. Pensé que no habría nadie.

—Solo estoy yo. Me estaba preparando un café.

—¿A oscuras?

—La luz del horno está encendida. Y conozco la cocina. ¿Qué, viene a saquear la nevera?

—¿Cómo? ¡Oh, no, no! —No se sentía tan a gusto como para hacer eso en

casa de otra mujer—. Solo quería prepararme un té para tomarlo mientras trabajo.

—Adelante. A menos que quiera un poco de mi café.

—Si bebo café después de la cena me pasaré la noche en vela.

Era una situación incómoda, allí, las dos solas, en medio de aquel silencio.

Aquella no era su casa, pensó Stella, ni su cocina, ni siquiera su silencio. Y ella no era una invitada, sino una empleada.

Por muy amable que fuera Roz, todo lo que había allí le pertenecía.

—¿Se ha ido el señor Kitridge?

—Puede llamarlo Logan, Stella. Si no, suena como si estuviera enfadada.

—Lo siento, no era mi intención. —O quizá sí, un poquito—. Hemos empezado con mal pie, eso es todo y yo... Oh, gracias —dijo cuando Roz le pasó la tetera—. Creo que no tendría que haberme quejado de él.

Llenó la tetera, deseando haber tenido tiempo para pensar lo que iba a decir.

Haber podido ensayarlo un poco.

—¿Por qué? —soltó Roz.

—Bueno, no sé si es muy constructivo que su directora y su diseñador de paisajes empiecen a trabajar juntos después de tener un encontronazo, y menos que vengan a lloriquearle a usted.

—Un comentario muy sensato. Maduro.

Roz se apoyó contra la encimera mientras esperaba que subiera el café. Es joven, pensó. Y, por mucho que tuvieran algunas experiencias en común, no debía olvidar que aquella mujer tenía más de diez años menos que ella. Y aún estaba un poco verde.

—Intento serlo —dijo Stella, y puso la tetera al fuego.

—Yo también lo intenté, en otro tiempo. Hasta que me dije «Qué demonios. Voy a crear mi propio negocio».

Stella se echó el pelo hacia atrás. ¿Quién era aquella mujer, que se veía elegante incluso bajo aquella luz, que hablaba sinceramente con aquella voz de acabar de presentarse en sociedad ante la aristocracia del sur y llevaba calcetines viejos de lana en lugar de zapatillas?

—No acabo de entenderla. No sé cómo manejarla.

—Eso es lo que hace, ¿verdad? Busca la forma de manejar las cosas. —Cambió de posición para coger una taza de un armario que tenía a su espalda—. Ésa es una buena cualidad para la directora de un negocio. Pero puede resultar muy irritante en un plano personal.

—No es la primera vez que me lo dicen. —Stella dejó escapar un suspiro—. Y, ya que hablamos del plano personal, también me gustaría disculparme. No tendría que haber dicho esas cosas sobre Logan. En primer lugar, porque no está bien hablar mal de otro empleado. Y en segundo, porque no sabía que tenían una relación.

—¿No lo sabía? —Aquello exigía una galleta, pensó Roz. Cogió el tarro que David siempre tenía lleno de galletas y sacó una de canela y vainilla—. ¿Y cuándo se ha dado cuenta?

—Cuando bajamos, antes de la cena. No quería escuchar, pero lo vi...

—Tome una galleta.

—De verdad, no como galletas después de...

—Tome una galleta —insistió Roz y le pasó una—. Logan y yo tenemos una relación. Él trabaja para mí, aunque él no lo ve así exactamente. —Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios—. Él considera más bien que trabaja conmigo, y no me importa. Mientras el trabajo se haga, entre dinero y el cliente esté satisfecho... También somos amigos. Me gusta mucho. Pero no nos acostamos juntos. No tenemos una relación amorosa en ningún sentido.

—Oh. —Esta vez Stella dejó escapar un bufido—. Oh. Bueno, me parece que tendría que aprender a tener la boca cerrada.

—No me ha ofendido, me siento halagada. Logan es un ejemplar excelente. Aunque no puedo decir que haya pensado nunca en él de esa forma.

—¿Por qué?

Roz se sirvió su café mientras Stella retiraba el agua del fuego.

—Tengo diez años más que él.

—¿Y eso qué?

Roz la miró, con un pequeño deje de sorpresa en el rostro, casi de humor.

—Tiene razón. Eso no importa o no tendría que importar. Sin embargo, he estado casada en dos ocasiones. Una fue buena, muy buena. La otra fue muy mala.

En estos momentos no quiero hombres. Demasiados problemas. Aunque vaya bien, exigen demasiado tiempo, esfuerzo y energía. Y prefiero emplearlos en mí misma.

—¿Le gusta estar sola?

—Sí. Hubo un tiempo en que no creí que volviera a disfrutar del lujo de poder estar sola. Tenía que ocuparme de mis hijos, siempre arriba y abajo, con tanto desorden, tanta responsabilidad...

Miró a su alrededor, como si le sorprendiera que todo estuviera tan callado, sin el ruido y el desorden que generan los niños.

—Cuando crecieron... aunque con los hijos nunca se acaba, claro, pero llega un momento en que hay que aprender a retirarse... pensé que quería compartir mi vida y mi casa con otra persona. Y me equivoqué. —Aunque su expresión seguía siendo tranquila y agradable, su tono se había vuelto como el granito—. Pero corregí el error.

—Yo no me imagino casándome otra vez. Incluso si sale bien, el matrimonio es como un acto de equilibrismo, ¿verdad? Sobre todo si hay que compaginarlo con una profesión y una familia.

—Yo nunca tuve que compaginar las dos cosas. Cuando John vivía, me ocupaba de la casa, de los niños, de él. Mi vida giraba alrededor de ellos. Y esto fue a más cuando me quedé sola con los chicos. No me arrepiento —dijo tras dar un sorbo a su café—. En aquel entonces es lo que quería. Lo del trabajo, mi carrera profesional, para mí vino después. Pero admiro a las mujeres que saben compaginar las dos cosas.

—Yo creo que lo hacía bien. —Stella sintió una punzada al recordar, una dulce punzada en el corazón—. Es agotador, pero espero haberlo hecho bien. En cambio, ahora no creo que pudiera. Estar con la misma persona todos los días, al final de la jornada. —Meneó la cabeza—. No, creo que no. Siempre nos imaginé a mí y a Kevin en todos los estadios y situaciones. Pero no me imagino haciendo lo mismo con otra persona.

—Quizá es que todavía no ha encontrado a la persona adecuada.

Stella levantó un hombro.

—Puede. Pero en cambio sí me los puedo imaginar a usted y Logan juntos.

—¿En serio?

Lo dijo con tan buen humor, con un tonillo tan pícaro que Stella se olvidó de sus reparos y no pudo evitar reírse.

—No, no lo decía en ese sentido. Aunque reconozco que la imagen me vino a la cabeza, pero enseguida bajé el telón para no verlo. Lo que quería decir es que se los ve bien juntos. Tan atractivos y seguros. Me pareció bonito. Es bonito tener a alguien con quien uno se siente tan a gusto.

—Y usted y Kevin se sentían así.

—Sí. Era como si nos dejáramos llevar por la misma corriente.

—Estaba pensando... No lleva usted su anillo de casada.

—No. —Stella se miró el dedo desnudo—. Me lo quité hará cosa de un año,

cuando empecé a salir con hombres. No me pareció bien llevarlo mientras estaba con otro. Ya no me siento casada. Supongo que ha sido algo gradual.

Roz asintió.

—Sí, lo sé.

—En algún momento, dejé de pensar qué diría Kevin de esto, qué haría Kevin, qué pensaría o querría. Así que me quité el anillo. Fue duro. Casi tan duro como perderlo.

—Yo me lo quité el día de mi cuadragésimo cumpleaños —musitó Roz—. Me di cuenta de que ya no lo llevaba como un tributo. Se había convertido más bien en una barrera frente a posibles relaciones. Así que me lo quité en aquel día aciago —dijo con una media sonrisa—. Porque, o avanzamos o nos consumimos.

—Yo la mayor parte del tiempo estoy demasiado ocupada para pensar, y no tengo intención de cambiar eso. Solo quería disculparme.

—Disculpas aceptadas. Me llevo mi café arriba. Nos vemos mañana.

—De acuerdo. Buenas noches.

Stella terminó de prepararse el té sintiéndose mucho mejor. Por la mañana empezaría de nuevo, pensó mientras subía la escalera. Seguiría con el trabajo de reorganizar, hablaría con Harper y Roz sobre los esquejes que ya podían incluirse en el inventario y encontraría la forma de llevarse bien con Logan.

Acababa de llegar al pasillo cuando de pronto oyó aquel canto suave y triste. Su corazón empezó a latir con violencia y aceleró el paso, con la taza temblando en la bandeja. Cuando llegó a la puerta de la habitación de sus hijos iba prácticamente corriendo.

Dentro no encontró a nadie, solo la misma sensación de frío. Dejó el té y miró en el armario, debajo de la cama, pero no encontró nada.

Se sentó en el suelo, entre las dos camas, esperando a que su respiración se apaciguara. El perro se movió y se subió a su regazo para lamerle la mano.

Y Stella se quedó allí, acariciándolo, sentada entre las camas de sus hijos, que dormían.

El domingo fue a comer a casa de su padre. Estuvo encantada cuando Jolene le dio un cóctel de champán y zumo de naranja y la echó de la cocina.

Era su primer día libre desde que había empezado a trabajar en el centro de jardinería, y quería relajarse.

Los niños estaban en el patio de atrás, correteando con Parker, así que se sentó tranquilamente con su padre.

—Cuéntamelo todo —le pidió él.

—Si te lo cuento todo, nos pasaremos toda la comida, la cena y el desayuno de mañana.

—Pues dime solo lo principal. ¿Qué te parece Rosalind?

—Me gusta mucho. Siempre se las arregla para ser sincera pero también esquiva. Con ella nunca sé muy bien el terreno que piso. Pero me gusta.

—Tiene suerte de poder contar contigo. Y ella lo sabe, es una mujer muy lista.

—Me parece que tú no eres precisamente imparcial.

—No del todo.

Su padre siempre la había querido mucho, Stella lo sabía. Incluso cuando pasaban meses entre visita y visita, siempre la llamaba, o le enviaba cartas, o regalos sorpresa por correo.

Llevaba muy bien la edad. Su madre se empeñaba en librar una batalla interminable y amarga contra los años, y en cambio Will Dooley parecía haber llegado a una tregua. Ahora el rojo de su pelo se veía superado por el gris de las canas, y su cuerpo huesudo lucía una barriga fofa. Tenía líneas de expresión alrededor de los ojos y la boca, y unas gafas apoyadas en la nariz.

Su rostro estaba sonrojado por el sol. Al hombre le encantaba cuidar del jardín y jugar al golf.

—Los chicos parecen contentos —comentó.

—Les encanta la casa. No puedo creer que estuviera tan preocupada, porque se portan como si llevaran allí toda la vida.

—Cielo, si no pudieras preocuparte por esas cosas, no serías tú.

—Detesto reconocerlo, pero tienes razón. De todos modos, aún quedan ciertos escollos en relación con la escuela. Es muy duro ser los nuevos en el colé, pero les gusta la casa, y tienen muchísimo espacio. Y David les encanta. ¿Conoces a David Wentworth?

—Sí. Podría decirse que forma parte de la casa desde que era un crío. Y ahora la dirige.

—Es estupendo con los niños. Me quita un peso de encima saber que después de las clases están con alguien que les gusta. Y también me gusta Harper, aunque no lo veo mucho.

—Siempre ha sido muy solitario. Es más feliz con sus plantas. Y es guapo —

añadió.

—Sí, lo es, pero prefiero que nos limitemos a hablar de esquejes de yema e injertos de hendidura, ¿te parece?

—No puedes reprocharle a un hombre que quiera ver feliz a su hija.

—Por el momento estoy muy feliz. —Más de lo que hubiera creído posible—. Aunque supongo que tarde o temprano sentiré la necesidad de tener mi propio hogar. Todavía no estoy preparada para empezar a mirar... Tengo demasiado trabajo, y no quiero estropear las cosas con Roz. Pero lo tengo en mi lista. Algo en el mismo distrito escolar, tal vez. No quiero tener que volver a cambiar a los niños de escuela.

—Encontrarás lo que buscas. Siempre lo haces.

—No tendría sentido encontrar lo que uno no busca. Pero hay tiempo. En estos momentos estoy hasta el cuello reorganizándolo todo, bueno, más bien organizándolo. Stock, papeleo, zonas de exposición.

—Y lo estás pasando en grande.

Stella rio, y estiró los brazos y las piernas.

—Pues sí. Oh, papá, es un sitio estupendo, y tiene tanto potencial... Me gustaría encontrar a alguien que tenga cabeza para las ventas y el trato con los clientes, así podría ponerlo al frente de ese departamento y yo me concentraría en ir alternando el género en stock y adelantar papeleo, y trataría de introducir algunas de mis ideas. Ni siquiera he podido echar un vistazo a la parte del paisajismo. Aparte del encontronazo con el hombre que lo lleva.

—¿Kitridge? —Will sonrió—. Creo que lo he visto un par de veces. Parece algo quisquilloso.

—Sí, eso creo.

—Pero trabaja bien. Roz no lo aceptaría si no fuera así, te lo aseguro. Hace un par de años, un amigo mío compró una vieja casa. Quería rehabilitarla. Y los jardines eran un desastre. Contrató a Kitridge para que se ocupara. Ahora son una maravilla. Han escrito sobre ellos en una revista.

—¿Cuál es su historia? La de Logan.

—Es de aquí. Nació y se crio aquí. Aunque me parece que pasó un tiempo en el norte. Se casó.

—No sabía que estuviera casado.

—Lo estaba —la corrigió Will—. No funcionó. No conozco los detalles. Quizá Jo te pueda contar algo. A ella se le dan mejor los cotilleos. Volvió hará unos seis u ocho años. Estuvo trabajando para una empresa importante en la

ciudad, hasta que Roz lo fichó. Jo, ¿qué sabes sobre ese chico que trabaja para Roz, Kittridge?

—¿Logan? —Jolene asomó la cabeza por la esquina. Llevaba puesto un delantal donde ponía «Cocina de Jo», un collar de perlas al cuello y unas zapatillas afelpadas de color rosa—. Es muy sexy.

—No creo que sea eso lo que Stella quiere saber.

—Bueno, eso lo puede ver por sí misma. Si tiene ojos en la cara y sangre en las venas, ¿no? Sus padres se mudaron nada menos que a Montana, hace dos o tres años.

Ladeó una cadera y se dio unos toquitos en la mejilla con el dedo mientras organizaba los datos en su cabeza.

—Tiene una hermana mayor que vive en Charlotte. Salió con la hija de Marge Peters un par de veces. Terri. ¿Te acuerdas de Terri, Will?

—La verdad es que no.

—Claro que te acuerdas. En sus tiempos fue reina de la fiesta de graduación del instituto, y luego fue miss del condado de Shelby y segunda aspirante al título de miss Tennessee. La mayoría dicen que no ganó porque no tiene tanto talento como debiera. Tiene una voz un poco... ridícula, diría.

Mientras Jo hablaba, Stella se limitó recostarse en el asiento y disfrutar.

Imagínate, poder recordar todo aquello. Seguramente ella sería incapaz de recordar quiénes habían sido las reinas del baile del instituto de sus tiempos. Y en cambio allí estaba Jo, hablando como si nada de unos hechos que habían tenido lugar por lo menos hacía diez años.

Debía de ser un rasgo típico del sur.

—¿Y Terri? Decía que Logan era demasiado serio para ella —siguió diciendo Jo—. Pero claro, para esa hasta un nabo sería demasiado serio.

Volvió a la cocina y, levantando la voz, dijo:

—Logan se casó con una yanqui y se fueron a Filadelfia, o Boston, o algo así. Y regresó un par de años después, sin ella. No tuvieron hijos.

Jo volvió a entrar con un cóctel fresco para Stella y otro para ella.

—He oído decir que a ella le gustaba la vida de la gran ciudad y a él no, así que se separaron. Seguramente hay más. Siempre lo hay. Pero Logan no suele hablar de sus cosas y la información que tengo es muy fragmentaria. Durante un tiempo estuvo trabajando para Fosterly Landscaping. Ya sabes, ¿no, Will? Se dedican sobre todo a trabajos comerciales. Embellecer edificios de oficinas y centros comerciales, y ese tipo de cosas. Dicen que Roz le ofreció el oro y el

moro para que aceptara el trabajo.

Will le guiñó un ojo a su hija.

—Ya te dije que ella lo sabría.

—Ya veo, ya.

Jo se rio entre dientes, agitó una mano.

—Compró la vieja casa de Morris en el río hará un par de años. Y la ha estado arreglando. Y he oído decir que estaba haciendo un trabajo para Tully Scopes. Tú no lo conoces, Will, pero yo estoy en el comité de jardines con su esposa, Mary. La mujer no hace más que quejarse por todo. Nunca está contenta. ¿Quieres otro Bloody Mary, cariño? —le preguntó a Will.

—No me importaría.

—Bueno, pues el caso es que oí que Tully quería que Logan le diseñara la disposición de unos arbustos, y un jardín para una propiedad que quería transformar.

Jolene siguió hablando mientras volvía a la cocina para preparar la bebida.

Stella y su padre se miraron intercambiando una amplia sonrisa.

—Y allí estaba Tully, cada día, quejándose o diciéndole que cambiara esto o aquello. Hasta que Logan le dijo que lo dejara en paz, más o menos.

—Vaya con el trato con el cliente —declaró Stella.

—Pues dejó el trabajo —siguió diciendo Jolene—. No quiso volver a poner un pie en la casa ni permitir que nadie de su equipo plantara allí ni una margarita hasta que Tully accedió a mantenerse al margen. ¿Es eso lo que querías saber?

—Sí, más o menos —dijo Stella, y alzó su cóctel para brindar con Jolene.

—Bien. La comida ya casi está lista. ¿Por qué no vais a llamar a los chicos?

Con la información que Jolene le había dado, Stella preparó un plan. En la luminosa mañana del lunes, armada con un mapa y algunas indicaciones, a primera hora se dirigió al lugar donde Logan iría a trabajar.

O, se corrigió, donde Roz creía que Logan iba a trabajar esa mañana.

Pensaba mostrarse extremadamente amable, flexible y servicial. Hasta que le hiciera ver las cosas a su manera.

Iba con su coche, y atravesó el barrio que rodeaba la ciudad. Casas antiguas y encantadoras, algo alejadas de la carretera. Bonitos tramos de césped en pendiente.

Hermosos árboles muy viejos. Robles y arces que echarían hojas y darían

sombra, cornejo y perales de Bradford que darían la bienvenida a la primavera con sus flores.

Y por supuesto, estando en el sur, no podían faltar montones de magnolios, junto con enormes azaleas y rododendros.

Trató de imaginarse allí, con sus hijos, viviendo en una de aquellas bellas casas, con un bonito jardín. Sí, lo veía, veía a sus hijos felices en un lugar como aquél, integrados en el vecindario, organizando cenas, salidas con los otros niños, barbacoas.

Pero se salía de su presupuesto. Incluso juntando el dinero que había ahorrado y lo que había sacado de la venta de la casa de Michigan, no podría permitirse una propiedad en aquella zona. Además, eso habría significado volver a cambiar a los niños de escuela, y ella perdería demasiado tiempo yendo y viniendo cada día del trabajo.

Aun así, por un momento fue bonito imaginarlo.

Vio la camioneta de Logan y una segunda camioneta delante de un edificio de ladrillo de dos plantas.

Enseguida se dio cuenta de que no estaba tan bien cuidada como las casas vecinas. El césped tenía diferentes alturas, las plantas que rodeaban el edificio necesitaban desesperadamente que las podaran y lo que en otro tiempo habían sido macizos de flores se veían desbordados o muertos.

Stella rodeó la casa y oyó el zumbido de una sierra y música country demasiado alta. Allí la hiedra crecía a sus anchas y se encaramaba por la pared de ladrillo.

Habría que arrancarla, pensó, y derribar ese arce antes de que se caiga, y aquella verja estaba cubierta de zarzas y madreselva.

En la parte de atrás de la casa vio a Logan, encaramado con ayuda de un arnés al tronco de un roble muerto. Estaba cortando ramas con una sierra. El día era fresco, pero el sol y el esfuerzo físico habían hecho que el sudor le cubrieran el rostro y le mojara la espalda de la camiseta.

De acuerdo, era sexy. Cualquier hombre con un buen cuerpo parece sexy cuando realiza algún esfuerzo físico. Si a eso se añadía alguna herramienta peligrosa, la imagen pasaba directamente a clasificación X.

Pero, se recordó a sí misma, que fuera sexy no tenía importancia.

Allí lo que contaba era el trabajo que hacía y la dinámica de su trabajo en común. Se mantuvo bien lejos mientras lo veía trabajar y examinó el resto del patio.

Quizá en otro tiempo había sido un lugar encantador, pero ahora estaba descuidado, cubierto de malezas y con árboles y arbustos moribundos. Un cobertizo se alzaba medio ladeado en el rincón más alejado de una valla, ahogado bajo una parra.

Casi un cuarto de acre, calculó mientras veía a un voluminoso hombre negro arrastrar las ramas cortadas hasta un blanco bajito y flacucho armado con una máquina para trocearlas. Algo más allá, una trituradora de aspecto recio esperaba su turno para zamparse el resto.

En aquel lugar la belleza no estaba muerta, decidió Stella. Solo estaba enterrada.

Hacía falta tener vista para devolverla a la vida.

La mirada del hombre negro se cruzó con la suya, así que Stella se acercó.

—¿Puedo ayudarla, miss?

Ella le ofreció la mano, y una sonrisa.

—Soy Stella Rothchild, la directora del centro de la señora Harper.

—Encantado. Yo soy Sam, y ése es Dick.

El hombrecito tenía la cara pecosa y juvenil de un crío de doce años y llevaba una barbita de chivo que parecía estar allí por error.

—Ya hemos oído hablar de usted. —Y le sonrió a su compañero arqueando una ceja.

—¿En serio? —Mantuvo el tono afable, pero tuvo ganas de rechinar los dientes—. He pensado que estaría bien pasar a ver cómo llevan el trabajo. —Volvió a echar un vistazo al patio, evitando deliberadamente levantar la vista a donde estaba Logan—. Desde luego aquí hay mucho que hacer.

—Hace falta una buena limpieza, sí —concedió Sam. Sus enormes manos, cubiertas por los guantes de trabajo, se colocaron sobre las caderas—. Aunque he visto cosas peores.

—¿Pueden darme una previsión en horas/hombre?

—Horas/hombre. —Dick se rio por lo bajo y le dio un codazo a Sam.

Sam, desde su posición más elevada, miró abajo con cara de lástima.

—Si quiere preguntar sobre los planes y..., ejem, previsiones —dijo—, tendrá que hablar con el jefe. Él se encarga de esas cosas.

—Muy bien. Gracias. Los dejo que sigan trabajando.

Stella empezó a alejarse, sacó la pequeña cámara de su bolso y se puso a tomar fotografías de lo que ella consideraba el «antes».

Logan sabía que estaba allí abajo, tan peripuesta, con su pelo rebelde recogido y sus grandes ojos azules ocultos tras unas gafas de sol.

Ya se imaginaba que tarde o temprano se presentaría en alguno de sus trabajos para fastidiar. Se notaba que estaba hecha para eso. Pero al menos tuvo el suficiente sentido común para no interrumpirlo.

Pero, claro, aquella mujer vivía del sentido común.

Quién sabe, a lo mejor se llevaba una sorpresa. A Logan le gustaban las sorpresas, y ya se había llevado una al conocer a sus hijos. Él esperaba encontrarse a un par de pequeños robots. De los que miran a la dominante de la madre antes de decir nada. Y en cambio vio que eran dos niños normales, interesantes y divertidos.

Desde luego, hace falta imaginación para manejarse con dos niños tan activos.

Quizá solo era un latazo cuando se trataba de trabajo.

Bueno, Logan sonrió ligeramente mientras cortaba otra rama. El también lo era.

Decidió hacerla esperar mientras terminaba. Aún tardó otros treinta minutos, durante los cuales hizo básicamente como si ella no estuviera. Aunque vio que sacaba una cámara —¡por Dios!— y un cuaderno de notas.

También vio que se acercaba para hablar con sus hombres y que Dick la miraba de cuando en cuando.

A Dick no se le daba bien el trato con la gente, sobre todo con las mujeres. Pero era un trabajador infatigable, y afrontaba los trabajos más sucios con una sonrisa feliz y estúpida en la cara. Gracias a Dios, Sam, que tenía más sentido común en el dedo gordo del pie que Dick en todo su cuerpo huesudo, era un hombre tolerante y paciente.

Se conocían desde el instituto, y ése era el tipo de detalle que a Logan le gustaba. La continuidad y el hecho de que, al conocerse desde hacía unos veinte años, no tuvieran que perder el tiempo charlando para entenderse entre ellos.

No soportaba tener que explicar las cosas mil veces. Sí, no le importaba admitirlo, tenía muy poca paciencia.

Entre los tres hacían un buen trabajo, a veces incluso excepcional. Y, con la fuerza de Sam y la energía de Dick, rara vez necesitaba otros trabajadores.

Para él aquello era ideal. Prefería trabajar con un equipo pequeño. Así era más personal, al menos desde su punto de vista.

Y para él, todos los trabajos eran algo personal.

Cuando trabajaba la tierra, era su visión, su sudor y su sangre lo que ponía. Y respondía con su nombre.

Aquella yanqui ya podía hablar todo lo que quisiera sobre formularios e idioteces sistémicas. A la tierra todo aquello le importaba un comino. Y a él.

Dio un grito para alertar a sus hombres y desmochó el roble muerto. Luego bajó, soltó el arnés y cogió una botella de agua. Se bebió la mitad de un trago.

—Señor... —No, sé más amable, se recordó Stella. Así que puso una sonrisa y volvió a empezar—. Buen trabajo. No sabía que se ocupara de los árboles personalmente.

—Depende. Éste no presentaba problemas. ¿Ha salido de paseo?

—No. Aunque éste es un barrio muy bonito. —Miró alrededor, al patio, e hizo un gesto para abarcarlo—. En otro tiempo, seguro que este lugar también lo fue. ¿Qué ha pasado?

—Una pareja ha vivido aquí cincuenta años. Él murió hace un tiempo. La mujer no podía con todo ella sola, y ninguno de los hijos vivía cerca. Luego enfermó y descuidó bastante la casa. Y al final los hijos la ingresaron en una residencia.

—Es muy duro. Muy triste.

—Sí, muchas veces la vida es triste. Vendieron la casa. Los nuevos propietarios se han llevado una ganga, y quieren adecentar un poco todo esto. Y es lo que estamos haciendo.

—¿Qué tiene pensado?

Logan dio otro trago a su agua. Stella se dio cuenta de que la máquina había dejado de triturar, pero Logan miró por encima del hombro entrecerrando los ojos y enseguida volvió a funcionar.

—Tengo pensadas muchas cosas.

—¿Relacionadas específicamente con este trabajo?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me ayudaría mucho en mi trabajo si supiera más sobre el suyo. Evidentemente, veo que va a arrancar el viejo roble, y supongo que también el arce del jardín delantero.

—Sí. De acuerdo. Eso es lo que vamos a hacer. Tenemos que retirar todo lo que no pueda o no deba salvarse. Césped nuevo, vallado nuevo. Derribaremos el viejo cobertizo y lo sustituiremos por otro. Los nuevos propietarios quieren colorido. Así que adecentaremos las azaleas, plantaremos un cerezo japonés

delante, en lugar del arce. Allí irá un lilo, y en aquel lado un magnolio. Habrá peonías allí, y rosas que se encaramen por la valla. ¿Ve aquel pequeño talud de ahí detrás, a la derecha? Pues en vez de nivelarlo, plantaremos flores.

Y siguió con el resto, dando los nombres en latín y el nombre común, mientras daba tragos a su botella de agua y gesticulaba.

Podía ver el trabajo acabado, él siempre lo veía. Veía los detalles pequeños y los grandes formando un conjunto atractivo.

Del mismo modo que también veía el trabajo que había que hacer a cada paso, y estaba tan ansioso por participar en el proceso como por ver el trabajo acabado.

Le gustaba mancharse las manos con la tierra. ¿Cómo, si no, se puede respetar el paisaje o los cambios que uno hace en él? Mientras hablaba, miró las manos de Stella. Y una sonrisa burlona apareció en sus labios al ver sus uñas cuidadas, con su bonito esmalte rosa.

Una fanática del papeleo, pensó. Seguramente no sería capaz de distinguir el garranchuelo del zumaque.

Como quería darle a ella y su carpeta toda la información y quitársela de encima, pasó directamente a la casa y le habló de la zona pavimentada del patio y las plantas que utilizaría para embellecerlo.

Cuando supuso que había hablado más de lo que hablaba normalmente en una semana, se terminó el agua y se encogió de hombros. No esperaba que la mujer lo hubiera cogido todo, pero desde luego no podría decir que no había colaborado.

—Es maravilloso. ¿Qué hay del arriate que corre paralelo a la pared sur de la casa?

Él frunció ligeramente el ceño.

—Arrancaremos la hiedra y lo dejaremos. Los clientes quieren jugar a los jardineros ahí.

—Es estupendo. La inversión siempre parece más provechosa si también ponen un poco de su parte.

Logan estaba de acuerdo, así que no dijo nada y se limitó a jugar con algo de calderilla que tenía en el bolsillo.

—Aunque junto al cobertizo yo preferiría la variedad trepadora del bonetero en vez del tejo. El color de las hojas y la forma menos uniforme quedarían mejor.

—Puede.

—¿Trabaja basándose en algún diseño o lo saca todo de su cabeza?

—Depende.

¿Lo despellejo de un tirón o lo hago poco a poco?, pensó Stella, pero no dejó de sonreír.

—Es que me gustaría ver alguno de sus diseños sobre el papel. Lo cual me lleva a una cosa que había pensado.

—Apuesto a que eso usted lo hace mucho.

—Mi jefa me dijo que fuera amable —dijo ella con frialdad—. ¿A usted no?

—Solo era un comentario.

—Bueno, lo que había pensado es que, dado que lo estoy reorganizando todo, creo que podría reservarle un pequeño espacio en el centro para que tenga allí su oficina.

Él la miró entrecerrando los ojos, igual que había hecho cuando había mirado a sus hombres por encima del hombro. Bajo aquella mirada, pensó Stella, una mujer débil se apocaría.

—Yo no trabajo en una jodida oficina.

—No le estoy diciendo que se pase el día allí. Solo sería un sitio donde podría encargarse del papeleo, hacer las llamadas y tener sus archivos.

—Para eso ya tengo la camioneta.

—¿Por qué se empeña en ser hostil?

—No me empeño. Me sale así. ¿Y usted?

—No quiere un despacho. Bien. Olvidemos el despacho.

—Olvidado.

—Estupendo. Pero yo sí necesito una oficina. Necesito saber exactamente qué plantas y qué material utilizará para este trabajo. —Volvió a sacar el cuaderno—. Un arce rojo, un magnolio. ¿De qué variedad?

—Del sur. *Grandiflora gloriosa*.

—Buena elección. Un cerezo japonés —siguió diciendo Stella y, para sorpresa, admiración y disgusto de Logan, repasó punto por punto todo lo que le había explicado.

Muy bien, pelirroja, pensó, a lo mejor sí que sabes una o dos cosas sobre horticultura.

—¿Tejo o bonetero?

Él volvió a mirar al cobertizo, los visualizó los dos en su cabeza. Que se cayera muerto si no tenía razón, pero no pensaba decírselo.

—Ya se lo haré saber.

—Hágalo. Y quiero conocer el número exacto y la especie de las otras plantas que coja.

—¿Dónde la puedo encontrar... en su oficina?

—Usted búsqume. —Y dicho esto se dio la vuelta y se dispuso a alejarse.

—Eh, Stella.

Cuando se volvió para mirar, él sonrió.

—Siempre he querido decir eso.^[2]

Ella lo miró con ojos centelleantes, volvió la cabeza con brusquedad y siguió andando.

—De acuerdo, de acuerdo. Por Dios. Solo era una broma. —La alcanzó en un par de zancadas—. No se enfade.

—Que no me enfade.

—Sí, no tiene sentido que estemos enfadados entre nosotros. A mí normalmente no me importa estar enfadado.

—Nunca lo habría dicho.

—Pero en estos momentos no serviría de nada. —Como si acabara de recordar que llevaba puestos sus guantes de trabajo, se los quitó y los metió en el bolsillo de atrás—. Yo hago mi trabajo, usted hace el suyo. Roz cree que la necesita, y valoro mucho la opinión de Roz.

—Yo también.

—Eso he visto. Tratemos de no interponernos en el camino del otro, de lo contrario vamos a acabar mal.

Ella inclinó la cabeza, alzó las cejas.

—¿Es así como se muestra usted agradable?

—Más o menos. Estoy siendo agradable para que los dos podamos hacer el trabajo por el que Roz nos paga. Y porque su hijo tiene un ejemplar del número 121 de Spiderman. Y si está enfadada, no dejará que me lo enseñe.

Stella se bajó ligeramente las gafas de sol.

—Y ahora se está mostrando encantador, ¿a que sí?

—No, solo soy sincero. Me encantaría ver ese número. Si me hubiera puesto encantador le aseguro que ahora la tendría a mis pies. Ejercicio una enorme fascinación sobre las mujeres, y procuro utilizarla lo menos posible.

—Apuesto a que sí.

Pero cuando subió al coche estaba sonriendo.

6

Hayley Phillips conducía un coche que iba echando humo y con una transmisión a punto de estropearse. La radio aún funcionaba, gracias a Dios, y en esos momentos sonaba una canción de las Dixie Chicks. La ayudaba a mantener el ánimo.

Todo lo que poseía iba en el Pontiac Grandville, que tenía más años que ella y mucho más temperamento. Aunque no poseía gran cosa. Había vendido todo lo que podía venderse. ¿Qué sentido tenía ponerse sentimental? Y con dinero se pueden recorrer muchos más kilómetros que con sentimientos.

No era ninguna muerta de hambre. Lo que había guardado en el banco la ayudaría a superar los malos momentos, y si había más malos momentos de los que esperaba, conseguiría más. Tampoco erraba sin rumbo. Sabía perfectamente adónde iba. Lo que no sabía era lo que pasaría cuando llegara.

Pero eso no importaba. Si uno supiera todo, nunca se sorprendería.

Quizá se sentía algo cansada, y quizá había forzado aquel coche viejo y achacoso más de lo aconsejable. Pero unos kilómetros más y podrían descansar.

Confiaba en que no la echasen. Pero si pasaba..., bueno, haría lo que tenía que hacer.

Le gustaba la zona, sobre todo después de haber dejado atrás la maraña de autopistas que rodeaban Memphis. Al norte de la ciudad, la tierra se ondulaba un poco, y había visto retazos del río y los escarpados precipicios que descendían hasta el agua. Las casas eran bonitas. Primero el abanico de zonas residenciales que se extendían desde los límites de la ciudad y ahora aquellas mansiones, más grandes y opulentas. Había abundancia de árboles grandes y viejos y, a pesar de la presencia de algunos muros de piedra o ladrillo, la sensación era acogedora.

Y a ella no le iría mal que la acogieran.

Cuando vio la señal que indicaba que se acercaba al Jardín, aminoró. Tenía miedo de parar. De que el viejo coche diera una sacudida y se calara. Pero

aminoró lo suficiente para echar un vistazo a los edificios principales y el espacio iluminado por las luces de seguridad.

Luego siguió conduciendo y respiró hondo varias veces. Ya casi estaba. Ya había ensayado lo que quería decir, pero no dejaba de cambiar de opinión. Cada nuevo enfoque le permitía representarse una docena de escenas diferentes en su cabeza. La había ayudado a pasar el tiempo, pero no había llegado a ninguna conclusión.

Quizá algunos dirían que en parte el problema era que siempre estaba cambiando de idea. Pero ella no lo veía así. Si uno nunca cambia de idea, ¿para qué le sirve la cabeza? En su opinión, ya había demasiada gente que decía una cosa y de ahí no se movía. ¿No era eso una forma estúpida de desaprovechar el cerebro que Dios nos había dado?

Cuando ya llegaba al camino de acceso, el coche empezó a sacudirse y dar tirones.

—Oh, venga, solo un poco más. Tendría que haber puesto gasolina.

Y se paró, medio dentro medio fuera, entre los pilares de ladrillo.

Hayley dio una palmada al volante, pero con poca convicción. Después de todo, la culpa era suya. Y quizá aquello no fuera tan malo. Sería más difícil que la echaran si su coche estaba bloqueando la entrada, sin gasolina.

Abrió su bolso y sacó un cepillo para arreglarse el pelo. Después de experimentar bastante, había acabado por quedarse con su color natural, un castaño con tono de corteza de roble. Al menos de momento. Se alegró de haberse cortado el pelo antes de salir. Le gustaba el flequillo separado a ambos lados y el aire desenfadado de la melena lacia y escalada. Le daban un aire desenvuelto y alegre.

Seguro.

Se aplicó lápiz de labios y se quitó el brillo.

—Muy bien. Vamos allá.

Se apeó del vehículo, se echó la bolsa al hombro y echó a andar por el largo camino. Hacía falta dinero —nuevo o viejo— para construir una casa tan lejos de la carretera. La casa donde ella se había criado estaba tan cerca que con solo estirar el brazo la gente que pasaba en coche prácticamente habría podido estrecharle la mano.

Pero eso no le importaba. Siempre había sido una buena casa, y en parte le había dolido venderla; sin embargo, aquella casita en las afueras de Little Rock ya formaba parte del pasado. Y ella se dirigía hacia su futuro.

A mitad del camino se detuvo y pestañeó. Aquello no era solo una casa, se dijo mirando con la boca abierta. Era una mansión. Una cosa era que fuera grande. Había visto casas enormes otras veces... pero nada comparado con aquello. Era la casa más bonita que había visto fuera de una revista. Elegante, femenina, fuerte.

Las luces relucían en los cristales de las ventanas. Otras iluminaban el césped.

Como si le estuvieran dando la bienvenida. Ojalá.

Pero, aun cuando no fuera cierto, aun cuando la volvieran a echar, al menos habría podido verlo. Solo por eso el viaje habría valido la pena.

Siguió caminando, aspirando los olores de la tarde, el olor a pino y a leña.

Cruzó los dedos sobre la tira de su bolso para que le diera buena suerte y fue hasta la puerta.

Levantó una de las aldabas de cobre y golpeó tres veces con firmeza.

En esos momentos, dentro, Stella estaba bajando la escalera con Parker. Le tocaba a ella sacarlo a pasear.

—Ya abro yo —gritó.

Cuando abrió la puerta Parker ya estaba ladrando.

Stella vio a una joven con el pelo lacio y escalado a la moda, rostro anguloso dominado por unos ojos enormes del color de un huevo de petirrojo. La chica sonrió, enseñando unos dientes algo montados, y se agachó para acariciar a Parker cuando el perro se puso a olfatear sus zapatos.

—Hola —dijo.

—Hola. —¿De dónde demonios había salido?, se preguntó Stella. No había ningún coche aparcado ahí fuera.

La chica aparentaba unos doce años, y estaba embarazada y bien embarazada.

—Busco a Rosalind Ashby. Rosalind Harper Ashby —se corrigió—. ¿Está en casa?

—Sí. Está arriba. Pasa.

—Gracias. Yo soy Hayley. —Le ofreció la mano—. Hayley Phillips. La señora Ashby y yo somos primas, de esa forma tan complicada que tenemos en el sur.

—Stella Rothchild. ¿Por qué no entras y te sientas? Iré a buscar a Roz.

—Genial. —Hayley siguió a Stella hasta el salón, girando la cabeza a un lado y a otro para verlo todo—. Uau. Uau —se admiró.

—La primera vez que entré, yo dije lo mismo. ¿Quieres algo? ¿Algo de beber?

—No, estoy bien. Supongo que es mejor que espere... —Se quedó de pie y se acercó a la chimenea. Era como si lo hubieran sacado de un programa de televisión, o de una película—. ¿Trabaja usted en la casa, es la ama de llaves o algo así?

—No. Trabajo en el invernadero. Soy la directora. Voy a buscarla. Creo que deberías sentarte.

—No se preocupe. —Hayley se frotó su gran barriga—. Llevamos sentados mucho rato.

—Vuelvo enseguida. —Y se fue, con Parker detrás.

Subió la escalera a toda prisa y pasó al ala de la casa que ocupaba Roz. Solo había estado allí una vez, cuando David la había llevado en un recorrido por el edificio, pero se orientó por el sonido del televisor y encontró a Roz en su sala de estar.

En la televisión estaban pasando una vieja película en blanco y negro. Aunque en realidad Roz no la miraba. Sentada ante un secreter de anticuario, con unos vaqueros anchos y una sudadera, hacía esbozos en un cuaderno. Tenía los pies desnudos, y, para su sorpresa, Stella vio que llevaba las uñas pintadas de rosa.

Llamó con los nudillos en el marco de la puerta.

—¿Sí? Oh, Stella, qué bien. Estaba haciendo un esbozo de una idea que he tenido para un jardín de esquejes en el lado noroeste del invernadero. He pensado que podría inspirar a los clientes. Venga a echar un vistazo.

—Me encantaría, pero hay alguien abajo que quería verla. Hayley Phillips. Dice que es su prima.

—¿Hayley? —Roz frunció el ceño—. No tengo ninguna prima que se llame Hayley, creo.

—Es joven. Parece una adolescente. Guapa. Pelo castaño, ojos azules, más alta que yo. Y está embarazada.

—Bueno, por Dios. —Roz se frotó la nuca—. Phillips. Phillips. La hermana de la abuela de mi primer marido (o quizá era una prima) se casó con un Phillips. Creo.

—Bueno, ha dicho que son primas en la complicada forma del sur.

—Phillips. —Cerró los ojos, se dio unos toquecitos con el dedo en el centro de la frente, como si quisiera despertar a su memoria—. Debe de ser la hija de

Wayne Phillips. Murió el año pasado. Será mejor que vaya a ver de qué se trata.
—Se levantó—. ¿Ya ha acostado a los niños?

—Acabo de hacerlo.

—Entonces venga conmigo.

—¿No cree que es mejor que...?

—Usted será imparcial. Así que prefiero que venga.

Stella cogió a Parker en brazos, rezando para que su vejiga aguantara, y bajó con Roz.

Cuando entraron Hayley se dio la vuelta.

—Esta habitación es impresionante. Aquí dentro me siento muy a gusto..., como si yo fuera especial. Soy Hayley, la hija de Wayne Phillips. Mi padre era pariente de su primer marido por el lado de madre. Cuando murió el año pasado me mandó usted una nota de condolencia muy bonita.

—Lo recuerdo. Solo lo vi en una ocasión. Y me gustó.

—A mí también me gustaba. Siento haberme presentado de esta forma, sin avisar, y no pretendía llegar a estas horas. Es que he tenido algunos problemas con el coche.

—No pasa nada. Siéntate, Hayley. ¿De cuánto estás?

—Ya va para seis meses. Saldré de cuentas para finales de mayo. Quería disculparme. Mi coche se ha quedado sin gasolina justo a la entrada del camino de acceso a la casa.

—Ya nos ocuparemos de eso. ¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer algo?

—No, señora, estoy bien. Hace un rato paré para comer. Y me olvidé de la comida del coche. Tengo dinero. No quiero que piense que vengo con las manos vacías ni para pedir nada.

—Es bueno saberlo. Entonces, quizá te apetezca un té. Es una noche fría y un té calentito te sentará bien.

—Si no le importa, si lo tiene descafeinado, claro. —Se acarició el vientre—. Lo peor de estar embarazada es haber tenido que renunciar a la cafeína.

—Yo me encargo. Vuelvo enseguida.

—Gracias, Stella. —Cuando Stella ya se iba, Roz se volvió hacia Hayley—. Entonces, has conducido hasta aquí desde... Little Rock, ¿verdad?

—Sí. Me gusta conducir. Aunque me gusta más cuando el coche no está en las últimas. Pero, si hay que hacerlo hay que hacerlo. —Se aclaró la garganta—. Espero que todo esté bien, prima Rosalind.

—Sí, todo bien. ¿Y tú? ¿Estáis bien tú y el bebé?

—Estamos estupendamente. Sanos como manzanas, como dice el médico. Y me siento bien, me estoy poniendo inmensa, pero no me importa. Es interesante. Mmm... ¿y sus hijos? ¿Están bien?

—Sí, están bien. Ya son mayores. Harper, el mayor, vive aquí, en la casita para invitados. Trabaja conmigo en el invernadero.

—Lo he visto cuando venía hacia aquí. —Hayley se dio cuenta de que se estaba frotando las manos sobre los pantalones y se obligó a parar—. Es más grande de lo que esperaba. Debe de estar orgullosa.

—Lo estoy. ¿Qué haces tú en Little Rock?

—Trabajaba en una librería, una pequeña librería-cafetería independiente, cuando lo dejé ayudaba a dirigirla.

—¿Dirigirla? ¿A tu edad?

—Tengo veinticuatro años. Sé que no los aparento —dijo con una leve sonrisa—. No me importa, la verdad. Pero si quiere le puedo enseñar el carnet de conducir. He estudiado en la universidad, con una beca parcial. Tengo cabeza. He trabajado en esa tienda todos los veranos desde que estudiaba en el instituto. Al principio me dieron el trabajo porque mi padre era amigo del propietario, pero he acabado ganándome mi puesto.

—Dices que trabajabas. ¿Ya no?

—No. —La mujer la estaba escuchando, pensó Hayley. Le hacía preguntas con sentido. Algo es algo—. Renuncié a mi puesto hace un par de semanas. Pero tengo una carta de recomendación del dueño. Decidí que tenía que alejarme de Little Rock.

—No sé si es el mejor momento para dejar tu casa y un trabajo seguro.

—Pues a mí me pareció que sí. —Miró, porque en ese instante Stella entró empujando un carrito con el té—. Vaya, eso sí que es como en las películas. Sé que parezco un poco de pueblo, pero no lo puedo evitar.

Stella se rio.

—Cuando lo estaba preparando he pensado exactamente lo mismo. He preparado manzanilla.

—Gracias, Stella. Hayley me estaba diciendo que acaba de dejar su casa y su trabajo. Espero que nos explique por qué ha decidido hacer dos cambios tan drásticos en su vida justo ahora.

—No, nada de drástico —la corrigió Hayley—. Solo son grandes. Y lo he hecho por el bebé. Bueno, por los dos. Como ya habrán adivinado, no estoy casada.

—¿No tienes el apoyo de tu familia? —preguntó Stella.

—Mi madre se fue cuando yo tenía cinco años. No sé si lo recuerda —le dijo a Roz—. O quizá no lo ha mencionado por educación. Mi padre murió el año pasado. Tengo tíos y tías, y mis abuelas aún viven, y también tengo primos. Algunos aún viven en la zona de Little Rock. Sus opiniones sobre mi situación son... enfrentadas. Gracias —añadió cuando Roz le pasó su té.

»El caso es que me quedé muy triste cuando murió papá. Lo atropello un coche cuando cruzaba una calle. Fue uno de esos accidentes que uno nunca acaba de entender y que... bueno, no tendría que haber pasado. No tuve tiempo de prepararme. Supongo que uno nunca se puede preparar para la muerte. Pero de pronto, sin más, se había ido.

Bebió de su taza y sintió que el té aliviaba sus huesos cansados.

—Me sentí muy triste, enfadada, sola. Y estaba ese chico. No fue una aventura de una noche ni nada de eso. Nos gustábamos. Él venía a veces a la tienda y flirteaba conmigo. Y yo con él. Cuando me sentía sola, su compañía me reconfortaba. Era muy dulce. El caso es que una cosa llevó a la otra. Él estudiaba derecho y volvió a la universidad, y unas semanas más tarde descubrí que estaba embarazada. No sabía qué hacer, ni cómo decírselo. Así que lo pospuse durante unas semanas.

—¿Y cuándo se lo dijiste?

—Pensé que lo mejor era decírselo cara a cara. Ya no iba a la tienda como antes. Así que fui un día a buscarlo a la facultad y descubrí que se había enamorado de otra. Cuando me lo dijo pareció un poco abochornado porque, claro, habíamos estado acostándonos juntos. Pero nunca habíamos estado enamorados ni nos habíamos hecho promesas ni nada de eso. Nos gustábamos, nada más. Y cuando me hablaba de la otra chica se lo veía tan entusiasmado... Estaba loco por ella. Así que no se lo dije.

Por un momento titubeó, luego cogió una de las galletas que Stella había puesto en un plato.

—No puedo resistirme a los dulces. Lo pensé bien y comprendí que decírselo no serviría de nada.

—Fue una decisión muy dura —dijo Roz.

—No sé qué decirle. No sé qué esperaba que hiciera cuando fui a verlo. Pensaba que tenía derecho a saberlo. Yo no quería casarme con él. Y en aquellos momentos ni siquiera estaba segura de querer tener el bebé.

Mordisqueó una galleta mientras se pasaba una mano con suavidad por el

vientre.

—Supongo que esa fue una de las razones por las que fui a verlo. No solo para decírselo, sino para hablar con él y ver qué le parecía lo mejor. Pero cuando estaba sentada oyendo cómo me hablaba de aquella chica... —Calló, meneó la cabeza—. Tuve que tomar una decisión. Y diciéndoselo solo habría conseguido hacer que se sintiera mal, o dolido, o asustado. Convertir su vida en un lío, cuando en realidad él lo único que había hecho había sido ayudarme a superar un mal momento.

—Y eso significa que te quedaste sola —señaló Stella.

—Si se lo hubiera dicho también me habría quedado sola. El caso es que cuando finalmente decidí tener el niño, volví a pensar en decírselo y pregunté a algunos conocidos cómo le iba. Me dijeron que seguía con aquella chica y que estaban pensando en casarse, así que creo que hice lo correcto. Aun así, cuando el embarazo empezó a notarse, hubo muchos cotilleos y preguntas, la gente me miraba y cuchicheaba. Y se me ocurrió que lo que necesitábamos el bebé y yo era empezar de cero. Vendí la casa y casi todo lo que tenía y aquí estoy.

—Buscando un nuevo comienzo —concluyó Roz.

—Estoy buscando trabajo. —La chica hizo una pausa, se humedeció los labios—. No me asusta el trabajo. Aunque sé que muy poca gente contrataría a una chica embarazada de seis meses. Y pensé que un familiar, aunque fuera lejano, quizá se mostraría más comprensivo.

Al ver que Roz no decía nada, se aclaró la garganta.

—En la universidad he estudiado literatura y empresariales. Y me saqué el título con honores. Tengo un curriculum muy sólido. Tengo dinero, no mucho, pero tengo. La beca para la universidad no lo cubría todo, y mi padre era maestro, así que no ganaba gran cosa. Pero tengo suficiente para cuidar de mí misma, pagar un alquiler, comer y tener a mi hijo. Pero necesito un trabajo, el que sea. Usted tiene un negocio, y esta casa. Hace falta mucha gente para dirigir todo esto. Solo le pido que me dé una oportunidad.

—¿Sabes algo de plantas, de jardinería?

—En casa cada año plantábamos macizos de flores. Papá y yo nos repartíamos el trabajo del jardín. Y lo que no sepa lo puedo aprender. Aprendo rápido.

—¿No preferirías trabajar en una librería? Hayley era la encargada de una librería independiente en su pueblo —le explicó a Stella.

—Usted no tiene una librería —señaló Hayley—. Trabajaré sin cobrar las

dos primeras semanas.

—Cuando alguien trabaja para mí, le pago. Dentro de unas semanas tendré que contratar al personal eventual para la temporada fuerte de trabajo. Entretanto... Stella, ¿tiene algo para ella?

—Mmm... —¿Se suponía que tenía que mirar aquella carita de niña y el vientre de embarazada y decir que no?—. ¿Cuáles eran tus responsabilidades en la librería?

—No era la responsable oficial. Pero, en realidad, ése es el trabajo que hacía. Era un negocio pequeño, así que hacía un poco de todo. Inventario, adquisiciones, trato con los clientes, planificación, ventas, marketing. Pero solo de la librería. La zona de cafetería se llevaba por separado.

—¿Cuáles dirías que son tus puntos fuertes?

Hayley tuvo que respirar hondo para tranquilizarse. Sabía que era fundamental que se mostrara clara y concisa. Y su orgullo le exigía que no suplicara.

—El trato con los clientes, que a su vez nos lleva a la venta. Se me da bien tratar con la gente, y no me importa perder el tiempo que haga falta para que los clientes encuentren lo que buscan. Si quedan contentos, volverán. Si se les dedica tiempo y se les ofrece un trato personalizado, se muestran leales.

Stella asintió.

—¿Y tus puntos débiles?

—Las adquisiciones —dijo sin vacilar—. Si de mí dependiera, lo compraría todo. Siempre tenía que andar recordándome que el dinero no era mío. Pero a veces no lo hacía.

—Estamos reorganizando el negocio y ampliando un poco. No me iría mal un poco de ayuda para poner en marcha el nuevo sistema. Aún queda mucha información que introducir en los ordenadores, y es un trabajo tedioso.

—Sé manejarme con un teclado. PC y Mac.

—Probaremos esas dos semanas —decidió Roz—. Te pagaré, desde luego, pero tomaremos esas dos semanas como una prueba. Si no funciona, haré lo que pueda para que encuentres otro trabajo.

—Es justo. Gracias, prima Rosalind.

—Llámame Roz. Tenemos algo de gasolina en el cobertizo. Iré a buscarla para que podamos traer tu coche hasta aquí y puedas entrar tus cosas.

—¿Aquí? —Hayley meneó la cabeza y dejó la taza a un lado—. Ya le he dicho que no quería caridad. Le agradezco que me dé esta oportunidad, pero no

espero que me acoja en su casa.

—La familia, incluso si es lejana, siempre será bienvenida en esta casa. Y eso nos dará ocasión de conocernos un poco y ver si podemos llevarnos bien.

—¿Usted vive aquí? —le preguntó a Stella.

—Sí. Con mis hijos, de ocho y seis años. Están arriba, durmiendo.

—¿Somos parientes?

—No.

—Iré a buscar la gasolina. —Roz se levantó y se dispuso a salir.

—Le pagaré un alquiler. —Hayley también se levantó, poniéndose instintivamente una mano sobre el vientre—. No me gustan los favores.

—Entonces haremos un recorte en tu sueldo para compensarlo.

Cuando se quedó sola con Stella, Hayley dejó escapar un largo suspiro.

—Pensaba que sería mayor. Y más imponente. Aunque apuesto a que sabe imponerse si hace falta. No es posible tener lo que ella tiene y conservarlo si uno no sabe imponerse.

—Tienes razón. Cuando se trata de trabajo, yo también sé imponerme.

—Lo recordaré. Ah, ¿es usted del norte?

—Sí. De Michigan.

—Eso está muy lejos. ¿Está sola con sus hijos?

—Mi marido murió hará unos dos años y medio.

—Un duro golpe. Es muy duro cuando uno pierde a alguien a quien quiere. Me parece que las tres sabemos mucho de eso. Y supongo que si uno no tiene algo, alguien a quien querer, puede acabar volviéndose una persona muy agria. Yo tengo al bebé.

—¿Sabes ya si es niño o niña?

—No. Cuando me hice la última ecografía estaba de espaldas. —Se llevó el pulgar a la boca y empezó a mordisquearse la uña, pero enseguida lo escondió dentro del puño y bajó la mano—. Creo que será mejor que vaya a ayudar a Roz con la gasolina.

—Iré contigo. Nos ocuparemos juntas.

Una hora más tarde, Hayley ya se había instalado en una de las habitaciones de invitados del ala oeste. Sabía que no dejaba de mirar boquiabierta y balbucear. Pero nunca había visto una habitación tan bonita, ni esperaba poder estar nunca en una, aunque fuera temporalmente.

Sacó sus cosas y pasó los dedos por la reluciente madera de la cómoda, el armario, las pantallas de cristal translúcido de las lámparas, la talla del cabezal.

Se lo ganaría. Esa fue la promesa que se hizo a sí misma y al bebé mientras se relajaba dándose un buen baño caliente. Demostraría que era digna de la confianza que habían depositado en ella al darle aquella oportunidad y compensaría a Roz con su trabajo y su lealtad.

Las dos cosas se le daban muy bien.

Se secó, y se aplicó leche corporal sobre el vientre y los pechos. No le asustaba el parto; sabía muy bien cómo luchar por lo que quería. Pero, eso sí, ojalá no le quedaran estrías.

Sintió un ligero escalofrío y se puso enseguida el camisón. En una esquinita del espejo, por el rabillo del ojo, percibió una sombra, un movimiento.

Frotándose los brazos para entrar en calor, pasó al dormitorio. No había nada, y la puerta estaba cerrada, como la había dejado.

Estoy agotada, se dijo a sí misma, y se restregó los ojos. El viaje desde el pasado a las fronteras con su futuro había sido muy largo.

Cogió uno de los libros que había llevado en la maleta —el resto, los libros de los que no había sido capaz de desprenderse, seguían en el maletero— y se metió en la cama.

Lo abrió por donde tenía el punto de lectura, lista para leer una hora, como hacía casi todas las noches.

Antes de terminar la primera página ya se había dormido, con la luz encendida.

A petición de Roz, Stella volvió a su salita de estar y se sentó con ella. Roz sirvió un vaso de vino para cada una.

—Sinceramente, ¿qué opina?

—Es joven, brillante, orgullosa, sincera. Podría habernos colado una historia lacrimógena sobre la forma en que el padre de la criatura la traicionó, haber suplicado para que la dejáramos quedarse, haber utilizado el embarazo para pedir cualquier cosa. Y en cambio ha asumido su responsabilidad y ha pedido un trabajo. De todos modos, comprobaré sus referencias.

—Por supuesto. No parecía asustada por su inminente maternidad.

—Es después de tenerlos cuando una aprende a tener miedo de todo.

—Sí, ¿verdad? —Roz se pasó los dedos por el pelo un par de veces—. Yo

haré algunas llamadas para averiguar algo más de ese lado de la familia Ashby. La verdad es que no recuerdo gran cosa. Nunca tuvimos mucha relación, ni siquiera cuando él vivía. Recuerdo que hubo un escándalo cuando la esposa lo abandonó y lo dejó solo con la hija. Por lo que ha dicho, me da la impresión de que se las arregló bastante bien.

—Su experiencia como responsable de la librería podría ser muy útil.

—Otra directora. —En un gesto que Stella solo interpretó como medio en broma, Roz levantó los ojos al techo—. Dios me ayude.

7

No hicieron falta dos semanas. A los dos días, Stella decidió que Hayley era la respuesta a sus plegarias. Allí tenía a alguien con juventud, energía y entusiasmo que comprendía y valoraba la eficacia en el trabajo.

Sabía interpretar y crear hojas de cálculo, no hacía falta repetirle las cosas más de una vez, respetaba los códigos de los colores. Si era la mitad de buena en el trato con los clientes como con los sistemas de archivo, sería una auténtica joya.

Por lo que se refería a las plantas, sabía lo más básico. Esto es un geranio, esto es un pensamiento. Pero podía aprender.

Stella incluso pensó en pedirle a Roz que le ofreciera un trabajo de media jornada cuando se acercara el momento del parto.

—Hayley... —Stella asomó la cabeza en el despacho, ahora ordenado y eficaz—. ¿Por qué no me acompañas un momento? Falta casi una hora para abrir. Haremos una clase sobre plantas de sombra en el Invernadero 3.

—Estupendo. Ya he introducido hasta la H de plantas vivaces. La mitad no sé ni qué son, pero por la noche procuro leer sobre el tema. No sabía que los girasoles se conocen como helia... no espere... *helianthus*.

—Es más bien lo contrario, el *helianthus* se conoce como girasol. El girasol perenne puede reproducirse por división en primavera, mediante semillas en primavera o mediante esquejes a finales de la primavera. Las semillas del *helianthus* anual pueden recogerse del gran círculo central de color marrón, a finales del verano o principios de otoño. Aunque se pueden conseguir fácilmente híbridos con las variantes utilizadas en jardinería, es posible que las semillas no lleguen a germinar.

Menudo sermón.

—No pasa nada. Me he criado con un profesor. Me gusta aprender.

Cuando pasaban por la zona de caja, Hayley miró por la ventana.

—Una camioneta acaba de aparcar junto a los... ¿cómo se dice? Las losas —dijo ella misma antes de que Stella pudiera contestar—. Uau, mira quién acaba de bajarse. Un hombre alto, moreno... y menudo cuerpazo. ¿Quién es ese pedazo de hombre?

Haciendo un esfuerzo para no poner mala cara, Stella levantó un hombro.

—Debe de ser Logan Kitridge, el diseñador de paisajes de Roz. Me imagino que está muy arriba en el ranking de pedazos de hombre.

—A mí me gusta. —Al ver la expresión de Stella, Hayley se llevó una mano al vientre y rio—. Estoy embarazada. Pero mi cuerpo sigue funcionando normalmente. Y el hecho de que en estos momentos no busque pareja, no significa que no quiera hacerlo. Sobre todo si está así de bueno. Es tan duro y hosco como aparenta, ¿verdad? ¿Qué tendrán los hombres duros y hoscos que me hacen sentir ese hormigueo en el estómago?

—No sé. ¿Qué está haciendo?

—Parece que está cargando losas. Si no hiciera tanto frío, se quitaría la chaqueta. Apuesto a que tiene una bonita musculatura. Dios, está para comérselo.

—Seguro que te provocaría una caries —musitó Stella—. No sabía que necesitara losas. No ha puesto nada de ninguna losa en los pedidos de material. ¡Maldita sea!

Hayley arqueó las cejas cuando vio que Stella se iba hecha una furia. Y pegó la nariz al cristal de la ventana para ver el espectáculo.

—Disculpa.

—¿Eh? —contestó Hayley con aire ausente, mientras trataba de ver qué pasaba fuera. Y entonces se apartó de la ventana, porque recordó que espiar es una cosa, y que a uno lo pillen es otra. Se volvió y esbozó una sonrisa inocente. Y decidió que aquel día estaba de suerte con los hombres.

Éste no era corpulento y hosco, sino larguirucho y con aire soñador. Y estaba como un tren. Tardó un segundo en asociar, pero era rápida.

—¡Eh! Tú debes de ser Harper. Eres igual que tu madre. No había tenido ocasión de conocerte, nunca estás por ningún sitio. Soy Hayley. La prima Hayley de Little Rock. Supongo que tu madre te ha dicho que ahora trabajo aquí.

—Sí. Sí. —No se le ocurrió ninguna otra cosa. Casi no podía ni pensar. Se sentía como si le acabara de caer un rayo encima.

—¿No te encanta trabajar aquí? A mí sí. Hay tanto de todo, y los clientes son muy amables. Stella es... es increíble. Y tu madre es como una diosa por darme

esta oportunidad.

—Sí. —Harper pestañeó. ¿Era posible comportarse de un modo más estúpido?—. Sí, son estupendas. Es estupendo. —Por lo visto sí. Maldita sea, si él tenía mucha mano con las mujeres... normalmente. Pero una mirada, y aquella parecía haberle provocado una especie de conmoción cerebral—. Eh... ¿necesitas algo?

—No. —Lo miró con expresión desconcertada—. Pensaba que eras tú el que necesitaba algo.

—¿Necesito algo? ¿El qué?

—No sé. —Apoyó una mano en la fascinante protuberancia de su vientre y rio, con una risa gutural y desenfadada—. Eres tú el que ha venido.

—Es verdad. Es verdad. No, no necesito nada. Ahora. Luego. Tengo que irme.

—Y salir fuera para poder respirar.

—Ha sido un placer conocerte, Harper.

—Igualmente. —Cuando ya se iba, miró atrás y vio que la chica ya había vuelto a la ventana.

Fuera, Stella cruzó a toda velocidad la zona de aparcamiento. Lo llamó dos veces, y a la segunda el hombre la miró un momento y saludó con gesto ausente con la mano. Stella se sentía cada vez más indignada y dejó salir su rabia en cuanto llegó a los paquetes de losas.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Jugar al tenis. ¿A ti qué te parece?

—Me parece que te estás llevando un material que no has pedido y que no se te ha autorizado a llevarte.

—¿En serio? —Levantó otro montón—. Con razón tengo el revés tan oxidado. —La camioneta se sacudió cuando cargó el paquete—. ¡Eh!

Para su sorpresa, el hombre se inclinó hacia ella y olió.

—Llevas un champú diferente. Me gusta.

—Deja de olerme. —Y, al apartarse, sacudió la mano y le rozó ligeramente el mentón.

—No lo he podido evitar. Estabas ahí. Y tengo nariz.

—Necesito la documentación sobre este material.

—Vale, vale, vale. Cuando termine de cargar entraré y me ocuparé de todo.

—Se supone que tienes que ocuparte antes de cargar.

Logan se volvió y sus ojos brumosos la miraron llenos de fuego.

—Pelirroja, eres un coñazo.

—Normal. Soy la directora.

Logan no pudo evitar sonreír y se bajó las gafas de sol para mirarla.

—Y muy buena. Míralo de esta forma. He cargado las losas cuando me dirigía al edificio para ocuparme del papeleo. Al cargarlas antes, en realidad estoy siendo más eficiente.

La sonrisa se convirtió en una mueca burlona.

—Eso estaría muy bien si, por ejemplo, estuviéramos haciendo una previsión de las horas/hombre.

Por un momento, él se apoyó contra la camioneta y la estudió. Y luego cargó otro paquete de losas.

—Mientras estás ahí mirándome estás perdiendo tiempo, y por tanto incrementando tus propias horas/hombre.

—Si no entras a arreglar esos papeles, iré a buscarte personalmente, Kitridge.

—No me tientes.

Logan se tomó su tiempo, pero entró.

Estaba calculando cómo hacer para fastidiar a Stella. Sus ojos se volvían del color del lupino de Texas cuando se enfadaba. Pero cuando entró, vio a Hayley.

—Hola.

—Hola —contestó ella, y sonrió—. Soy Hayley Phillips. Una pariente lejana del primer marido de Roz. Ahora trabajo aquí.

—Logan. Encantado de conocerte. No dejes que esta yanqui te intimide. —Y señaló a Stella con el gesto—. ¿Dónde están los formularios sagrados y la daga ritual para que pueda abrirme una vena y firmarlos con sangre?

—En mi despacho.

—Ajá. —Pero en vez de seguirla se quedó donde estaba—. ¿Para cuándo lo esperas? —le preguntó a Hayley.

—Para mayo.

—¿Y estás bien?

—Mejor que nunca.

—Bien. Aquí el trabajo está bien, normalmente. Bienvenida al equipo. —Entró tranquilamente en el despacho, y vio a Stella ante el ordenador, con el formulario en la pantalla.

—Por esta vez introduciré los datos en el ordenador para ahorrar tiempo. En

esa carpeta tienes un montón. Llévatela. Lo único que tienes que hacer es rellenarlos conforme los necesites, pones la fecha, firmas o pones la inicial. Y me los traes.

—Ajá. —Miró a su alrededor. La mesa estaba despejada. No había cajas de cartón, ni libros en el suelo o amontonados sobre las sillas.

Qué mal, pensó. A él le gustaba más el caos del trabajo cotidiano.

—¿Dónde está todo lo que había aquí?

—Donde tiene que estar. ¿Esas losas son las de cuarenta y cinco centímetros, número A veintitrés?

—Así es. —Cogió la fotografía enmarcada de la mesa y estudió a los niños y el perro—. Son majos.

—Sí, lo son. ¿Las losas son para uso personal o para algún trabajo del centro?

—Oye, pelirroja, ¿tú nunca pierdes los papeles?

—No, los yanquis somos así.

Logan se pasó la lengua sobre los dientes.

—Ah.

—¿Sabes lo harta que estoy de que me llamen «yanqui», como si fuera una especie foránea o una enfermedad? La mitad de los clientes me miran como si fuera de otro planeta y no viniera en son de paz. Y entonces, antes de poder pasar a las plantas, les tengo que explicar que nací aquí y contestar a todas sus preguntas: que por qué me fui, por qué he vuelto, quién es mi gente. Por el amor de Dios. Que soy de Michigan, no de la luna, y la guerra de Secesión ya hace años que acabó. Sí, igualitos que el lupino de Texas.

—Me parece que pierdes los papeles muy bien cuando te pinchan, cielo.

—No me llames cielo con ese acento tan gangoso del sur.

—¿Sabes una cosa, pelirroja? Me gustas más así.

—Oh, cierra la boca. Losas. ¿Para uso personal o profesional?

—Bueno, eso depende de cómo se mire. —Como ahora había espacio, apoyó la cadera en una esquina de la mesa—. Son para una amiga. Le estoy haciendo un camino de piedra... en mi tiempo libre. No le voy a cobrar la mano de obra. Le dije que le llevaría el material con una factura del centro.

—Entonces lo consideraremos uso personal y aplicaremos el descuento para empleados. —Empezó a teclear—. ¿Cuántas?

—Veintidós.

Volvió a teclear y le dijo el precio por losa sin el descuento y con descuento.

Logan dio unos toquecitos en el monitor, impresionado muy a su pesar.

—¿Tienes un matemático atrapado ahí dentro?

—Son las ventajas del siglo veintiuno. Descubrirás que es más rápido que contar con los dedos.

—No sé. Mis dedos son muy rápidos. —Se puso a tamborilear con los dedos en el muslo, sin apartar los ojos de ella—. Necesito tres ejemplares de pino blanco.

—¿También son para tu «amiga»?

—No. —Su sonrisa se hizo más amplia, más torcida. Si quería interpretar «amiga» como «amante»... no había necesidad de aclarar que la amiga en cuestión era la señora Kingsley, su profesora de inglés de cuarto curso—. Los pinos son para un cliente, Roland Guppy. Seguramente lo tienes en algún sitio en tus inmensos y misteriosos archivos. El otoño pasado hicimos un trabajo para él.

En la mesa que había apoyada contra la pared había una cafetera eléctrica medio llena. Logan se levantó, cogió una taza y se sirvió.

—Estás en tu casa —dijo Stella con sequedad.

—Gracias. El caso es que le recomendé los pinos blancos como protección contra el viento. Él no lo veía muy claro, y hasta ahora no se había decidido. Me llamó a casa ayer. Le dije que yo los escogería y me pondría enseguida.

—Necesitamos un formulario diferente.

Logan probó el café. No estaba mal.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

—¿Las losas son lo único que te llevas para uso personal?

—Seguramente. Por hoy.

Stella apretó «Imprimir» y abrió otro formulario en pantalla.

—O sea, que tenemos tres pinos blancos. ¿De qué tamaño?

—Tenemos unos maravillosos de dos metros y medio.

—¿Con el cepellón ya preparado?

—Sí.

Unas teclas, pensó Logan maravillado, y ya estaba. La mujer tenía los dedos bonitos. Largos y finos, con ese esmalte del mismo rosa delicado que el interior del pétalo de una rosa.

No llevaba anillos.

—¿Algo más?

Logan se palpó los bolsillos y se sacó un pedazo de papel.

—Éste es el presupuesto que le di por el trabajo.

Stella añadió la mano de obra, sumó el total e imprimió tres copias mientras él se bebía su café.

—Una copia es para mis archivos, otra para los tuyos y otra para el cliente.

—Muy bien.

Cuando vio que cogía el bolígrafo, Stella agitó una mano.

—Oh, espera, deja que coja el cuchillo. ¿Qué vena habías pensado abrirte?

—Qué maja. —Y con el mentón indicó la puerta—. Igual que ella.

—¿Hayley? Sí, es muy maja. Y demasiado joven para ti.

—Yo no diría tanto. Aunque la verdad es que prefiero a las mujeres un poco más... —Se interrumpió, volvió a sonreír—. Bueno, dejémoslo así. No quiero quedarme sin cabeza.

—Sabia decisión.

—¿Tus hijos tienen algún problema en la escuela?

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que hablábamos antes. Que son yanquis.

—Oh. Un poco, tal vez, pero en general a la mayoría les hace gracia que vengan del norte y hayan vivido cerca de uno de los Grandes Lagos. Y los profesores de los dos sacaron un mapa para enseñar a los demás de dónde venimos. —Su expresión se suavizó al hablar de sus hijos—. Gracias por preguntar.

—Me gustan tus hijos.

Logan firmó los formularios y le pareció gracioso que Stella gruñera al ver que doblaba el suyo sin ceremonias y se lo guardaba en el bolsillo.

—La próxima vez podrías esperar a salir del despacho para hacer eso, ¿no crees? Me ofendes.

—Claro. —Quizá fue por el tono más distendido con que había terminado la conversación, o por la forma en que la mujer se suavizó y sonrió al hablar de sus hijos. Más tarde ya se fustigaría, pero en aquel momento se dejó llevar por un impulso—. ¿Has estado alguna vez en Graceland?

—No. Elvis no me gusta especialmente.

—¡Chis! —Logan miró hacia la puerta abriendo desmesuradamente los ojos—. Aquí no se puede decir eso en voz alta. Podrían ponerte una multa y hasta encarcelarte, o azotarte en público, depende del jurado.

—No he leído nada de eso en el manual del memphiano.

—Bonito libro. Pero no te preocupes, yo te llevaré. ¿Cuál es tu día libre?

—Yo... depende. ¿Quieres llevarme a Graceland?

—No podrás sentirte plenamente integrada por aquí hasta que no hayas estado en Graceland. Elige un día y procuraré arreglarlo.

—A ver si lo he entendido. ¿Me estás pidiendo una cita?

—No, no llego a tanto. Yo lo veo más bien como una salida con un socio. —
Dejó su taza vacía sobre la mesa—. Piénsalo y dime algo.

Tenía demasiado trabajo para pensar en aquello. No podía ir a Graceland así sin más. Pero, aun cuando hubiera podido y hubiera sentido el extraño deseo de hacerlo, desde luego no habría ido con Logan.

El hecho es que admiraba su trabajo y... de acuerdo, su físico también, pero eso no significaba que le gustara. O que quisiera pasar su valiosísimo tiempo libre en su compañía.

Y sin embargo no pudo evitar preguntarse por qué le habría pedido aquello.

Quizá era una especie de trampa, alguna extraña iniciación para la yanqui. Llevarla a Graceland y dejarla tirada en medio de toda aquella parafernalia de Elvis y ver si era capaz de encontrar la salida ella sola.

O, tal vez, a su manera, Logan había decidido que coquetear con ella era mejor que andar siempre discutiendo.

Solo que no le había parecido que estuviera coqueteando. Exacto. En realidad le había parecido un gesto espontáneo, impulsivo. Y le había preguntado por los niños.

No había mejor forma de superar su irritación y derribar cualquier barrera defensiva que mostrar un interés sincero por sus hijos.

Y, si él solo trataba de ser amable, desde luego lo más educado y sensato era corresponder con amabilidad.

¿Qué se ponía la gente para ir a Graceland?

No es que tuviera intención de ir, claro. Seguramente no iría. Pero mejor estar preparada. Por si acaso.

En el Invernadero 3, mientras supervisaba el trabajo de Hayley, que estaba regando plantas anuales, Stella meditó en la situación.

—¿Has estado alguna vez en Graceland?

—Claro. Esto son *impatiens*, ¿verdad?

Stella miró la mesa de germinación.

—Sí. De la variedad *impatiens* wallerana. Están creciendo realmente bien.

—Y esto también son *impatiens*, ¿verdad? Variedad Nueva Guinea.

—Exacto. Aprendes deprisa.

—Bueno, éstas las he reconocido enseguida porque ya las conocía. De todos modos, sí, fui a Graceland con unos compañeros de la universidad. Fue genial. Y compré un punto de lectura de Elvis. ¿Dónde habrá ido a parar? Elvis es una variante de Elvin. Significa «amigo sabio como un elfo». ¿No te parece curioso?

—Lo que me parece curioso es que sepas algo así.

—Oh, es una de esas cosas que uno oye por ahí.

—Vale. ¿Y cómo hay que ir vestido?

—¿Mmm? —La joven estaba tratando de identificar los ejemplares de otra mesa por las hojas de las plantas y de no mirar el nombre que ponía en la etiqueta—. Que yo sepa no hay que vestir de ninguna forma especial. La gente va como quiere. Vaqueros y esas cosas.

—O sea, nada ceremonioso.

—Eso. Me gusta cómo huele aquí. A tierra húmeda.

—Entonces no te has equivocado de profesión.

—Podría ser una profesión, ¿verdad? —Sus ojos azul claro se volvieron a mirar a Stella—. Algo en lo que puedo aprender a ser buena. Siempre he pensado que algún día dirigiría mi propio negocio. Yo pensaba en una librería, pero esto es más o menos lo mismo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, hay cosas nuevas, y están los clásicos. Y, si lo piensas, también hay géneros. Plantas anuales, bienales, vivaces, arbustos, árboles, hierbas. Plantas acuáticas, de zonas umbrías. Cosas así.

—¿Sabes? Tienes razón. Nunca lo había mirado de esa forma.

Animada, Hayley avanzó entre las hileras.

—Y aprendo y exploro igual que hago con los libros. Y además nosotros, el personal, tratamos de ayudar a la gente a encontrar lo que más le interesa, algo que los haga felices o al menos los satisfaga. Plantar una flor es como abrir un libro, porque tanto lo uno como lo otro significa iniciar algo. Y el jardín propio es como la biblioteca. Creo que podría llegar a ser buena.

—No lo dudo.

Hayley se volvió hacia Stella y vio que le sonreía.

—Y, cuando sea buena, ya no será solo un trabajo. Tener un trabajo está bien. Y en estos momentos es estupendo, pero quiero mucho más que cobrar mi cheque semanal. Y que conste que el dinero me interesa.

—No, no, si te entiendo. Tú quieres lo que Roz ha conseguido con este lugar.

Crear algo y tener la satisfacción de saber que formas parte de ello. Raíces —añadió, tocando las hojas de una planta—. Y flores. Lo sé porque es lo mismo que quiero yo.

—Pero tú ya lo tienes. Eres muy lista, y sabes perfectamente adónde vas. Tienes dos hijos estupendos y una posición aquí. Has luchado mucho por llegar a dónde estás, por conseguir esta posición. En cambio yo solo estoy empezando.

—Y estás impaciente por llegar. Yo también lo estaba a tu edad.

El rostro de Hayley se iluminó con una expresión de buen humor.

—Claro, porque tú ya estás vieja y achacosa.

Stella rio y se echó el pelo hacia atrás.

—Tengo unos diez años más que tú. Y en diez años pueden pasar muchas cosas, pueden cambiar muchas cosas, incluida tú. En algunos aspectos, yo también estoy empezando..., diez años más tarde que tú. Me estoy trasplantando aquí, con mis dos preciosos brotes.

—¿No tienes miedo?

—Sí, todos los días. —Apoyó una mano en el vientre de Hayley—. Es normal.

—¿Sabes? Es una ayuda poder hablar contigo. No sé, tú estabas casada cuando pasaste por esto, pero las dos, tú y Roz, habéis vivido la experiencia de afrontar la maternidad a solas. Me ayuda tener cerca otras mujeres que sepan lo que necesito saber.

Una vez terminado el trabajo, Hayley fue a cerrar el agua.

—¿Qué? —preguntó—, ¿vas a ir a Graceland?

—No lo sé. Puede.

Logan tenía a sus hombres repartidos entre los pinos blancos y los preparativos para el trabajo del señor Guppy, así que se puso con el sendero de su antigua profesora. No tardaría mucho, y podía pasarse a ver cómo iban los otros dos trabajos a media tarde. Le encantaba hacer malabarismos entre sus diferentes trabajos.

Siempre le había encantado.

Si se ponía con un encargo hasta haberlo terminado no dejaba sitio a la inspiración. Pocas cosas había que le gustaran más que esa sensación que experimentaba cuando en su cabeza veía la imagen de algo que sabía que podía crear con sus manos.

Coger lo que había y mejorarlo, mezclarlo con algo nuevo y crear algo totalmente distinto.

Él se había criado aprendiendo a respetar la tierra y los caprichos de la naturaleza, pero desde el punto de vista de un granjero. Cuando uno crece en una pequeña granja, cuando trabaja y lucha por ella, pensó, uno entiende de verdad lo que significa la tierra. O lo que podría significar.

A su padre también le gustaba la tierra, pero de otra forma. Para él siempre fue una forma de alimentar y mantener a su familia, y al final, cuando decidió vender, les había permitido conseguir una buena cantidad.

No, no podía decir que añorara la granja. Él quería algo más que tener que estar siempre pendiente de los cultivos y los precios de mercado. Pero necesitaba el contacto con la tierra.

Quizá para él la tierra había perdido parte de su magia cuando se había mudado al norte. Demasiados edificios, demasiado hormigón, demasiadas limitaciones. No había sido capaz de habituarse ni al clima ni a la cultura, igual que le había sucedido a Rae en el sur.

Y no había funcionado. Por más que habían tratado de llevar la relación adelante, no había funcionado.

Así que había vuelto a su casa y, finalmente, gracias a la oferta de Roz, había encontrado su sitio, personal y profesionalmente, y como creador. Estaba satisfecho.

Trazó unas líneas y cogió la pala.

Y volvió a clavarla en la tierra.

¿En qué estaba pensando cuando le había pedido a aquella mujer que saliera con él? Ya podía ponerlo como quisiera, pero cuando un hombre pide a una mujer que salga con él eso es una condenada cita.

No tenía intención de salir con Stella Rothchild, la sargento. No era su tipo.

Bueno, en realidad sí. Se puso a remover la tierra comprendida en la zona que había señalado para después nivelarla y colocar la película de plástico negro. Nunca había conocido a ninguna mujer que no fuera su tipo.

Jóvenes o viejas, chicas de campo o de ciudad, listas o tontas: le gustaban todas.

Hasta se había casado con una, ¿no? Y, aunque había sido un error, en la vida todos cometemos errores.

Quizá nunca lo habían atraído especialmente las organizadas. Pero siempre había una primera vez. Y a él le gustaban las primeras veces. Son las segundas y

las terceras veces las que pueden aburrir a un hombre.

Pero no se sentía atraído por Stella.

De acuerdo, mierda. Sí lo atraía. Ligeramente. Era una mujer atractiva, con un buen cuerpo. Y ese pelo... lo volvía loco. No le habría importado tocarlo para ver si al tacto resultaba tan sexy como aparentaba.

Pero eso no significaba que quisiera salir con ella. Ya era bastante duro tener que aguantarla profesionalmente. Aquella mujer tenía una norma, un formulario o un jodido sistema para todo.

Seguramente también los tendría en la cama. Tendría su lista de objetivos, de lo que hay y no hay que hacer, y todo ello rematado con una declaración de principios.

Lo que ésa necesitaba era un poco de espontaneidad, alguien que la apartara un poco de tanto orden. Y no tenía intención de ser él quien lo hiciera.

Lo que pasaba era que aquella mañana la había visto muy guapa, y el pelo le olía bien. Y con aquella sonrisa tan sexy... Antes de darse cuenta le estaba hablando de llevarla a Graceland.

No había por qué preocuparse, pensó. No iría. Una mujer como aquélla no hacía ese tipo de cosas porque sí. Por lo que había visto, nunca hacía nada porque sí.

Los dos olvidarían enseguida que lo había mencionado.

Stella consideraba que, al menos durante los primeros seis meses en su puesto, era imprescindible que tuviera una reunión semanal con Roz para informarle de los progresos.

Habría preferido un horario y un lugar concreto para estas reuniones, pero era difícil atrapar a Roz.

Ya se habían reunido en la zona de propagación y en los huertos. Esta vez acorraló a Roz en su salita, porque sabía que allí difícilmente podría escapar.

—Quería informarle de los progresos de esta semana.

—Oh. Bien, perfecto. —Roz dejó a un lado un libro sobre híbridos grueso como una traviesa de la vía del tren y se quitó sus gafas de lectura con montura al aire—. El tiempo pasa. La tierra empieza a calentarse.

—Lo sé. Los dientes de león están a punto de abrirse. Mucho antes de lo que estoy acostumbrada a ver. Hemos vendido muchos bulbos. En el norte, solemos venderlos hacia finales del verano o en otoño.

—¿Añoranza?

—De vez en cuando, pero cada vez menos. Ahora que febrero ya está muy avanzado, no puedo decir que lamente no estar en Michigan. Allí ayer cayeron nueve centímetros de nieve, y en cambio yo estoy viendo florecer los dientes de león.

Roz se recostó en su asiento y cruzó los pies, cubiertos hasta los tobillos por unos calcetines.

—¿Hay algún problema en el centro?

—Veo que no se me da muy bien ocultar mis emociones. No, no tiene que ver con el trabajo. Hace un rato hice la llamada de rigor a mi madre. Aún me estoy recuperando.

—Ah.

Fue un sonido impreciso. Podía interpretarse como un desinterés total o como una invitación a desahogarse. Y, como estaba que trinaba, Stella decidió desahogarse.

—Me he pasado los casi quince minutos que me ha reservado en su ajetreada agenda oyéndola hablar de su actual novio. Es así como ella los llama, «novios».

Tiene cincuenta y ocho años y hace un par de meses ha pasado por su cuarto divorcio. Cuando no se estaba quejando porque Rocky (se llama así, de verdad) es un desconsiderado y no la quiere llevar a las Bahamas para una escapadita, me estaba hablando del peeling que tiene que hacerse o de lo mucho que le dolió la última inyección de Botox que se puso. Ni siquiera ha preguntado por los niños, y la única alusión que ha hecho a mi nueva vida aquí ha sido para preguntar si no me había cansado de ver al imbécil y su muñequita, que es como ella llama a mi padre y Jolene.

Cuando se quedó sin fuelle, Stella se pasó las manos por el rostro.

—Maldita sea.

—Eso es mucha mala baba, muchas quejas y mucho veneno para soltarlo en un cuarto de hora. Parece una mujer muy dotada.

Durante un minuto entero, Stella dejó que sus manos descansaran en su regazo y miró a Roz. Y entonces echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Oh, sí. Demasiado dotada. Gracias.

—No pasa nada. Mi madre, al menos cuando estaba conmigo, se pasaba la mayor parte del tiempo suspirando por lo mal que se encontraba. Y eso que no pretendía quejarse, decía. Estuve a punto de ponerlo en su lápida: «No pretendía quejarme».

—En la de mi madre yo podría poner «No pido tanto».

—Ahí lo tienes. La actitud de mi madre me marcó tanto que me fui en la dirección opuesta. Seguramente podría cortarme un brazo y no me oirías quejarme.

—Dios. Creo que a mí me ha pasado igual con la mía. Tendré que pensar en esto más tarde. Bueno, a lo que íbamos. Se nos han acabado los bulbos de crecimiento acelerado. No sé si quiere preparar más a estas alturas de la temporada.

—Quizá unos cuantos. Hay clientes a los que les gusta comprarlos ya en flor, como regalos para Semana Santa.

—De acuerdo. ¿Qué le parece si le enseño a Hayley cómo se hace? Sé que normalmente los prepara usted, pero...

—No, es un buen trabajo para ella. La he estado observando. —Al ver la expresión de Stella, inclinó la cabeza—. No me gusta que se vea que observo, pero lo hago. Sé muy bien lo que pasa en mi negocio, Stella, incluso si a veces prefiero callar y no poner los puntos sobre las íes.

—Y ya estoy yo para hacerlo, así que no pasa nada.

—Exacto. Aun así, la he dejado a tu cargo. ¿Te satisface su trabajo?

—Más que eso. Nunca hay que decirle las cosas dos veces, y cuando dijo que aprendía deprisa no era broma. Está hambrienta por saber.

—Pues aquí hay mucho que aprender.

—Es atenta con los clientes... amable, nunca los apremia. Y cuando no sabe una cosa, no le importa reconocerlo y preguntar. Ahora está fuera, curioseando entre los macizos de flores y los arbustos. Dice que le gusta saber qué está vendiendo.

Stella se acercó a la ventana y miró. Ya empezaba a anochecer, pero allí la tenía, paseando a Parker y estudiando las plantas vivaces.

—A su edad, yo estaba planificando mi boda. Parece que fue hace un millón de años.

—A su edad yo ya tenía dos mocosos y estaba embarazada de Masón. Eso sí que fue hace un millón de años. Y sin embargo parece que fue ayer.

—No tiene nada que ver con mi informe pero quería preguntarle si ya ha pensado qué haremos cuando llegue mayo.

—Para nosotros sigue siendo temporada alta y en verano a los clientes les gusta renovar un poco el jardín. Lo normal es vender...

—No, me refería a Hayley. Al bebé.

—Oh. Bueno, eso tendrá que decidirlo ella; pero supongo que, si se queda, podemos encontrarle un trabajo de oficina.

—Cuando decida que está lista para volver al trabajo necesitará canguro. Y luego una guardería...

—Mmm. Eso es adelantarse mucho.

—El tiempo vuela —repitió Stella.

—Ya buscaremos la solución.

Roz sentía curiosidad, así que se levantó y se acercó también a la ventana para mirar.

Era tan bonito ver a una mujer joven, embarazada, deambulando por un jardín de invierno...

En otro tiempo ella también había sido joven, y soñaba a la luz del crepúsculo, esperando que la primavera lo llenara todo de vida.

No, el tiempo no solo vuela, pensó. Se evapora delante de tus narices.

—Ahora parece feliz y muy segura de lo que quiere. Pero es posible que cuando tenga al pequeño cambie de opinión sobre lo de no decírselo al padre. — Roz vio que Hayley se apoyaba una mano en el vientre y miraba al oeste, donde el sol se estaba ocultando detrás de los árboles y descendiendo sobre el río que había más allá—. Verse con un bebé en brazos y con la perspectiva de tener que cuidarlo sola puede ser muy duro. Ya veremos qué pasa cuando llegue el momento.

—Tiene razón. Y supongo que tampoco la conocemos lo bastante para saber qué es mejor. Hablando de niños, casi es la hora de meter a los míos en la bañera. Le dejo el informe de la semana para que lo mire.

—Muy bien. Me pondré cuando pueda. Stella, debo decir que me gusta lo que has hecho. Lo que se ve, en las zonas destinadas a la atención al cliente, y lo que no, en la gestión del centro. La primavera se acerca y, por primera vez desde hace años, no estoy agotada y saturada de trabajo. No puedo decir que me importara estar saturada de trabajo, pero tampoco me importa no estarlo.

—¿Ni siquiera cuando la agobio con tantos detalles?

—Ni siquiera entonces. Hace días que no te oigo quejarte de Logan, y tampoco he oído que él se quejara. ¿Estoy soñando o es que entre los dos han acabado por entenderse?

—Aún quedan algunos pequeños escollos, y sospecho que habrá más, pero nada por lo que tenga que preocuparse. De hecho, tuvo un detalle muy amable y me invitó a ir con él a Graceland.

—¿En serio? —Sus cejas se unieron—. ¿Logan?

—¿No es un gesto normal en él?

—No sabría decirte. Pero que yo sepa nunca ha tenido una cita con nadie del trabajo.

—No es una cita, es una salida.

Roz volvió a sentarse, intrigada. Nunca sabe una lo que puede aprender de una mujer más joven, se dijo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Bueno, una cita es salir a cenar y luego al cine, posiblemente con tintes amorosos. Llevar a los niños al zoo es una salida.

Roz se recostó en el asiento y estiró las piernas.

—Los tiempos cambian, claro. Pero para mí, cuando un hombre sale con una mujer, eso es una cita.

—Ése es mi dilema, sí. —Ya que a Roz no parecía molestarle la conversación, Stella volvió a acercarse y se sentó en el reposabrazos del sillón—. Porque eso es lo que pienso yo también. Pero lo dijo como un ofrecimiento amistoso, y lo de «salida» lo dijo él. Como si me tendiera una rama de olivo. Si la acepto, quizá encontraremos ese terreno común que necesitamos para limar los escollos en nuestra relación laboral.

—Entonces, si no he entendido mal, irías a Graceland con Logan por el bien del centro.

—Algo así.

—No porque sea un hombre libre, muy atractivo, dinámico y sexy.

—No, eso sería además. —Esperó hasta que Roz dejó de reír—. Y no pienso pasar por ahí. Salir con un hombre es terreno peligroso.

—Dímelo a mí. Yo tengo muchos más años de experiencia en ese campo.

—Los hombres me gustan. —Se llevó las manos a la cabeza para apretarse y subir un poco la cola de caballo—. Me gusta la compañía de los hombres. Pero quedar con un hombre es muy complicado y estresante.

—Mejor complicado y estresante que aburrido, que es lo que han sido muchas de mis experiencias.

—Complicado, estresante, aburrido... Creo que me gusta mucho más como suena lo de «salida». Mire, sé que Logan es amigo suyo pero, si acepto y voy con él, ¿cree que sería un error, que estaría dando una impresión equivocada, o cruzando esa línea que hay entre compañeros de trabajo? O...

—Me parece que estás haciendo algo muy complicado y estresante de una

salida.

—Tiene razón. No me soporto. —Meneó la cabeza y se puso de pie—. Será mejor que vaya a preparar la bañera. Oh, y mañana pondré a Hayley con esos bulbos.

—Muy bien. Stella, ¿irás a esa salida?

Stella se detuvo en la puerta.

—Puede. Lo consultaré con la almohada.

8

Estaba soñando con flores. Un jardín encantador, lleno de flores nuevas y llenas de vida, se extendía a su alrededor. Era perfecto, y estaba arreglado y ordenado, con unos límites calculados al milímetro para formar unos bordes exactos contra el césped bien podado.

Los colores se fundían unos con otros, blancos, rosados, verdes plateados, en delicados y suaves tonos pastel que destacaban con una sutil elegancia bajo los rayos dorados del sol.

La fragancia resultaba relajante y había atraído a un bonito grupo de industriosas mariposas y la curiosidad de un colibrí solitario. No había malezas que estropearan aquel conjunto impecable, y cada planta estaba cuajada de docenas y docenas de capullos que aguardaban su turno para abrirse.

Ella había hecho aquello. Rodeó el macizo de flores, con una intensa sensación de orgullo y satisfacción. Ella había removido la tierra y la había alimentado, había planificado y seleccionado, y había colocado cada planta en su lugar exacto. El jardín se correspondía tan exactamente con su visión que era como una fotografía.

Le había costado años de planificación y duro trabajo. Pero ahora parecía que todo lo que quería estaba allí, floreciendo a sus pies.

Y, sin embargo, mientras miraba apareció un tallo verde que desplazó a los demás y rompió la simetría. Está fuera de sitio, pensó ella, más molesta que sorprendida al ver cómo brotaba de la tierra y crecía y desplegaba sus hojas.

¿Una dalia? Ella no había plantado dalias allí. Las dalias iban en la parte de atrás. Precisamente, había plantado tres de color rosa al fondo, separadas treinta centímetros entre sí.

Ladeó la cabeza, desconcertada, y estudió la planta, mientras los tallos crecían y se engrosaban y se formaban capullos gruesos y saludables. Fascinante, era tan fascinante e inesperado...

Pero, cuando esbozó una sonrisa, oyó —¿sintió?— un susurro, un murmullo en su cabeza.

Ése no es su sitio. No lo es. Hay que retirarla. Crecerá y crecerá hasta que no deje sitio para nada más.

Stella se estremeció. De pronto, a su alrededor el aire parecía frío, algo húmedo, y las nubes amenazaban aquel encantador sol dorado.

Notó que el miedo le estrujaba el estómago.

No dejes que crezca. Destruirá todo lo que has creado.

Eso era cierto. Por supuesto. Aquella planta no tenía que estar allí, quitando el sitio a las demás y alterando el orden.

Tendría que arrancarla y buscarle otro sitio. Ella que pensaba que había terminado y ahora tendría que reorganizarlo todo. Miró azorada, cuando los capullos empezaron a abrirse y desplegaron sus pétalos de un intenso azul. Era un color totalmente equivocado. Demasiado llamativo, demasiado oscuro y brillante.

Era hermoso, eso no podía negarlo. De hecho, nunca había visto un ejemplar más hermoso. Parecía tan fuerte, tan vigoroso... Ya casi era tan alto como ella, y las flores eran grandes como platos.

Es un engaño. Es un engaño.

Aquel susurro, que de alguna forma tenía algo de femenino, algo de furioso, penetró en su cerebro dormido. Stella gimoteó ligeramente, se revolvió inquieta en la cama fría.

¡Mátalo! ¡Mátalo! Date prisa, antes de que sea tarde.

No. No podía matar algo tan hermoso y lleno de vida. Pero eso no significaba que pudiera dejarlo allí, en un lugar que no le correspondía, trastrocando el orden del resto del jardín.

Tanto trabajo, tantos preparativos y planificación, y ahora aquello. Tendría que idear otro macizo y plantarla allí. Con un suspiro, estiró el brazo y rozó con los dedos los pétalos azules y llamativos. Sería mucho trabajo, pensó, muchos problemas, pero...

—Mamá.

—¿No es preciosa? —musitó ella—. Es tan azul...

—Mamá, despierta.

—¿Qué? —empezaba a salir del sueño, y vio a Luke arrodillado en la cama, junto a ella.

Dios, la habitación estaba helada.

—¿Luke? —Instintivamente, le echó la colcha por encima—. ¿Qué pasa?

—Es la tripa.

—Oh. —Se sentó en la cama y le puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre. Estaba un poco caliente—. ¿Te duele?

Él asintió. Stella veía el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Me encuentro mal. ¿Puedo dormir contigo?

—Vale. —Le abrió las sábanas—. Túmbate y tápate bien, mi vida. No sé por qué hace tanto frío aquí. Te voy a poner el termómetro, por si acaso. —Y cuando el niño acomodó la cabeza sobre la almohada, Stella le besó la frente. Definitivamente, estaba algo caliente.

Encendió la lamparilla de noche y fue al cuarto de baño a buscar el termómetro.

—A ver si puedo ver dentro de tu cabeza. —Y le colocó el termómetro en la oreja mientras le acariciaba el pelo—. ¿Ya te encontrabas mal cuando te has acostado?

—No. Ha sido... —Su cuerpo se puso tenso y emitió un leve gemido.

Stella supo que iba a vomitar antes que él mismo. Con la velocidad de una madre, lo cogió en brazos y corrió al cuarto de baño. Llegaron por los pelos, y mientras él vomitaba, ella no dejó de decirle cosas y acariciarlo.

El niño volvió su pequeño rostro pálido hacia ella.

—He devuelto.

—Lo sé, pequeño. Lo siento. Ya verás como enseguida te encuentras mejor.

Le dio un poco de agua, le refrescó la cara con un paño mojado y luego lo llevó a su cama. Qué extraño, pensó, ahora la habitación está bien.

—Ya no me duele la tripa.

—Qué bien. —Pero aun así le comprobó la temperatura (pasaba unas décimas de 37, no estaba mal) y acercó la papelera a la cama—. ¿Te duele en algún sitio?

—No. Pero no me gusta devolver. Me deja un sabor malo en la boca. Y tengo otro diente flojo. Si devuelvo a lo mejor se me cae y no lo podré poner debajo de la almohada.

—Tú no te preocupes por eso. Pondrás tu diente debajo de la almohada, como el otro. Ahora voy a bajar a la cocina y te traeré un poco de ginger ale. Tú no te muevas de aquí. Vuelvo enseguida.

Stella salió a toda prisa y bajó la escalera corriendo, en camisón. Y comprendió que una de las desventajas de vivir en una casa grande era que la

cocina quedaba a kilómetros de las habitaciones.

Compraría una nevera pequeña para la salita de arriba, como la que tenía en su habitación en la residencia de estudiantes cuando estudiaba en la universidad.

Un poco de fiebre, pensó mientras entraba a toda prisa en la cocina.

Seguramente al día siguiente ya estaría mejor. Si no, llamaría al médico.

Buscó el ginger ale, puso hielo en un vaso alto, cogió una botella de agua y volvió a subir.

—Voy a beber ginger ale —oyó que decía su hijo cuando iba por el pasillo— porque estaba malo. Ahora ya estoy bien, pero puedo beber igual. Si quieres puedes tomar un poco.

—Gracias, cielo, pero... —Cuando entró en la habitación, vio a Luke sentado de espaldas a la puerta, recostado contra las almohadas. Y hacía frío otra vez, tanto que veía el aliento salir de su boca.

—Se ha ido —dijo Luke.

Stella sintió algo en la espalda, y fue más que un escalofrío.

—¿Quién se ha ido?

—La señora. —Sus ojos somnolientos se iluminaron ligeramente cuando vio el ginger ale—. Se ha quedado conmigo mientras tú estabas abajo.

—¿Qué señora, Luke? ¿La señora Roz? ¿Hayley?

—No. La señora que viene y canta. Me gusta. ¿Me puedo beber todo el ginger ale?

—Solo un poco. —Y cuando sirvió la bebida, las manos le temblaban—. ¿Dónde la has visto?

—Aquí. —Señaló la cama, cogió el vaso con las dos manos y bebió—. Qué rico.

—¿La habías visto antes?

—Sí. A veces me despierto y ella está. Y canta la canción del *dilly dilly*.

Lavender blue, dilly dilly. Lavender green. Con un miedo sordo comprendió que era la misma canción que ella había escuchado. La canción que se había sorprendido tarareando.

—¿Te ha...? —No, no lo asustes, pensó—. ¿Cómo es esa señora?

—Es guapa. Tiene el pelo rubio. Creo que es un ángel. Una señora ángel. ¿Te acuerdas de la historia del guarda ángel?

—Ángel guardián.

—Pero ella no tiene alas. Gavin dice que a lo mejor es una bruja, pero buena, como en *Harry Potter*.

Stella sentía la garganta completamente seca.

—¿Gavin también la ha visto?

—Sí, cuando viene a cantar. —Le devolvió el vaso a su madre y se restregó los ojos—. Ya no me duele la tripa, pero tengo sueño. ¿Me dejas que duerma contigo?

—Claro. —Pero, antes de meterse en la cama encendió la luz del cuarto de baño.

Fue a ver cómo estaba Gavin y tuvo que resistirse al impulso de llevarlo a su cama con ella.

Dejó abiertas las puertas que conectaban las dos habitaciones y volvió a su habitación.

Apagó la luz de la mesita de noche y se acostó junto a su hijo pequeño.

Lo acercó a sí y lo abrazó mientras dormía.

A la mañana siguiente Luke parecía estar bien. Mientras desayunaban, con aire alegre y juguetón le dijo a David que había devuelto y había bebido ginger ale.

Stella pensó que quizá no debería ir al colegio, pero no tenía fiebre y, a juzgar por su apetito, tampoco había problemas de estómago.

—No parece que tenga nada —comentó David cuando los niños subieron a buscar sus libros—. En cambio tú parece que has pasado por un mal trago. —Y le sirvió otra taza de café.

—Es cierto. Y no fue solo porque Luke se encontraba mal. Después de devolver, se tranquilizó y durmió como un bendito. Pero antes me dijo una cosa que me ha tenido en vela toda la noche.

David apoyó los codos en la mesa de trabajo de la cocina y se inclinó hacia delante.

—Cuéntaselo todo a papá.

—Dice... —Miró alrededor, aguzando el oído por si los niños bajaban—. Dice que hay una señora rubia que entra en su habitación por las noches y le canta.

—Oh. —David cogió su trapo y se puso a limpiara la encimera.

—No digas «oh» con esa sonrisita estúpida.

—Eh, que sepas que ésa es mi sonrisa divertida. Nada de estúpida.

—David...

—Stella —dijo él con la misma expresión severa—, Roz ya te dijo que

tenemos un fantasma, ¿no?

—Lo mencionó. Solo hay un problema: que los fantasmas no existen.

—¿Y entonces qué? ¿Hay una rubia que se cuelga cada noche en la casa y va a la habitación de tus hijos a cantarles? ¿Eso te parece más creíble?

—No sé lo que está pasando. He oído cantar a alguien, y he sentido... —Se retorció la correa del reloj con nerviosismo—. Da igual. La idea de que haya un fantasma es ridícula. Pero algo les está pasando a mis hijos. —¿Le da miedo esa mujer?

—No. Seguramente lo de la canción han sido imaginaciones mías. Y Luke tiene seis años. Puede imaginarse cualquier cosa.

—¿Le has preguntado a Gavin?

—No. Luke dice que la han visto los dos, pero...

—Yo también la he visto.

—Oh, por favor.

David aclaró la bayeta, la escurrió y la extendió en el borde del fregadero para que se secase.

—No la veo desde que era pequeño. La vi algunas veces, cuando me quedaba a dormir. Al principio me daba miedo, pero se limitaba a estar allí. Puedes preguntarle a Harper. Él la vio muchas veces.

—Vale. ¿Y quién se supone que es ese fantasma? —Y levantó una mano con gesto irritado cuando oyó el ajetreo de los pies de sus hijos por la escalera—. Más tarde.

Stella trató de no pensar en aquello y a ratos, cuando el trabajo la absorbía, lo consiguió. Pero le volvía una y otra vez a la cabeza y se quedaba allí, como la canción del fantasma.

Hacia mediodía, dejó a Hayley trabajando con los bulbos y a Ruby atendiendo a los clientes y, después de coger una carpeta, se fue hacia la zona de injertos.

Así mataré dos pájaros de un tiro, pensó.

En esta ocasión, la música que oyó cuando se acercaba era Rachmaninoff. ¿O era Mozart? Daba igual, el caso es que había apasionados instrumentos de cuerda y flautas. Pasó ante las zonas de preparación, herramientas, la tierra y los aditivos, el sustrato.

Encontró a Harper al otro extremo de una mesa de trabajo con un montón de

tiestos pequeños, varios cactus que se utilizarían como patrón y una bandeja de sustrato. Reparó en las pinzas, las gomas, la rafia, el tarro con alcohol desnaturalizado.

—¿Qué tipo de injerto utilizas con el cactus de Navidad?

Él siguió trabajando y con un cuchillo cortó un brote del nudo de la planta que injertaría. Tenía las manos bonitas. Largas, con dedos de artista.

—¿Injerto de triángulo? Una pequeña trampa, pero seguramente es lo que mejor irá con esta especie por lo aplanado de los tallos. ¿Estás creando un estándar o un híbrido?

Harper practicó una ranura vertical en el tejido cambial sin contestar.

—Lo pregunto porque... —Le puso la mano en el hombro y, al ver que él se sobresaltaba y gritaba, se echó atrás bruscamente y chocó contra la mesa que tenía detrás.

—¡Mierda! —Harper dejó caer el cuchillo y se metió en la boca el pulgar que se había pinchado—. ¡Mierda! —Volvió a decir, con el dedo en la boca, y con la mano que tenía libre se quitó los auriculares.

—Lo siento, ¡lo siento! ¿Te has hecho daño? Deja que le eche un vistazo.

—Solo es un rasguño. —Se sacó el dedo de la boca, y se lo restregó con aire ausente contra los vaqueros sucios—. No es tan grave como el ataque al corazón que has estado a punto de provocarme.

—Déjame ver ese dedo. —Le cogió la mano—. Ahora lo tienes sucio de tierra.

Harper vio que los ojos de la mujer se iban al alcohol y se soltó de un tirón.

—Ni se te ocurra.

—Bueno, al menos tendrías que limpiarlo. De verdad que lo siento. No he visto que llevabas puestos los auriculares. Pensé que podías oírme.

—No pasa nada. La música clásica es para las plantas. Si yo la escucho demasiado rato los ojos se me ponen vidriosos.

—Oh. —Cogió los auriculares y se acercó uno de los lados a la oreja—. ¿Metallica?

—Sí. Mi música clásica. —Miró con aire hastiado la carpeta de Stella—. ¿Qué pasa ahora?

—Esperaba hacerme una idea de lo que tendrás preparado para la gran apertura de primavera el mes que viene. Y de lo que ya está listo para trasladarlo al vivero con el resto de las plantas.

—Oh, bueno... —Miró alrededor—. Muchas cosas, seguramente. Tengo los

registros en el ordenador.

—Estupendo. Bastará con que me hagas una copia. En disquete.

—Sí, de acuerdo. Vale, espera. —Giró en su taburete hacia el ordenador.

—No hace falta que sea ahora que estás en mitad de un trabajo.

—Si no lo hago ahora seguramente me olvidaré.

Con una habilidad que la admiró y los dedos algo sucios, el hombre tecleó y encontró lo que Stella buscaba. Sacó un disquete y lo introdujo en la disquetera.

—Mira, preferiría que no te llevaras nada si no estoy aquí.

—Perfecto.

—¿Cómo... eh, cómo le va a Hayley?

—Es la respuesta a mis oraciones.

—¿Ah, sí? —Echó mano de una lata de coca-cola y dio un trago—. Espero que no esté haciendo ningún trabajo pesado ni manipulando productos tóxicos, ¿no?

—Por supuesto que no. En este momento la tengo preparando bulbos.

—Aquí tienes. —Y le dio el disquete.

—Gracias, Harper. Esto me facilitará mucho las cosas. Nunca he injertado un cactus de Navidad. —Sujetó el disquete a su carpeta—. ¿Puedo mirar?

—Claro. ¿Quieres hacer uno? Te iré diciendo lo que hay que hacer.

—Me encantaría.

—Primero terminaré éste. ¿Ves?... Corto una yema de cinco a siete centímetros directamente del nudo. Previamente he cortado los cinco centímetros de la parte superior del patrón. Y, antes de cortarme el dedo...

—Lo siento.

—No es la primera vez. He practicado este bonito corte vertical en el tejido cambial.

—Hasta ahí te sigo.

—Ahora se trata de ir pelando la base de la púa para darle una forma afilada y dejar la parte central al descubierto. —Los dedos largos y artísticos trabajaban con destreza y paciencia—. ¿Lo ves?

—Mmm. Tienes mano para esto.

—Aprendí de forma natural. Mi madre me enseñó. Cuando tenía más o menos la edad de Luke preparamos un cerezo ornamental. Ahora insertaremos la púa en la hendidura del patrón. Se trata de que el tejido que ha quedado al descubierto en uno y otro entren en contacto, y hacer encajar las dos superficies al máximo posible. Yo suelo utilizar una espina larga de un cactus para

mantenerlas unidas... —Cogió una de una bandeja y la introdujo en la zona injertada.

—Limpio y orgánico.

—Ajá. No me gusta sujetarlos con rafia. Las pinzas para la ropa van mejor. Las colocas justo sobre el punto de unión, ¿ves? Así se mantiene bien sujeta pero no la forzamos. El sustrato consta de dos partes de tierra para cactus y una de arenilla. Ya tengo preparada la mezcla. Metemos al bebé en el tiesto, cubrimos la mezcla con un poco de gravilla.

—Para que conserve la humedad pero no esté mojado.

—Así es. Ahora le ponemos la etiqueta y lo colocamos en un lugar aireado, donde no reciba la luz directa del sol. En un par de días las plantas se habrán unido. ¿Quieres intentarlo?

—Sí. —Stella se instaló en el taburete cuando él se levantó y empezó a trabajar, siguiendo sus instrucciones con cuidado—. Ah, esta mañana David me ha hablado de la leyenda de la casa.

—Eso está bien. —No apartó los ojos de sus manos y la planta—. Corta la púa muy fina. ¿Leyenda?

—Ya sabes, ¡uuuu!, el fantasma.

—Ah, sí, la rubia de ojos tristes. Cuando era pequeño venía a cantarme.

—Oh, vamos, Harper.

Él se encogió de hombros y dio otro trago a su coca-cola.

—¿Quieres? —Ladeó la lata a un lado y a otro—. Tengo más en la nevera que hay ahí debajo.

—No, gracias. Me estás diciendo que un fantasma entraba en tu habitación y cantaba.

—Hasta que cumplí los doce o los trece. Y a mis hermanos también. Cuando llegas a la pubertad, deja de venir. Ahora tienes que afilar la base de la púa.

Ella hizo una pausa, lo justo para mirarlo un momento.

—Harper, ¿no te consideras un científico?

Él le sonrió con aquellos ojos marrones algo soñadores.

—No tanto. Parte de lo que hago es ciencia, y otra parte exige que tenga conocimientos científicos. Pero, si lo miras fríamente, soy un jardinero.

Harper encestó la lata vacía en la papelera y se agachó para sacar otra de la neverita.

—Pero si lo que quieres es saber si creo que los fantasmas están reñidos con la ciencia, te diré que no. La ciencia significa explorar, experimentar, descubrir.

—No te lo discuto. —Volvió al trabajo—. Pero...

Él abrió la lata.

—¿Qué, te vas a poner en plan detective?

Stella no pudo evitar reír.

—Una cosa es que un niño crea en los fantasmas, o en Santa Claus, y...

—¿Me estás diciendo que Santa Claus no existe? —La miró con expresión horrorizada—. Eso es mentira.

—Pero —siguió diciendo ella sin hacerle caso— es bien distinto cuando lo cree un hombre con toda la barba.

—¿A quién estás llamando hombre con barba? Bueno, me parece que ahora tengo que echarme, Stella. —Le dio una palmadita en el hombro, manchándole la camisa de tierra, y luego se la sacudió tranquilamente—. Vi lo que vi y sé lo que sé. Forma parte de la infancia en esta casa. Ella siempre fue... una presencia benigna, al menos para mí y mis hermanos. A mamá la hacía sufrir de vez en cuando.

—¿Sufrir?

—Tendrás que preguntarle a ella. Pero no sé para qué, si de todos modos no crees en fantasmas. —Sonrió—. Has hecho un buen injerto. Según la leyenda familiar, es una de las mujeres de la familia, aunque no aparece en ninguno de los cuadros que tenemos. —Levantó un hombro—. Quizá era una sirvienta. Desde luego conoce bien la casa.

—Luke dice que la ha visto.

—¿Ah, sí? —Aguzó la vista mientras observaba cómo Stella etiquetaba el tiesto—. Si te preocupa que pueda hacerle daño, o a Gavin, no sufras. Es... es muy maternal.

—Oh, estupendo, un fantasma sin identificar pero con carácter maternal que visita la habitación de mis hijos por la noche.

—Es una tradición en esta familia.

Después de una conversación como aquélla, Stella necesitaba ocupar su mente con algo sensato. Así que cogió un semillero de pensamientos y un poco de vincapervinca de uno de los invernaderos, un par de jardineras de forma libre que estaban en el almacén y los cargó junto con la tierra en uno de los carros planos.

Reunió las herramientas, guantes, preparó un poco de abono líquido y salió

con todo por la entrada principal.

A los pensamientos no los afectaba un poco de frío, pensó, así que aun cuando volviera a helar no los perjudicaría. Y sus flores alegres y coloridas darían a la entrada un aire muy primaveral.

Una vez que hubo colocado las jardineras donde quería, cogió su carpeta y anotó todo lo que había cogido. Cuando terminara introduciría los datos en el ordenador.

Luego se arrodilló y se puso a hacer algo que amaba y nunca dejaba de reconfortarla. Algo que siempre tenía un sentido: plantar.

Cuando terminó con la primera, retrocedió un poco para ver el efecto: el púrpura y amarillo de las flores resaltaba alegremente contra el gris de la jardinera. Quería que la otra fuera lo más parecida posible.

Estaba a mitad de la segunda jardinera cuando oyó ruido de neumáticos en la grava. Logan, pensó cuando miró y vio la camioneta. Vio que giraba el coche hacia la zona de material, pero volvió a girar y se acercó al edificio.

Se apeó. Botas gastadas, vaqueros gastados, gafas de sol con cristales negros de chico malo.

Stella sintió un ligero hormigueo entre los omóplatos.

—Hola —dijo él.

—Hola, Logan.

Se quedó allí plantado, con los pulgares metidos en los bolsillos delanteros de sus pantalones de trabajo y tres bonitos arañosos en el antebrazo, justo bajo las mangas arremangadas de la camisa.

—Vengo a recoger unas vigas de madera y más plástico negro para el trabajo de Dawson.

—¿Va todo bien por allí?

—Voy haciendo. —Se acercó un poco más y miró con detenimiento lo que estaba haciendo—. Tienen buen aspecto. Me pueden servir.

—Son para exposición.

—Puedes hacer más. Si se los enseño a la señora Dawson, me los quitará de las manos. Una venta es una venta, pelirroja.

—Oh, de acuerdo. —Apenas había tenido tiempo para verlos como algo suyo—. Al menos deja que los termine. Dile que cuando apriete el calor tendrá que sustituir los pensamientos. No aguantarán el verano. Y si pone alguna planta vivaz, que cubra las jardineras durante el invierno.

—Resulta que yo también entiendo de plantas.

—Solo quería asegurarme de que el cliente queda satisfecho.

El hombre ha sido amable, pensó. Incluso ha colaborado. ¿Acaso no había ido allí para darle una lista de materiales? Lo menos que podía hacer era corresponderle.

—Si lo de Graceland sigue en pie, puedo tomarme el próximo jueves libre.

—No apartó los ojos de las plantas, y habló con un tono tan natural como un puñado de margaritas—. Si te va bien.

—¿El jueves? —Había preparado todo tipo de excusas por si sacaba el tema. Que si estaba ahogado de trabajo... Mejor dejarlo para otra ocasión.

Pero allí la tenía, arrodillada en el suelo, con aquellos condenados rizos por todas partes bajo el sol. Sus ojos azules, su fino acento de yanqui.

—Claro, el jueves está bien. ¿Te recojo aquí o en la casa?

—Aquí está bien. ¿A qué hora te va mejor?

—Hacia la una tal vez. Así puedo aprovechar la mañana.

—Perfecto. —Se levantó, se quitó los guantes y los dejó pulcramente en el carro—. Deja que calcule el precio para las jardineras y prepare la hoja de solicitud. Si no los quiere, puede volver a traerlos.

—Los querrá. Ve y ocúpate del papeleo. —Se sacó del bolsillo una nota doblada en varios pliegues—. De esto y de los materiales que tengo allí abajo. Yo iré cargando.

—Bien. De acuerdo. —Stella fue al interior. El hormigueo se había desplazado de los omóplatos a la base del vientre.

No era una cita, no era una cita, se recordó. En realidad ni siquiera era una salida. Era un gesto de buena voluntad por ambas partes.

Y ahora, pensó cuando entraba en su despacho, los dos estaban atrapados.

9

—Jueves, jueves. ¿Cómo puede ser?

—Tiene algo que ver con Júpiter, el dios romano. —Hayley encorvó la espalda con aire vergonzoso—. Sé un montón de cosas estúpidas.

—No te estaba preguntando por el origen de la palabra, sino por lo rápido que ha llegado el jueves. ¿Júpiter, dices? —repitió Stella dando la espalda al espejo del aseo para el personal.

—Sí.

—Si tú lo dices lo creo. De acuerdo. —Extendió los brazos—. ¿Qué tal estoy?

—Estupenda.

—¿Demasiado estupenda? Ya sabes, demasiado arreglada.

—No, estupenda a secas. —Lo cierto es que envidiaba el aspecto que tenía con aquellos sencillos pantalones grises y el jersey negro. Como si estuvieran hechos para realzar todas aquellas curvas. Ella, cuando no estaba embarazada, era más bien de las huesudas y con poco pecho—. Con ese jersey se te ve un cuerpazo —añadió.

—¡Oh, Dios! —Horrorizada, Stella cruzó los brazos sobre los pechos—. ¿Demasiado exuberante? ¿Como si estuviera invitando al otro a mirarme las tetas?

—No. —Hayley le hizo bajar los brazos entre risas—. Ya vale. Tienes unas tetas de película.

—Estoy nerviosa. Es ridículo pero estoy nerviosa. Y odio estar nerviosa, que es la razón por la que casi nunca lo estoy. —Se tiró de la manga del jersey, se la sacudió—. ¿Por qué hacer algo que odio?

—Solo es una salida sin importancia. —Hayley puso mucho cuidado en no pronunciar la palabra fatídica. Ya habían hablado de aquello—. Tú ve y diviértete.

—Vale. Por supuesto. Qué estúpida. —Y se sacudió antes de salir del aseo—. Tienes el número de mi móvil.

—Todo el mundo tiene el número de tu móvil, Stella. —Y le lanzó una mirada a Ruby, que respondió con una risita—. Seguramente el alcalde lo tendrá entre sus números de emergencia.

—Si hay algún problema, no dudes en llamarme. Y si no estás segura sobre algo y no encuentras ni a Roz ni a Harper, llámame.

—Sí, mamá. Todo irá bien. Así que estate tranquila.

—Me parece que lo de tranquilizarme no está en mi agenda para hoy.

—¿Puedo preguntar cuánto hace que no tienes una cita, quiero decir, una salida?

—No tanto. Solo unos meses. —Cuando vio que Hayley levantaba los ojos al techo, se justificó—. Estaba ocupada. Había que vender la casa, preparar maletas, empaquetarlo todo, informarme sobre las diferentes escuelas y pediatras de por aquí. No tenía tiempo.

—Y no había nadie que te hiciera desear sacar ese tiempo. Como hoy.

—No es verdad. ¿Por qué llega tarde? —preguntó con tono irritado consultando su reloj—. Sabía que llegaría tarde. Lo lleva escrito en la cara, es de los que siempre llegan tarde a todo.

En ese momento entró un cliente. Hayley le dio unas palmaditas en el hombro.

—Hazme caso. Diviértete. ¿Puedo ayudarlo? —preguntó dirigiéndose al cliente.

Stella esperó un par de minutos más, y vio que Hayley se entendía con el cliente. Ruby atendió a otros dos por teléfono. El trabajo se estaba haciendo sin contratiempos, y ella no tenía nada que hacer, salvo esperar.

Decidió esperar fuera y cogió su chaqueta.

Las jardineras que había preparado tenían buen aspecto, y supuso que eran las responsables directas de las bandejas de pensamientos que habían entrado en los pasados días. Podía preparar algunas jardineras más, un par de barriles cortados, algunos tiestos para colgar.

Libreta en mano, se puso a deambular, escogiendo los mejores lugares para colocarlos o para incluir otros detalles que inspiraran al comprador.

A la una y cuarto, cuando Logan llegó, Stella estaba sentada en los escalones, anotando sus ideas y distribuyendo el trabajo.

Se levantó cuando vio que él se apeaba de la camioneta.

—Me han entretenido.

—No importa. He estado ocupada.

—¿Te importa si vamos en la camioneta?

—No será la primera vez. —Subió y, mientras se ponía el cinturón, se fijó en la maraña de notas y recordatorios, esbozos y cálculos que tenía pegados en el salpicadero.

—¿Tu sistema de archivos?

—En su mayoría. —Encendió el reproductor de CD y la voz de Elvis empezó a cantar «Heartbreak Hotel»—. Parece lo más apropiado.

—¿Eres un fan de Elvis?

—Hay que respetar al Rey.

—¿Cuántas veces has estado en Graceland?

—No sé. La gente que viene de fuera siempre quiere ir. Cuando uno viene a Memphis, tiene que visitar Graceland, Beale Street, ir a ver los patos en el Peabody, comer costillas.

Sí, quizá sí podía tranquilizarse, decidió Stella. Solo estaban charlando. Como personas normales.

—Pues éste es el primero que tacharé de la lista.

Él la miró. Aunque las gafas oscuras le ocultaban los ojos, por el ángulo de su cabeza Stella supo que sus ojos se habían entrecerrado y calculaban.

—Ya llevas aquí... no sé, un mes ¿y todavía no has ido a comer costillas?

—No. ¿Me van a detener?

—¿Eres vegetariana?

—No, y me gustan las costillas.

—Cielo, hasta que no pruebes las costillas de Memphis no sabrás lo que son unas costillas de verdad. ¿No vivían por aquí tus padres? Me parece recordar que los vi una vez.

—Mi padre y su mujer, sí. Will y Jolene Dooley.

—¿Y no has comido costillas?

—Me temo que no. ¿Los van a detener?

—Si se corre la voz es posible. Pero les daré un respiro y por el momento no diré nada.

—Es un detalle.

«Heartbreak Hotel» pasó a «Shake, Rattle, and Roll». Aquélla era la música de su padre. A Stella le resultaba extraño y en parte también agradable, ir hacia Memphis moviendo los pies al ritmo de la música que su padre escuchaba

cuando ella era adolescente.

—Te diré lo que puedes hacer. Te llevas a los niños a la Reunión a comer costillas —le dijo Logan—. De allí puedes ir a pie hasta Beale Street, y ver un poco el ambiente. Pero, antes de comer, pasas por el Peabody para que puedan ver los patos. Los niños tienen que ver los patos.

—Mi padre ya los ha llevado.

—Bueno, entonces a lo mejor se salva de la horca.

—Ohhh. —Le estaba resultando más fácil de lo que esperaba, y se sintió algo estúpida al pensar que había preparado varios temas de conversación por si acaso—. Aparte de la época que pasaste en el norte, ¿siempre has vivido aquí?

—Sí.

—A mí se me hace raro saber que he nacido aquí pero no tener ningún recuerdo. Me gusta esta zona y, dejando aparte lo de las costillas, me gusta pensar que estoy unida a este sitio. Es verdad que aún no he pasado un verano en el sur, al menos que yo recuerde, pero me gusta. Y me gusta trabajar para Roz.

—Es estupenda.

Stella notó el tono de aprecio con que hablaba y se volvió ligeramente hacia él.

—Ella piensa lo mismo de ti. De hecho, en un primer momento pensé que erais...

La sonrisa de él se hizo más grande.

—¿Bromeas?

—Ella es guapa e inteligente, y tenéis muchas cosas en común. Tenéis una historia.

—Cierto. Y seguramente esa historia haría que algo así fuera raro. Pero gracias.

—La admiro mucho. Me gusta, pero sobre todo la admiro por lo que ha conseguido. Ella sola. Llevar adelante una familia y mantenerla, levantar un negocio de la nada. Y siempre haciendo las cosas a su manera, con sus propias normas.

—¿Es eso lo que quieres para ti?

—Yo no quiero un negocio. Hace un par de años se me pasó por la cabeza. Pero ¿dar un paso así con dos niños y sin paracaídas? —Meneó la cabeza—. Roz es más valiente que yo. Además, me di cuenta de que en realidad no es lo mío. A mí lo que me gusta es trabajar para otra persona, resolver problemas y plantear ideas creativas y eficaces para ampliar o mejorar el negocio. Dirigir.

Esperó un momento.

—¿No piensas hacer ningún comentario sarcástico?

—Solo para mis adentros. Así me los guardo hasta que me vuelvas a azuzar otra vez.

—Estoy impaciente. En cualquier caso, me gusta crear un jardín desde el principio, partir de una pizarra en blanco. Pero me gusta mucho más coger uno que ya se haya hecho con no muy buen criterio o que necesite algún cambio, y transformarlo.

Hizo una pausa y frunció el ceño.

—Es curioso. Acabo de acordarme de un sueño que tuve hace unas noches sobre un jardín. Era un sueño muy raro con... no sé, había algo inquietante. No lo recuerdo bien, pero había algo... una dalia enorme, preciosa, azul. Las dalias me gustan especialmente, y el azul es mi color favorito. Y aun así aquella dalia no debía estar allí, no era su sitio. Yo no la había plantado. Pero estaba. Curioso.

—¿Y qué hiciste con la dalia?

—No me acuerdo. Luke me despertó, y mi jardín y mi dalia exótica se desvanecieron. —Y la habitación estaba tan fría..., pensó—. No se encontraba bien, tenía el estómago algo alborotado.

—¿Ya está mejor?

—Sí. —Otro punto a su favor, pensó Stella—. Está bien, gracias.

—¿Y el diente?

Uau, punto dos. Recordaba que a su hijo se le había caído un diente.

—El ratoncito Pérez se lo ha cambiado por un bonito billete de un dólar. Y está a punto de caérsele otro. En estos momentos habla con un ceceo muy gracioso.

—¿Su hermano ya le ha enseñado a escupir por el hueco?

Ella hizo una mueca.

—Que yo sepa no.

—Ahh, y lo que no sabrás... Apuesto a que la dalia mágica todavía está allí, creciendo en el país de los sueños.

—Es una idea bonita. —Mátala. Dios, ¿de dónde había salido aquello?, se preguntó tratando de controlar un escalofrío—. Si no recuerdo mal, era muy espectacular. —Cuando vio que entraban en un aparcamiento, miró a su alrededor—. ¿Es aquí?

—Al otro lado de la calle. Esto es como un centro para los turistas. Dentro compramos las entradas y luego llevan a los grupos de visitantes hasta la casa en

autobuses.

Apagó el motor, se volvió a mirarla.

—Cinco pavos a que cuando salimos te has convertido.

—¿Convertirme? No tengo nada en contra de Elvis.

—Cinco pavos. Después del tour, como mínimo comprarás un CD de Elvis.

—Hecho.

Era mucho más pequeño de lo que pensaba.

Ella se imaginaba algo grande y extenso, como una mansión, en estilo de la casa de los Harper. Y, en cambio, se encontró con una casa de un tamaño modesto, con habitaciones bastante pequeñas... al menos las que se mostraban en la visita.

Stella fue con el resto de los turistas, escuchando la grabación de las memorias y las observaciones de Lisa Marie Presley por los auriculares que le habían proporcionado.

Observó con perplejidad la tela plisada en diferentes tonos de curry, azul y marrón que bajaba formando pliegues desde el techo y cubría cada centímetro de la abarrotada sala de juegos, dominada por la mesa de billar. Luego vio con asombro la cascada, las huellas de animales salvajes y los accesorios de la Jungle Room, todo ello coronado por un techo enmoquetado de verde.

Una persona había vivido rodeada por todo aquello, pensó. No solo una persona, sino un símbolo, un hombre con un talento y una fama milagrosos. Era agradable escuchar a aquella mujer, que era pequeña cuando su famoso padre había muerto, hablando sobre el hombre al que ella recordaba y amaba.

La sala de los trofeos le pareció increíble, e hizo que sus reparos por el asunto del estilo quedaran superados por una sensación de reverencia. Parecía que había kilómetros y kilómetros de pared en aquel sinuoso pasillo cubierto por discos de oro y de platino. Y todo aquello lo había conseguido en menos años de los que ella tenía de vida.

Mientras escuchaba a Elvis cantar, admiró sus logros, se maravilló ante sus trajes, elaborados y llamativos. Luego se dejó seducir por las fotografías, los carteles de sus películas, los fragmentos de entrevistas.

Logan descubrió que podían aprenderse muchas cosas de una persona

caminando por Graceland con ella. Algunos reían con disimulo de la decoración, desfasada y de un mal gusto cuestionable. Otros lo miraban todo con los ojos vidriosos, embargados por un sentimiento de adoración por el Rey. O iban con rapidez de un lado a otro, charlando o curioseando, para poder verlo todo y pasar a las tiendas de recuerdos. Y así poder irse a su casa y decir que habían estado allí.

Pero Stella lo miraba todo. Y escuchaba. Por la forma en que ladeaba la cabeza ligeramente a la derecha, sabía que estaba escuchando la grabación con detenimiento. Con seriedad, pensó, y se habría apostado mucho más que cinco pavos a que había seguido las instrucciones de la cinta y había apretado el número para pasar a cada segmento en el momento que correspondía.

En realidad le gustó.

Cuando salieron para el breve peregrinaje a la tumba de Elvis junto a la piscina, se quitó los auriculares por primera vez en toda la excursión.

—No sabía nada de todo esto —dijo—. En realidad solo sabía lo más básico. ¿Más de mil millones de discos vendidos? Increíble, ¿verdad? No me imagino cómo sería lograr todo eso y... ¿por qué sonríes?

—Apuesto a que si en este momento te hicieran un examen sobre Elvis acertarías todas las preguntas.

—Oh, calla. —Pero rio; luego se puso seria de nuevo cuando caminaban bajo el sol hacia el Jardín de la Meditación para ver la tumba del Rey.

Había flores, flores vivas marchitándose bajo el sol, y otras de plástico, con el color cada vez más desvaído. El pequeño mausoleo que había junto a la piscina parecía apropiado, pero también excéntrico. A su lado las cámaras no dejaban de disparar, y oyó que alguien sollozaba.

—Hay quien dice haber visto su fantasma, allí. —Logan señaló—. Si es que de verdad está muerto.

—¿Tú no lo crees?

—Oh, sí, Elvis nos dejó hace mucho tiempo.

—Me refiero al fantasma.

—Bueno, si en algún sitio tiene que aparecerse, es aquí, desde luego.

Volvieron hacia la furgoneta que tenía que recogerlos.

—Veo que por aquí para la gente los fantasmas son algo normal.

Logan tardó un minuto en comprender.

—Oh, lo dices por la dama de Harper. ¿Todavía no la has visto?

—No. Pero a lo mejor es porque no existe. No me irás a decir que también la

has visto.

—No, no puedo decir que la haya visto. Hay mucha gente que dice que sí, pero claro, también hay quien dice haber visto al fantasma de Elvis comiendo sándwiches de mantequilla de cacahuete y banana en una cena diez años después de su muerte.

—¡Exacto! —Estaba tan contenta por el sentido común que Logan acababa de demostrar que le dio un toquecito amistoso con el puño en el brazo—. La gente ve lo que quiere o lo que espera ver. La imaginación se desboca, sobre todo si se dan la atmósfera o las condiciones adecuadas. Tendrían que arreglar mejor los jardines de la mansión, ¿no crees?

—No me des cuerda.

—Tienes razón. No hablemos de trabajo. Quería darte las gracias por haberme traído. No sé cuánto habría tardado en venir si hubiera dependido de mí.

—¿Qué te ha parecido?

—Triste, bonito, fascinante. —Devolvió los auriculares al asistente y subió al autobús—. Algunas habitaciones tenían una decoración... única.

Sus brazos chocaron, se rozaron, permanecieron pegados en los estrechos confines de los asientos del autobús. El pelo de Stella rozaba el hombro de Logan, hasta que se lo echó hacia atrás. Una pena.

—Conocía a un tipo que era un fan de Elvis y quería hacer una réplica de Graceland en su casa. Compró tela como la de la sala de billar y enmoquetó las paredes y el techo.

Ella se volvió a mirarlo.

—¿Bromeas?

Él se limitó a ponerse un dedo en el corazón.

—Hasta hizo grabar una raya en su mesa de billar, igual que la que hay en la mesa de Elvis. Cuando dijo que quería conseguir esos apliques dorados, su mujer le dio un ultimátum: ella o Elvis.

El rostro de Stella se veía radiante y divertido, y Logan dejó de oír la charla de los otros pasajeros. Cuando sonreía, había algo en ella que le llegaba al alma.

—¿Y qué eligió?

—¿Eh?

—¿Que qué eligió, a la esposa o a Elvis?

—Bueno. —Estiró las piernas, pero no había sitio para moverse y no podía separar su cuerpo del de ella. El sol entraba por la ventanilla, iluminando aquella

mata de pelo rojo—. Él aceptó reproducirla en el sótano y está tratando de convencerla para que lo deje poner un modelo a escala del Jardín de Meditación en el patio trasero.

Stella rio, con un sonido delicioso. Cuando echó la cabeza hacia atrás, su pelo volvió a cosquillearlo en el hombro.

—Espero que, si la convence, nos pasen el trabajo a nosotros.

—Puedes estar segura. Es mi tío.

Stella volvió a reír, hasta que se quedó sin aliento.

—Vaya, estoy impaciente por conocer a tu familia. —Y se puso ligeramente de lado para poder mirarlo—. Tengo que confesar que si he venido hoy contigo es porque no quería estropear tu bonito gesto diciendo que no. No esperaba pasarlo tan bien.

—No fue un bonito gesto, fue más bien algo instintivo. El pelo te olía tan bien que se me nubló el entendimiento.

Stella se echó el pelo hacia atrás con expresión divertida.

—¿Y? Se supone que tienes que decir que tú también lo has pasado bien.

—Pues es verdad.

Cuando el autobús se detuvo, Logan se levantó y se apartó a un lado para que ella pudiera salir y pasar delante.

—Pero, claro, el pelo te huele muy bien, así que a lo mejor ha sido eso.

Ella le lanzó una mirada por encima del hombro y, maldita sea, Logan notó aquella sensación en el estómago. Normalmente aquello significaba que había posibilidades de divertirse y disfrutar. Pero con ella significaba problemas.

Y, sin embargo, le habían enseñado a hacer las cosas bien, y su madre se habría sentido horrorizada si no hubiera llevado a comer a una mujer con la que había pasado la tarde.

—¿Tienes hambre? —preguntó cuando bajó detrás de ella.

—Oh, bueno, es demasiado pronto para cenar y demasiado tarde para comer. De verdad, tengo que...

—Suéltate el pelo. Come un poco entre horas. —La cogió de la mano y la pilló tan de sorpresa que no se le ocurrió protestar hasta que vio que la estaba arrastrando a una de las cafeterías del lugar.

—De verdad, no tendría que quedarme. Le dije a Roz que estaría de vuelta a las cuatro.

—Mira, no hay que marcarse unos horarios tan rígidos.

—No son rígidos —objetó ella—. Solo soy responsable.

—Roz no tiene reloj en el invernadero, y no se tarda tanto en comer un perrito caliente.

—No, pero... —El hecho de que él le gustara le resultaba inesperado. Tanto como el hormigueo que notaba en la mano que Logan le sujetaba con la suya, grande y endurecida. Hacía mucho que no disfrutaba en la compañía de un hombre. ¿A qué tantas prisas?—. De acuerdo. —Aunque el comentario era completamente innecesario: ya estaban en la barra—. De todos modos, ya que estamos aquí, no me importaría entrar un momento en las tiendas de recuerdos.

Él pidió dos perritos y dos coca-colas y le sonrió.

—Muy bien, listillo. —Abrió su bolso, cogió el monedero y sacó un billete de cinco dólares—. Voy a comprar el CD. Y que la mía sea Light.

Stella se comió su perrito, bebió su coca-cola. Compró el CD. Pero, a diferencia de otras mujeres que conocía, no sintió la obligación religiosa de mirar y tocar absolutamente todo lo que había en la tienda. Fue directa al grano, pulcra, ordenada, precisa.

Cuando ya volvían hacia la camioneta, Logan vio que miraba la pantalla de su móvil. Otra vez.

—¿Problemas?

—No. —Guardó el móvil en el bolso—. Solo quería ver si tenía mensajes. — Pero por lo visto aquella tarde todo el mundo se había arreglado perfectamente sin ella.

A menos que hubiera algún problema con los teléfonos. O que hubieran perdido su número. O...

—Quizá un psicópata de las petunias ha atacado el invernadero. —Logan le abrió la puerta del lado del acompañante—. Y, mientras nosotros hablamos, quién sabe si todo el personal no estará atado y amordazado en la zona de propagación.

Stella cerró con gesto brusco la cremallera de su bolso.

—No te hará tanta gracia si llegamos y resulta que es verdad.

—Sí, sí lo hará.

Rodeó la camioneta y se sentó al volante.

—Tengo una personalidad obsesiva y ambiciosa, con fuertes tendencias organizativas.

Por unos instantes, él permaneció sentado sin hacer nada.

—Me alegra que me lo hayas dicho. Y yo que pensaba que eras una atolondrada.

—Bueno, basta ya de hablar de mí. ¿Por qué...?

—¿Por qué no dejas de hacer eso?

Ella se detuvo con las manos en el aire.

—¿Hacer el qué?

—¿Por qué no dejas de ponerte esas horquillas en el pelo?

—Porque no dejan de caerse.

Para su sorpresa, Logan alargó el brazo, le quitó los pasadores del pelo y los tiró al suelo del vehículo.

—¿Y entonces para qué te las pones?

—Vaya, por Dios. —Miró a los pasadores con el ceño fruncido—. ¿Cuántas veces a la semana te dicen que eres avasallador y dominante?

—No llevo la cuenta. —Arrancó y salieron del aparcamiento—. Tienes un pelo muy sexy. Tendrías que dejarlo suelto.

—Gracias por el consejo de imagen.

—Las mujeres no se suelen enfurruñar cuando un hombre les dice que son sexis.

—No me enfurruño, y no has dicho que fuera sexy. Has dicho que mi pelo es sexy.

Él apartó los ojos de la carretera para mirarla de arriba abajo.

—Pues lo otro también.

Vale, algo no iba bien si un cumplido estúpido como aquél le hacía hormigear el estómago. Mejor volver a un tema inofensivo.

—Volviendo a la pregunta que te hice antes de que me interrumpieras, ¿cómo has acabado trabajando en diseño de paisajes?

—Fue un trabajo de verano que cuajó.

Ella esperó un momento, dos. Tres.

—En serio, Logan, ¿es necesario que hables y hables aburriéndome con tantos detalles?

—Lo siento. Nunca sé cuándo tengo que callarme. Me crie en una granja.

—¿En serio? ¿Y te gustaba?

—Estaba acostumbrado. Me gusta trabajar al aire libre, y no me importa sudar y hacer un trabajo pesado.

—Bla bla bla, bla bla bla —dijo Stella cuando vio que volvía a callar.

—No hay mucho más que contar. Yo no quería ser granjero, y de todos modos mi padre vendió la granja hace unos años. Pero me gusta trabajar la tierra. Me gusta y se me da bien. No tendría sentido trabajar en algo que no me gusta o

en lo que no soy bueno.

—A ver, lo diré de otro modo. ¿Cómo descubriste que se te daba bien?

—El hecho de que no me despidieran ya era una señal. —No entendía que a Stella pudiera interesarle aquello, pero, como no dejaba de azuzarlo, así pasarían el rato—. ¿Sabes cuando estás en la escuela, en clase de historia, por ejemplo, y todo son batallas y que si cruzas el Rubicón o sabe Dios qué? Pues a mí me entraba por un lado y me salía por el otro —dijo, dándose unos toquecitos en una oreja y luego en la otra—. Escuchaba lo justo para aprobar los exámenes, y luego... se esfumaba. Pero, en el trabajo, el jefe me decía vamos a poner un cotoneaster allí, coloca unos arbustos de agracejo allá, y me acordaba. Recordaba qué era cada planta, lo que necesitaba. Me gustaba plantarla. Es muy gratificante cavar el hoyo, preparar la tierra, cambiar el aspecto de las cosas. Hacerlas más agradables a la vista.

—Sí, lo es —concedió ella—. Lo creas o no, es más o menos lo que me pasa a mí con mis archivos.

Él la miró de soslayo con una expresión que hizo que los labios se le crisparan.

—Si tú lo dices. El caso es que a veces a mí se me metía en la cabeza que el cotoneaster quedaría mejor en otro lado y que, en lugar de agracejo, los cipreses de guisantes lucirían mucho más en ese otro. Así que acabé metido en el diseño.

—Yo me lo planteé por un tiempo. Pero no soy tan buena —dijo Stella—. Me di cuenta de que me costaba mucho adaptar la imagen que yo tenía a la de los demás, o la del cliente. Y siempre me concentraba en la parte matemática y científica y me atascaba cuando llegaba a la parte más artística.

—¿Quién se ocupaba del jardín cuando vivías en el norte?

—Yo. Si lo que quería exigía el uso de máquinas o más fuerza de la que Kevin y yo podíamos poner, me hacía una lista. —Sonrió—. Una lista detallada y concreta, con un diseño en papel carbón. Y entonces me dedicaba a supervisar. Soy la reina de las supervisoras.

—¿Y nadie te tiró nunca a un hoyo y te enterró?

—No. Pero eso es porque soy una persona muy sociable y agradable. Quizá, cuando llegue el momento y encuentre mi casa, podrías asesorarme sobre el diseño del jardín.

—Yo no soy sociable ni agradable.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y no es un poco arriesgado para una fanática obsesiva y detallista confiar

en mi asesoramiento habiendo visto solo uno de mis trabajos en un estadio inicial?

—No estoy de acuerdo con el término «fanática». Prefiero «entusiasta». Y resulta que he visto varios de tus trabajos ya terminados. Conseguí las direcciones en tus archivos y me acerqué con el coche. Es mi trabajo —dijo cuando él frenó ante una señal de Stop y se volvió a mirarla—. He dedicado un tiempo a observar el trabajo de Harper y de Roz, y también el de los otros empleados. Y decidí echar un vistazo a alguno de los que habías hecho tú. Me gustan.

—¿Y si no te hubieran gustado?

—Si no me hubieran gustado no habría dicho nada. El negocio es de Roz, y es evidente que a ella sí le gusta tu trabajo. Pero habría buscado discretamente información sobre otros paisajistas, y le hubiera presentado un informe. Es mi trabajo.

—Y yo que pensaba que tu trabajo era dirigir el invernadero y molestarme con tus impresos.

—Eso también. Parte de mi trabajo consiste en asegurarme de que los empleados, subcontratistas, proveedores y equipo no solo son adecuados para el Jardín, sino los mejores que Roz puede conseguir. Tú eres caro —añadió—, pero tu trabajo lo vale.

Cuando vio que el hombre seguía con la misma expresión ceñuda, le clavó un dedo en el brazo.

—Y los hombres no se suelen enfurruñar cuando una mujer elogia su trabajo.

—Mmm. Los hombres nunca nos enfurruñamos, solo ponemos mala cara.

Pero tenía razón. Y, aun así, se le ocurrió que aquella mujer sabía muchas cosas sobre él... cosas personales. Cuánto ganaba, por ejemplo. Cuando se preguntó a sí mismo cómo le hacía sentirse eso, la respuesta fue: no muy cómodo.

—Mi trabajo, mi sueldo, mis tarifas, son algo que queda entre Roz y yo.

—Ya no —dijo ella alegremente—. Ella tiene la última palabra, desde luego, pero soy yo la que dirige el negocio. Lo que digo es que, en mi opinión, Roz demostró una gran clarividencia y sentido de los negocios al contratarte. Te paga bien porque lo vales. ¿Hay alguna razón para que no puedas aceptar eso como un cumplido y quitarte esa expresión agria de la cara?

—No sé. Y a ti. ¿Cuánto te paga?

—Eso queda entre ella y yo, pero puedes preguntarle si quieres. —En su

bolso empezó a sonar el tono de La guerra de las galaxias—. Es Gavin —dijo mientras sacaba el móvil. En la pantalla vio que la llamada se hacía desde la casa—. ¿Hola? Hola, cielo.

Aunque aún estaba molesto, vio que ella se animaba.

—¿De verdad? Eres increíble. Ajá. Desde luego que sí. Hasta ahora.

Cerró el móvil y lo devolvió al bolso.

—Gavin ha sacado un excelente en el examen de ortografía.

—Uau.

Stella rio.

—No tienes ni idea. De camino a casa tengo que comprar una pizza pepperoni. En nuestra familia no utilizamos una zanahoria para hacer andar al burro, o un soborno normal y corriente, usamos la pizza de pepperoni.

—¿Sobornas a tus hijos?

—Con frecuencia, y sin el menor escrúpulo.

—Mujer lista. Bueno, entonces ¿se han adaptado bien a la escuela?

—Sí. Tanto preocuparme y sentirme culpable para nada. Tendré que reservar mis miedos para más adelante. Ha sido un cambio importante para ellos: casa nueva, escuela nueva, gente nueva. Luke hace amigos enseguida, pero a veces Gavin es bastante tímido.

—A mí no me lo parece. Tiene bastante chispa. Los dos la tienen.

—Conectaron enseguida contigo por los cómics. Cualquier amigo de Spiderman se convierte automáticamente en amigo suyo. Pero lo llevan bien. Así que ya puedo eliminar de mi lista de Cosas de las que preocuparme haber traumatizado a mis hijos al separarlos de sus amigos.

—Apuesto a que tienes una lista de verdad.

—Todas las madres la tenemos. —Dejó escapar un largo suspiro cuando Logan entró con la camioneta en la zona de aparcamiento del centro de jardinería—. He pasado la tarde realmente bien. ¿No te parece que este sitio es estupendo? Míralo bien. Industrioso, atractivo, eficaz, acogedor. Envidio la capacidad de previsión de Roz, por no hablar de sus agallas.

—No creo que a ti te falten agallas precisamente.

—¿Es un cumplido?

Él se encogió de hombros.

—Una observación.

A Stella le gustaba que la vieran como una mujer valiente, así que no dijo que tenía miedo la mayor parte del tiempo. El orden y las rutinas eran sólidos

muros defensivos que se ponía para mantener el miedo a raya.

—Bueno, gracias. Por la observación y por esta tarde. Aprecio mucho lo que has hecho. —Abrió la puerta y se apeó—. Y tengo una salida a la ciudad para comer costillas en mi lista de Cosas por hacer.

—No te arrepentirás. —Él se apeó también, y fue hasta el lado del pasajero. ¿Por qué? Costumbre, supuso. Los modales que su madre le había inculcado de pequeño. Pero aquélla no era de esas salidas en las que uno acompañaba a la chica a la puerta y le daba un beso de buenas noches.

Stella pensó en ofrecerle la mano, pero le pareció demasiado estirado y ridículo.

Así que se limitó a sonreír.

—Les pondré el CD a los chicos. —Sacudió el bolso—. A ver qué dicen.

—De acuerdo. Nos vemos.

Logan empezó a caminar de vuelta a su lado. Y entonces renegó por lo bajo, arrojó sus gafas de sol sobre la capota y volvió atrás.

—Ya puestos, vale más terminar lo que he empezado.

Stella no era una mujer lenta ni ingenua. Se dio perfecta cuenta de lo que Logan pretendía cuando aún estaba a una zancada de ella. Pero fue incapaz de moverse.

Se oyó a sí misma profiriendo un sonido, y entonces la mano de él la cogió por la cabeza con tanta fuerza que tuvo que ponerse de puntillas. Vio sus ojos verdes, con motas doradas.

Y entonces todo se volvió borroso y sintió la boca caliente y apremiante de Logan sobre la suya.

No fue un acto vacilante, tentativo, ni tampoco particularmente amistoso. Fue más bien una exigencia, teñida con algo de irritación. Como hombre, pensó vagamente Stella, está haciendo lo que quería hacer, está decidido a terminarlo, aunque no lo complazca especialmente.

Y, aun así, se notaba el corazón en la boca y le costaba respirar. Los dedos que había levantado al hombro de él en una especie de gesto defensivo se hundieron en su carne y, cuando él levantó la cabeza, se deslizaron con dejadez hasta el codo.

Sujetándole aún la cabeza, Logan dijo:

—Dios.

Y volvió a cogerla, obligándola a ponerse de puntillas otra vez, rodeándola tan fuerte con el brazo que sus cuerpos quedaron pegados. Cuando buscó su boca

por segunda vez, el poco sentido que le quedaba a Stella se esfumó.

No tendría que haberla besado, pero lo hizo, y habría sido absurdo dejar aquello a medias. Y ahora estaba en un buen lío, con aquel pelo agreste, ese olor tan sexy, los labios suaves.

Y cuando el beso se hizo más profundo y ella dejó escapar aquel gemido... ¿qué demonios se suponía que tenía que hacer un hombre sino querer más?

El pelo de ella era una maraña de seda enredada, y su cuerpo curvilíneo vibraba contra el de él como una máquina pidiendo acción. Cuanto más tiempo la tenía en sus brazos, cuanto más la saboreaba, más débiles sonaban las señales de alarma que le recordaban que no debía liarse con ella. En ningún sentido.

Cuando consiguió soltarla y se apartó, vio el rubor que le cubría las mejillas.

Sus ojos parecían más azules, más grandes. Le dieron ganas de echársela al hombro y llevársela a algún sitio para terminar lo que habían empezado. El impulso era tan fuerte que tuvo que retroceder un paso más.

—Vale. —Le pareció que lo decía con calma, aunque no estaba seguro porque la sangre le rugía en los oídos—. Nos vemos.

Volvió a la camioneta y subió. Consiguió arrancar, puso marcha atrás. Luego pisó el freno con fuerza, cuando notó el sol en los ojos.

Se quedó allí parado, viendo cómo Stella se acercaba para recoger sus gafas de sol, que habían caído al suelo. Bajó la ventanilla.

Estiró el brazo para coger las gafas, sin apartar los ojos de ella.

—Gracias.

—De nada.

Se las puso, dio marcha atrás otra vez, luego giró el volante y salió de la zona de aparcamiento.

Ahora que se había quedado sola, Stella dejó escapar un suspiro lento y sibilante, y contuvo un segundo suspiro; pero lo dejó escapar y ordenó a sus piernas inmóviles que la llevaran al porche.

Cuando consiguió llegar a los escalones, se dejó caer.

—Santa madre de Dios —dijeron sus labios.

Se quedó allí sentada, aunque salió un cliente y entró otro, sin dejar de sacudirse por dentro. Se sentía como si acabara de caer por un precipicio y tratara de aferrarse con dedos sudorosos a un reborde endeble que se deshacía por momentos.

¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Cómo iba a hacer nada si era incapaz de pensar?

Sí, mejor dejarlo reposar hasta que pudiera pensar con claridad. Así que se puso en pie, se restregó las palmas húmedas en el pantalón. De momento volvería al trabajo, pediría una pizza y luego volvería a casa con sus hijos. Volvería a la normalidad.

Se entendía mejor con la normalidad.

10

Harper removió la tierra de la base de la clemátide que se encaramaba al emparrado de metal. En aquella zona del jardín todo estaba tranquilo. Los arbustos y árboles ornamentales, los senderos y los macizos de flores separaban lo que él seguía viendo como la casa de invitados de la casa principal.

Los dientes de león ya habían empezado a abrirse, con aquel luminoso amarillo contra el verde de la primavera. Los próximos serían los tulipanes. Eran una de las cosas que más le gustaban de la primavera, así que había plantado un macizo de tulipanes junto a la puerta de la cocina de su casa.

La casa era una antigua cochera remodelada y, según todas las féminas que había llevado allí, era encantadora. «Como una casa de muñecas», era la opinión más generalizada. No le importaba. Aunque él lo veía más bien como la casita del vigilante o el guardabosques, con las tejas encaladas de cedro del tejado a dos aguas. Era acogedora, por fuera y por dentro, y más que suficiente para sus necesidades.

A unos metros de la entrada de atrás había un invernadero que le pertenecía solo a él. La casita estaba lo bastante lejos de la casa grande para permitirle intimidad, así que no tenía que sentirse incómodo cuando invitaba a alguna mujer a pasar la noche con él. Pero también estaba lo bastante cerca para estar allí en cuestión de minutos si su madre lo necesitaba.

No le gustaba que su madre estuviera sola, aunque siempre tuviera a David a mano. Y gracias a Dios que lo tenía. Por muy autosuficiente que fuera, por mucho que fuera la mujer más fuerte que conocía, no le gustaba pensar que andaba sola por aquel caserón, día tras día y noche tras noche.

Aunque desde luego mejor eso que tenerla en el caserón con aquel imbécil con el que se había casado. No había palabras para describir lo mucho que despreciaba a Bryce Clerk. El hecho de que su madre se hubiera enamorado de él demostraba que no era infalible; para ser alguien que casi nunca se

equivocaba, había sido un error muy grave.

Aunque era cierto que cuando había llegado el momento lo había echado sin piedad, Harper había temido que el hombre no se lo tomara muy bien: quedarse sin Roz, sin casa, sin dinero.

Que lo aspen si no había tratado de colarse allí una vez, la semana antes de que el divorcio se hiciera efectivo. Seguramente su madre podría haberse arreglado muy bien sola, pero su presencia en la casa no estuvo de más. Y contribuyó a la bonita patada que le dio en el culo a aquel avaricioso, liante y mentiroso.

Pero quizá ya había pasado el suficiente tiempo. Y, desde luego, últimamente no se encontraba precisamente sola. Dos mujeres y dos niños hacían mucha compañía. Entre ellos y el negocio, estaba más ocupada que nunca.

Quizá tendría que empezar a pensar en buscarse una casa para él.

El problema era que no se le ocurría ninguna buena razón para hacerlo. Amaba aquel lugar como no había amado nunca a ninguna mujer. Con apasionamiento, respeto y gratitud.

Los jardines eran su hogar, puede que más incluso que la casita. La mayoría de las veces salía por la puerta y con una caminata agradable y sana ya había llegado al trabajo.

Dios, y no quería trasladarse a la ciudad. Tanto ruido, tanta gente... Memphis estaba bien para alguna salida nocturna: una discoteca, una cita, los amigos. Pero en un mes ya estaría agobiado.

Tampoco le interesaban las urbanizaciones. Lo que quería era exactamente lo que tenía. Una casita, grandes jardines, un invernadero y poder estar en el trabajo en un momento.

Se acuclilló y se ajustó la gorra de béisbol para que el pelo no le cayera sobre los ojos. La primavera se acercaba. Y no había nada como la primavera en su casa. Su olor, su aspecto, hasta el sonido.

Ya estaba atardeciendo y la luz era suave. Cuando el sol se pusiera, refrescaría, pero ya no sería el frío cortante del invierno.

Cuando terminara con aquellas plantas, entraría a buscar una cerveza. Y se sentaría fuera a disfrutar de su soledad bajo el frescor y la oscuridad de la noche.

Sacó un pensamiento amarillo de una placa alveolada y se puso a plantarlo.

No la oyó acercarse. Era tal su concentración que no reparó en la sombra que caía sobre él. Por eso el «Hola» amistoso de Hayley lo sobresaltó tanto.

—Lo siento. —Con una risa, Hayley se pasó una mano por el vientre—. Me

parece que estabas muy lejos.

—Sí, eso creo. —De pronto Harper se notaba los dedos gordos y torpes y su cerebro no respondía. Ella se encontraba de espaldas al sol, así que, cuando la miró entrecerrando los ojos, vio su cabeza rodeada por un halo y el rostro en sombras.

—Estaba dando un paseo. He oído la música. —Y con el gesto señaló la ventana abierta, desde donde llegaba el sonido de la música de REM—. Los vi una vez en concierto. Son geniales. ¿Pensamientos? Se venden mucho ahora.

—Bueno, no los afecta el frío.

—Lo sé. ¿Por qué los plantas ahí? Ya tienes esa enredadera.

—Es una clemátide. Le gusta tener las raíces a la sombra. Por eso... ya sabes... se plantan plantas anuales encima.

—Oh. —Hayley se acuclilló para verlas mejor—. ¿De qué color tiene las flores la clemátide?

—Púrpura. —No estaba seguro de que una embarazada debiera acuclillarse. ¿No hacía que quedara todo demasiado apretujado allá adentro?—. Mmm... ¿Quieres una silla o algo?

—No, estoy bien así. Me gusta tu casa.

—Sí, a mí también.

—Es como en un cuento, con todos estos jardines. No sé, la casa grande está bien, pero intimidada un poco. —Sonrió—. Y no quiero parecer desagradecida.

—No, te entiendo. —Seguir con las plantas lo ayudó. Dios, no olía a embarazada. Olía a sexy. Y eso no podía estar bien—. Es un sitio estupendo, y no podrías sacar a mi madre de ahí ni a rastras. Pero es mucha casa.

—Tardé una semana en dejar de caminar de puntillas y de hablar en susurros. ¿Puedo plantar yo uno?

—No tienes guantes. Puedo...

—No me importa mancharme las manos de tierra. ¿Sabes? Una señora que ha venido hoy ha dicho que a las embarazadas les trae buena suerte plantar cosas. Algo de la fertilidad.

Harper no quería pensar en la fertilidad. Había algo aterrador en aquello.

—Adelante.

—Gracias. Quería decirte... —Le resultaba más fácil con las manos ocupadas—. Bueno, que sé lo que debe de parecer desde fuera: presentarme así en la casa de tu madre. Pero no quiero aprovecharme de ella. No quiero que pienses eso.

—Solo conozco una persona que se ha aprovechado de ella, y no fue por mucho tiempo.

—El segundo marido. —Hayley asintió, mientras compactaba con la mano la tierra con la que había cubierto las raíces—. Le pregunté a David por el tema para no decir ninguna tontería. Y me contó que robaba dinero de la caja y la engañaba con otra mujer. —Cogió otro pensamiento—. Y cuando Roz se enteró, le dio una patada tan fuerte que no aterrizó hasta que estuvo a medio camino de Memphis. Es admirable porque, no sé, por muy enfadada que estuviera, le tuvo que doler. Y además, resulta embarazoso cuando alguien... oh.

Se llevó una mano al costado y apretó, y Harper se puso blanco.

—¿Qué? ¿Qué?

—Nada. El bebé se está moviendo. A veces me sobresalta un poco, nada más.

—Tendrías que sentarte.

—Deja que termine con éste. En casa, cuando empezó a notarse el embarazo, algunos pensaron que me había metido en problemas y que el padre no quería saber nada. Me refiero a que... no sé, que estamos en el siglo veintiuno, ¿no? El caso es que eso me enfurecía, pero también resultaba embarazoso. Creo que en parte me fui por eso. Es muy duro sentirse avergonzada todo el tiempo. Ya está. —Dio unas palmadas en la tierra—. Quedan muy bonitos.

Él se incorporó de un salto para ayudarla a levantarse.

—¿Quieres sentarte? ¿Quieres que te acompañe hasta la casa?

Ella se dio unas palmaditas en el vientre.

—Esto te pone nervioso.

—Eso parece.

—A mí también. Pero estoy bien. Tienes que acabar de plantar esas flores antes de que oscurezca. —Volvió a mirar las flores, la casa, los jardines que la rodeaban, y sus grandes ojos del color de un lago parecieron captarlo todo.

Luego se concentró en el rostro de Harper, y Harper sintió que se le secaba la garganta.

—Me gusta mucho tu casa. Nos veremos en el trabajo.

Él se quedó allí plantado, mientras la veía alejarse por el sendero, bajo la luz del crepúsculo.

Se sentía agotado. Como si hubiera corrido como un loco. Mejor se tomaba esa cerveza ahora y se tranquilizaba un poco. Más tarde ya terminaría con los pensamientos.

Después de la cena, sus hijos salieron a pasear al perro y Stella se quedó en la cocina, recogiendo el desorden provocado por los dos niños y el perro mientras se comían la pizza de pepperoni.

—La próxima vez que toque pizza invito yo —dijo Hayley mientras ponía los vasos en el lavavajillas.

—Hecho. —Stella la miró—. Cuando estaba embarazada de Luke, lo único que me apetecía era comer italiano. Pizza, espagueti, manicotti. Cuando nació me sorprendió que no saliera cantando «That's amore».

—Yo no tengo antojos. Me como lo que sea. —Bajo las luces que iluminaban el exterior, veía a los chicos y al perro corriendo—. El bebé se mueve mucho. Es normal, ¿verdad?

—Claro. Gavin siempre estaba acurrucado y quietecito. Si no lo pinchaba un poco o bebía coca-cola no había forma de que se moviera. Pero Luke estuvo haciendo gimnasia ahí adentro durante meses. ¿No te deja dormir?

—A veces. Pero no me importa. Es como si fuéramos las únicas personas del mundo. Solo yo y él... o ella.

—Te entiendo muy bien. Pero si alguna noche estás despierta o preocupada o simplemente no te encuentras bien, lo que sea, puedes venir a verme.

El nudo que Hayley sentía en la garganta se deshizo enseguida.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Claro. A veces ayuda poder hablar con alguien que ha pasado por lo mismo.

—No estoy sola —dijo en voz baja, sin dejar de mirar a los niños, que jugaban fuera—, como yo pensaba que estaría. Ya me había mentalizado. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y pestañeó, se los restregó—. Oh, Dios, son las hormonas.

—Llorar también ayuda. —Stella le frotó el hombro—. Y si quieres que alguien te acompañe a las visitas con el médico espero que me lo digas.

—Cuando fui el último día, me dijo que todo está bien. Y que tendría que apuntarme a las clases de preparación para el parto. Pero lo normal es ir con el compañero.

—¡Llévame a mí!

Hayley se volvió hacia ella, riendo.

—¿En serio? ¿Estás segura? No querría abusar.

—A mí me encantaría. Sería casi tan bueno como tener otro hijo.

—¿Tendrías otro? Si...

—Sí. Solo queríamos tener dos, pero en cuanto nació Luke, yo pensé: ¿cómo no voy a tener otro? ¿No sería maravilloso tener una niña? Aunque tener otro niño también estaría bien. —Se inclinó sobre la encimera y miró por la ventana —. Son estupendos, ¿verdad?

—Sí, sí que lo son.

—Kevin estaba tan orgulloso, los quería tanto... Creo que habría sido capaz de tener media docena.

Hayley notó que le cambiaba la voz y esta vez fue ella la que le frotó el hombro a Stella.

—¿Te duele cuando hablas de él?

—Ya no. Durante un tiempo dolió, mucho tiempo. —Cogió la bayeta para limpiar la encimera—. Pero ahora es bonito recordar. Agradable. Tendría que llamar a los niños para que entren.

En ese momento oyó unos tacones a su espalda y se dio la vuelta. Cuando vio entrar a Roz, Stella se quedó boquiabierta.

El día que había conocido a Rosalind Harper le había parecido una mujer de una gran belleza, pero hasta entonces nunca la había visto explotar sus atributos naturales.

Llevaba un elegante vestido de color cobrizo que realzaba su figura y hacía que su piel resplandeciera. Y, junto con las sandalias de tacón, resaltaban sus piernas delgadas y esbeltas. Sobre sus pechos descansaba una delicada gargantilla con una lágrima de cuarzo citrino.

—¿David? —Roz echó un vistazo en la habitación y levantó los ojos al techo con expresión dramática.

Stella profirió un suspiro exagerado.

—Deja que te diga que... ¡uau!

—Sí. —La mujer sonrió y se giró a medias—. Debía de estar borracha cuando me compré estas sandalias. Me están matando. Pero cuando voy a una de esas veladas para beneficencia, me gusta dejar las cosas claras.

—Pues si lo que querías decir es «Estoy como un tren» parece que lo has dejado muy claro —terció Hayley.

—Ésa es la idea.

—Estás estupenda. Sexy pero con clase. Todos los hombres que haya desearán poder acompañarte a casa esta noche.

—Bueno. —Roz meneó la cabeza, con una media sonrisa—. Está bien que haya otras mujeres en casa. ¿Quién me lo iba a decir? Voy a buscar a David. Si no le doy un buen tirón de orejas es capaz de pasarse otra hora acicalándose.

—Que lo paséis bien.

—Desde luego no parece la madre de nadie —dijo Stella por lo bajo.

¿Qué aspecto tendría ella al cabo de veinte años?

Hayley se estudió en el espejo mientras se untaba aceite con vitamina E sobre el vientre y los pechos. ¿Podría arreglarse y saber que seguía siendo atractiva?

Evidentemente, ella no tenía el mismo material que Roz para trabajar. En una ocasión su abuela le había dicho que la belleza se llevaba en la sangre. Viendo a Roz lo entendía perfectamente.

Ella nunca sería tan deslumbrante como Roz, o tan llamativa como Stella, pero no estaba mal. Se cuidaba la piel y probaba los trucos que veía en las revistas para maquillarse.

Los hombres se sentían atraídos por ella.

Ya se ve, pensó mirándose el vientre con una sonrisa despectiva.

Al menos antes. No hay muchos hombres que se sientan atraídos por una embarazada. Y le parecía perfecto, porque en aquellos momentos a ella tampoco le interesaban los hombres. Lo único que le importaba era el bebé.

—Ahora tú eres el único, pequeño —dijo, y se puso una camiseta extra grande.

Después de subirse a la cama y mullir las almohadas, cogió uno de los libros que tenía sobre la mesita de noche. Tenía libros sobre el parto, el embarazo, los primeros estadios de desarrollo infantil. Cada noche leía uno distinto.

Cuando los ojos se le empezaron a cerrar, cerró el libro.

Apagó la luz y se acurrucó en la cama.

—Buenas noches, pequeño —susurró.

Y, cuando estaba empezando a dormirse, lo sintió, sintió aquel escalofrío y supo que no estaba sola. El pulso se le aceleró tanto que lo notaba en los oídos. Haciendo acopio de valor, entreabrió los ojos.

Vio la figura sobre la cama. El pelo claro, el rostro triste y adorable. Quería gritar, como le pasaba cada vez que la veía. Pero se contuvo, sacó fuerzas de flaqueza y estiró el brazo.

Cuando su mano atravesó el brazo de la mujer, dejó escapar un grito apagado.

Volvía a estar sola, temblando, tratando de encontrar la luz.

—No son imaginaciones mías. ¡No lo son!

Stella se subió a la escalerilla para colgar otra de las cestas para exposición.

Después de haber analizado las ventas del año anterior y hacer números, había decidido aumentar la oferta en un quince por ciento.

—Yo puedo hacerlo —insistió Hayley—. No voy a caerme de una estúpida escalera.

—Nada de eso. Pásame ésa. La de las begonias.

—Son muy bonitas. Muy exuberantes.

—Roz y Harper prepararon la mayoría durante el invierno. Las begonias y el *impatiens* se venden mucho. Y con el volumen de trabajo de Roz y Harper, podemos producir una gran cantidad a bajo coste. Para nosotros son el pan de cada día.

—La gente podría prepararlas en casa a un precio mucho más barato.

—Claro. —Stella bajó, corrió la escalerilla y volvió a subir—. Gitanilla —decidió—. Pero es difícil resistirse a tanto colorido y tantas flores. Incluso a los jardineros más avezados, los que hacen parte del trabajo de propagación por sí mismos, les cuesta pasar de largo ante flores grandes y bonitas. Las flores, mi joven aprendiz, venden.

—Entonces, vamos a poner estas cestas por todas partes.

—Seducción. Y espera que saquemos algunas de las plantas anuales al exterior. Con su colorido atraerán clientes. Y también las plantas vivaces de floración temprana.

Escogió otra cesta.

—Ya sigo yo sola. Localízame a Roz, por favor. Quiero que vea esto y saber si tengo luz verde para colgar un par de docenas en el Invernadero 3 con las plantas destinadas a propagación. Y elige un tiesto, alguno de los grandes que no se vendió el año pasado. Quiero preparar una composición de flores y colocarla junto al mostrador. Ya verás cómo se vende. No, mejor elige dos. Y quita la etiqueta con el descuento. Cuando termine, no solo se venderán, sino que lo harán a un precio muy ventajoso.

—Entendido.

—Y procura que uno sea azul cobalto —gritó cuando Hayley ya se iba—. ¿Sabes a cuál me refiero? Y no los cojas tú personalmente.

En su cabeza, Stella empezó a planificar. Flores blancas de heliotropo, *impatiens*, inflorescencias de aliso marítimo, el toque plateado de la cineraria y la salvia. Otra estela del blanco con unas petunias. Maldita sea, tendría que haberle dicho a Hayley que trajera uno de los tiestos de color piedra. El contraste con el de color cobalto sería perfecto. Y lo vestiría con flores de colores intensos. Geranios rojos, lobelia, verbena, *impatiens* rojos de la variedad Nueva Guinea.

Mentalmente sumó las plantas; calculó el precio de los tiestos, la tierra. Y colgó otra cesta sonriendo para sus adentros.

—¿No tendrías que estar con el papeleo?

Stella casi se cae de la escalerilla, y seguramente se habría caído de no ser porque una mano se plantó en sus nalgas para ayudarla a mantener el equilibrio.

—No solo me ocupo de los papeles. —Hizo ademán de bajar, pero se dio cuenta de que en la escalerilla podía mirarlo cara a cara—. Ya puedes quitar la mano, Logan.

—No es molestia. —Pero la retiró y la metió en el bolsillo—. Bonitas cestas.

—¿Te interesa comprarlas?

—Puede. Cuando he entrado tenías una expresión en la cara...

—Suele pasarme. Para eso tengo la cara.

—No, tenías la expresión que ponen las mujeres cuando quieren que a un hombre se le caiga la baba.

—¿Ah, sí? ¿Te importa? —añadió señalando una cesta—. Pues te equivocas. Estaba pensando cómo convertir dos tiestos del montón que se liquida a precio de saldo en maravillosas plataformas de exposición y venderlos a un precio considerable.

Stella aún estaba colgando la cesta que Logan acababa de pasarle, pero él cogió otra y la colgó con solo levantar el brazo.

—Presumido.

—Tapón.

Hayley entró en ese momento, pero dio media vuelta y volvió a salir.

—Hayley...

—He olvidado una cosa —gritó ella, y se fue.

Stella dejó escapar un suspiro y le hubiera pedido a Logan que le pasara otra cesta, pero él ya había cogido una y la había colgado.

—Has estado ocupado —dijo.

—La semana pasada tuvimos tiempo fresco y seco.

—Si has venido a recoger los arbustos para el señor Pitt, puedo ocuparme del papeleo.

—Mis hombres los están cargando. Quiero verte otra vez.

—Bueno. Ya me estás viendo.

Él no apartó la vista.

—No te hagas la tonta.

—No lo hago. No estoy segura...

—Yo tampoco lo estoy —dijo él interrumpiéndola—. Pero eso no impide que quiera verte otra vez. Pensar en ti me resulta irritante.

—Gracias. Me dan ganas de tirarme en tus brazos.

—No quiero que te tires en mis brazos. Si fuera eso lo que quiero, solo tendría que hacerte caer de la escalerilla.

Ella se llevó una mano al corazón, agitó las pestañas y puso su mejor acento sureño.

—Mi amor, tanto romanticismo me abruma.

Él sonrió.

—Me gustas, pelirroja. A veces. Te recojo a las siete.

—¿Cómo? ¿Esta noche? —En un abrir y cerrar de ojos, su actitud divertida se convirtió en pánico—. No puedo decidir algo así sin más. Tengo dos hijos.

—Y hay tres adultos en la casa. ¿Alguna razón para que creas que ninguno de los tres podrá ocuparse de ellos por unas horas?

—No, pero estas cosas primero se piden, cosa que tú no parece saber. Y...

—Se toqueteó el pelo con irritación—. Y a lo mejor tengo otros planes.

—¿Los tienes?

Stella ladeó la cabeza y puso cara de suficiencia.

—Yo siempre tengo planes.

—Apuesto a que sí. Cámbialos. ¿Has llevado ya a los niños a comer costillas?

—Sí, la semana pasada, después...

—Bien.

—¿Te has dado cuenta de las veces que me interrumpes en mitad de una frase?

—No, pero las contaré. Eh, Roz.

—Logan. Stella, quedan preciosas. —Se detuvo en mitad de un pasillo, observando, asintiendo con gesto ausente mientras se golpeaba los guantes

sucios contra los vaqueros manchados de tierra—. No estaba segura de que exponer tantas plantas funcionara, pero funciona. Supongo que es por la abundancia de flores.

Se quitó la gorra de béisbol y se la metió en el bolsillo de atrás de los pantalones, y luego metió los guantes en el otro.

—¿Os interrumpo?

—No.

—Sí —la corrigió Logan—. Pero no pasa nada. ¿Podrías ocuparte de los hijos de Stella esta noche?

—Yo no he dicho...

—Por supuesto. Será divertido. ¿Salís juntos?

—A cenar. Te dejo la factura en tu mesa —le dijo a Stella—. Nos vemos a las siete.

Stella, cansada de estar de pie, se sentó en la escalerilla, y miró a Roz con el ceño fruncido cuando Logan se fue.

—No me has ayudado nada.

—Yo creo que sí. —Roz levantó un brazo y giró una de las cestas para comprobar la simetría de las plantas—. Sal y diviértete. Los niños estarán bien, y yo disfrutaré un rato en su compañía. Si no quisieras salir con él, no irías. Cuando algo no te interesa, sabes decir que no bien claro.

—Puede que tengas razón, pero habría preferido que me avisara con tiempo. Algo más de...

—Logan es así. —Le dio una palmadita en la rodilla—. Y lo bueno es que no tienes que andar preguntándote si oculta algo o si va con segundas intenciones. No puedo decir que sea agradable, porque a veces es un hombre difícil. Pero es sincero. Y, créeme, eso ya es mucho.

11

Ésta es la razón por la que no vale la pena salir con un hombre, pensó Stella.

Estaba en ropa interior, delante de su armario, debatiéndose, pensando, tratando de decidir qué ponerse.

Ni siquiera sabía adónde iban. Y detestaba no saber adónde iba. ¿Cómo iba a saber qué ponerse?

«A cenar» no era información suficiente. ¿Era una cena para lucir un vestido negro de noche, o un traje elegante y sencillo comprado en las rebajas? ¿Una cena para vestir con vaqueros, camiseta y americana o vaqueros y una blusa de seda?

A lo que había que añadir que pasaría a recogerla a las siete, y no le quedaba prácticamente tiempo para arreglarse, y mucho menos para decir qué se iba a poner.

Una cita con un hombre. ¿Cómo es posible que algo que en su adolescencia había deseado tanto y había sido tan emocionante y divertido, y tan natural y sencillo en la veintena, se hubiera convertido en algo tan complicado y hasta irritante?

No era solo que el matrimonio la hubiera echado a perder, o que sus armas de seducción estuvieran oxidadas. Salir con hombre a su edad era complicado y agotador porque seguramente los dos habían pasado al menos por una relación seria y una ruptura, y llevaban esa carga a sus espaldas. Ya tenían un camino trazado, unas expectativas, y habían participado en el ritual social de las citas con la suficiente frecuencia para querer ir directos al grano... o volver a casa y ponerse a ver la televisión.

Si a eso se añadía que el hombre le había soltado lo de la cita sin más ni más, y no había tenido el detalle de darle ninguna pista sobre cómo debía vestirse, se encontraba en un buen lío ya antes de haber empezado.

Muy bien. Peor para él.

Se estaba poniendo el traje negro cuando la puerta del cuarto de baño se abrió y Gavin entró corriendo.

—¡Mamá, ya he terminado los deberes! Luke aún no ha terminado, pero yo sí. ¿Puedo bajar un rato? ¿Puedo?

Se alegró de haberse decidido por las sandalias y no llevar medias, porque en aquellos momentos Parker estaba tratando de subirse a su pierna.

—¿No olvidas algo? —le preguntó a Gavin.

—No. He estudiado el vocabulario.

—¿Lo de llamar?

—Ah. —El niño le dedicó una sonrisa amplia e inocente—. Estás muy guapa.

—Adulador. —Y se inclinó para besarle la coronilla—. Pero cuando una puerta está cerrada, tienes que llamar.

—Vale. ¿Puedo ir abajo?

—Dentro de un minuto. —Se acercó al tocador para ponerse los aros de plata que había sacado—. Quiero que me prometas que te portarás bien con la señora Roz.

—Vamos a comer hamburguesas con queso y jugaremos con videojuegos. Dice que nos puede ganar en el Smackdown, pero yo no le creo.

—Y nada de pelearte con tu hermano. —De ilusión también se vive, pensó—. Considéralo tu primera noche de fiesta de tu misión en la vida.

—¿Puedo bajar?

—Ve. —Le dio una ligera palmada en el culo—. Recuerda, si me necesitáis llevo el teléfono.

Cuando el niño salió, Stella se puso las sandalias y un jersey negro fino. Comprobó su aspecto en el espejo y decidió que los accesorios le daban al vestido un aire que tanto podía considerarse sencillo como elegante, como ella quería.

Cogió su bolso y comprobó lo que llevaba dentro sobre la marcha. Entró en el dormitorio de sus hijos. Luke estaba tumbado boca abajo en el suelo —su posición favorita—, concentrado con expresión lastimera en su libro de aritmética.

—¿Algún problema, cielo?

Él levantó la cabeza, con una cara de agravio que solo un niño es capaz de poner.

—Odio los deberes.

—Yo también.

—Gavin se ha puesto a hacer el avión, porque ha terminado primero. Viendo que estaba desmoralizado, se sentó en el suelo junto a él.

—Déjame ver qué tienes.

—¿Por qué tengo que saber cuánto es dos más tres?

—Porque si no, no podrías saber cuántos dedos tienes en cada mano.

El niño arrugó la frente, luego la distendió con una sonrisa complacida.

—¡Cinco!

Ahora que había resuelto la crisis, lo ayudó con el resto de los problemas.

—Venga, ya está. No ha sido para tanto.

—Sigo odiando los deberes.

—Puede, pero ¿no vas a hacer el avión?

Con una risita, el niño se puso de pie y se puso a hacer el avión por la habitación.

Y en el mundo de Stella todo volvía a estar bien.

—¿Por qué no vas a comer con nosotros? Comeremos hamburguesas con queso.

—No sé. ¿Te portarás bien con la señora Roz?

—Ajá. Es buena. Una vez salió al patio y le tiró la pelota a Parker. Y no se enfadó porque la llenó de babas. A algunas chicas no les gusta. Ahora me voy abajo, ¿vale? Tengo hambre.

—Claro.

Cuando se quedó sola, Stella se levantó y automáticamente se puso a recoger los juguetes y la ropa que había por la habitación.

Pasó los dedos por algunos de los tesoros de sus hijos. El amado libro de cómics de Gavin, su guante de béisbol. El camión favorito de Luke y su viejo osito de peluche, con el que aún no le avergonzaba dormir.

El hormigueo que notó entre los omóplatos hizo que se pusiera rígida. Bajo el ligero suéter, se le puso la piel de gallina. Por el rabillo del ojo vio una figura —un reflejo, una sombra— en el espejo que había sobre la cómoda.

Justo cuando se daba la vuelta, Hayley entró en la habitación.

—Logan acaba de aparcar delante de la casa —empezó a decir, pero se interrumpió—. ¿Estás bien? Te veo muy pálida.

—Sí, estoy bien. —Pero se llevó una mano no muy firme al pelo—. Solo pensaba... No es nada. Nada. Aparte de pálida, ¿cómo estoy? —Y se obligó de nuevo a volverse hacia el espejo. Solo se vio a sí misma, y a Hayley que

avanzaba hacia ella.

—Estupenda. Me encanta tu pelo.

—Es fácil decirlo cuando no tienes que levantarte con él cada mañana. Había pensado recogérmelo, pero me ha parecido demasiado serio.

—Así está bien. —Hayley se acercó un poco más y acercó la cabeza a la de Stella—. Una vez me teñí de pelirroja. Fue un desastre. Parecía que tenía la piel amarilla.

—Ese tono tan intenso de castaño te queda maravilloso. —Y mira qué cara, pensó con un deje de envidia. No tiene ni una arruga.

—Sí, pero el pelirrojo es tan intenso... Bueno, yo voy abajo. Entretendré a Logan mientras llegas. Espera unos minutos antes de bajar. Nos encontrarás a todos en la cocina. Dándonos un festín de hamburguesas.

Por Dios, no tenía intención de hacer una entrada triunfal. Pero Hayley ya había salido y ella quería comprobar su pintalabios. Y serenarse.

Al menos los nervios por aquella cita —porque esta vez era una cita— habían desplazado a los otros. Lo que había visto en el espejo no era el reflejo de Hayley. Incluso en aquel instante fugaz vio que la mujer tenía el pelo rubio.

Ya con más equilibrio, salió al pasillo. Desde lo alto de la escalera oyó la risa de Hayley.

—Bajaré enseguida. Creo que ya conoces la casa. Ponte cómodo. Yo me voy a la cocina con los demás. Dile a Stella que yo la despediré de todos. Que os divirtáis.

Pero ¿esa chica estaba loca? Lo había calculado tan hábilmente que cuando se fue hacia la cocina Stella apenas había llegado al descansillo de la escalera.

Y la atención de Logan se volvió hacia ella enseguida.

Pantalones negros y buenos, se fijó. Camisa azul. Sin corbata, con una chaqueta sencilla. Pero seguía sin parecer domeñado.

—Qué guapa —dijo él.

—Gracias. Tú también.

—Hayley ha dicho que ella te despedirá de todos. ¿Nos vamos?

—Claro.

Salieron juntos y Stella estudió el Mustang negro.

—Tienes todo un coche.

—No es solo un coche. Y llamarlo así es muy de mujeres.

—Decir eso es muy machista. Bueno, pues si no es un coche ¿qué es?

—Una máquina.

—De acuerdo. No me has dicho adónde íbamos.

Él le abrió la puerta.

—Pronto lo averiguaremos.

Logan la llevó a la ciudad, y por el camino fueron escuchando una música que ella no conocía. Stella sabía que era blues, o lo suponía, porque lo cierto es que no sabía nada sobre ese tipo de música. Cuando lo mencionó, no solo dejó de piedra a Logan, sino que consiguió que conversaran fluidamente durante todo el trayecto.

Recibió un cursillo acelerado sobre artistas como John Lee Hooker, Muddy Waters, B. B. King y Taj Mahal.

Cuando ya estaban en la ciudad, a Stella se le pasó por la cabeza que entre ellos la conversación nunca parecía un problema. Aparcaron, y Logan se volvió a mirarla.

—¿Seguro que has nacido aquí?

—Eso dice en mi partida de nacimiento.

Él meneó la cabeza y se apeó del coche.

—Pues viendo lo poco que sabes de blues yo de ti la volvería a mirar.

Entraron en un restaurante donde casi todas las mesas estaban ocupadas y los clientes conversaban animadamente. Una vez que estuvieron sentados, Logan indicó al camarero que se fuera.

—¿Por qué no tomamos algo mientras decides qué quieres comer? Y acompañaremos la comida con una botella de vino.

—De acuerdo. —A Stella le pareció que Logan había dado por zanjado el tema del que habían estado hablando, así que abrió su menú.

—Aquí son famosos por el siluro. ¿Lo has probado alguna vez?

Stella lo miró por encima del menú.

—No. Y tanto si eso me convierte en una yanqui como si no, creo que comeré pollo.

—Bien. Puedes probar un poco del mío para ver lo que te pierdes. En la lista de vinos tienen un buen Chardonnay de California que servirá para acompañar tanto el pescado como el pollo. Tiene un toque delicado.

Ella dejó el menú sobre la mesa.

—¿Sabes todo eso de verdad o te lo estás inventando?

—Me gusta el vino. Y cuando algo me gusta procuro conocerlo.

Ella se recostó en el asiento, porque Logan indicó al camarero que se acercara.

Cuando hubieron pedido, ladeó la cabeza.

—¿Qué hacemos aquí, Logan?

—Yo hablo solo por mí, pero la idea es comer un buen siluro y tomar un bueno vino.

—Hemos tenido algunas conversaciones, sobre todo relacionadas con el trabajo.

—Hemos tenido algunas conversaciones y algunas discusiones —la corrigió él.

—Cierto. Compartimos una salida muy agradable, que acabó con un toque sorprendentemente personal.

—A veces me gusta oírte hablar, pelirroja. Es como escuchar un idioma extranjero. ¿Estás desplegando todas esas frases como si quisieras formar una especie de sendero que lleve de un punto al siguiente?

—Tal vez. El caso es que estoy aquí sentada contigo, en una cita. Hace veinticuatro horas no era esa mi intención. Tenemos una relación de trabajo.

—Ajá. Hablando de lo cual, sigo pensando que tu sistema es de lo más engorroso.

—Menuda sorpresa. Hablando de lo cual, esta tarde olvidaste dejarme esa factura en la mesa de mi despacho.

—¿En serio? —Movié un hombro—. La tendré por algún sitio.

—Lo que quería decir es que...

Se interrumpió cuando el camarero llegó con el vino y le mostró la etiqueta a Logan.

—Este es. Primero que lo pruebe la señora.

Ella se tomó su tiempo, luego cogió el vaso. Probó, arqueó las cejas.

—Es muy bueno... Tiene un toque muy fino.

Logan sonrió.

—Entonces bebamos.

—Lo que quería decir —repitió Stella— es que, si bien es inteligente y beneficioso para los dos que seamos amigos, seguramente no lo es que llevemos esa relación a un nivel más profundo.

—Ajá. —Logan probó el vino, sin dejar de mirarla con aquellos ojos de gato—. ¿Crees que no te voy a besar otra vez porque tal vez no es inteligente o beneficioso?

—Estoy en un lugar nuevo, con un trabajo nuevo. Y he traído a mis hijos conmigo. Para mí ellos son lo primero.

—Eso pensaba. Pero no creo que esta sea tu primera cena con un hombre desde que perdiste a tu marido.

—Voy con cuidado.

—Nunca lo habría dicho. ¿Cómo murió?

—Un accidente de aviación. Volvía de un viaje de negocios. Yo tenía puesto el televisor y dieron un avance. No dijeron nombres, pero sabía que aquél era el avión de Kevin. Supe que había muerto antes de que vinieran a decírmelo.

—Y seguro que sabes exactamente lo que llevabas puesto cuando oíste la noticia, lo que hacías, dónde estabas. —Su voz era tranquila, los ojos directos—. Recuerdas con exactitud hasta el último detalle de aquel día.

—¿Por qué dices eso?

—Porque fue el peor día de tu vida. El día antes y el día después son un recuerdo borroso, pero nunca olvidarás ni el más mínimo detalle de lo que hiciste aquel día.

—Tienes razón. —La intuición de Logan la sorprendió y conmovió—. ¿Tú también has perdido a alguien?

—No, no en el sentido que crees. Pero una mujer como tú no se casa y permanece junto a un hombre a menos que sea el centro de su vida. Y si lo pierdes es evidente que nunca podrás olvidarlo.

—No, no lo olvidaré. —Lo llevaba grabado en el corazón—. Es la expresión de condolencia más perspicaz, acertada y reconfortante que nadie me ha ofrecido nunca. Espero que no te ofendas si te digo que me ha sorprendido.

—No me ofendo tan fácilmente. Perdiste al padre de tus hijos, pero has buscado una vida que parece buena para ellos. Y eso requiere trabajo. No eres la primera mujer con hijos que me interesa. Respeto la maternidad y sus prioridades. Lo que no impide que te vea delante de mí en esta mesa y me pregunte cuándo podré tenerte desnuda.

Stella abrió la boca y volvió a cerrarla. Carraspeó, dio un sorbito a su vino.

—Vaya. Qué directo.

—Si fueras otra, te habría llevado directamente a la cama. —Al oír la risa ahogada de Stella, él levantó su vaso. Y esperó mientras les servían los entrantes—. Pero resulta que eres... bueno, como estamos compartiendo esta agradable comida, me limitaré a decir que eres muy cauta.

—Pero la palabra que has pensado era «estrecha».

Él sonrió con gesto apreciativo.

—Nunca lo sabrás. A lo cual hay que añadir que los dos trabajamos para Roz y no haría nada que pueda contrariarla. Al menos no voluntariamente. Tienes dos hijos a tu cargo. Y no sé si aún estás especialmente sensible por la pérdida de tu marido. Así que en vez de arrastrarte a la cama, estamos aquí, conversando durante una agradable cena.

Ella se tomó un momento para pensar todo aquello. En el fondo, no había nada malo en aquel razonamiento. De hecho, incluso estaba de acuerdo.

—De acuerdo. Yo tampoco quiero contrariar a Roz. Así que, pase lo que pase entre nosotros, en el trabajo mantendremos una relación correcta.

—Quizá no sea correcta, pero se limitará al trabajo.

—Me parece bien. Mis hijos son mi prioridad, no solo porque es como tiene que ser —añadió—, sino porque quiero que lo sean. Y nada podrá cambiar eso.

—Si algo pudiera cambiarlo, no te respetaría como te respeto.

—Bueno. —De nuevo Stella esperó un momento, no solo porque había vuelto a ser muy directo, sino porque valoraba mucho lo que acababa de decirle—. En cuanto a Kevin, lo quería mucho, perderlo me destrozó. Había una parte de mí que habría querido morir, y otra que quería que superara el dolor y la ira y... que viviera.

—Hace falta valor para vivir.

Stella sintió que los ojos le escocían y respiró hondo.

—Gracias. Tuve que hacer un gran esfuerzo. Por los niños y por mí misma. Nunca podré sentir por ningún hombre lo que sentía por Kevin. No creo que deba. Pero eso no significa que no pueda interesarme o sentirme atraída por nadie. No significa que esté condenada a vivir siempre sola.

Por un momento Logan no dijo nada.

—¿Cómo es posible que una mujer tan sensata sienta un apego tan grande por los formularios y las facturas?

—¿Cómo es posible que un hombre con tanto talento sea tan desorganizado?

—Más relajada de lo que había imaginado, Stella paladeó su ensalada—. Hoy he vuelto a pasar por la casa de Dawson.

—¿Ah, sí?

—He visto que aún quedan pendientes unos pequeños retoques que tendrán que esperar a que pase el peligro de heladas. Pero quería decirte que has hecho un buen trabajo. No, miento. No es bueno. Es excepcional.

—Gracias. ¿Has hecho más fotografías?

—Sí. Utilizaremos algunas del antes y el después en la sección de paisajismo de la página web que estoy diseñando.

—No jodas.

—En serio. Voy a hacer que Roz gane más dinero. Y si ella gana más, tú ganas más. El sitio web generará un mayor volumen de trabajo para tu rama del negocio. Te lo garantizo.

—Es difícil poner reparos a eso.

—¿Sabes lo que más envidio de ti?

—Mi personalidad chispeante.

—No, no eres nada chispeante. Tus músculos.

—¿Envidias mis músculos? Pues no te favorecerían nada, pelirroja.

—Antes, en casa, cuando iniciaba un proyecto, nunca podía hacerlo todo yo sola. Tengo visión, aunque quizá no sea tan creativa como tú, pero sé lo que quiero, y tengo una considerable destreza. Pero cuando llega el momento de ponerse con la parte física, me quedo fuera de combate. Es desmoralizador, porque muchas veces me gustaría poder hacer al menos una parte. Y no puedo. Por eso envidio tus músculos, porque significan que tú sí puedes hacerlo.

—Me imagino que, tanto si te encargas tú como si lo hacen otros, siempre se hace como tú quieres.

Ella sonrió mirando su vino.

—Por supuesto. He oído decir que no vives lejos de la casa de Roz.

—A unos tres kilómetros. —Cuando les sirvieron el primer plato, Logan cortó un trozo de siluro y lo puso en el plato de Stella.

Ella lo miró.

—Bueno, ejem.

—Apuesto a que a tus hijos les dices que no pueden saber si una cosa les gusta hasta que no la prueban.

—Una de las ventajas de ser adulto es que puedes decir cosas como esa sin tener que aplicarlas personalmente. Pero de acuerdo. —Cortó un trocito diminuto, se preparó para lo peor y comió—. Curiosamente —dijo al cabo de un momento—, no sabe como un gato. O como se imagina uno que sabe un gato.^[3] Está bueno.

—A lo mejor consigo que recuperes parte de tu carácter sureño. La próxima vez comerás el famoso maíz del sur.

—Lo dudo. Eso ya lo he probado. De todos modos, en tu casa, ¿lo haces todo

tú solo?

—Casi todo. El terreno cuenta con algunas ligeras elevaciones, un buen drenaje.

Algunos árboles viejos en el lado norte. Un par de sicómoros y algún nogal, y hay azalea silvestre y kalmia por todas partes. En el lado sur hay un tramo descubierto. Bastante espacio entre la casa y la calle y un pequeño riachuelo que corre por el límite de la parte de atrás.

—¿Y la casa?

—¿Qué le pasa?

—La casa. ¿Cómo es?

—Oh. Tiene dos plantas. Seguramente es demasiado grande para mí, pero venía con el terreno.

—Vaya, es justo el tipo de casa que necesitaré de aquí a unos meses. Si te enteras de algo parecido dímelo.

—Claro. ¿Están a gusto tus hijos en casa de Roz?

—Estupendamente. Pero tarde o temprano necesitaremos nuestra propia casa. Es importante que los niños tengan su casa. No quiero nada lujoso... y tampoco me lo podría permitir. Y no me importa si hay que arreglar algo. Soy bastante apañada. Y, si puede ser, prefiero que no esté encantada.

Stella se interrumpió cuando vio la mirada inquisitiva de Logan. Meneó la cabeza.

—Debe de ser el vino, no sabía que tenía eso en la cabeza.

—¿Por qué?

—Vi... me pareció ver —dijo corrigiéndose— al fantasma que dicen que vive en la casa. En el espejo de mi habitación, justo antes de que llegaras para recogerme. No era Hayley. Ella entró un momento después, así que traté de convencerme de que era ella a quien había visto. Y no lo era. Pero no puede haber sido nadie más porque... no es posible.

—Me parece que aún estás tratando de convencerme a ti misma.

—Soy una mujer sensata, ¿recuerdas? —Se dio unos toquitos con el dedo en la sien—. Y las mujeres sensatas no ven fantasmas ni los oyen cantando nanas. Ni intuyen su presencia.

—¿Y cómo la intuyes?

—Es un escalofrío, una... una sensación. —Se estremeció ligeramente y trató de apartar la idea de su mente con una risa nerviosa—. No puedo explicarlo porque no es algo racional. Y esta noche la sensación ha sido muy intensa. Breve

pero intensa. Y hostil. No, «hostil» es una palabra demasiado fuerte. De desaprobación.

—¿Por qué no lo hablas con Roz? Podría contarte lo que sabe sobre el fantasma.

—Puede. ¿Tú no lo has visto nunca?

—No.

—¿Ni has intuido su presencia?

—No. Pero a veces, cuando trabajo en algo, cuando camino por la tierra o cavo, siento algo. Si se planta algo, aunque muera, deja una parte de sí en la tierra. ¿Por qué no iba a pasar lo mismo con las personas?

Tendría que pensarlo, pero más tarde, cuando estuviera más tranquila. En aquellos momentos la inquietaba el hecho de que disfrutaba de su compañía. Y también estaba esa atracción puramente física. Si continuaba disfrutando de su compañía y la atracción no desaparecía, acabarían en la cama.

Estaban además las ramificaciones y complicaciones que eso conllevaría. A lo que había que añadir que vivían en un universo finito. Trabajaban para la misma persona, en el mismo negocio. No era el tipo de ambiente donde dos personas pueden mantener una relación sin que los demás se enteren.

Así que tendría que pensarlo, y pensar en lo incómodo que sería que su vida privada fuera de dominio público.

Después de la cena, fueron hasta Beale Street para disfrutar del festival.

Turistas, lugareños, parejas, grupos de jóvenes; todos paseaban por las calles iluminadas por los letreros de neón. La música salía de los portales, y una riada de gente entraba y salía de las tiendas.

—Aquí antes había una discoteca que se llamaba El Monarca. ¿Crees que los zapatos te molestarán?

—No.

—Bien. Por cierto, bonitas piernas.

—Gracias. Hace años que las tengo.

—Bueno, pues la discoteca —siguió explicando Logan— resulta que compartía el callejón de atrás con una funeraria. Así a los propietarios les resultaba más fácil deshacerse de las víctimas de los tiroteos.

—Una bonita historia sobre Beale Street.

—Oh, pues hay mucho más. Blues, rock (porque aquí han nacido los dos), vudú, juego, sexo, escándalos, contrabando, whisky, rateros, asesinatos.

Mientras él hablaba, Stella oía la música que salía a todo volumen de una

discoteca y le pareció típicamente sureña en el mejor de los sentidos.

—Y todo estaba aquí —dijo—. Pero ahora disfruta del festival como es ahora.

Se unieron a un grupo de gente que se había congregado en la acera para mirar a tres chicos que hacían acrobacias en mitad de la calle.

—Yo también hago eso —dijo Stella, y señaló con el gesto a uno de los chicos, que estaba caminando con las manos hacia la caja donde los espectadores echaban el dinero.

—¡Ja!

—De verdad. No voy a enseñártelo ahora, pero desde luego que puedo. Seis años de clases de gimnasia. Puedo doblar el cuerpo como una rueda de las que venden en la churrería. Bueno, ahora solo como media, pero en otra época...

—¿Estás tratando de excitarme?

Ella rio.

—No.

—Entonces solo es un efecto colateral. ¿Qué aspecto tiene media rueda de churrería?

—Quizá te lo enseñe algún día, cuando lleve una ropa más apropiada.

—Definitivamente, estás tratando de excitarme.

Ella volvió a reírse y se puso a mirar la actuación. Luego, Logan echó dinero en la caja y siguieron caminando por la acera.

—¿Quién es Betty Paige y por qué sale en esas camisetas?

Él se detuvo en seco.

—Bromeas.

—No, no bromeo.

—Me parece que no has estado viviendo en el norte. Tú has vivido simplemente en el norte encerrada en una cueva. Betty Paige, legendaria modelo fotográfica de los cincuenta y diosa del sexo.

—¿Cómo lo sabes? Tú no habías nacido en los cincuenta.

—Me gusta conocer la cultura de mi tierra, sobre todo cuando se trata de mujeres exuberantes que se desnudan. Mira esa cara. Podría ser la vecina de cualquiera, con el cuerpo de Venus.

—Seguramente ella no podía caminar con las manos —dijo Stella, y se alejó con aire desenfadado cuando él rio.

Estuvieron paseando, y bajaron por un lado de la calle y luego subieron por el otro. Él la tentó con un local de blues, pero, tras debatirse brevemente consigo

misma, ella meneó la cabeza.

—De verdad, no puedo. Ya me he retrasado más de lo que quería. Mañana tengo un día muy ocupado y ya he abusado demasiado de la generosidad de Roz por esta noche.

—Lo dejaremos para otra ocasión.

—Tendré que incluir un local de blues en mi lista. Hoy ya he tachado dos cosas.

Beale Street y siluro. Prácticamente ya soy de aquí.

—Cuando quieras darte cuenta ya estarás friendo el siluro en casa y poniendo cacahuets en la coca-cola.

—¿Por qué demonios iba a poner cacahuets en la coca-cola? No importa —dijo haciendo un gesto con la mano mientras él conducía—. Algo típico del sur. ¿Y si me limito a decir que lo he pasado muy bien?

—Eso estaría bien.

No había sido complicado, ni aburrido ni estresante. Al menos después de los primeros minutos. Stella ya había olvidado, o casi, lo que era sentirse estimulada y a la vez relajada en compañía de un hombre.

O lo que era preguntarse (no tenía sentido fingir que no lo hacía) cómo sería sentir sobre su cuerpo esas manos grandes y endurecidas por el trabajo.

Roz le había dejado las luces encendidas. En el porche, el vestíbulo, la habitación. Las vio cuando se acercaban con el coche y le pareció un detalle maternal. O el de una hermana mayor, supuso, porque Roz no era lo bastante mayor para ser su madre.

Su madre de verdad siempre estaba demasiado ocupada con su vida y sus cosas para pensar en pequeños detalles como ése. Quizá, pensó Stella, ésa era una de las razones por las que ella se desvivía tanto por sus hijos.

—Qué casa tan bonita —dijo—. Cómo brilla por la noche. No me extraña que Roz la adore.

—No encontrarás otra igual. Cuando llega la primavera, los jardines te deslumbran.

—Tendría que hacer visitas guiadas por la casa y los jardines.

—Antes lo hacía, una vez al año. Pero dejó de hacerlo cuando echó a ese idiota de Clerk. Yo no lo mencionaría —comentó antes de que Stella pudiera decir nada—. Si le apetece hablarte del tema, lo hará.

Como ya conocía su estilo, Stella esperó a que él rodeara el coche para abrirle la puerta.

—Estoy deseando ver los jardines en todo su esplendor. Y estoy agradecida por la oportunidad de vivir aquí y que mis hijos conozcan este tipo de tradición.

—Hay otra tradición. Darle a la chica un beso de despedida. Esta vez fue más despacio y le dio a Stella la oportunidad de prepararse. Sintió un hormigueo en la piel cuando él buscó su boca.

Y el hormigueo se desplazó al vientre y la garganta cuando sintió la lengua de él entre sus labios. Las manos le acariciaron el pelo, los hombros, y bajaron a sus caderas para sujetarla con fuerza.

Músculos, pensó Stella débilmente. Oh, Dios. Y vaya músculos. Era como estar pegada contra una superficie de acero tibio y suave. Logan se pegó contra ella, y Stella retrocedió y quedó atrapada entre él y la puerta, aprisionada. Notó el burbujeo de la sangre mientras él la besaba apasionadamente, y se sintió frágil, mareada, llena de deseo.

—Espera, espera —consiguió decir—. Espera.

—Solo quiero terminar lo que he empezado.

Quería mucho más que besarla, pero sabía que tendría que conformarse con eso. Así que no pensaba ir con prisas. La boca de Stella era exquisita, y aquel ligero temblor de su cuerpo resultaba tremendamente erótico. Logan se imaginó engulléndola de la cabeza a los pies, con violencia, con gula. O saboreándola centímetro a centímetro hasta enloquecer.

Cuando se apartó, la expresión soñadora y extasiada de los ojos de Stella le dijo que podía hacer lo uno o lo otro. Pero en otra ocasión, en otro lugar.

—¿Tiene algún sentido fingir que vamos a dejar las cosas así?

—No puedo...

—No me refiero a esta noche —dijo cuando vio que ella volvía la vista a la puerta.

—Entonces no, no tiene sentido.

—Bien.

—Pero no puedo lanzarme a algo así sin más. Tengo que...

—Planificar —dijo terminando la frase por ella—. Organizar.

—No soy muy espontánea, y la espontaneidad (este tipo de espontaneidad) no es posible cuando uno tiene dos hijos.

—Entonces planifica. Organiza. Y dime lo que decides. Yo soy muy espontáneo. —Volvió a besarla, hasta que Stella sintió que las rodillas le flaqueaban—. Tienes mis teléfonos. Llámame. —Se apartó—. Entra ya. Tradicionalmente, uno le da a la chica un beso de buenas noches y espera a que

entre antes de marcharse preguntándose cuándo tendrá ocasión de volver a hacerlo.

—Entonces, buenas noches. —Y entró. Subió las escaleras y se olvidó de apagar las luces.

Aún estaba flotando cuando avanzó por el pasillo, por eso no reparó en la canción hasta que estaba a un par de pasos de la habitación de sus hijos.

Alcanzó la puerta de un brinco. Y vio, vio la silueta, el destello de pelo rubio bajo la luz de la lamparita de noche, el brillo de los ojos que la miraban.

El frío la golpeó como una bofetada, furiosa y brusca. Y un instante después se había ido.

Con paso inestable, Stella corrió a las camas de sus hijos, acarició el pelo de Gavin, el de Luke. Les puso las manos en las mejillas, luego en la espalda, como hacía cuando eran bebés. Era la forma en que una madre inquieta se aseguraba de que sus hijos respiraban.

Parker se dio la vuelta ociosamente, le dedicó un ligero gruñido de bienvenida, dio una sacudida con la cola y volvió a dormir.

El perro me siente, me huele, me conoce. ¿Pasa lo mismo con ella? ¿Por qué no le ladra?

¿O es que estoy perdiendo la cabeza?

Se preparó para acostarse y luego se llevó una manta y una almohada a la habitación de sus hijos y se acostó entre las dos camas. Y pasó así la noche, protegiéndolos contra lo imposible.

12

Roz se encontraba en el invernadero, regando las plantas anuales que había preparado durante el invierno. Casi estaban listas para ponerlas a la venta. En parte le daba pena saber que no sería ella quien las trasplantaría. Y sabía que no todas recibirían un trato adecuado.

Algunas morirían por falta de atención, otras por exceso o por falta de sol. En aquellos momentos se veían exuberantes, llenas de posibilidades.

Y eran suyas.

Pero tenía que dejarlas marchar, del mismo modo que había dejado marchar a sus hijos, con la esperanza de que encontraran su camino y llegaran a florecer en todo su esplendor.

Ahora que en la casa volvía a haber niños, con su parloteo, sus olores y su desorden, se daba cuenta de lo mucho que añoraba a sus pequeños. Tener a Harper tan cerca era una ayuda, pero en ocasiones tenía que controlarse para no apoyarse en exceso en él y agobiarlo con su anhelo.

Porque Harper ya había superado el estadio de dependencia. Por mucho que viviera a un paso y con frecuencia trabajaran lado a lado, nunca volvería a ser suyo.

Con sus otros hijos tenía que contentarse con alguna que otra visita, con llamadas y e-mails. Y con el convencimiento de que estaban ocupados forjando felizmente su propia vida.

Ella les había dado unas raíces, los había cuidado y nutrido, les había enseñado. Y tuvo que dejar que se fueran.

No quería ser una de esas madres dominantes y avasalladoras. Al igual que las plantas, los hijos necesitaban espacio y aire. Pero, oh, a veces le habría gustado poder volver atrás, diez, veinte años, y retener a sus preciosos hijos un poco más.

Con tanto sentimentalismo solo conseguiría entristecerse, se recordó. Cuando

estaba cerrando el agua, Stella entró en el invernadero.

Roz aspiró con fuerza.

—No hay nada como el olor a tierra húmeda, ¿verdad?

—Para gente como nosotros no. Mire esas caléndulas. Parece que van a salir volando. La he echado en falta esta mañana.

—Quería empezar aquí temprano. Esta tarde tengo una reunión con un club de jardinería. Quería preparar dos docenas de centros de mesa.

—Una buena publicidad para el centro. Solo quería darle las gracias de nuevo por haberse quedado con los niños anoche.

—Lo pasé muy bien. Y tú, ¿lo pasaste bien?

—Sí, mucho. ¿Será un problema para usted si Logan y yo nos relacionamos socialmente?

—¿Por qué iba a serlo?

—En un entorno laboral...

—Los adultos tienen derecho a vivir su propia vida, en cualquier entorno. Los dos sois adultos libres. Espero que descubras por ti misma si una relación social con él puede o no ser un problema.

—Las dos sabemos que lo de la «relación social» es un eufemismo.

Roz se puso a retocar algunas petunias.

—Mira, Stella, si no quisieras acostarte con un hombre como Logan, me preocuparía.

—Entonces creo que no tiene por qué preocuparse. Aun así, me gustaría decir... Trabajo para usted, estoy viviendo en su casa, por eso quiero que sepa que no soy una persona promiscua.

—Estoy segura de ello. —Por un momento levantó la vista de lo que estaba haciendo—. Eres demasiado prudente, demasiado cuidadosa, y un poco demasiado responsable para ser promiscua.

—Otra forma de llamarme estrecha —musitó Stella.

—No exactamente. Pero, aun cuando incluso si fueras promiscua, seguiría siendo asunto tuyo. No necesitas mi aprobación.

—Pero quiero tenerla... porque trabajo para usted y vivo en su casa. Y porque la respeto.

—Entonces, de acuerdo. —Roz pasó a unos tiestos con *impatiens*—. Tienes mi aprobación. Una de las razones por las que quería que vivieras en mi casa era para conocerte como persona. Al contratarte, te he puesto al frente de algo muy importante para mí. Y si después de las primeras semanas hubiera decidido que

no me gustabas y que no podía respetarte como persona, te habría despedido. — Volvió a mirarla—. Por muy competente que fueras. No es tan difícil encontrar a gente competente.

—Vaya, gracias.

—Creo que utilizaré algunos de estos geranios que ya están plantados. Así ahorraré tiempo y esfuerzo, y tenemos de sobra.

—Dígame cuántos se lleva y ajustaré el inventario. Roz, hay otra cosa que quería comentarle.

—Dime —dijo Roz invitándola a hablar mientras seleccionaba las plantas.

—Se trata del fantasma.

Roz levantó un geranio de color rosa salmón, y lo examinó desde diferentes ángulos.

—¿Qué le pasa?

—Me siento estúpida por hablar de algo así, pero... ¿alguna vez se ha sentido amenazada por el fantasma?

—¿Amenazada? No. Yo no usaría una palabra tan fuerte. —Roz dejó el geranio en una cubeta de plástico y escogió otro—. ¿Por qué?

—Porque creo que lo he visto.

—No es tan raro. La dama de Harper suele aparecerse a madres y niños. Y a veces niñas. Cuando era pequeña la vi algunas veces, y cuando llegaron mis hijos la veía con cierta regularidad.

—Dígame qué aspecto tiene.

—Tiene más o menos tu altura. —Mientras hablaba, Roz siguió escogiendo geranios para el club de jardinería—. Delgada. Muy delgada. Entre veinticinco y treinta, creo, aunque es difícil decirlo. No tiene buen aspecto. Bueno —añadió con una sonrisa ausente—, ni siquiera para ser un fantasma. Tengo la sensación de que debía de ser muy hermosa, pero que estuvo un tiempo enferma. Es rubia, ojos entre verde y gris. Siempre está muy triste, y lleva un vestido gris... o que parece gris, y que le cuelga como si hubiera perdido peso.

Stella dejó escapar un suspiro.

—Es la misma persona que vi. Es demasiado fantástico, pero el caso es que lo vi.

—Tendrías que sentirte halagada. Muy pocas veces se ha aparecido a alguien que no pertenece a la familia, o eso cuenta la leyenda. No debes sentirte amenazada.

—Pues es así como me sentí, anoche, cuando volví a casa y fui a ver cómo

estaban los niños. Aunque primero la oí. Canta una especie de nana.

—«Lavender's blue». Digamos que es como su marca de fábrica. —Roz cogió unas pequeñas tijeras de podar y cortó un tallo secundario que estaba enfermo—. Que yo sepa nunca ha hablado, pero por las noches canta a los niños de la casa.

—«Lavender's blue». Sí, eso es. La oí y entré corriendo. Y la vi allí, de pie entre las dos camas. Me miró. Solo fue un instante, pero me miró. Sus ojos no parecían tristes, Roz, estaban furiosos. Sentí un golpe de frío, como si en un arrebato me hubiera arrojado algo. Las otras veces solo noté un escalofrío, nada más.

Roz estudió el rostro de Stella con interés.

—Algunas veces yo también me sentía como si la hubiera molestado. Había un cambio en el tono. Algo parecido a lo que acabas de describirme, supongo.

—Pasó.

—Te creo, pero por mi experiencia diría que básicamente es una presencia benigna. Yo siempre interpreté aquellos arrebatos de mal genio como cambios de humor. Supongo que a los fantasmas también les cambia el humor.

—Que a los fantasmas también les cambia el humor —repitió Stella lentamente—. No puedo entender que diga eso.

—La gente tiene cambios de humor, ¿no? ¿Por qué iba a ser diferente con los muertos?

—De acuerdo —dijo Stella al cabo de un momento—. Trataré de no pensar que todo esto es un disparate. Entonces, lo que pasa es que a lo mejor no le gusta que yo esté aquí.

—En los últimos cien años, en la mansión Harper siempre ha vivido mucha gente, ha habido montones de invitados. Ya tendría que estar acostumbrada. Si crees que estarás más tranquila en la otra ala...

—No. No veo que eso vaya a cambiar nada. Y, aunque anoche me sentí tan inquieta que dormí en la habitación de los niños, el fantasma no estaba furioso con ellos. Solo conmigo. ¿Quién era?

—Nadie lo sabe con seguridad. Como gesto de educación la llamamos la dama de Harper, pero se da por sentado que fue una sirvienta. Una niñera, un ama de llaves. Mi teoría es que alguno de los hombres de la casa la sedujo, y quizá la echó, sobre todo si se quedó embarazada. Siempre aparece vinculada a los niños, así que supongo que es evidente. Y seguramente murió en la casa o muy cerca.

—Hay registros, ¿verdad? Un libro de familia, un registro de nacimientos y defunciones, fotografías, daguerrotipos, algo.

—Oh, montones.

—Me gustaría echarles un vistazo si le parece bien. Trataré de averiguar quién era. Quiero saber a qué o a quién me estoy enfrentando.

—De acuerdo. —Con las tijeras todavía en la mano, Roz se puso un puño en la cadera—. Es curioso que hasta ahora nadie lo haya hecho, ni siquiera yo. Te ayudaré.

Será interesante.

—Esto es imponente. —Hayley contempló la mesa de la biblioteca, donde Stella había colocado los álbumes de fotografías, el voluminoso libro de familia, las cajas con viejos papeles, su ordenador portátil y varios cuadernos de notas—. Parecemos la banda de amigos de Buffy cazavampiros.

—No acabo de creer que tú también la vieras y no hayas dicho nada.

Hayley se encogió de hombros y siguió deambulando por la habitación.

—Creí que pensarías que te censuraba. Además, solo la he visto de refilón, a esta altura. —Y se puso una mano a un lado de la cabeza—. Nunca había estado cerca de un fantasma. Esto es genial.

—Me alegra que lo estés pasando tan bien.

Sí, lo estaba pasando muy bien. Tanto a ella como a su padre siempre les habían gustado los libros, y utilizaban la sala de estar a modo de biblioteca, con estantes llenos de libros y dos sillones grandes y mullidos.

Era agradable, acogedor y agradable.

Pero aquello era una verdadera biblioteca. Bonitas librerías de madera oscura flanqueaban las largas ventanas y luego se elevaban y cubrían las paredes, y formaban una especie de plataforma sobre la que estaba la larga mesa. Debía de haber cientos de libros, pero el efecto no era abrumador, no con aquel verde oscuro y relajante de las paredes y la calidez del granito color crema de la chimenea. Le gustaban los candeleros grandes y negros, y los grupos de fotografías familiares que había sobre la repisa.

Había más fotografías repartidas por aquí y por allá, y otras cosas. Cosas fascinantes como cuencos, estatuas y un reloj de cristal con forma de cúpula. Flores, por supuesto. Había flores prácticamente en todas las habitaciones de la casa. En aquel caso, tulipanes de un púrpura intenso que parecían desbordar de

un jarrón amplio de cristal transparente.

Había montones de sillas, sillas amplias de cuero muy suave, e incluso un sofá de cuero. Aunque del cuadrado central de artesonado del techo colgaba una araña y hasta las librerías se iluminaban, había varias lámparas con pantallas que parecían vidrieras. Las alfombras seguramente eran muy viejas, y el diseño de pájaros exóticos de los bordes las hacía muy interesantes.

No podía ni imaginar cómo sería tener una habitación como aquélla, y mucho menos decorarla para que fuera... bueno, «espléndida» era la única palabra que se le ocurría, y sin embargo resultaba tan acogedora como la pequeña biblioteca que ella habría tenido en su casa.

Pero Roz sí lo sabía. En opinión de Hayley, Roz era realmente fenomenal.

—Creo que ésta es mi habitación favorita —decidió—. Es verdad que pienso lo mismo cada vez que entro en una habitación, pero ésta se lleva la palma. Es como un cuadro del estilo de vida del sur, tan vivido que dan ganas de echarse una cabezadita en ese sofá.

—Oh, te entiendo perfectamente. —Stella dejó a un lado el álbum de fotografías que había estado revisando—. Hayley, recuerda que no debes decir nada de esto a los niños.

—Por supuesto. —Se acercó a la mesa y, finalmente, se sentó—. Eh, podríamos hacer una sesión de espiritismo. Sería tan espeluznante...

—No hará falta llegar tan lejos —replicó Stella, y se volvió al ver que David entraba.

—Algo de picar para las buscadoras de fantasmas —anunció, y dejó la bandeja en la mesa—. Café, té, galletas. Había pensado traer pastel con cabello de ángel, pero habría sido demasiado obvio.

—¿Te divierte todo esto?

—Exacto. Pero estoy deseando arremangarme y entrar en materia. Después de tanto tiempo, sería bonito poder ponerle un nombre al fantasma. —Dio unos toquecitos con el dedo en el portátil de Stella—. ¿Y esto para qué?

—Para notas, datos, hechos, suposiciones. No sé. Acabo de empezar.

Roz entró cargada con una caja de cartón. Tenía polvo en la mejilla e hilos de telaraña en el pelo.

—Registros domésticos, del ático. Arriba hay más, pero creo que con esto tenemos bastante para empezar. —Dejó la caja sobre la mesa y sonrió—. Será divertido. No sé por qué no se me había ocurrido antes. ¿Por dónde queréis empezar?

—Yo había pensado en una sesión de espiritismo —empezó a decir Hayley—. A lo mejor ella misma nos dice quién es y por qué su espíritu está atrapado en este plano de la existencia. Es lo que tienen los fantasmas. Quedan atrapados y a veces ni siquiera saben que están muertos. ¿No es espeluznante?

—Una sesión de espiritismo. —David se frotó las manos—. ¿Dónde me he dejado el turbante?

Hayley lanzó una risa ronca y Stella golpeó la mesa con los nudillos.

—A ver, si podéis dejar de reír un momento, creo que empezaremos por algo más normal. Como situarla en el tiempo por la ropa que lleva. Eso nos puede ayudar a saber en qué época vivió aproximadamente.

—Orientarnos por su vestimenta. —Roz asintió y cogió una galleta—. Buena idea.

—Inteligente —concedió Hayley—. Pero yo no me fijé en lo que llevaba. Solo la vi un momento.

—Un vestido gris —apuntó Roz—. Cuello alto. Manga larga.

—¿Alguien sabe dibujar? —preguntó Stella—. Yo me atrevo con las rectas y las curvas, pero soy una negada con las figuras.

—Roz es tu chica —dijo David dando unas palmaditas en el hombro de Roz.

—¿Podría? ¿Sería capaz de dibujar la imagen que tiene de ella?

—Puedo intentarlo.

—He traído unos cuadernos. —Stella le ofreció uno y eso hizo que Roz sonriera.

—Cómo no. Y apuesto a que has sacado punta a los lápices. Como el primer día de clase.

—Es difícil escribir si la punta no está bien afilada. David, mientras ella dibuja, ¿por qué no nos cuentas tus experiencias con... bueno, creo que de momento podemos llamarla la dama de Harper?

—La vi muy pocas veces, cuando era pequeño y venía a jugar con Harper.

—¿Qué pasó la primera vez?

—La primera vez nunca se olvida. —Le guiñó un ojo y, después de sentarse, se sirvió un café—. Me había quedado a dormir, y Harper y yo estábamos en la habitación, hablando entre susurros para que Roz pensara que estábamos dormidos...

—Siempre pensaban que no los oía —dijo Roz mientras seguía dibujando.

—Creo que era primavera. Recuerdo que teníamos las ventanas abiertas y corría una ligera brisa. Yo tendría unos nueve años. Había conocido a Harper en

la escuela y, aunque tenía un año menos que yo, congeniamos enseguida. Solo hacía unas semanas que nos conocíamos cuando me quedé la primera vez. Así que allí estábamos, en la oscuridad, pensando que nadie nos oía, y Harper me habló del fantasma. Pensé que se lo estaba inventando para asustarme, pero él juraba y perjuraba que era cierto y que había visto al fantasma muchas veces.

Supongo que al final nos dormimos. Recuerdo que yo desperté con la sensación de que alguien me había acariciado la cabeza. Pensé que habría sido Roz, y me sentí algo incómodo, así que solo abrí un ojo para ver.

Dio un sorbo al café, entrecerrando los ojos mientras trataba de recordar.

—Y la vi. Se acercó a la cama de Harper y se inclinó sobre él, como si fuera a darle un beso en la frente. Luego fue al otro lado de la habitación y se sentó en un balancín que había en un rincón. Empezó a mecerse y a cantar.

Dejó el café.

—No recuerdo si emití algún sonido o me moví, pero el caso es que me miró directamente y sonrió. Me pareció que lloraba, pero estaba sonriendo. Y se llevó un dedo a los labios como para indicarme que no hiciera ruido. Luego desapareció.

—¿Qué hiciste? —Hayley hizo la pregunta en un susurro.

—Me tapé hasta la cabeza y me quedé así hasta la mañana.

—¿Te dio miedo? —preguntó Stella.

—Un crío de nueve años, un fantasma... y yo era bastante impresionable, así que sí, me dio miedo. Pero no por mucho tiempo. Por la mañana todo era como un sueño agradable. Un fantasma me había acariciado el pelo y me había cantado. Y era guapa. Nada de figuras que arrastraban cadenas ni de aullidos escalofriantes. Era como un ángel, y por eso no me dio miedo. Por la mañana se lo conté a Harper y me dijo que debíamos de ser hermanos, porque ninguno de sus otros amigos la había visto.

Aquel recuerdo lo hizo sonreír.

—Me sentí muy orgulloso, y estaba deseando volver a verla. La vi algunas veces más cuando venía a la casa. Las apariciones cesaron cuando tenía unos trece años.

—¿Te habló alguna vez?

—No, solo cantaba, y siempre la misma canción.

—¿Solo la veías por la noche, en la habitación?

—No. También está aquella vez que acampamos fuera. Era verano, y hacía calor, pero convencimos a Roz para que nos dejara dormir en una tienda de

campana. No llegamos a acabar la noche, porque Masón se cortó con una piedra. ¿Lo recuerdas, Roz?

—Sí. Eran las dos de la mañana y yo metiendo a cuatro críos en el coche para ir corriendo a urgencias y que le dieran unos puntos a uno.

—Estábamos fuera desde antes de ponerse el sol, cerca del límite oeste de la propiedad. Para las diez estábamos medio enfermos de tantos perritos calientes y melcochas, y muertos de miedo porque no habíamos dejado de contar historias de fantasmas. Había luciérnagas —musitó cerrando los ojos—. Había pasado San Juan, y el ambiente era húmedo. Todos nos habíamos quedado en calzoncillos. Los dos pequeños se quedaron dormidos, pero Harper y yo seguimos despiertos bastante rato. Debí de dormirme yo también, porque lo siguiente que recuerdo es que Harper me estaba sacudiendo por el hombro. «Ahí está», me dijo, y la vi caminando por el jardín.

—Oh, Dios —consiguió decir Hayley, y se acercó más a David, mientras Stella seguía tecleando—. ¿Qué pasó?

—Bueno, Harper se puso a cuchichearme al oído. Decía que teníamos que seguirla, y yo traté de convencerlo de que no sin comprometer mi hombría. Los otros dos se despertaron y Harper dijo que él iba, que podíamos quedarnos atrás si éramos unos gallinas.

—Apuesto a que eso te animó a ir —comentó Stella.

—Un niño no puede ser un gallina cuando está con otros niños. Fuimos todos. Masón no tendría más de seis años, pero iba detrás, tratando de seguirnos. Había luna, así que la veíamos perfectamente, y Harper dijo que nos quedáramos un poco atrás para que ella no nos viera a nosotros.

Lo juro, aquella noche no soplaban ni una gota de aire, no se movía ni una hoja.

El fantasma caminaba por el sendero y entre los arbustos sin hacer ningún ruido. Había algo diferente en ella. Y no me di cuenta de qué era hasta mucho después.

—¿Y qué era? —Hayley se inclinó hacia delante y lo cogió del brazo, sin aliento—. ¿Qué tenía de diferente aquella noche?

—Llevaba el pelo suelto. Antes siempre la había visto con el pelo recogido, con una cascada anticuada de tirabuzones que caían desde lo alto de la cabeza. Pero esa noche lo llevaba suelto, desordenado, y le caía por la espalda y los hombros. Y vestía una ropa blanca y vaporosa. Aquella noche parecía un fantasma más que nunca. Y me dio más miedo que la primera vez, más miedo

que nunca. Salió del camino y pasó sobre las flores, sin tocarlas. Yo oía mi propia respiración jadeante, y supongo que iba más despacio, porque Harper estaba muy por delante de mí. La mujer se dirigía a los viejos establos, o a las cocheras, tal vez.

—¿Las cocheras? —Hayley lo dijo casi chillando—. ¿Donde vive Harper?

—Sí, pero en aquella época no vivía allí —añadió David con una risa—. No tendría más de diez años. Daba la sensación de que se dirigía hacia los establos, pero tenía que pasar junto a las cocheras. Bueno, el caso es que se detuvo y se volvió a mirar atrás. Yo me paré en seco y me quedé helado.

—¡Me lo imagino! —dijo Hayley con sentimiento.

—Parecía enloquecida, y eso era peor que el hecho de que estuviera muerta. Antes de que tuviera tiempo de decidir si corría en pos de Harper o me retiraba con el rabo entre las piernas, oímos que Masón gritaba. Yo pensé que el fantasma lo había atrapado y estuve a punto de gritar. Pero Harper vino corriendo.

Y resultó que Masón se había cortado con una piedra. Cuando volví a mirar hacia los establos, ella no estaba.

Se interrumpió un momento, se estremeció, y entonces dejó escapar una risita débil.

—Estaba muerto de miedo.

—Yo también —consiguió decir Hayley.

—Tuvieron que darle seis puntos. —Roz empujó el cuaderno hacia Stella—. Así es como la recuerdo.

—Sí, es la misma. —Stella estudió el dibujo de la mujer delgada y de mirada triste—. ¿Es así como la veías tú, David?

—Excepto aquella noche, sí.

—¿Hayley?

—Supongo que sí.

—Yo también. O sea, con un vestido bastante sencillo, ajustado al talle, cuello alto, botones en la parte delantera. Muy bien, mangas algo bufadas hasta el codo, luego ceñidas hasta la muñeca. Falda que marca las caderas y luego se ensancha un poco. Pelo rizado, montones de rizos recogidos en una especie de moño. Haré una búsqueda sobre moda por internet, pero es evidente que es posterior a 1860, ¿no? En aquella época lo que se llevaban eran las faldas con miriñaque, a lo Scarlett O'Hara. Y debe de ser anterior a la década de los veinte y la falda corta.

—Yo diría que es de la época del cambio de siglo —apuntó Hayley, y cuando

vio que todas las miradas se volvían hacia ella, se encogió de hombros—. Conozco un montón de cosas inútiles. La ropa que lleva es parecida a un estilo que se conoce como «reloj de arena». Aunque se la ve muy delgada parece de ese estilo. Los alegres noventa.

—Muy bien. De acuerdo, vamos a comprobarlo. —Stella tecleó y apretó «intro».

—Tengo que hacer pis. No encontréis nada importante hasta que vuelva. —Hayley se fue corriendo, tanto como le permitía su estado.

Stella analizó las diferentes opciones que aparecieron en pantalla y escogió una página sobre la moda femenina en la década de 1890.

—Victoriano tardío —declaró mientras leía e iba pasando fotografías—. «Reloj de arena». Se ve todo mucho más elegante, pero creo que la idea es la misma.

Pasó a la siguiente década y siguió con los comienzos del siglo xx.

—No, las mangas son mucho más anchas por el hombro. Y el canesú de la ropa de diario parece más sencillo.

Volvió atrás y siguió retrocediendo en el tiempo.

—No, aquí nos metemos ya en el polisón. Creo que Hayley tenía razón. Hay que buscar en la década de 1890.

—¿Has dicho 1890? —Hayley volvió a entrar a toda prisa—. Un punto para mí.

—No tan deprisa. Si era una sirvienta —les recordó Roz— quizá no vestía a la moda.

—Oh. —Hayley hizo como que borraba el punto de su marcador.

—Pero, aun así, creo que podemos situarla entre 1890 y, digamos, 1910 —sugirió Stella—. Y si como pensamos tenía una edad aproximada de veinticinco años, podemos estimar que nació entre 1865 y 1885.

Soltó un bufido.

—Un margen demasiado amplio.

—El pelo —dijo David—. Puede que fuera sirvienta y que llevara ropa usada, pero nada impedía que se peinara a la moda.

—Excelente. —Stella volvió a teclear, seleccionó sitios web—. Muy bien, el peinado a lo Pompadour se popularizó después de 1895. Si tenemos fe y damos por sentado que nuestra heroína se peinaba a la moda, podríamos reducir la búsqueda entre 1890 y 1895 o hasta 1898, si estaba un poco anticuada.

Suponiendo que muriera en esa década, pongamos entre los veintidós y los veintiséis...

—Primero consultemos el libro de familia —decidió Roz—. Eso nos dirá si alguna mujer de la familia, por sangre o por matrimonio, murió en esa década a esa edad.

Se colocó el libro delante. La encuadernación era de cuero negro, con unos decorativos grabados. Alguien la mantenía limpia y lustrada, y Stella supuso que sería Roz.

Roz fue pasando páginas del libro con el árbol genealógico de la familia.

—Éste se remonta a 1793, al matrimonio entre John Andrew Harper y Fiona MacRoy. Y se mencionan los nacimientos de sus ocho hijos.

—¿Ocho? —Hayley abrió mucho los ojos y se puso una mano en el vientre—. Jesús.

—Tú lo has dicho. Solo seis llegaron a adultos —siguió explicando Roz—. Se casaron y tuvieron prole, prole y más prole. —Iba pasando las finas páginas con mucho cuidado—. Aquí tenemos a varias hijas que nacieron entre 1865 y 1870. Y aquí aparece una tal Alice Harper Doyle que murió en el parto en octubre de 1893, a la edad de veintidós años.

—Es terrible —dijo Hayley—. Era más joven que yo.

—Y ya había tenido dos hijos —declaró Roz—. En aquellos tiempos, antes de la llegada de Margaret Sanger,^[4] las mujeres lo tenían muy difícil.

—¿Crees que vivió aquí, en la casa? —preguntó Stella—, ¿que murió aquí?

—Puede. Se casó con Daniel Francis Doyle, de Natchez, en el año 1890. Podemos comprobar los registros de defunciones. Hay otras tres Harper que murieron en el período que nos interesa, pero la edad no se corresponde. A ver, Alice era la hermana menor de Reginald Harper. Tenía otras dos hermanas, pero no hermanos. Seguramente él heredó la casa y las propiedades. Entre Reginald y sus hermanas hay muchos años de diferencia, seguramente por culpa de los abortos.

Al escuchar el pequeño grito de Hayley, Roz la miró con brusquedad.

—No quiero que esto te altere.

—Estoy bien, estoy bien —repitió Hayley, y respiró hondo—. Entonces, ¿Reginald era el único hombre de esta parte del árbol genealógico?

—Sí. Pero tenían montones de primos, y la propiedad habría pasado a alguno de ellos tras su muerte... de no ser porque tuvo un hijo... Después de tener

varias hijas, llegó un niño, en 1892.

—¿Qué hay de su mujer? —intervino Stella—. A lo mejor es ella.

—No, vivió hasta 1925. Bastante mayor.

—Entonces comprobemos primero a Alice —decidió Stella.

—Y a ver qué podemos encontrar sobre las criadas en esta época. No sería tan raro que Reginald hubiera tonteado con una niñera o una criada mientras su esposa se encargaba de los hijos. Un hombre es un hombre.

—¡Eh! —se quejó David.

—Lo siento, cielo. Digamos que era un Harper y que vivió en una época en que los hombres de cierta posición tenían amantes y no veían nada raro en llevarse a una criada a la cama.

—Eso está mejor. Aunque no mucho.

—¿Seguro que él y su familia vivieron aquí en ese período?

—Un Harper siempre vive en la casa Harper —le dijo Roz—. Y, si no recuerdo mal, Reginald fue quien hizo el cambio de luz de gas a luz eléctrica. Vivió aquí hasta su muerte en... —consultó el libro— 1919, y la casa pasó a su hijo, Reginald Junior, que se casó con Elizabeth Harper McKinnon (prima cuarta) en 1916.

—De acuerdo, averiguaremos si Alice murió aquí, y revisaremos los registros para ver si alguna sirvienta de la edad que buscamos murió aquí durante ese período. —Stella anotó en su cuaderno los puntos que tenían que comprobar—. Roz, ¿sabe cuándo empezaron las... digamos apariciones, ya que no tenemos una alternativa mejor?

—No, y ahora que lo pienso es muy extraño. Debería saberlo, y tendría que saber más cosas de las que sé sobre ella. La historia de la familia pasa de generación en generación, oralmente y en papel. Pero resulta que tenemos un fantasma que, por lo que yo sé, lleva más de un siglo vagando por la casa y no sé casi nada de ella. Mi padre la llamaba la dama de Harper.

—¿Qué sabe de ella? —Stella se preparó para escribir.

—El aspecto que tiene, lo que canta. La veía cuando era pequeña y venía a mi habitación a cantarme esa nana, como se decía que llevaba haciendo durante generaciones. Era... reconfortante. Había algo muy dulce en ella. Traté de hablarle alguna vez, pero ella nunca contestaba. Se limitaba a sonreír. A veces lloraba. Gracias, cielo —le dijo a David, que acababa de servirle más café—. En la adolescencia dejé de verla, y tampoco pensaba en ella. Tenía otras cosas en la cabeza. Pero recuerdo la siguiente vez que la vi.

—No nos tenga en ascuas —la apremió Hayley.

—Estábamos a principios del verano, a finales de junio. Hacía poco que John y yo nos habíamos casado, y nos hospedábamos aquí. Ya hacía calor, era una de esas noches calurosas en que el aire era como un manto húmedo. Yo no podía dormir y, aunque en la casa se estaba más fresco, salí a pasear por el jardín. Me sentía inquieta y nerviosa. Pensaba que podía estar embarazada. Lo deseaba... Los dos lo deseábamos tanto que no pensaba en otra cosa. Salí al jardín y me senté en ese viejo columpio de teca y me puse a fantasear, a rezar para que fuera verdad y hubiéramos concebido un hijo.

Dejó escapar un pequeño suspiro.

—Apenas tenía dieciocho años. Bueno, el caso es que mientras estaba allí sentada, apareció. No la vi llegar, ni la oí, simplemente estaba allí, en el camino. Sonriendo. Había algo en la forma en que me sonreía que hizo que supiera con absoluta certeza que estaba embarazada. Me quedé sentada, sintiendo aquel aire bochornoso, y lloré de alegría. Un par de semanas después fui al médico, pero yo ya sabía que llevaba a un Harper dentro de mí.

—Qué bonito. —Hayley pestañeó para contener las lágrimas—. Es tan dulce...

—Durante años estuve viéndola de forma intermitente, y siempre la veía al inicio de un embarazo, cuando aún no estaba segura. La veía y sabía que estaba embarazada. Cuando el más pequeño llegó a la adolescencia dejé de verla.

—Tiene que ser algo que esté relacionado con los hijos —decidió Stella, subrayando «embarazo» dos veces en su cuaderno—. Es el elemento común. Los niños la ven, y también las mujeres con hijos o embarazadas. La teoría de la muerte durante el parto parece interesante. —Pero en cuanto lo dijo pestañeó—. Lo siento, Hayley, sé que ha sonado fatal.

—Sé lo que querías decir. A lo mejor es Alice. A lo mejor lo que necesita es un reconocimiento.

—Bien. —Stella miró las cajas y los libros—. Vamos allá.

Aquella noche, con la cabeza llena de fantasmas e interrogantes, Stella volvió a soñar con su jardín perfecto y la dalia azul que se obstinaba en crecer en medio.

Una mala hierba es una planta que crece en el lugar equivocado.

En su cabeza oía una voz, una voz que no era la suya.

—Es verdad. Es verdad —musitó ella—. Pero es tan bonita, es tan fuerte y

está tan llena de vida...

Lo parece, pero no te dejes engañar. Si la dejas, lo cambiará todo. Se adueñará de todo y arruinará todo lo que has hecho y lo que tienes. ¿Lo arriesgarías todo por una flor deslumbrante que sucumbirá con la primera helada?

—No lo sé. —Stella examinó su jardín, frotándose los brazos, sintiendo un hormigueo inquietante—. Quizá podría cambiar la disposición del jardín y utilizar la flor como punto central.

Un trueno estalló y el cielo se oscureció, pero ella seguía de pie en el jardín, igual que había pasado en otra ocasión, en su cocina, durante una tormenta.

Y el dolor que había sentido aquella vez la atravesó como si acabaran de clavarle un puñal en el corazón.

¿Lo notas? ¿Quieres volver a sentirlo, arriesgarte a topar de nuevo con ese dolor solo por esto?

—No puedo respirar. —El dolor se extendía y Stella cayó de rodillas—. No puedo respirar. ¿Qué me está pasando?

Recuérdalo. Piensa en ello. Recuerda la inocencia de tus hijos y arranca la flor antes de que sea demasiado tarde. ¿Es que no ves cómo trata de hacer sombra a las demás? ¿No ves cómo les roba la luz? La belleza puede ser un veneno.

Stella despertó, temblando de frío, sintiendo los latidos acelerados de su corazón y aquel dolor que la había despertado.

Y supo que no había estado sola, ni siquiera en sueños.

13

En su día libre, Stella se llevó a los niños y se reunió con su padre y su mujer en el zoológico. Una hora después, los niños iban con sus serpientes de goma, sus globos y sus cucuruchos de crema a cuestas.

Stella había aceptado hacía tiempo que la principal misión de un abuelo es consentir a sus nietos y, dado que el destino solo había permitido que sus hijos tuvieran aquellos dos, decidió dejarles rienda suelta.

Cuando se dispusieron a atacar la casa de los reptiles, ella decidió abstenerse y le pasó el mando al abuelo.

—Vuestra madre siempre ha sido un poco remilgada con las serpientes —les dijo Will a los chicos.

—Y no me avergüenza reconocerlo. Id vosotros. Yo os espero aquí.

—Yo me quedo contigo. —Jolene se ajustó la gorra de béisbol azul verdoso—. Prefiero la compañía de Stella que la de una boa constrictor.

—Mujeres. —Will miró con cara de lástima a sus nietos—. ¡A la cueva de la serpiente, mis muchachos!

Y, al grito de guerra, los tres se abalanzaron hacia el edificio.

—Se porta tan bien con ellos... —dijo Stella—. Es tan espontáneo y tan cariñoso... Me alegro de que vivamos cerca y puedan verse a menudo.

—Nosotros también. Te aseguro que lleva dos días como un crío, esperando a que llegara hoy para venir. Está muy orgulloso de los tres.

—Creo que los dos nos perdimos muchas cosas cuando yo era pequeña.

—Está bien que ahora podáis compensarlo. Stella le lanzó una mirada mientras caminaban hacia un banco.

—Nunca dices nada malo de mi madre. Nunca la criticas.

—Cielo, te aseguro que en estos veinte años me he tenido que morder la lengua bastantes veces.

—¿Por qué?

—Bueno, cuando eres la segunda mujer y además madrastra, es lo más sensato. Además, tú te has convertido en una mujer fuerte, inteligente y generosa con los dos niños más guapos, brillantes y encantadores que hay sobre la capa de la tierra. ¿Para qué voy a criticar?

Ella te critica a ti, pensó Stella.

—¿Te he dicho alguna vez que eres lo mejor que le ha pasado nunca a mi padre?

—Una o dos veces tal vez. —El rostro de Jolene adoptó un bonito sonrosado—. Pero no me importa que me lo repitas.

—Y debo añadir que conocerte es una de las mejores cosas que me han pasado. Y a los niños.

—Ohhh. —Esta vez se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ahora me has llegado al corazón. —Rebuscó en su bolso y sacó un pañuelo—. Qué cosa tan bonita. Qué bonita. —Suspiró, y trató de limpiarse los ojos dándose unos toquecitos y abrazar a Stella a la vez—. Te quiero muchísimo. Desde siempre.

—Siempre lo he sabido. —Stella, que también estaba por echarse a llorar, buscó un pañuelo de papel en su bolso—. Dios, mira cómo estamos.

—Ha valido la pena. A veces una buena llorera es tan buena como el sexo. ¿Se me ha corrido el rímel?

—No, solo un poco... —Stella utilizó la esquinita del pañuelo de papel para limpiarle el rímel de debajo de un ojo—. Ya está. Estás perfecta.

—Me siento como si fuera guapísima. Bueno, cuéntame cómo te va todo antes de que me ponga a llorar otra vez.

—En lo que se refiere al trabajo no podría ir mejor. Estamos a punto de entrar en la temporada fuerte de primavera y estoy impaciente. Los niños están felices, y ya han hecho amigos en la escuela. En realidad, entre nosotras, creo que Gavin se ha enamorado de una rubita con el pelo rizado de su clase. Se llama Melissa, y cada vez que la menciona las puntas de las orejas se le ponen rojas.

—Qué encanto. No hay como el primer amor, ¿verdad? Yo estaba loca por un chico con la cara cubierta de pecas y con un remolino en el pelo. Casi me muero de alegría el día que me trajo una ranita en una caja de zapatos.

—Una rana.

—Bueno, cielo, yo era una niña de campo de ocho años, así que en realidad fue un regalo muy considerado. Al final se casó con una amiga mía. Fui a la boda, y tuve que ponerme un vestido rosa espantoso con una falda tan amplia

que debajo habría cabido un caballo. Y encima con volantes. Parecía un pastel de bodas andante.

Agitó una mano mientras Stella se reía.

—No sé por qué te cuento esto. Aunque una experiencia así no se olvida, ni siquiera después de más de treinta años. Ahora viven al otro lado de la ciudad. De vez en cuando quedamos para cenar. Él sigue teniendo las pecas, pero el remolino ha desaparecido, junto con buena parte del pelo.

—Llevas aquí toda tu vida, y veo que conoces a mucha gente y buena parte de la historia de la zona.

—Eso parece. No puedo ir al centro comercial a ninguna hora sin encontrarme a media docena de conocidos.

—¿Qué sabes del fantasma de los Harper?

—Mmm... —Jolene sacó el maquillaje y el lápiz de labios y se retocó un poco—. Lo único que sé es que siempre ha deambulado por la casa, al menos por lo que la gente recuerda. ¿Por qué?

—Esto te va a parecer un disparate, sobre todo viniendo de mí, pero... la he visto.

—Oh, señor. —Cerró el colorete de golpe—. Cuéntamelo todo.

—No hay mucho que contar.

Pero le contó lo que sabía, y le habló de sus pesquisas.

—¡Qué emocionante! Eres como un detective. A lo mejor tu padre y yo podemos ayudar. Ya sabes cómo le gusta jugar con su ordenador. ¡Stella! —La cogió del brazo—. Apuesto a que la mataron, que la golpearon con un hacha hasta matarla o algo así y la enterraron en un hoyo poco profundo. O la arrojaron al río... después de descuartizarla. Siempre lo he pensado.

—Uf... pero, al menos el fantasma está entero. A lo que debo añadir que nuestra pista más fiable es la antepasada que murió de parto —le recordó Stella.

—Oh, tienes razón. —Jolene torció el gesto, visiblemente decepcionada—. Bueno, si al final resulta que es ella, sería muy triste, pero no resultaría tan emocionante como un asesinato. Explícaselo a tu padre y veremos qué podemos hacer. Tenemos un montón de tiempo libre. Será divertido.

—Todo esto es algo atípico en mí —replicó Stella—. Y parece que últimamente hago muchas cosas atípicas.

—¿Y ese comportamiento atípico no tendrá que ver con un hombre? ¿Un hombre alto de hombros anchos y sonrisa torcida?

Stella la miró entrecerrando los ojos.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Recuerdas a Lucille, mi prima tercera? Pues resulta que hace un par de noches estuvo cenando en la ciudad y me dijo que te había visto en el restaurante con un joven muy atractivo. No se acercó a saludarte porque estaba con su última conquista, que casualmente no está divorciado de su segunda mujer. De hecho, ya hace año y medio que no está divorciado, pero así es Lucille. —Jolene agitó una mano—. Bueno, ¿y quién es ese joven atractivo?

—Logan Kitridge.

—Ohhh. —Lo dijo en tres tiempos—. Ese sí que es un hombre atractivo de verdad. Pensé que no te gustaba.

—No es que no me gustara, me parecía una persona irritante y con la que es difícil trabajar. Ahora nos llevamos mejor en el trabajo y hemos salido alguna vez. He estado tratando de averiguar si quiero volver a verlo.

—¿Qué tienes que averiguar? O quieres o no quieres.

—Y quiero pero... Sé que no está bien pedirte que me cuentes chismes. Jolene se movió sobre el banco para acercarse.

—Cielo, si no me lo pides a mí, ¿a quién se lo vas a pedir?

Stella rio con disimulo y miró hacia la casa de los reptiles para asegurarse de que los niños aún no habían salido.

—Me gustaría saber, antes de implicarme demasiado, si sale con muchas mujeres.

—Quieres saber si es un ligón.

—Sí, creo que ésa es la palabra.

—Yo diría que un hombre como ese consigue una mujer cuando se lo propone, pero no he oído todavía a nadie que diga: «Ese Logan Kitridge es un cabrón y un mujeriego». Que es lo que dicen sobre el hijo de mi hermana, Curtís. Si alguna vez alguien dice algo sobre él, sobre todo las mujeres, es que no entienden que su mujer lo dejara escapar o por qué nadie lo ha atrapado todavía. ¿Estás pensando en atraparlo?

—No, desde luego que no.

—A lo mejor él sí quiere atraparte a ti.

—Yo diría más bien que los dos estamos tanteando el terreno. —En ese momento vio a los chicos—. Aquí vienen los cazadores de reptiles. No menciones nada de esto delante de los niños, ¿de acuerdo?

—Mis labios están sellados.

El Jardín abrió a la ocho, preparado para la publicitada apertura de primavera como si se tratara de una guerra. Stella había hecho formar a las tropas, había supervisado con Roz la preparación de los productos. Tenían personal de refuerzo, reclutas curtidos y, si se le permitía decirlo, en el campo de batalla todo estaba organizado y desplegado de forma soberbia.

Para las diez estaban desbordados: los clientes abarrotaban las salas de exposición, las zonas externas, los invernaderos abiertos al público. Las cajas registradoras repicaban como las campanas de una iglesia.

Stella iba de una zona a otra, ayudando donde consideraba que su presencia era más necesaria en cada momento. Contestaba a las preguntas de clientes y personal, devolvía a su sitio los carros cuando los otros empleados estaban demasiado ocupados para hacerlo, y ayudó personalmente a muchos clientes a cargar sus compras en el coche. Utilizaba como un general la radio que llevaba al cinto.

—¿Trabaja usted aquí?

Stella se detuvo y se volvió hacia la mujer, que vestía con unos vaqueros holgados y una camiseta vieja.

—Sí, señora. Soy Stella. ¿En qué puedo ayudarla?

—No encuentro la aguileña, ni la dedalera, ni... No encuentro nada de lo que tengo en mi lista. Todo está cambiado de sitio.

—Hemos hecho algunos cambios en la distribución del espacio. ¿Por qué no me deja que la ayude a encontrar lo que busca?

—Ya tengo un carro lleno de cosas —dijo la mujer señalando—. No quiero tener que ir empujándolo por todo el recinto.

—Veo que va a estar muy ocupada —comentó Stella con alegría—. Y debo decir que ha elegido muy bien. Steve, ¿te importaría llevar este carro a caja y ponerlo a nombre de la señora...? Lo siento, no conozco su apellido.

—Haggerty. —Y frunció los labios—. Me parece bien. Pero no dejes que nadie coja nada, por favor. Me ha costado un buen rato elegir cada cosa.

—No, señora —aseguró Steve—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. ¿Y tu madre y tu padre?

—También bien. La señora Haggerty tiene uno de los jardines más bonitos del condado, Stella.

—Quiero incorporar nuevas plantas. Cuida bien mi carro, Steve, o si no te perseguiré. Bueno, ¿dónde demonios está esa aguileña?

—Está fuera, por aquí. Permita que le coja otro carro, señora Haggerty — dijo Stella, y cogió uno por el camino.

—¿Es usted la chica nueva que Rosalind ha contratado?

—Sí, señora.

—Del norte.

—Me pilló.

La mujer frunció los labios y miró a su alrededor visiblemente irritada.

—Desde luego, lo ha cambiado todo de sitio.

—Lo sé. Espero que la nueva disposición permita al cliente ahorrar tiempo y esfuerzo.

—Pues a mí no me ha ayudado nada. Un momento. —Se detuvo y se ajustó el ala de su raído sombrero de paja para protegerse los ojos del sol mientras estudiaba unos tiestos con milenrama.

—Esas plantas se ven bonitas y saludables, ¿no cree? Aguantan muy bien en el calor y tienen una temporada de floración muy larga.

—Ya que estoy aquí no estaría de más si me llevo algunas cosas para mi hija. —Escogió tres de los tiestos y siguieron avanzando, mientras Stella hablaba sobre las plantas y trataba de arrastrar a la señora Haggerty a la conversación. Para cuando llegaron a la zona con las plantas vivaces, ya habían llenado un segundo carro y parte de un tercero.

—Desde luego, no se puede negar que conoce usted bien las plantas que tiene aquí.

—Gracias, lo mismo digo. Le envidio el trabajo que tiene por delante con ellas.

La señora Haggerty volvió a detenerse. Pero esta vez parecía pensativa.

—¿Sabe?, por la forma en que tiene organizadas las cosas aquí seguramente he comprado la mitad más de lo que tenía pensado.

Esta vez Stella correspondió con una amplia sonrisa.

—¿En serio?

—Ay, tramposa... Me gusta. ¿Su familia vive en el norte?

—No, en realidad mi padre y su mujer viven en Memphis. Son de aquí.

—No me diga. Vaya, vaya. Venga algún día a casa a ver mi jardín. Roz le dirá dónde puede encontrarme.

—Será un placer. Gracias.

Hacia las doce Stella calculaba que había andado unos quince kilómetros.

Para las tres, renunció a calcular los kilómetros que había caminado, los kilos de peso que había levantado, las preguntas a las que había contestado.

Y empezó a soñar con una ducha larga y fría y un vaso de vino sin fondo.

—Esto es una locura —consiguió decir Hayley mientras retiraba los carros que los clientes habían dejado en la zona del aparcamiento.

—¿Cuándo has hecho tu último descanso?

—No te preocupes, he pasado sentada bastante rato mientras charlaba con los clientes en el mostrador. Si te digo la verdad, me apetecía estirar un poco las piernas.

—Dentro de poco más de una hora cerraremos, y el trabajo empieza a aflojar. ¿Por qué no buscas a Harper o a alguno de los eventuales y te encargas de reponer material?

—Perfecto. Eh, ¿no es ésa la camioneta de tu pedazo de hombre?

Stella miró y vio la camioneta de Logan.

—¿Pedazo de hombre?

—Las cosas como son. Yo me vuelvo al trabajo.

Lo mismo que tendría que haber hecho Stella. Pero en vez de eso se quedó mirando mientras Logan rodeaba con la camioneta las montañas de grandes bolsas de mantillo y sustrato. Él bajó por un lado y sus dos hombres por el otro. Tras un breve intercambio, Logan cruzó el aparcamiento y se dirigió a donde estaba Stella.

Así que ella salió a su encuentro.

—Tengo un cliente que quiere mantillo de cedro rojo —dijo él—. Apúntame media tonelada.

—¿Qué cliente?

—Jameson. Pasaremos a buscarlo antes de marcharnos. Mañana te traeré los papeles.

—Podrías dármelos ahora.

—Aún tengo que rellenarlos. Si me paro a hacerlo no nos dará tiempo a llevarle hoy el jodido mantillo y el cliente no quedará contento.

Stella se secó la frente con el antebrazo.

—Tienes suerte, porque en estos momentos no tengo fuerzas para discutir.

—Mucho trabajo, ¿eh?

—Mucho es poco. Es increíble. Apuesto a que hemos superado todos los récords. Me siento los pies como salchichas asadas. Por cierto, creo que me

gustaría pasarme un día a ver tu casa.

Él se quedó mirándola, tan fijamente que Stella acabó sintiendo un cálido hormigueo en la base de la columna.

—Vale. Esta noche me va bien.

—Yo hoy no puedo. El miércoles tal vez, cuando cerremos. Si Roz se queda con los niños.

—El miércoles está bien. ¿Sabrás encontrar el sitio?

—Sí, lo encontraré. ¿A las seis y media está bien?

—Perfecto. Nos vemos.

Mientras lo veía caminar de vuelta a su camioneta, a Stella se le ocurrió que era la conversación más rara que había tenido nunca sobre sexo.

Aquella noche, después de cenar, mientras los niños jugaban un rato antes de acostarse, Stella se permitió por fin esa larga ducha. Conforme los dolores y el cansancio del día se suavizaban, su entusiasmo por el éxito de la jornada aumentaba.

¡Habían arrasado!

Aún estaba algo preocupada por el exceso de plantas en algunas áreas, y lo que ella consideraba escasez en otras. Pero, rebosante por el éxito de la jornada, decidió no cuestionarse el instinto de Roz con las plantas.

Si había que guiarse por aquel primer día, la temporada iba a ser inmejorable.

Stella se puso su albornoz de rizo, se lio el pelo con una toalla y salió del cuarto de baño medio bailando.

Y dejó escapar un gritito agudo al ver a aquella mujer a la entrada de su dormitorio.

—Lo siento, lo siento. —Roz contuvo una risa—. Soy toda de carne y hueso.

—¡Dios! —Las rodillas le temblaban, así que se sentó en un lado de la cama—. ¡Dios! Casi se me para el corazón.

—Pues tengo algo que conseguiré hacerlo latir de nuevo. —Y entonces le mostró la botella de champán que llevaba escondida a la espalda.

—¿Dom Perignon? Uau, y dos copas. Creo que detecto un latido.

—Vamos a celebrarlo. Hayley nos espera en la salita. A ella le daré medio vasito. Y nada de sermones, Stella.

—En Europa a las mujeres embarazadas se les permite tomar un vasito de

vino cada semana, e incluso se las anima a hacerlo. Si me das un vaso entero para mí estoy dispuesta a fingir que estamos en Francia.

—Vamos. He mandado a los niños abajo con David. Están entretenidos con un videojuego.

—Oh, bueno, supongo que está bien. Aún queda media hora antes de ducharlos y acostarlos. ¿Eso que veo es caviar? —preguntó cuando entraron en la salita.

—Roz dice que yo no puedo probarlo. —Hayley se inclinó sobre la bandeja de plata y olió el caviar, que estaba en un cuenco de plata—. Porque no es bueno para el bebé. De todos modos, tampoco sé si me gustaría.

—Estupendo. Más para mí. Champán y caviar. Es usted una jefa con clase, señora Harper.

—Ha sido un día estupendo. Siempre estoy algo triste cuando empieza la temporada. —Descorchó la botella—. Tener que ver partir a mis criaturas. Luego estoy demasiado ocupada para pensar. —Sirvió el champán—. Y al final me recuerdo que me metí en este negocio para vender y hacer beneficios... haciendo algo que me gusta. Y cuando llego a casa empiezo a ponerme triste otra vez. Pero esta noche no. —Pasó los vasos—. No tengo cifras ni datos concretos, pero sé lo que he visto. Y creo que ha sido el mejor día que hemos tenido nunca.

—Un diez por ciento más de beneficios que el año pasado —dijo Stella, y alzó su copa para brindar—. Yo sí tengo los datos concretos.

—Cómo no. —Roz rio y, para su sorpresa, le rodeó los hombros con el brazo, le dio un achuchón y luego la besó en la mejilla—. Claro que los tienes. Has hecho un trabajo excelente. Las dos lo habéis hecho. Todos. Y no creo que esté exagerando si digo que me hice un favor a mí misma y al centro el día que te contraté, Stella.

—¡Uau! —Stella dio un sorbito para aclararse la garganta—. No se lo discutiré. —Y luego dio otro y dejó que el líquido burbujeara en su boca antes de probar el caviar—. Sin embargo, aunque reconozco que me encantaría llevarme todo el mérito por ese incremento del diez por ciento, no puedo. El género es increíble, usted y Harper hacen un trabajo excepcional con las plantas. Siendo justa, solo puedo aceptar el mérito por un cinco por ciento de ese diez.

—Ha sido divertido —terció Hayley—. Ha sido una locura, pero también divertido. Toda esa gente, y el ruido, y carros y más carros saliendo por la puerta. Todo el mundo parecía tan feliz... Creo que es por las plantas; pensar en las plantas causa ese efecto en la gente.

—El buen servicio al cliente ha contribuido mucho a esas caras felices. Y tú —dijo Stella ladeando su vaso hacia Hayley— eres la responsable de eso.

—Formamos un buen equipo. —Roz meneó los dedos de sus pies descalzos. Ese día llevaba las uñas pintadas de color melocotón—. Por la mañana haremos una valoración y veremos si Harper y yo tenemos que aumentar la producción en algún campo. —Se inclinó para untar media tostada con caviar—. Pero esta noche quiero que disfrutemos.

—Éste es el mejor trabajo que he tenido. Tenía que decirlo. —Hayley miró a Roz—. Y no lo digo solo porque estoy bebiendo champán fino y viendo cómo coméis caviar.

Roz le dio una palmadita en el brazo.

—Quería mencionar otra cosa. Ya se lo he dicho a David. ¿Recordáis que tenía que indagar sobre el certificado de defunción de Alice Harper Doyle? Natchez —dijo—. Según los registros oficiales murió en Natchez, en la casa que compartía con su marido y sus dos hijos.

—Oh. —Stella miró su champán y frunció el ceño—. Ya me parecía que era demasiado fácil.

—Solo tenemos que revisar los registros sobre asuntos domésticos y anotar los nombres de las sirvientas que hubo en esa época.

—Mucho trabajo.

—Eh, que somos muy buenas —dijo Hayley quitándole importancia—. Podemos hacerlo. Y, ¿sabes?, estaba pensando David dijo que la había visto dirigirse hacia los viejos establos, ¿no? A lo mejor tenía una aventura con alguno de los mozos de los establos. Discutieron por algo y él la mató. A lo mejor fue un accidente. O no. Se supone que la muerte violenta es una de las cosas que hacen que un espíritu quede atrapado.

—Asesinato —dijo Roz—. Podría ser.

—Hablas igual que mi madrastra. Se lo he contado —le dijo Stella—. Ella y mi padre están deseando ayudarnos. Espero que no le importe.

—No pasa nada. Estaba pensando si se nos aparecerá a alguna de nosotras para orientarnos en la dirección correcta.

—Yo he tenido un sueño. —Aquello le hacía sentirse ridícula, así que se terminó su champán—. Una especie de continuación de otro sueño que tuve hace unas semanas. No eran muy claros... o quizá es que no los recuerdo bien. Pero sé que tienen que ver con un jardín que yo he creado, y una dalia azul.

—¿Hay dalias azules? —preguntó Hayley.

—Sí. No son muy comunes —explicó Roz—, pero pueden conseguirse híbridos en diferentes tonos de azul.

—Aquella no se parecía a nada que yo haya visto. Era... de un azul eléctrico, intenso, muy vivido, y era enorme. Ella estaba en el sueño. No la veía, pero sentía su presencia.

—¡Eh! —Hayley se adelantó—. A lo mejor se llamaba Dalia.

—Buen argumento —comentó Roz—. Si lo que buscamos es un fantasma, no es tan descabellado tener sueños que tengan relación.

—Puede. —Stella volvió a beber de su champán, con el ceño fruncido—. La oía, pero no la veía. Y la sentía. Había algo oscuro, algo que me asustaba en ella. Quería que me deshiciera de la flor. Insistía, estaba enfadada y... no sé cómo explicarlo, pero estaba dentro de mi sueño. ¿Cómo pudo colarse en un sueño?

—No lo sé —replicó Roz—. Pero no me gusta.

—A mí tampoco. Es demasiado... íntimo. Oírla susurrándome de esa forma en mi cabeza. —Incluso en aquellos momentos, el recuerdo la hizo estremecerse—. Cuando desperté, supe que había estado en la habitación, igual que sabía que había estado en mi sueño.

—Qué miedo —concedió Hayley—. Se supone que los sueños son algo personal, solo para una misma, a menos que uno quiera compartirlos con alguien. ¿Crees que la flor tiene algo que ver con ella? No entiendo por qué quiere que te deshagas de una flor.

—Ojalá lo supiera. Tal vez simboliza algo. Los jardines, el invernadero. No sé. Pero la dalia es una flor que me gusta especialmente, y ella quería que la eliminara.

—Ya tenemos otra cosa que añadir a la búsqueda. —Roz dio un largo trago de champán—. Será mejor que lo dejemos por esta noche, antes de que nos muramos de miedo. A ver si podemos sacar tiempo para investigar algunos nombres esta semana.

—Oh, había hecho planes para el miércoles después del trabajo, si no le importa cuidar de los niños un par de horas.

—Creo que entre las dos podemos ocuparnos —dijo Roz aceptando.

—¿Otra cita con el pedazo de hombre?

Roz lanzó una risotada y comió más caviar.

—Deduzco que ése es Logan.

—Eso es cosa de Hayley —declaró Stella—. Quería pasarme por su casa y ver personalmente cómo está acondicionando el jardín. —Bebió más champán

—. Y, aunque lo que he dicho es completamente cierto, la verdadera razón por la que voy es para acostarme con él. Probablemente. A menos que cambie de opinión. O él. Bueno. —Dejó su vaso vacío—. Ya está.

—No sé muy bien qué esperas que digamos —dijo Roz al cabo de un momento.

—¿Que te diviertas? —propuso Hayley. Y bajó la vista a su vientre—. Y toma precauciones.

—Solo lo digo porque os habríais enterado de todos modos, o habríais sospechado. Mejor no andarse con rodeos. Y no me parece bien pedir os que me cuidéis los niños para salir... y no ser sincera al respecto.

—Es tu vida, Stella —señaló Roz.

—Sí. —Hayley dio el último y delicioso trago a su champán—. Y no lo digo porque no me interese conocer los detalles. Creo que oír hablar de sexo es lo más que podré esperar durante bastante tiempo. Así que si te apetece compartir la experiencia...

—Lo tendré presente. Y ahora será mejor que baje a buscar a los niños. Gracias por esta celebración, Roz.

—Nos la hemos ganado.

Cuando se alejaba, Stella oyó que Roz preguntaba:

—¿Pedazo de hombre? —Y las dos se echaron a reír.

14

Stella volvió a casa a toda prisa para poder ducharse antes de su cita con Logan, con un fuerte sentimiento de culpa. No, cita no, se corrigió cuando se metió en la ducha. Si no había un plan concreto no era una cita. Aquello era una simple visita.

Así que ya tenían una salida, una cita y una visita. Era la relación más extraña que había tenido en su vida.

Pero, lo llamara como lo llamase, se sentía culpable. Aquella noche no sería ella quien diera la cena a sus hijos mientras escuchaba sus aventuras del día.

Tampoco es que tuviera que estar con ellos cada minuto que tenía libre, pensó cuando salió de la ducha. Eso no sería bueno para ellos, ni para ella. Y no se iban a morir de hambre porque fuera otra persona quien les pusiera el plato delante.

Y, aun así, parecía tremendamente egoísta dejarlos al cuidado de otra persona solo para poder estar con un hombre.

Para intimar con un hombre, si las cosas salían como esperaba.

Lo siento, hijos, hoy mamá no puede cenar con vosotros porque va a tener una velada caliente y húmeda.

Dios.

Se aplicó leche corporal mientras se debatía entre la expectación y el sentimiento de culpa.

Quizá tendría que posponerlo. Indudablemente, se estaba precipitando al dar aquel paso, y eso no era propio de ella. Cuando hacía cosas que no eran propias de ella, normalmente se equivocaba.

Tenía treinta y tres años e iba a tener una relación física con un hombre que le gustaba, un hombre que la excitaba y con el que tenía muchas cosas en común.

Treinta y tres. Treinta y cuatro en agosto, se recordó, e hizo una mueca. Con

treinta y cuatro no podía decirse que acababa de entrar en la treintena: ya era una mujer madura. Mierda.

De acuerdo, no pensaría en aquello, se olvidaría de los números. Digamos que era una mujer adulta y punto. Eso estaba mejor.

Mujer adulta, pensó, y se puso la bata para poder arreglarse la cara. Mujer adulta y sin compromiso. Hombre adulto y sin compromiso. Intereses comunes, un razonable sentido del compañerismo. Intensa atracción sexual.

¿Cómo podía pensar una mujer con lógica cuando no dejaba de imaginar cómo sería tener las manos de un hombre...?

—¡Mamá!

Stella miró su rostro parcialmente maquillado en el espejo.

—¿Sí?

El niño aporreaba la puerta del cuarto de baño.

—¡Mamá! ¿Puedo entrar, puedo entrar? ¡Mamá!

Stella abrió y se encontró a Luke con el rostro enrojecido de rabia y los puños a los lados.

—¿Qué pasa?

—Me está mirando.

—Oh, Luke.

—Con esa cara. Mamá, con... esa cara.

Stella sabía a qué cara se refería. Era una expresión despectiva y burlona que Gavin había ideado para torturar a su hermano, poniendo los ojos bizcos. Stella sabía que el chico había practicado y practicado ante el espejo.

—Pues no lo mires tú a él.

—Entonces hace ese ruido.

El ruido era una especie de siseo, que Gavin podía prolongar durante horas si era necesario. Stella estaba segura de que hasta el más curtido agente de la CIA se habría desmoronado bajo aquel arma temible.

—Muy bien. —¿Cómo se suponía que iba a mentalizarse para una noche de sexo cuando tenía que hacer de arbitro entre sus hijos? Salió del cuarto de baño, pasó por la habitación de los niños y fue a la salita que había al otro lado del pasillo, donde había rezado para que sus hijos pasaran los veinte minutos que tardaba en arreglarse viendo dibujos como amigos.

Estúpida, pensó, estúpida, estúpida.

Cuando entró, Gavin estaba sentado en el suelo y levantó la vista. Con aquella mata de pelo rubio era la viva imagen de la inocencia.

La semana que viene toca cortarse el pelo, pensó Stella, y lo anotó en sus archivos mentales.

Se oía de fondo el ruido de los dibujos de la tele, y su hijo tenía un coche hecho con una caja de cerillas en la mano, y hacía girar las ruedas con aire ausente. Había varios coches unos encima de otros, tumbados de lado o boca arriba, como si se hubiera producido un terrible accidente de tráfico. Por desgracia, la ambulancia y el coche patrulla en miniatura parecían haber chocado frontalmente.

La ayuda ya no estaba en camino.

—Mamá, tienes una cara horrible.

—Sí, lo sé. Gavin, quiero que pares.

—No estoy haciendo nada.

Stella sintió los bordes afilados de un grito muy agudo que le subía por la garganta. Reprímelo, se ordenó a sí misma. Trágate. Ella no gritaría a sus hijos como había hecho su madre con ella.

—A lo mejor te gustaría seguir sin hacer nada solo en tu habitación el resto de la noche.

—No estaba...

—¡Gavin! —Atajó sus excusas antes de que arrancaran ese grito de su garganta. Su voz era grave y ofendida—. No mires a tu hermano. No le sisees. Sabes muy bien que le molesta, que es exactamente el motivo por el que lo haces. Y quiero que pares.

La cara de inocencia se convirtió en un ceño fruncido cuando Gavin estrelló el último coche contra la montaña de vehículos inutilizados.

—¿Por qué siempre me riñes?

—¿Sí, por qué? —repitió Stella con igual exasperación.

—Se porta como un crío.

—No soy ningún crío. Y tú eres un gilipueñas.

—¡Luke! —Dividida entre la risa y la sorpresa, Stella le preguntó—: ¿De dónde has sacado esa palabra?

—No sé. ¿Es una palabrota?

—Sí, y no quiero que la vuelvas a decir. —Por mucho que sea de lo más apropiada, pensó, porque vio que Gavin volvía a poner la cara.

—Gavin, si hace falta anularé mis planes para esta noche. ¿Te gustaría que lo hiciera y me quedara en casa? —Hablaba muy tranquila, casi con dulzura—. Podemos pasarnos tu hora de juegos ordenando tu habitación.

—No. —Vencido, el niño dio un golpe contra el montón—. No volveré a mirarlo.

—Entonces, si te parece bien, iré a terminar de arreglarme.

Cuando ya se iba, oyó que Luke le susurraba a su hermano:

—¿Qué es un gilipueñas?

Stella levantó los ojos al techo y siguió andando.

—Esta noche están muy picados —dijo Stella para prevenir a Roz.

—No serían hermanos si no estuvieran picados entre ellos de vez en cuando.

—Miró al patio, donde los niños jugueteaban con Hayley y con el perro—. Ahora parece que están bien.

—La tensión está ahí, bajo la superficie, como un volcán. Uno de ellos está esperando el momento oportuno para vomitar su fuego sobre el otro.

—Bueno, a ver si podemos distraerlos. Si no, si veo que se me desmandan, los esposaré en rincones separados y los dejaré así hasta que vuelvas. Aún conservo los grilletos que utilizaba con los míos. Para mí tienen un gran valor sentimental.

Stella rio, sintiéndose completamente tranquila.

—De acuerdo. Pero llámame si se portan muy mal. Volveré a tiempo para acostarlos.

—Ve y diviértete. Y si no vuelves, podremos arreglarnos.

—Me lo ponéis tan fácil... —le dijo Stella.

—No hay necesidad de ponerlo difícil. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

—Sí. Ésa es la parte más fácil.

Stella subió al coche, tocó levemente el claxon y se despidió con la mano. Estarían bien, pensó, viendo por el retrovisor cómo sus hijos caían al suelo con Parker. No podría haberse marchado de no haber estado completamente segura.

En cambio, no estaba tan segura de que a ella le fuera igual de bien.

Al menos podía disfrutar del paseo en coche. La brisa de principios de primavera entraba silbando por las ventanillas y jugueteaba con su rostro. Los árboles estaban poblados de hojas tiernas, y los arbustos de árbol del amor y cornejo silvestre daban un toque de color con sus flores.

Pasó por delante del invernadero y sintió una punzada de orgullo y satisfacción al pensar que ella formaba parte de aquello.

La primavera había llegado a Tennessee, y ella estaba allí para vivirla. Con

las ventanillas del coche bajadas y la brisa en el rostro, a Stella le pareció percibir el olor del río. Era solo un toque de algo grande y poderoso, que contrastaba con el dulce aroma de los magnolios.

En el momento de los contrastes, supuso. La maravillosa elegancia y la fuerza latente de aquel lugar, que se había convertido en su hogar, el aire cálido que impulsaba el renacimiento de la naturaleza mientras el mundo que había dejado atrás seguía quitando nieve a paletadas.

O ella misma, una mujer prudente y pragmática, que iba a tirarse de cabeza a la cama de un hombre al que no acababa de entender.

Ya nada parecía estar en su sitio. Dalias azules, pensó. En su vida, al igual que en sus sueños, estaban apareciendo dalias azules que alteraban el conjunto.

Al menos por aquella noche dejaría que la dalia floreciera.

Fue siguiendo la curva de la carretera, mientras pensaba cómo harían frente a la avalancha de trabajo del fin de semana.

Aunque «avalancha» no parecía la palabra adecuada. Nadie, ni el personal ni los clientes parecían agobiados... salvo ella tal vez.

La gente llegaba, deambulaba, miraba, conversaba, deambulaba un poco más. Y se los atendía con amabilidad y más conversación.

A veces ante tanta parsimonia le daban ganas de coger lo que fuera y hacer el trabajo. Pero el hecho de que con frecuencia hiciera falta el doble de tiempo que ella consideraba adecuado para llevar un pedido hasta la caja no parecía preocupar a nadie.

No debía olvidar que su trabajo consistía también en saber aunar la eficacia con la cultura del negocio que estaba dirigiendo.

Otro contraste.

En cualquier caso, el calendario de trabajo que había preparado aseguraría que había suficientes manos para atender a todos los clientes. Ella y Roz ya habían sacado otra docena de jardineras, y al día siguiente las arreglarían con diferentes composiciones florales. Pondría a Hayley a preparar algunas. La chica tenía buen ojo.

El sábado Jolene y su padre se llevarían a los niños, y con eso sí que no tenía que sentirse culpable, porque todos los implicados estaban entusiasmados con la idea.

Tenía que comprobar el suministro de cubetas de plástico y cajas, oh, y echar un vistazo a las plantas cultivadas al aire libre, y...

En cuanto vio la casa perdió el hilo de sus pensamientos. No sabía

exactamente qué esperaba encontrar, pero desde luego no era aquello.

Era preciosa.

Un poco dejada, tal vez, algo descuidada por las zonas más apartadas, pero bonita. Con un gran potencial.

Dos plantas de madera de cedro se alzaban sobre una elevación dividida en terrazas, y en medio de aquella superficie de madera desvaída se abrían unas generosas ventanas. En el porche amplio y cubierto había un viejo balancín, un banco-columpio y un banco con el respaldo alto. Y entre unos y otros había gran variedad de tiestos y canastas con flores.

A un lado vio una plataforma que sobresalía en el piso de arriba, y unos escalones que bajaban a un bonito patio.

Más sillas, más tiestos —oh, se estaba enamorando—, y luego la tierra ganaba terreno otra vez y se extendía hacia un adorable bosquecillo.

Logan estaba plantando arbustos en las terrazas: pieris japónica, ya con los capullos de sus flores en forma de urna, laureles de hojas brillantes, la veigela, con su cascada de flores, y una suntuosa hilera de azaleas que estaban a punto de florecer.

Y es listo, pensó mientras avanzaba muy lentamente con el coche, lo bastante listo y creativo para plantar flox, carraspique y enebro en la terraza más baja como base para los arbustos y para que se encaramaran sobre los muros.

En el patio delantero había más cosas: un magnolio aún joven y un cornejo con flores rosadas. En el extremo más alejado había un cerezo japonés joven.

Stella aparcó junto a la camioneta de Logan y observó el terreno.

Había unas estacas, unidas por una cuerda delgada y que iban del camino hasta el porche. Sí, estaba claro que pensaba hacer una pasarela que llevara al porche, que seguramente destacaría con otros arbustos y árboles enanos. Encantador. Divisó un montón de rocas y supuso que quería utilizarlas para un jardín. Sí, allí, en el límite con los árboles quedaría perfecto.

Aún tenía que pintar la franja decorativa de la casa, y había que reparar urgentemente las juntas de la piedra natural que subía de los cimientos. Un jardín de esquejes allí, pensó cuando ya bajaba del coche, dientes de león naturalizados allá, entre los árboles. Y, en la parte que corría paralela a la carretera, ella pondría plantas bajas que protegieran el suelo de la erosión, arbustos, lirios de la mañana, y puede que algunos iris.

El columpio del porche necesitaba una buena mano de pintura, y allí tendría que haber una mesa... y allá otra. Un banco cerca del cerezo japonés, y quizá

otro sendero que partiera de allí y llevara a la parte de atrás. Unas losas, tal vez. O bonitas pasaderas con musgo o serpol entre unas y otras.

Cuando subió al porche decidió refrenarse. Él ya tendría sus propios planes, se recordó. Su casa, sus planes. Por mucho que aquella casa la atrajera, no era suya.

Ella aún tenía que encontrar su sitio.

Respiró hondo, se pasó una mano por el pelo y llamó con los nudillos.

Tuvo que esperar un buen rato, o eso le pareció, y no dejó de retorcer la correa del reloj con el dedo. Mientras estaba allí plantada, bajo la brisa del atardecer, los nervios empezaron a estrujarle el estómago.

Cuando Logan abrió por fin, Stella no pudo evitar sonreír. Se lo veía tan masculino... Aquella mole de músculo vestida con unos vaqueros gastados y una camiseta blanca. Tenía el pelo desordenado, como siempre. Lo tenía demasiado poblado para llevarlo arreglado, pensó, y tampoco le habría quedado bien.

Le tendió el tiesto de dalias que le había preparado.

—He pensado en las dalias —le dijo—. Espero que te sirvan.

—Oh, seguro. Gracias. Pasa.

—Me encanta la casa —empezó a decir Stella— y el trabajo que estás haciendo con ella. No he podido evitar plantar mentalmente...

Se interrumpió. La puerta se abría directamente a lo que supuso que era una sala de estar. Fuera lo que fuese, estaba completamente vacía. El espacio lo formaban la pared desnuda de piedra, un suelo lleno de marcas y una chimenea de ladrillo manchada de humo y sin repisa.

—¿Decías?

—Menuda vista. —Fue lo único que se le ocurrió, y era cierto. Aquellas generosas ventanas traían la naturaleza del exterior a la casa. Era una pena que dentro fuera todo tan triste.

—En estos momentos no utilizo mucho este espacio.

—Ya se nota.

—Ya he hecho planes para más adelante, cuando tenga tiempo y ganas. Anda, vamos atrás antes de que te eches a llorar.

—¿Estaba así cuando la compraste?

—¿Por dentro?

Logan la condujo a lo que en otro tiempo debía de haber sido un comedor.

También estaba vacío, con el papel de las paredes descolorido y desprendido

en algunas partes. Aún se veían cuadrados de color más intenso donde seguramente había habido cuadros colgados.

—Sobre el suelo de roble antes había una moqueta que cubría toda la habitación —le explicó él—. Había manchas de humedad en el techo por un escape. Y las termitas habían provocado algunos destrozos. El invierno pasado arranqué la madera de las paredes.

—¿A qué dedicarás este espacio?

—Aún no lo he decidido.

Pasaron por otra puerta y Stella soltó un silbido.

—Ya imaginaba que te sentirías más a gusto aquí. —Logan dejó las flores sobre la encimera de granito de color arena y se apartó para dejarla ver.

No había duda: aquella cocina llevaba su marca de fábrica. Era ante todo masculina y fuerte. El color arena de las encimeras era el mismo que el de las baldosas del suelo y quedaba realzado por el gris más oscuro de la pared. Los armarios eran de una cálida madera oscura, con puertas de cristal granulado. Había hierbas aromáticas en pequeños tiestos de terracota en el amplio alféizar que había ante el doble fregadero, y un pequeño hogar de piedra en el rincón.

Mucho espacio para trabajar en la larga encimera con forma de L, y también en la barra que separaba la cocina de un espacio amplio y aireado para sentarse, donde había colocado un sofá de cuero negro y un par de sillones enormes.

Y lo mejor de todo era que había sustituido la pared del fondo por cristal. Uno podía sentarse allí y sentirse integrado en el jardín que estaba creando fuera. Salir y caminar por las losas de la terraza y vagar entre flores y árboles.

—Es maravilloso. Maravilloso. ¿Lo has hecho tú?

Viendo la expresión soñadora de su cara, a Logan le dieron ganas de decirle que hasta había recogido personalmente la arena para hacer el cristal.

—En parte. En invierno hay menos trabajo, así que puedo dedicarme al interior si hace falta. Conozco gente que trabaja muy bien. O les pago o hacemos algún trueque. ¿Quieres beber algo?

—Mmm... sí. Gracias. La otra habitación imagino que será el comedor oficial, para cuando tienes gente en casa o invitas a alguien a cenar. Aunque, evidentemente, todos acabarán aquí. Es irresistible.

Volvió a la cocina y aceptó el vaso que Logan le ofrecía.

—Será fabuloso cuando esté terminado. Único, bonito, acogedor. Me encantan los colores que has elegido.

—La última mujer que traje a casa dijo que le parecían sosos.

—¿Qué sabría? —Stella bebió y meneó la cabeza—. No, son colores terrosos, naturales... y encajan perfectamente contigo y con la casa.

Miró a la encimera, y vio unas verduras sobre una tabla de cocina.

—Y es evidente que cocinas, y para eso es imprescindible un espacio que encaje contigo. Podemos hacer una rápida visita a la casa mientras me acabo el vino y luego te dejo que te prepares tu cena.

—¿No tienes hambre? Si no, me parece que el bonito se me va a echar a perder.

—Oh. —El estómago le dio un pequeño vuelco—. No pretendía imponerme para la cena. Solo quería...

—¿Te gusta el bonito a la plancha?

—Sí, sí me gusta.

—Bien. ¿Prefieres comer antes o después?

Stella sintió que la sangre le subía a las mejillas y luego volvía a retirarse.

—Ah...

—¿Antes o después de que te enseñe el resto de la casa?

Lo dijo con un tono divertido y Stella comprendió que sabía exactamente lo que se le había pasado por la cabeza.

—Después. —Tomó un trago de vino para darse ánimo—. Podríamos empezar por fuera ahora que aún hay luz.

Logan la llevó a la terraza y sus nervios se aplacaron de nuevo mientras hablaban de la disposición del terreno y los planes de Logan.

Stella estudió las zonas que ya estaban plantadas y asintió mientras él le hablaba de huertos para la cocina, jardines con rocas, jardines acuáticos. Y su corazón se llenó de anhelo.

—Compraré viejos ladrillos holandeses —le explicó—. Le pediré a un albañil que conozco que levante aquí tres paredes.

—¿Vas a crear un jardín resguardado por muros de piedra? Dios, creo que voy a llorar. Siempre he querido tener uno. En nuestra casa de Michigan no había sitio. Y me prometí que cuando encontrara una nueva casa haría que me construyeran uno. Con un pequeño estanque, bancos de piedra y rincones secretos.

Giró lentamente. Sabía que Logan había puesto mucho esfuerzo y trabajo allí. Y lo que le quedaba por hacer. Un hombre capaz de hacer aquello, dispuesto a hacer aquello, valía la pena.

—Envidia y admiro lo que estás haciendo aquí. Si necesitas que te eche una

mano, solo tienes que decirlo. Echo en falta poder plantar cosas solo por el placer de hacerlo.

—Si quieres venir algún día... Y tráete a los niños; también los pondremos a trabajar. —Cuando vio que ella arqueaba las cejas, añadió—: Los niños no me molestan, si es eso lo que estás pensando. Y no tiene sentido dedicar un espacio al jardín si en él no son bien recibidos los niños.

—¿Cómo es que no has tenido hijos?

—Siempre había pensado que a estas alturas ya tendría. —Estiró el brazo para tocarle el pelo, y se alegró al comprobar que no se había molestado en ponerse horquillas—. Las cosas no siempre salen como uno espera.

Y empezaron a caminar de vuelta hacia la casa.

—Hay mucha gente que dice que el divorcio es como la muerte.

—Yo no lo creo. —Logan meneó la cabeza, tomándose su tiempo en el paseo de vuelta—. Es solo un fin. Cometes un error, lo arreglas y vuelves a empezar. Los dos nos equivocamos, pero no nos dimos cuenta hasta que ya estábamos casados.

—La mayoría de los hombres, si tienen ocasión, despellejarían viva a una ex.

—Es un derroche absurdo. Dejamos de querernos, luego dejamos de gustarnos. Ésa es la parte que más lamento —añadió, y abrió la amplia puerta de cristal que daba a la cocina—. Y luego dejamos de estar casados, que fue lo mejor para los dos. Ella se quedó allí, donde quería estar, y yo volví aquí porque era donde quería estar. Solo fueron un par de años, y tampoco fue tan malo.

—Muy sensato. —Pero el matrimonio era una cosa muy seria, pensó. Quizá la más seria de todas. Poner fin a un matrimonio tenía que dejar cicatrices, ¿no?

Logan sirvió más vino para los dos y la cogió de la mano.

—Te enseñaré el resto de la casa.

Sus pasos resonaban por los diferentes espacios vacíos.

—Aquí he pensado instalar una especie de biblioteca, con un espacio para escribir. Podría preparar mis diseños.

—¿Dónde los haces ahora?

—Sobre todo en el dormitorio, o en la cocina. Donde me coge más a mano. Allí hay un aseo, pero con el tiempo necesita un buen repaso. Las escaleras son fuertes, pero hay que lijarlas y pulirlas.

Subieron al piso superior. Stella imaginaba las paredes pintadas, alguna técnica que armonizara con los colores terrosos y realzara el tono de la madera.

—Si fuera yo, tendría archivos, listas, recortes y docenas de fotografías de

revistas. —Lo miró de reojo—. No te imagino haciendo eso.

—Yo tengo mis ideas, y no me importa dejarles tiempo para que vayan madurando por sí solas. Me crie en una granja, ¿recuerdas? A mi madre le encantaba comprar muebles viejos y restaurarlos. Teníamos la casa llena de mesas... Eran su debilidad. De momento, disfruto sin tener a mí alrededor más que espacio.

—¿Qué hizo tu madre con todos sus muebles cuando se fueron? Alguien mencionó que tus padres se mudaron a Montana —añadió cuando Logan se detuvo y la miró con expresión inquisitiva.

—Sí, tienen una bonita casita en Helena. Según mi madre, mi padre sale a pescar cada día. Y se llevó las piezas que más le gustaban, llenó una jodida furgoneta. Una parte la vendió, otra parte se la dio a mi hermana. Y a mí. Lo tengo todo guardado. Un día de estos quiero ir a echar un vistazo a ver si puedo aprovechar algo.

—Si lo haces, podrías decidir cómo quieres pintar, decorar y arreglar las diferentes habitaciones. Tendrías un elemento central.

—Elemento central. —Logan se apoyó en la pared y se limitó a sonreír.

—El paisajismo y la decoración de interiores siguen las mismas normas básicas en el uso del espacio, elementos centrales, diseño... y lo sabes perfectamente, porque de lo contrario no podrías haber hecho lo que has hecho con tu cocina. Así que cierra la boca.

—No me importa escucharte.

—Bueno, pues ya he terminado. ¿Ahora dónde?

—Creo que toca esto. Lo estoy utilizando como una especie de despacho. — Señaló hacia una puerta—. Pero no creo que quieras verlo.

—Podré soportarlo.

—No estoy tan seguro. —La apartó y pasaron a otra puerta—. Te entusiasmarías hablando de sistemas de archivo y cajas entrantes y salientes o ve a saber qué, y estropearías la atmósfera. No tiene sentido utilizar los jardines como juegos previos si luego voy a fastidiarlo todo enseñándote algo que hiera tu sensibilidad.

—¿Juegos previos?

Él se limitó a sonreír y la arrastró a través de la puerta.

Era su dormitorio y, al igual que la cocina, se había arreglado en un estilo que reflejaba la personalidad de Logan. Sencillo, espacioso y masculino, mezclando interior y exterior. El saliente que había visto desde fuera

correspondía a unas ventanas saledizas, y del otro lado el verde primaveral de los árboles dominaba la vista. Las paredes estaban pintadas de un amarillo mate y apagado, realzado por la calidez de la madera de la cenefa, el suelo y el techo abuhardillado, por el que tres tragaluces dejaban entrar la luz del atardecer.

La cama era grande. Un hombre de aquel tamaño necesitaba espacio, claro, para dormir y para el sexo. Cabezal y pies de hierro, colcha de color chocolate.

Había dibujos hechos a lápiz enmarcados en la pared, dibujos de jardines en blanco y negro. Y, al acercarse, vio la firma que había en la esquina inferior.

—¿Tú has hecho esto? Son estupendos.

—Me gusta tener una imagen de los proyectos y a veces los dibujo. Y a veces los dibujos no están del todo mal.

—Están mucho mejor que eso y tú lo sabes. —Stella no se imaginaba aquellas manos grandes y endurecidas dibujando algo tan delicado, tan adorable y refrescante—. Eres un pozo de sorpresas, Logan. Un cúmulo de contrastes.

Justamente cuando venía hacia aquí estaba pensando en eso, que las cosas no están saliendo como yo pensaba que debían salir.

Se volvió hacia él, señaló con el gesto los bocetos.

—Otra dalia azul.

—Perdona... no te sigo. Ah, ¿te refieres a tu sueño?

—Sueños. He soñado dos veces con lo mismo, y no acaba de gustarme. En realidad, cada vez me da más miedo. Pero la cuestión es que la dalia azul es tan llamativa y hermosa, tan inesperada... y no es lo que yo había planeado. Ni lo que imaginaba. Igual que esto.

—Pues lo tuvieras planeado o no, hoy te quería aquí conmigo. —Stella tomó otro sorbo de vino.

—Y aquí estoy. —Respiró hondo—. Quizá tendríamos que hablar de... de lo que espera cada uno y cómo vamos a...

Logan se acercó y la atrajo hacia sí.

—¿Por qué no plantamos otra dalia azul a ver qué pasa?

O podríamos probar esto, pensó Stella cuando Logan la besó. El cosquilleo de su estómago se extendió, y en su interior la parte de su ser que se sentía más necesitada musitó: Gracias, Señor.

Se puso de puntillas, como una bailarina e, inclinándose ligeramente hacia él, dejó que le quitara el vaso de la mano.

Y entonces sintió las manos de Logan en su pelo, revolviéndolo, y lo abrazó con fuerza.

—Me siento mareada —susurró—. Hay algo en ti que me hace perder la cabeza.

Logan sintió que se encendía y que el deseo le hormigueaba en el vientre.

—Entonces no tendrías que estar de pie. —Y con un rápido movimiento la cogió en brazos. Aquélla era la clase de mujer que cualquier hombre querría coger en brazos. Femenina, ligera, curvilínea, suave. Con ella en brazos se sentía imposiblemente fuerte, y anormalmente tierno.

—Te pienso acariciar de arriba abajo. Y luego volveré a empezar. —La llevó hacia la cama, notando aquellos temblores tan excitantes que la sacudían—. Incluso cuando me irritas, tengo ganas de tocarte.

—Pues entonces debes de tener siempre ganas.

—Cierto. Tu pelo me vuelve loco. —Y hundió el rostro en él cuando la dejó sobre la cama.

—A mí también. —Miles de terminaciones nerviosas cobraron vida en su piel mientras los labios de Logan le recorrían el cuello—. Pero me parece que es por motivos diferentes.

Logan mordisqueó aquella piel tan sensible, levemente, como si estuviera degustándola. Y la sensación se extendió por el cuerpo de Stella como una oleada larga y suave.

—Somos personas adultas —empezó a decir.

—Gracias a Dios.

Una risa temblorosa escapó de sus labios.

—Lo que quiero decir es que... —Los dientes de Logan exploraron justo por encima de la clavícula con ese leve mordisqueo y a Stella se le nubló el entendimiento—. Da igual.

Logan hizo lo que había dicho. Sus manos descendieron lentamente de los hombros a las puntas de los dedos de sus manos, pasaron sobre las caderas, los muslos, probando sus formas igual que había probado su sabor.

Y luego sus labios volvieron a buscar su boca con ansia. Las terminaciones nerviosas de Stella estallaron de nuevo en una sucesión de sacudidas, mientras las manos, los labios de Logan la recorrían como si estuviera hambriento por recuperar cada uno de aquellos sabores. Sus manos endurecidas y ásperas exploraban con destreza y ansia.

Como Stella había imaginado. Como había deseado. Los deseos que tan implacablemente había enterrado salieron a la superficie y encontraron una voz. Dejándose llevar, empezó a tirarle de la camiseta hasta que sus manos

encontraron la piel caliente y desnuda y se clavaron en ella. Hombre y músculo.

Logan buscó sus pechos, y la hizo arquearse de placer mientras sus dientes mordisqueaban por encima de la blusa y el sujetador, torturándola, excitándola. En su interior todo estaba henchido, dispuesto.

Sus sentidos despertaban, se debatían unos contra otros en una maraña de anhelo, y Stella dejó que la arrastraran. Lo deseaba, deseaba a Logan como no había deseado a nadie en mucho tiempo. Quería, anhelaba sentir aquel calor que la recorría, el contacto con aquellas manos curtidas y el roce apremiante de aquellos labios insaciables que electrizaban todo su cuerpo.

Ansiaba aquellos temblores, aquel deseo enloquecedor y vertiginoso y la libertad de responder.

Su cuerpo se levantó al encuentro del de él, se movió con él, piel contra piel. Y su piel cremosa, aquellas curvas adorables lo llevaron al punto de delirar. Bajo la luz cada vez más tenue, la imagen de Stella era más que exquisita contra la colcha oscura: ese pelo tan intenso, el azul cielo de los ojos enturbiado por el placer.

La pasión le salía a borbotones del cuerpo, correspondiendo a la de él. Y Logan deseó darle más, tomar más, y se sumergió en lo que tenían el uno para el otro. El aroma de su cuerpo lo llenaba como un aliento.

Susurró su nombre, saboreando, explotándolo, mientras se exploraban el uno al otro. Y descubrió que había más de lo que esperaba.

El corazón de Stella latía con violencia bajo esas manos rugosas que la arrastraban a la cresta de aquella ola de deseo. Y la ola pasó sobre ella, una oleada interminable de sensualidad. Se arqueó de nuevo, gimiendo, sus brazos se aferraban a él y su cuerpo se sacudía.

Buscó su boca con voracidad, mientras en su interior gritaba... ¡Otra vez!

Él aguantó, aguantó mientras ella subía y subía y su respuesta despertó en él unas sensaciones tan intensas que se estremeció. Su corazón, su mente, su cuerpo sentían un anhelo tan fuerte que le dolía.

Y cuando no pudo más, la penetró.

Stella gritó una vez más, con un sonido que era a la vez de sorpresa y de triunfo. Y se movió con él, sus caderas se movieron con rapidez acompañándolo, sus manos buscaron su rostro.

Logan miró el rostro de Stella, aquellos ojos azules y húmedos, los labios sensuales que temblaban mientras sus cuerpos subían y bajaban a la vez.

En toda su vida Logan no había visto nunca algo tan bello.

Cuando los ojos de Stella se nublaron, cuando se cerraron con un gemido, se corrió.

Era pesado. Muy pesado. Stella yacía inmóvil bajo el cuerpo de Logan y se maravilló al pensar que estaba atrapada irremediabilmente allí abajo. Se sentía relajada y somnolienta, profundamente relajada. Se imaginó que seguramente una bonita luz rosada brotaba de las puntas de los dedos de sus pies y sus manos.

El corazón de Logan aún latía con violencia. ¿Qué mujer no se habría sentido satisfecha y a gusto sabiendo que había hecho perder el aliento a un hombre tan grande y fuerte?

Con una profunda sensación de satisfacción, le acarició la espalda.

Él gruñó, y bajó de encima de ella.

Instantáneamente, Stella se sintió desnuda y cohibida. Estiró el brazo para coger la colcha y cubrirse al menos en parte. Y entonces Logan hizo algo que la dejó paralizada y le llegó al corazón.

Le cogió la mano y le besó los dedos.

No dijo nada, nada en absoluto, y ella se quedó muy quieta mientras trataba de hacer que su corazón volviera a su sitio.

—Creo que será mejor que te dé de comer —dijo él al final.

—Mmm... creo que tendría que llamar para ver si los niños están bien.

—Adelante. —Se sentó en la cama, le dio una suave palmada en el muslo y luego se levantó y cogió sus vaqueros—. Empezaré a preparar la cena.

No se molestó en ponerse la camiseta. Cuando ya se iba, se detuvo un momento y se volvió a mirarla.

—¿Qué? —Stella levantó un brazo con aire desenfadado (eso esperaba) para cubrirse los pechos.

—Nada, es que me gusta el aspecto que tienes así. Tan despeinada y sofocada.

Me dan ganas de despeinarte y sofocarte un poco más.

—Oh. —Ella trató de pensar algo, pero él ya se había ido. Silbando.

15

Sabía cocinar. Casi sin ayuda, Logan preparó bonito a la plancha, arroz integral, y salteado de pimientos y setas. Era de esos cocineros atrevidos que añaden los ingredientes a ojo y siempre parecen disfrutar de lo que hacen.

El resultado fue maravilloso.

Ella era una cocinera correcta, competente. Lo medía todo, y veía la cocina como una de sus tareas cotidianas.

Seguramente eso ilustraba a la perfección cómo era cada uno. Y resaltaba aún más el poco sentido que tenía que en aquellos momentos estuviera comiendo en su cocina o hubiera estado desnuda en su cama.

La parte del sexo había sido... increíble. ¿Para qué engañarse? Y, después de una sesión de sexo saludable, lo normal habría sido que se sintiera relajada y a gusto.

En cambio, se sentía tensa, incómoda, torpe.

Había sido tan intenso... y luego él va y se levanta para irse a preparar la cena. Como si se tratara de un simple partido de tenis.

Pero le había besado los dedos, y ese gesto tan dulce y afectuoso le había llegado al corazón.

El problema era ella, ella. Lo analizaba todo demasiado. Pero si no analizaba las cosas, ¿cómo iba a entenderlas?

—¿Está bien la cena?

Ella salió de su ensimismamiento y vio que la miraba fijamente, con esos ojos de gato montés.

—Buenísima.

—Pues no estás comiendo nada.

Stella pinchó deliberadamente más bonito con el tenedor.

—Nunca he entendido a la gente que cocina como tú, como en esos programas de cocina de la tele. Echan los ingredientes a ojo, una pizca de esto,

una pizca de lo otro. ¿Cómo sabes que está bien?

De haber creído que era eso lo que pensaba con aquel mohín de disgusto tan sexy en la boca, Logan habría salido fuera y se habría tragado una pala entera de mantillo.

—No sé. Normalmente sale, y punto. Y, si no sale como espero, está lo bastante bien para comerlo.

Quizá no podía meterse en su cabeza, pero fuera lo que fuese que estaba pasando por ella en aquellos momentos, supuso que tenía que ver con la sesión de cama que acababan de compartir o sus implicaciones. Sin embargo, por el momento decidió que jugaran según las normas de ella.

—Ya que tengo que cocinar, y como no quiero tener que comer siempre en un restaurante, prefiero disfrutarlo. Si tuviera que seguir siempre unas normas, me pondría nervioso.

—Pues yo me pongo nerviosa si no sigo unas pautas mínimas. Nunca sabría si va a quedar demasiado soso o demasiado fuerte. Demasiado hecho o poco hecho.

Para cuando terminara la comida estaría hecha un manojo de nervios. —Una expresión preocupada le pasó por el rostro—. Éste no es mi sitio, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A este sitio, a tu casa. —Y abrió los brazos para abarcar cuanto la rodeaba—. No tendría que estar aquí contigo, comiendo este plato delicioso y creativo en tu preciosa cocina de tu casa extrañamente encantadora y descuidada después de habernos entregado a una sesión de sexo desenfrenado en tu dormitorio de hombre muy hombre.

Él se recostó en la silla y decidió despejar el zumbido que sentía en la cabeza con un largo trago de vino. No se había equivocado, decidió, aunque nunca acababa de entenderla del todo.

—Nunca había oído esa definición de este sitio. Debe de ser cosa de la gente del norte.

—Sabes muy bien a qué me refiero —espetó ella—. Esto no es... no es...

—¿Eficaz? ¿Ordenado? ¿Organizado?

—No me hables con ese tono tranquilizador.

—No te hablo con tono tranquilizador. Éste es mi tono exasperado. ¿Tú qué problema tienes, pelirroja?

—Me confundes.

—Oh. —Él encogió un hombro—. Si solo es eso. —Y siguió comiendo.

—¿Te parece divertido?

—No, pero es que tengo hambre. Y, por muy confundida que estés, yo no puedo hacer nada. O a lo mejor es que no me importa tanto confundirte, porque de lo contrario empezarías a ordenarlo todo por orden alfabético.

Aquellos ojos del color de la flor del altramuz se entrecerraron.

—A: eres arrogante y antipático. B: eres bárbaro y becerril. C...

—C: siempre llevas la contraria y me constriñes, aunque ya no me molesta como antes. Creo que entre nosotros ha surgido algo interesante. Ninguno de los dos lo buscaba, pero al menos yo puedo aceptarlo. Tú lo analizas. Y aunque no entiendo por qué, empieza a gustarme esa faceta de ti.

—Yo arriesgo mucho más que tú.

Él se serenó.

—No voy a hacer daño a tus hijos.

—Si creyera que eres la clase de hombre que haría daño a mis hijos no habríamos llegado a este nivel.

—¿Y qué nivel es ése?

—Sexo nocturno y cenas en la cocina.

—La parte del sexo la has llevado mucho mejor.

—Tienes razón. Porque ahora no sé qué esperas de mí, y tampoco estoy muy segura de lo que yo espero de ti.

—Y eso es tu equivalente a echar los ingredientes en la olla.

Ella dio un bufido.

—Veo que me entiendes mejor que yo a ti.

—No soy tan complicado.

—Oh, por favor. Eres un laberinto, Logan. —Se inclinó hacia delante, hasta que pudo distinguir las motas doradas en sus ojos verdes—. Un maldito laberinto sin ningún diseño geométrico. Profesionalmente, eres uno de los diseñadores de paisajes más creativos, versátiles y capaces con los que he trabajado, pero parte de tus diseños y tus programas los preparas sobre la marcha, con trocitos de papel que tienes por la furgoneta o en los bolsillos.

Logan cogió más arroz con el tenedor.

—A mí me funciona.

—Aparentemente sí, pero no tendría que funcionar. Tú disfrutas en medio del caos. Cosa que ilustra perfectamente esta casa. Y nadie tendría que disfrutar entre el caos.

—Un momento, un momento. —Esta vez se puso a gesticular con el tenedor

—. ¿Dónde ves tú el caos aquí? Si casi no hay ni muebles.

—¡Exacto! —Ella lo señaló con el dedo—. Tienes una cocina maravillosa, un dormitorio acogedor y elegante...

—¿Elegante? —Una expresión mortificada cubrió su rostro—. Jesús.

—Y habitaciones vacías. Tendrías que estar devanándote los sesos pensando qué vas a hacer con esas habitaciones, pero no lo haces. Te limitas... te limitas... —agitó las manos— a vagar por ahí.

—Yo no he vagado en mi vida. Quizá me lo tomo con calma, pero nunca vago.

—Lo que sea. Entiendes de vinos y lees cómics. ¿Cómo se entiende eso?

—Se entiende perfectamente si tienes en cuenta que me gustan el vino y los cómics.

—Has estado casado, y parece que estuviste lo bastante enamorado para dejar tu hogar.

—¿Qué sentido tiene casarse si uno no está dispuesto a hacer cosas que hagan feliz a su pareja? O al menos intentarlo.

—La querías —dijo Stella asintiendo con el gesto—. Y sin embargo has pasado por un divorcio como si nada. La cosa no funcionó, y le pusiste fin sin más. Eres rudo y brusco un momento y al siguiente te muestras atento y servicial. Sabías perfectamente para qué venía esta noche, y sin embargo te has molestado en prepararme la cena, un detalle considerado y civilizado... ¡Eso!, puedes ponerlo en la columna de la C.

—Por Dios, pelirroja, eres increíble. Pues yo pasaría a la D y diría que eres una delicia, aunque en estos momentos tu actitud es más bien demencial.

Aunque lo dijo riendo, Stella se sintió herida y no pudo contenerse.

—Tenemos una sesión increíble de sexo y luego vas y te levantas como si lleváramos años haciéndolo. No puedo entenderte.

Cuando le pareció que Stella había terminado, Logan cogió su vino y bebió pensativo.

—A ver si consigo encontrar un sentido a todo esto. Aunque te advierto que no he visto ningún patrón geométrico.

—Oh, cállate.

La mano de Logan aferró la suya antes de que pudiera apartarse de la mesa.

—No, espera un poco. Ahora me toca a mí. ¿Si no trabajara como trabajo? No podría hacer lo que hago, y desde luego no disfrutaría tanto. Eso lo descubrí en el norte. Mi matrimonio fue un fracaso. A nadie le gusta fracasar, pero es

imposible pasar por la vida sin pifiarla en algún momento. Nosotros la pifiarnos, no hicimos daño a nadie más que a nosotros mismos. Recogimos los pedazos y seguimos adelante.

—Pero...

—Chis. Si soy rudo y brusco es porque me siento rudo y brusco. Si soy servicial es porque quiero serlo, o considero que tengo que serlo en cierto punto.

¡Qué demonios!, pensó, y se terminó el vino. Ella apenas había probado el suyo.

—¿Qué más? Ah, sí. Lo de que estés aquí está noche. Sí, sabía para qué venías. No somos unos críos, y a tu manera eres una mujer muy sincera. Yo te quería y te lo dejé muy claro. Y no habrías venido si no hubieras estado preparada. Y en cuanto a la comida, tengo dos motivos. Primero, que me gusta comer. Y dos, que quería que comieras conmigo. Quería tenerte así, aquí, como estamos. Antes, después y en medio. Como saliera.

Por algún motivo, durante su discurso, el mal humor de Stella había remitido.

—¿Cómo consigues que todo parezca tan normal?

—Aún no he terminado. Aunque estoy de acuerdo sobre la sesión de sexo, no lo estoy con lo de que me levanté como si tal cosa. No más que con lo de que vago por ahí. Me levanté tan deprisa porque si me hubiera quedado a tu lado mucho más te habría pedido que te quedaras. No puedes quedarte y no lo harás. Y lo cierto es que tampoco sé si estoy preparado para que te quedes tan pronto. Si eres de éstas que necesitan un montón de cháchara después del coito, todo ese rollo de «Nena, ha sido estupendo...».

—No lo soy. —Había algo en el tono exasperado de Logan que hizo que sus labios se crisparan—. Puedo juzgar por mí misma. Y sé que ahí arriba te he dejado hecho polvo.

La mano de Logan se deslizó hasta su muñeca y volvió a bajar a los dedos.

—Y yo a ti.

—De acuerdo. Ha sido mutuo. La primera vez con un hombre, y creo que nos pasa a todas las mujeres, es tan angustioso como excitante. Y más si lo que ha pasado entre los dos ha tocado alguna fibra íntima. Tú lo has hecho, y eso me asusta.

—Sincera —comentó él.

—Mi sinceridad, frente a tu personalidad laberíntica. Es una combinación difícil. Nos da mucho en que pensar. Siento haber hecho un drama de todo esto.

—Pelirroja, tú has nacido para convertirlo todo en un drama. Ahora que empiezo a acostumbrarme hasta me parece interesante.

—Puede, y yo podría decir que el hecho de que tú me hagas sentir algo distinto también es muy interesante. Pero, por el momento, te ayudaré a recoger la cocina y luego me iré a casa.

Logan se levantó cuando vio que ella se levantaba. La cogió por los hombros, la empujó contra la nevera. Y la besó... con un cúmulo de ira contenida, necesidad, frustración, deseo... todo mezclado.

—¿Algo más en lo que tenga que pensar?

—Ya te avisaré.

Roz no se metía en los asuntos de los demás. No le importó cuando oyó rumores, pero no se entrometió. No le gustaba que los demás se metieran en su vida (ni lo toleraba), y ella hacía otro tanto.

Así que no hizo preguntas. Se le ocurrieron muchas, pero no preguntó.

Se limitó a observar.

Su directora llevaba el negocio con su habitual eficiencia. Seguramente Stella habría podido trabajar con la misma eficacia incluso desde el remolino de un tornado.

Un rasgo admirable, aunque asustaba.

Roz le había cogido afecto e, indudablemente, había acabado por confiar en ella la gestión del negocio para concentrarse en su gratificante trabajo con las plantas. Adoraba a los niños. ¿Cómo no los iba a adorar? Eran encantadores, brillantes, inteligentes y bulliciosos, divertidos y agotadores.

Hasta tal punto se había acostumbrado a su presencia, y a la de Stella y Hayley, que no podía imaginarse la casa sin ellos.

Pero no se entrometió, ni siquiera cuando Stella llegó de su velada con Logan con la inconfundible expresión de una mujer a la que han dejado bien servida.

Aunque tampoco hizo callar a Hayley, ni la dejó con la palabra en la boca cuando la chica sacó el tema.

—No me quiere dar detalles —se lamentó mientras ella y Roz quitaban malas hierbas de un parterre en los jardines de la casa—. Me gusta que me den detalles.

Aunque me ha dicho que cocinó para ella. Y cuando un hombre cocina, o

está tratando de llevarte a la cama o está colado por ti.

—O tiene hambre.

—Cuando un hombre tiene hambre pide una pizza por teléfono. Al menos los que yo conozco. Creo que está colado por ella. —Esperó, dejando tiempo para que Roz dijera algo. Al ver que no hablaba, dejó escapar un suspiro—. Bueno, ¿hace mucho que lo conoces?

—Unos años. No te puedo decir lo que piensa, pero sí te diré que nunca ha cocinado para mí.

—¿Su mujer era una arpía?

—No sé. Yo no la conocía.

—Espero que sí. Una auténtica arpía que lo destrozó y lo convirtió en un hombre herido y resentido con las mujeres. Y entonces llega Stella y se siente confundido aunque su presencia lo calma.

Roz, que estaba acucillada, apoyó el peso del cuerpo sobre los talones y sonrió.

—Eres muy joven, cielo.

—No hace falta ser joven para que a una le gusten los romances. Mmm... tu segundo marido era muy malo, ¿verdad?

—Era... es un mentiroso y un ladrón. Aparte de eso, era encantador.

—¿Te partió el corazón?

—No. Hirió mi orgullo y me puso furiosa, que es mucho peor. Pero eso ya es agua pasada, Hayley. Voy a colocar algunas silene armeria en estos huecos — siguió diciendo—. Tienen una temporada de floración muy larga, y aquí quedarán estupendamente.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo.

—Es que esta mañana ha venido esa mujer, la señora Peebles.

—Ah, sí, Roseanne. —Después de estudiar el espacio, Roz cogió su desplantador y empezó a remover la tierra de la parte delantera del parterre—. ¿Compró algo?

—Estuvo dando vueltas durante una hora y dijo que ya volvería.

—Típico. ¿Qué quería? Seguro que no eran plantas.

—Eso me ha parecido. Es de las chismosas, y no de las que tienen una curiosidad sana. Solo viene para cotillear... para difundir rumores o recogerlos. Hay mujeres así por todas partes.

—Ya lo imagino.

—Bueno. Pues el caso es que se ha enterado de que vivo aquí y soy de la familia, y quería sonsacarme. No es tan fácil sonsacarme, aunque dejé que lo intentara.

Roz sonrió bajo el ala del sombrero y cogió una planta.

—Bien por ti.

—Supuse que lo que quería era que te pasara la noticia de que Bryce Clerk ha vuelto a Memphis.

Los dedos de Roz se crisparon y partieron parte del tallo.

—¿Ah, sí? —preguntó en voz muy baja.

—De momento se aloja en el Peabody y parece que piensa poner en marcha algún negocio. La mujer no ha especificado. Dice que planea instalarse aquí de forma permanente y abrir unas oficinas. Que parece que le va bien.

—Seguro que ha seducido a alguna otra mujer descerebrada.

—Tú no eres descerebrada.

—Lo fui, momentáneamente. Bueno, me da igual dónde está o lo que hace. Nunca tropiezo dos veces con la misma piedra.

Colocó la planta en su sitio y cogió otra.

—En inglés, el nombre común de esta planta es «no tan bonita». ¿Ves estos parches pegajosos del tallo? Sirven para atrapar moscas. Y demuestra que a veces las cosas que parecen atractivas son peligrosas o al menos pueden ser un auténtico incordio.

Roz le quitó importancia al asunto mientras se aseaba. No tenía ningún interés en un sinvergüenza con el que en otro tiempo había cometido la estupidez de casarse. Todas las mujeres cometían algún error en su vida, era normal, aun cuando fuera por soledad o estupidez... o por vanidad.

Era normal, pensó, siempre y cuando después los corrigiera y no volviera a repetirlos.

Se puso una blusa nueva y se pasó los dedos por el pelo mojado mientras se miraba en el espejo. Aún podía ser atractiva, muy atractiva, si se lo proponía. Si quisiera un hombre, podría tenerlo... y no porque lo cegaran sus millones. Quizá lo sucedido con Bryce había minado su confianza en sí misma y su autoestima por un tiempo, pero ahora se sentía bien. Mejor que bien.

Antes de que Bryce entrara en su vida, Roz no necesitaba a ningún hombre que la hiciera sentirse realizada. Y seguía sin necesitarlo. Las cosas volvían a

estar como quería. Sus hijos eran personas felices y productivas, su negocio funcionaba, tenía un hogar sólido. Tenía amigos en cuya compañía disfrutaba y conocidos a los que toleraba.

Y en aquellos momentos tenía también el aliciente de poder investigar sobre el fantasma de la familia.

Después de atusarse una vez más el pelo, bajó a reunirse con los demás en la biblioteca. Cuando llegó al pie de la escalera, oyó que llamaban a la puerta y fue abrir.

—Logan, qué agradable sorpresa.

—¿Hayley no te dijo que venía?

—No, pero no importa. Pasa.

—Hoy me he encontrado con ella en el invernadero y me ha pedido que venga para ayudaros con vuestra investigación, por si se me ocurría algo. Me resulta difícil resistirme a la idea de hacer de cazafantasmas.

—Ya veo. Pero debo advertirte que nuestra Hayley nos ha salido algo romántica y os ve a ti y a Stella como Rochester y Jane Eyre.

—Oh, vaya.

Roz se limitó a sonreír.

—Jane está acostando a los niños. ¿Por qué no subes al ala oeste? Puedes orientarte por el ruido. Dile que nos entretendremos con otra cosa hasta que baje.

Y se fue antes de que Logan pudiera decir nada.

No le gustaba meterse en los asuntos de los demás. Pero eso no significaba que de vez en cuando no le gustara ayudar un poco.

Logan se quedó unos momentos donde estaba, tamborileando con los dedos sobre su pierna. Y seguía haciéndolo cuando se puso a subir la escalera.

Roz tenía razón. Antes de llegar arriba oyó las risas y los gritos, y las carreras. Orientándose por el ruido, siguió por el pasillo y finalmente se detuvo ante una puerta abierta.

Obviamente, aquello era una habitación de niños. Y, aunque estaba mucho más ordenada de lo que nunca había estado la suya cuando tenía esa edad, no tenía aspecto serio ni organizado. Había juguetes por el suelo, libros y otras cosas por la mesa y los estantes. Olía a jabón, champú, juventud y lapiceros.

Y, en mitad de todo aquello, vio a Stella, sentada en el suelo, haciendo cosquillas implacablemente a Gavin, que ya tenía puesto el pijama, mientras Luke gateaba desnudo por la habitación ululando con las manos ahuecadas en torno a la boca.

—¿Cómo me llamo? —preguntó Stella mientras hacía reír a su hijo mayor.

—¡Mamá!

Stella imitó el sonido de una sirena y sus manos se movieron sobre las costillas de su hijo.

—Inténtalo de nuevo, pequeña e indefensa criatura. ¿Cómo me llamo?

—¡Mamá, mamá, mamá! —Gavin trató de escapar pero su madre lo tumbó boca arriba.

—No te oigo.

—Emperatriz —consiguió decir el niño sacudiéndose de la risa.

—¿Y? Lo que falta, di lo que falta o seguiré torturándote.

—¡Excelsa emperatriz del universo!

—No lo olvides. —Y dicho esto le dio un beso fuerte y ruidoso en el trasero y se sentó—. Ahora tú, carita de rana. —Se puso de pie, frotándose las manos mientras Luke chillaba de gusto.

Y dio un traspie y chilló ella también cuando vio a Logan en la puerta.

—¡Oh, Dios! ¡Me has asustado!

—Lo siento, estaba mirando el espectáculo, alteza. Eh, hola. —Y saludó con el gesto a Gavin, que estaba tumbado en el suelo—. ¿Cómo va?

—Me ha derrotado. Y ahora tendré que acostarme, porque ésa es la ley de la tierra.

—Eso he oído. —Cogió los pantalones de un pijama de los X-Men y miró a Luke arqueando una ceja—. ¿Esto es de tu madre?

Luke lanzó una risotada y se puso a bailar totalmente feliz.

—Nooo. Es mío. Pero si no me pilla no me lo tengo que poner.

El niño quiso echar a correr hacia el cuarto de baño pero su madre lo atrapó al vuelo con un brazo.

Es más fuerte de lo que parece, pensó Logan mientras la veía levantar al niño por encima de su cabeza.

—Niño tonto, nunca podrás escapar de mí. —Y lo bajó—. Ponte el pijama y a dormir. —Miró a Logan—. ¿Necesitabas algo?

—Me han invitado a... la reunión de ahí abajo.

—¿Hay una fiesta? —preguntó Luke cuando Logan le pasó el pantalón del pijama—. ¿Habrán galletas?

—Es una reunión para los mayores, y si hay galletas —dijo Stella mientras le abría la cama a su hijo— te las guardaré para mañana.

—David hace unas galletas muy buenas —comentó Gavin—. Mejores que

las de mamá.

—Si no fuera verdad lo que dices te castigaría. —Se volvió hacia la cama de Gavin, que estaba sentado, sonriéndole, y lo hizo tumbarse dándole un ligero empujón con la mano.

—Pero tú eres más guapa.

—Chico listo. Logan, ¿podrías bajar y decir a todos que voy enseguida? Quería leerles algo antes de dormir.

—¿Logan sabe leer? —preguntó Gavin.

—Claro que sé. ¿Qué libro es?

—Hoy toca el capitán Calzoncillos. —Luke cogió el libro y corrió a ponerlo en las manos de Logan.

—¿Es un superhéroe?

Los ojos de Luke se abrieron como platos.

—¿No sabes quién es el capitán Calzoncillos?

—No. —Le dio la vuelta al libro en sus manos, pero seguía mirando al niño. Nunca había leído para un niño; quizá era entretenido—. Si lo leo a lo mejor lo descubro. Si a la emperatriz le parece bien.

—Oh, bueno, yo...

—¡Por favor, mamá! ¡Por favor!

Ante tanta efusividad, Stella cedió con una extrañísima sensación en el vientre.

—Claro. Mientras yo pondré orden en el cuarto de baño.

Y estuvo secando el agua salpicada y recogiendo los juguetes, mientras la voz profunda y divertida de Logan le llegaba desde la habitación.

Colgó toallas mojadas, echó los juguetes del baño sobre una red de plástico para que se secaran, ordenó aquí y allá. De pronto notó que la envolvía una sensación de frío, un frío intenso y agudo que la caló hasta los huesos.

Sus cremas y lociones cayeron del mármol como si una mano furiosa las hubiera derribado. El sonido hizo que Stella saltara tratando de evitar que llegaran al suelo.

Cada uno de aquellos objetos cayó como hielo en su mano.

Había visto cómo se movían. Por Dios que lo había visto.

Tras devolverlos a su sitio, Stella corrió instintivamente hacia la puerta que unía el cuarto de baño con la habitación de sus hijos para protegerlos de ese frío, de la ira que sentía vibrando en el aire.

Allí estaba Logan, con la silla entre las dos camas, igual que hacía ella,

leyendo las absurdas aventuras del capitán Calzoncillos mientras sus hijos escuchaban bien arropados y somnolientos.

Stella se quedó bloqueando el paso al frío, dejando que chocara contra ella, hasta que Logan terminó y la miró.

—Gracias. —Stella se sorprendió a sí misma por la serenidad con la que habló—. Niños, dadle las buenas noches al señor Kitridge.

Y mientras los niños daban las buenas noches, entró. El frío no fue tras ella, así que cogió el libro y consiguió esbozar una sonrisa.

—Bajaré enseguida.

—De acuerdo. Ya nos veremos, hombrecitos.

A Logan aquel incidente lo hizo sentirse dócil y relajado. Leer cuentos para dormir era una maravilla. ¿Quién lo iba a decir? El capitán Calzoncillos. ¿No era increíble?

No le importaría hacerlo de vez en cuando, sobre todo si lograba convencer a la madre para que los dejara leer una novela gráfica.

Le había gustado verla revolcarse en el suelo con su hijo. Excelsa emperatriz, pensó con una sonrisa.

Y entonces se quedó sin aliento. El frío chocó contra su espalda como una marea, engulléndolo, arrastrándolo hacia delante. En lo alto de la escalera, con una ligera sensación de mareo, consiguió aferrarse a la baranda con las dos manos mientras veía un enjambre de puntitos negros ante los ojos. Por un momento, pensó que el impulso lo haría caer por encima de la baranda.

Por el rabillo del ojo vio una figura, imprecisa pero claramente femenina. E intuyó en ella una ira amarga y descarnada. Un instante después ya no estaba.

Logan oía su propia respiración, sentía el sudor frío del pánico bajarle por la espalda. Aunque sus piernas parecían querer doblarse, permaneció donde estaba, tratando de recuperar la compostura, hasta que Stella salió.

La media sonrisa de Stella desapareció en cuanto lo vio.

—¿Qué pasa? —Se acercó corriendo—. ¿Qué ha pasado?

—Ella... ese fantasma vuestro... ¿ha asustado alguna vez a los niños?

—No. Al contrario. Con ellos es una presencia tranquilizadora, incluso protectora.

—Muy bien. Bajemos. —La cogió con fuerza de la mano, listo para llevarla a un lugar seguro a rastras si hacía falta.

—Tienes la mano fría.

—Sí, qué me vas a decir.

—No, dímelo tú.

—Es lo que pienso hacer.

Logan lo contó todo cuando estuvieron sentados alrededor de la mesa de la biblioteca, con sus archivos, sus libros y sus notas. Y se echó un buen chorro de brandy en el café.

—En todos los años que hace que forma parte de la casa —empezó a explicar Roz— no ha habido nada que haga pensar que es una amenaza. Hay quien se ha sentido asustado o inquieto, pero nunca ha atacado físicamente a nadie.

—¿Pueden atacar físicamente los fantasmas? —preguntó David.

—No lo preguntaría si hubieras estado conmigo en lo alto de la escalera.

—Los duendes pueden hacer volar cosas —comentó Hayley—. Pero normalmente se manifiestan ante adolescentes. Hay algo en la pubertad que los impulsa a salir. Pero no es el caso. Quizá un antepasado de Logan le hizo algo y ahora se venga con él.

—He estado en esta casa docenas de veces y nunca se había preocupado por mí.

—Los niños. —Stella lo dijo en voz baja, mientras consultaba sus notas—. Todo gira alrededor de los niños. Se siente atraída por ellos, sobre todo si son chicos. Y supongo que podría decirse que me envidia por tenerlos. No siente rabia, sino más bien tristeza. Pero la noche que salí con Logan estaba furiosa.

—Estás poniendo a un hombre antes que tus hijos. —Roz levantó una mano—. No digo que yo lo piense. Tenemos que pensar como ella. Ya hemos hablado antes de esto, Stella, y le he dado muchas vueltas. Las únicas veces que recuerdo haber sentido que estaba furiosa conmigo fueron cuando salí con algún hombre mientras los chicos aún eran pequeños. Aunque nunca experimenté nada tan directo ni inquietante como esto. Pero, claro, no había motivo. Nunca sentí nada especial por ninguno.

—¿Y cómo puede saber ella lo que yo siento o pienso? —Los sueños, pensó. Se ha metido en mis sueños.

—No seamos irracionales —terció David—. A ver, pensemos. Digamos que el fantasma cree que entre tú y Logan la cosa va en serio. No le gusta, eso está claro. Los únicos que se han sentido amenazados sois vosotros dos. ¿Por qué? ¿La pone furiosa? ¿Está celosa?

—Un fantasma celoso. —Hayley tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Buena idea. Es como si sintiera empatía contigo porque eres una mujer sola y con hijos. Te ayuda a cuidarlos, y en cierto modo hasta cuida de ti. Pero entonces aparece un hombre en escena y empieza a meterse contigo. Es como si no quisiera que tuvieras una familia normal (madre, padre, niños) porque ella no la tuvo.

—Logan y yo casi no hemos ni... Lo único que ha hecho ha sido leerles un cuento.

—El tipo de cosa que haría un padre —señaló Roz.

—Yo... bueno, mientras él les leía yo he estado recogiendo el cuarto de baño. Y sentí su presencia. Estaba allí. Y luego... bueno, las cosas que tengo en el mármol empezaron a caerse. Y salté.

—Joder —dijo Hayley.

—Fui hasta la puerta, y en la habitación de los niños todo estaba normal. Sentía el calor delante de mí, y aquel frío furioso contra mi espalda. No quería asustarlos a ellos, solo a mí.

Pero incluyó en su lista comprar un monitor infantil. A partir de ahora, quería escuchar todo lo que pasaba en aquella habitación cuando ella no estaba con los niños.

—Es un buen planteamiento, Stella, y eres lo bastante lista para saber que tenemos que seguirlo. —Roz colocó las manos sobre la mesa—. Nada de lo que hemos descubierto indica que pueda tratarse de una Harper, como todos hemos dado por sentado todos estos años. Y sin embargo alguien de la casa la conoció cuando vivía, y lo supo cuando murió. Así pues, ¿lo guardaron en secreto, lo ignoraron? Sea como sea, eso explicaría por qué está aquí. Si lo acallaron o no le dieron importancia lo más lógico es pensar que se trataba de una sirvienta, una querida, una amante.

—Apuesto a que tuvo un hijo. —Hayley apoyó la mano contra su vientre—. Quizá murió durante el parto, o tuvo que renunciar a él y murió de pena. Seguro que fue un Harper quien le causó problemas, ¿no os parece? ¿Por qué iba a quedarse aquí si no es porque vivió aquí o...?

—O murió aquí —terminó de decir Stella—. Reginald Harper fue el cabeza de la familia en la época en que creemos que murió. Roz, ¿cómo vamos a averiguar si tuvo una amante, una querida o un hijo ilegítimo?

16

Logan había estado enamorado dos veces en su vida. Y había sentido deseo unas cuantas más. Había experimentado una intensa atracción, interés, pero el amor solo había llamado a su puerta dos veces. La primera fue en los últimos años de la adolescencia, pero él y la chica de sus sueños eran demasiado jóvenes.

Tanto amor, tantos celos y tanto apasionamiento acabaron por consumir su amor. Ahora podía volver la vista atrás y pensar en Lisa Anne Lauer con una dulce sensación de nostalgia y afecto.

Y luego llegó Rae. Él era algo mayor, algo más inteligente. Y antes de lanzarse al matrimonio, se tomaron su tiempo, dos años. Los dos lo querían, aunque algunos conocidos se sorprendieron, no solo por el compromiso, sino por su decisión de trasladarse al norte con su mujer.

En cambio para él no fue una sorpresa. Quería a Rae, y ella quería vivir en el norte. No, necesitaba vivir en el norte, se corrigió. Y él supuso ingenuamente que podía vivir en cualquier parte.

Dejó que Rae y su madre se encargaran de los preparativos para la boda, y él se limitó a algunos detalles. No lo entusiasmaba la idea, pero disfrutó de aquella boda tan pomposa y por todo lo alto.

En el norte tenía un buen trabajo. Al menos en teoría. Pero se sentía inquieto e insatisfecho entre tanta gente, y en medio del bullicio de la ciudad estaba fuera de sitio.

El chico de pueblo, pensó mientras él y sus hombres acababan de colocar las tablas en el techo de una pérgola de tres metros. Era demasiado de pueblo, demasiado insignificante para encajar en el paisaje urbano.

No le fue bien en la ciudad, ni en su matrimonio tampoco. Al principio solo eran pequeñas cosas, tonterías... cosas que ahora, con la perspectiva, sabía que podrían haber superado mediante un acuerdo. Pero, en vez de eso, los dos dejaron que esas pequeñas cosas fueran madurando y creciendo hasta que no

solo los separaron, sino que los hicieron ir en direcciones opuestas. Ella estaba en su elemento, él no. En el fondo, él se sentía desgraciado, y ella se sentía desgraciada porque veía que él no se adaptaba. Y, como pasa con cualquier enfermedad, la desdicha se extiende hasta las raíces si no se trata.

No fue culpa de nadie. Y al final fueron lo bastante inteligentes, o se sintieron lo bastante desgraciados para replegarse y minimizar las pérdidas.

Aquel fracaso dolió, perder aquel amor que tanto prometía dolió. Stella se equivocaba al decir que no le habían quedado cicatrices. Simplemente, hay cicatrices con las que hay que aprender a vivir.

Para la pérgola el cliente quería glicina. Logan indicó a sus hombres dónde debían plantarla y fue hasta el pequeño estanque, donde el cliente quería plantas acuáticas.

Se sentía melancólico, y cuando estaba así prefería trabajar solo. Llevaba la espadaña en contenedores y, tras ponerse las botas de agua, se metió en el estanque para colocarla. Si crecía a su aire, se extendería y asfixiaría todo lo demás, pero si la limitaban a sus tiestos, daría un bonito toque al conjunto. A continuación colocó tres nenúfares, y luego introdujo los lirios amarillos. Les gustaba tener la base mojada, y llenarían de color los bordes del estanque.

El trabajo lo hizo sentirse satisfecho y centrado, como siempre. Y dejó que una parte de su mente se dedicara a otros problemas. O que les diera vueltas durante un rato.

Quizá podía poner un pequeño estanque en la parte del jardín que protegería con muros en su casa. Pero sin espadaña. Loto enano tal vez, y un poco de talia como planta de fondo. Seguramente a Stella le gustaría más.

Había estado enamorado dos veces. Y ahora notaba otra vez las delicadas raíces del amor buscando un asidero en su interior. Seguramente podría haberlas arrancado. Seguramente tendría que haberlas arrancado.

¿Qué iba a hacer con una mujer como Stella y dos niños encantadores? A la larga acabarían desquiciados por la manera tan distinta que tenían de verlo casi todo. No, no creía que la pasión acabara por consumirlos; pero, Dios, cuando estuvo con ella en la cama había sido puro fuego. Quizá se irían apagando, como le habría pasado con Rae. Y eso era más doloroso y más triste que consumirse con una llamarada.

Y esta vez había dos niños en la ecuación.

¿No era por eso por lo que la fantasma le había dado una buena patada en el culo? Le resultaba difícil aceptar que estaba sudando bajo un aire bochornoso y

un cielo encapotado, y pensando en su encuentro con un fantasma. Siempre había creído que su actitud con esas cosas era muy abierta, hasta que se había encontrado cara a cara con uno.

Lo cierto, comprendió mientras echaba mantillo para los bordes del estanque, es que nunca había creído en fantasmas. Para él aquello no eran más que patrañas, leyendas. Se suponía que las casas antiguas tenían fantasmas porque les daban encanto, y en el sur aquellas cosas les encantaban. Él lo había aceptado como parte de su cultura y quizá también como algo que solo podía pasarle a otro. Sobre todo si ese otro estaba algo bebido o era demasiado impresionable.

Que no era su caso. Y, sin embargo, había sentido aquel aliento helado, y la ira. El fantasma quería hacerle daño, quería que se fuera. Que se alejara de los niños y de la madre.

Así que se había propuesto ayudar a descubrir la identidad de aquella cosa que deambulaba por la casa. Aunque en parte no podía evitar pensar si, fuera quien fuese, no tendría razón. ¿No sería mejor para todos que él se mantuviera al margen?

El teléfono que llevaba sujeto al cinturón sonó. Casi había terminado así que, en vez de no hacer caso, se quitó los guantes sucios de trabajo y contestó.

—Kitridge.

—Logan, soy Stella.

Su ritmo cardíaco se aceleró irremediablemente y eso le molestó.

—Sí. Tengo los jodidos impresos en la camioneta.

—¿Qué impresos?

—No sé, los que me querías reclamar.

—Resulta que no te llamo para reclamarte nada. —Había adoptado un tono tajante y profesional, y eso no hizo más que acelerarle el pulso y aumentar su irritación.

—Vaya, yo tampoco tengo tiempo para charlar. Voy muy apurado.

—Bueno, pues si es así, me gustaría que me dieras hora para una consulta. Tengo aquí una clienta que quiere que vayas a su casa para asesorarla. Así que si me dices más o menos cuáles son tus planes para hoy, podré decirle si la puedes ver y a qué hora.

—¿Dónde?

Stella le leyó una dirección que estaba a veinte minutos. Logan echó un vistazo al lugar donde estaba trabajando, hizo cálculos.

—Hacia las dos.

—Bien. Se lo diré. La cliente se llama Marsha Fields. ¿Necesitas alguna otra información?

—No.

—Bien.

Logan oyó el clic del otro teléfono y le molestó no haber sido el primero en colgar.

Aquella noche, cuando llegó a casa Logan estaba cansado, sudado y de mejor humor. Normalmente el esfuerzo físico lo tranquilizaba, y ese día había trabajado mucho. Había trabajado con un tiempo bochornoso, luego hubo un breve chaparrón primaveral. Él y sus hombres pararon para comer cuando la tormenta estaba más fuerte. Se sentaron en la camioneta, demasiado caldeada, y mientras la lluvia azotaba las ventanillas, se comieron unos buenos bocadillos con pescado, tomate, lechuga y mayonesa y bebieron algo.

El trabajo para los Fields ofrecía muchas posibilidades. La mujer era quien llevaba la voz cantante, y tenía ideas muy concretas. Y, dado que a Logan la mayoría le gustaban, estaba deseando plasmar algunas sobre el papel para ampliarlas o pulirlas.

Y, como resulta que la prima de Marsha por el lado de su madre era prima segunda de Logan por parte de su padre, la consulta se había alargado más de lo normal y había transcurrido agradablemente.

Y seguramente le enviaría más clientes.

Tomó la última curva de la carretera de bastante buen humor, pero ese humor se enturbió considerablemente al ver el coche de Stella aparcado detrás del suyo delante de su casa.

No le apetecía verla en aquel momento. No se había preparado mentalmente, y yendo allí solo conseguiría echarlo todo a perder. Él lo que quería era ducharse y tomarse una cerveza, un poco de tranquilidad. Y luego quería cenar oyendo el canal deportivo de fondo, con su trabajo extendido sobre la mesa de la cocina.

En aquel escenario no había sitio para una mujer.

Aparcó, totalmente decidido a echarla. No estaba en el coche, ni en el porche. Se preguntó si el hecho de que se hubieran acostado juntos podía hacer que una mujer como Stella se sintiera con derecho a entrar en su casa en ausencia de él. No, imposible, Stella no, pensó, y en ese momento oyó el chorro de la manguera de su jardín.

Se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la parte de atrás rodeando la casa.

Stella estaba en el patio, con unos pantalones grises cómodos (de los que quedan unos centímetros por encima del tobillo) y una blusa azul ancha. Llevaba el pelo recogido en una cola de rizos que por un motivo que no podía explicar le parecía terriblemente sexy. Y, como el sol se había abierto paso entre las nubes, se había puesto unas gafas de sol grises para protegerse los ojos.

Se la veía limpia y arreglada, e iba con cuidado para no mojarse sus zapatos grises de lona.

—Hoy ha llovido —dijo él en voz alta.

Ella siguió remojando sus plantas.

—No lo suficiente.

Terminó lo que estaba haciendo y le quitó el difusor a la manguera, aunque seguía con ella en la mano cuando se volvió a mirarlo.

—Me doy perfecta cuenta de que tienes tu propio estilo y tus estados de ánimo, y son asunto tuyo. Pero no tolero que me hablen como me has hablado hoy. No permitiré que me trates como a una estúpida mujer que llama a su novio al trabajo para decirle ternezas, ni como a una socia que te llama para molestarte con detalles. Porque no soy ni una cosa ni la otra.

—¿No eres mi novia ni mi socia?

Logan vio perfectamente cómo apretaba la mandíbula.

—Cuando te llame durante la jornada de trabajo, será porque tengo un motivo. Como ciertamente ha pasado esta mañana.

Tenía razón, pero no pensaba decírselo.

—Hemos conseguido el trabajo con los Fields.

—Qué bien.

Logan tuvo que morderse la cara interna de la mejilla para contener la sonrisa ante aquel comentario tan agrio.

—Le prepararé un diseño, con el presupuesto correspondiente. Tendrás una copia de ambos. ¿Te parece bien?

—Sí. Lo que no...

—¿Dónde has dejado a los niños?

Aquello la descolocó.

—Mi padre y su mujer han ido a recogerlos al colegio. Hoy cenarán en su casa y pasarán la noche allí. Yo tengo que ir con Hayley a una clase de preparación para el parto.

—¿A qué hora?

—¿A qué hora qué?

—La clase.

—A las ocho y media. No he venido a charlar, Logan, ni para que me apacigües. Me molesta mucho que... —Sus ojos se abrieron desmesuradamente y luego se entrecerraron, porque Logan había empezado a acercarse con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas—. Ni se te ocurra. En estos momentos nada me apetece menos que besarte.

—Pues entonces te besaré yo, a ver si despierto tu interés.

—Lo digo en serio. —Apunto la manguera como un arma—. No te acerques. Quiero dejar las cosas bien claras.

—He captado el mensaje. Venga, dispara —la invitó—. Hoy he sudado un montón, no me iría mal una ducha.

—Ya basta. —Retrocedió varios pasos mientras él avanzaba—. Esto no es un juego, no tiene gracia.

—Me pones a mil cuando me hablas con ese tono.

—Yo no hablo con ningún tono.

—De maestra yanqui. Si lo perdieras lo iba a sentir mucho. —Hizo ademán de cogerla e instintivamente Stella apretó el puño sobre la manguera. Y le acertó.

El chorro le dio en mitad del pecho y Stella no pudo contenerse y soltó una risita.

—No quiero jugar contigo, Logan. Esto va en serio.

Goteando, él hizo amago de cogerla otra vez, hacia la izquierda. Esta vez Stella chilló, soltó la manguera y echó a correr.

Él la agarró por la cintura, y la levantó del suelo. Sorprendida e incrédula, Stella pataleó, forcejeó, y se quedó sin respiración cuando aterrizó en el suelo, encima de Logan.

—Suéltame, imbécil.

—No veo por qué. —Dios, qué sensación tan agradable estar en el suelo. Sobre todo en compañía de Stella—. Mírate, te cueles en mi casa, estás regando mis plantas, dándome un discursito. —Rodó y se puso encima de ella—. Creo que en mi casa puedo hacer lo que yo quiera.

—Basta. Aún no he terminado de regañarte.

—Seguro que puedes volver a empezar donde lo habías dejado. —Y le dio un mordisco juguetón en el mentón, luego otro.

—Estás mojado, sudado, y se me está manchando la... —El resto quedó

sofocado por la boca de Logan, y Stella habría jurado que el agua que había entre los dos se convirtió en vapor.

—No puedo... no puedo... —Pero sus explicaciones quedaron algo apagadas—. En el patio.

—¿Qué te apuestas?

No podía evitar desearla. ¿Por qué sentía en su interior el impulso de refrenarse? Deseaba la solidez y sensatez de su interior, la dulzura de los contornos. Quería a la mujer obsesionada con los impresos que podía jugar con sus hijos tirada en el suelo. A la mujer que regaba sus plantas mientras le echaba un rapapolvo.

Y que vibraba bajo su cuerpo cuando la acariciaba sobre la hierba.

Sus manos la acariciaron, pasando con avidez por los pechos, las caderas. Sus labios hambrientos saborearon su cuello, el hombro, el pecho.

Stella sintió que se derretía, pero incluso así el calor la llenó de vida y movimiento.

Era una locura. Algo salvaje y disparatado, pero no podía detenerse. Rodaron sobre la hierba, como dos cachorritos enloquecidos. Logan olía a sudor, a trabajo y humedad. Y, Dios, olía a hombre. Un olor fuerte, extraordinario, sensual.

Stella hundió las manos en la mata de pelo ondulado, que ya mostraba más claras por el sol, y atrajo su boca a la suya. Le mordisqueó el labio, la lengua.

—El cinturón. —Tuvo que hacer un esfuerzo para respirar—. Se me está clavando...

—Perdona.

Logan se incorporó para quitárselo y se detuvo a mirarla.

Su pelo se había soltado. Tenía los ojos encendidos, la piel arrebolada. Y sintió que las raíces cogían.

—Stella.

Logan no sabía muy bien qué quería decir. En su cabeza las palabras estaban confundidas, tan llenas de sentimiento que no encontró la forma de traducirlas.

Pero ella sonrió, con un gesto tan lento y encendido como sus ojos.

—Deja que te ayude con eso.

Le soltó el botón de los vaqueros, bajó la cremallera. Y su mano lo tocó, como un torno de terciopelo. Tenía el cuerpo duro como el acero, y la mente y el corazón totalmente indefensos.

Stella se arqueó para llegar a él y sus labios rozaron su pecho desnudo, trazando con los dientes una línea de fuego que resultaba casi dolorosa.

Y entonces se colocó encima y lo desarmó por completo. Lo envolvió.

Stella oía el canto de los pájaros, la brisa, olía la hierba y la piel húmeda. Un heliotropo salió volando del tiesto que había regado. Sentía los músculos de Logan, como cuerdas tensas, sus hombros anchos, las ondas sorprendentemente suaves de su pelo.

Y, al bajar la vista, vio que se había perdido dentro de ella.

Echó la cabeza hacia atrás, y siguió moviéndose, hasta que ella también se perdió.

Stella yacía sobre Logan, mojada, desnuda, algo confusa. Una parte de su cerebro era consciente de que Logan la estaba abrazando como si fueran los supervivientes de un naufragio.

Giró la cabeza para apoyarla sobre su pecho. Quizá se habían fundido el uno al otro. Acababa de hacer el amor con un hombre a plena luz del día, en el patio.

—Esto es una locura —musitó, pero no fue capaz de moverse—. ¿Y si pasa alguien?

—La gente que entra sin invitación se tiene que aguantar lo que encuentra.

Su voz cansina contrastaba con la fuerza con que la tenía abrazada. Stella levantó la cabeza para mirarlo. Tenía los ojos cerrados.

—¿Y esto es lo que encuentra?

Las comisuras de su boca se levantaron un poquito.

—Parece que sí.

—Me siento como si tuviera dieciséis años. Dios, nunca hice algo así cuando era adolescente. Necesito recuperar mi sano juicio. Necesito mi ropa.

—Espera. —La apartó a un lado y se levantó.

Evidentemente, pensó Stella, no le importa andar por fuera de la casa como Dios lo trajo al mundo.

—He venido aquí para hablar contigo, Logan, en serio.

—Has venido a darme una patada en el culo —dijo corrigiéndola—. En serio. Y lo estabas haciendo muy bien.

—No había terminado. —Se volvió ligeramente y cogió la goma para el pelo—. Pero lo haré en cuanto me vista y...

Stella gritó como gritan las mujeres cuando las están asesinando con un cuchillo de cocina.

Y luego barboteó, porque el chorro que Logan le lanzó con la manguera le

llenó de agua la boca.

—He pensado que nos iría bien refrescarnos un poco.

Sencillamente, no habría sido propio de Stella correr desnuda por la hierba, ni siquiera en aquella situación, así que se hizo un ovillo, con las rodillas contra el pecho y los brazos alrededor de las rodillas, y lo insultó con vehemencia y creatividad.

Logan rio tanto que pensó que se le iban a partir las costillas.

—¿Dónde ha aprendido una chica educada como tú esas palabras tan feas? ¿Cómo voy a besar una boca capaz de escupir esas cosas?

Mientras Logan sujetaba la manguera sobre su cabeza y se daba una ducha improvisada, Stella le lanzó una mirada fulminante.

—Qué gusto. ¿Quieres una cerveza? —dijo él.

—No, no quiero una cerveza. Desde luego que no quiero ninguna jodida cerveza. Quiero una jodida toalla. Burro, ahora se me ha mojado la ropa.

—La pondremos en la secadora. —Soltó la manguera y cogió la ropa de Stella—. Vamos dentro. Te daré una toalla.

Y se fue hacia la puerta trasera, desnudito, tranquilamente. Así que a Stella no le quedó más remedio que seguirlo.

—¿Tienes una bata? —le preguntó con tono frío y resentido.

—¿Y yo para qué quiero una bata? Aguanta un poco, pelirroja.

Y la dejó en la cocina, chorreando agua y empezando a temblar.

Unos minutos más tarde regresó vestido con unos pantalones de chándal raídos, con dos grandes toallas de baño.

—Esto te servirá. Sécate. Yo pondré esto en la secadora.

Y, mientras ella se liaba con una de las toallas, Logan se llevó su ropa a lo que supuso que sería el lavadero. Con la otra toalla se puso a secarse el pelo, que a aquellas alturas estaría total y absolutamente irrecuperable. Oyó que la secadora empezaba a funcionar.

—¿Y vino, te apetece un poco de vino? —preguntó Logan cuando volvió—. ¿O café, o lo que sea?

—Escucha...

—Mira, pelirroja, te juro que he tenido que escucharte más de lo que he escuchado nunca a ninguna mujer. Y no consigo entender por qué me estoy enamorando de ti.

—No me gusta que me... ¿Cómo dices?

—Al principio fue por el pelo. —Abrió la nevera y sacó una cerveza—. Pero

eso solo era atracción. Y la voz. —La abrió y dio un largo trago de la botella—. Pero eso son tonterías. Son muchas cosas pequeñas, y otras más grandes. No sé qué es, pero cuando estás cerca me vuelves loco.

—Yo... tú... ¿crees que te estás enamorando de mí y tu forma de demostrarlo es tirarme al suelo y comportarte como un obseso sexual y luego bañarme con una manguera?

Él dio otro trago, más lento, más contemplativo, se frotó el pecho desnudo.

—En ese momento me ha parecido lo más apropiado.

—Vaya, es encantador.

—No quería ser encantador. No he dicho que quisiera enamorarme de ti. En realidad, solo de pensarlo hoy he estado de bastante mal humor.

Stella entrecerró los ojos, hasta que se vieron de un azul encendido e intenso.

—¿En serio?

—Pero ya me siento mejor.

—Oh, estupendo. Es maravilloso. Dame mi ropa.

—Todavía no está seca.

—No importa.

—Los del norte siempre con tantas prisas. —Se recostó cómodamente en la encimera—. Y he estado pensando otra cosa.

—Tampoco me interesa.

—Y esa cosa es que he estado enamorado, enamorado de verdad, solo dos veces. Y las dos... Lo diré sin tapujos. Las dos la cosa se fue a la mierda. Es posible que ahora pase lo mismo.

—A lo mejor ya ha pasado.

—No. —Sus labios se curvaron—. Estás enfadada, estás asustada. No soy lo que andabas buscando.

—No buscaba nada.

—Yo tampoco. —Dejó la cerveza y borró de un plumazo el mal humor de Stella acercándose a ella y rodeándole el rostro con las manos—. Quizá podría parar lo que sea que me está pasando. Quizá debería pararlo. Pero te miro, te toco, y el peligro de enamorarse no solo se acerca más, sino que cada vez me atrae más.

Le rozó la frente con los labios, y entonces la soltó y retrocedió.

—Cada vez que creo entender una parte de ti, me sales con algo totalmente diferente —dijo Stella—. Yo solo he estado enamorada de verdad una vez. Y era todo lo que siempre he deseado. En cambio, ahora no sé qué quiero, Logan,

aparte de lo que ya tengo. Y no sé si tendré el valor de volver a atravesar esa línea.

—Si las cosas siguen así, es posible que si no cruzas tú la línea, tenga que empujarte.

—No es fácil empujarme, Logan. —Esta vez fue ella quien se acercó, y lo cogió de la mano—. Me conmueve profundamente que me lo hayas dicho, que puedas sentir eso por mí. Pero necesito tiempo para entender lo que está pasando en mi interior.

—Ayudaría mucho —dijo él tras un momento— si te esforzaras por seguir a mi ritmo.

Su ropa estaba seca, pero con unas arrugas imposibles. El pelo se le había encrespado y seguramente tenía el doble de su volumen normal.

Salió del coche a toda prisa, y la mortificó ver que Hayley y Roz estaban sentadas en el porche, tomando algo.

—Tengo que cambiarme —gritó—. No tardo nada.

—Hay tiempo —le respondió Hayley y frunció los labios mientras veía a Stella entrar corriendo en la casa—. ¿Sabes —le dijo a Roz— lo que significa que una mujer se presente con la ropa arrugada y manchas de hierbas en el culo de los pantalones?

—Imagino que ha estado en casa de Logan.

—Un bonito revolcón en el jardín.

Roz se atragantó con el té, tuvo que contener la risa.

—Hayley, por Dios.

—¿Lo has hecho alguna vez en la calle?

Esta vez Roz se limitó a suspirar.

—En un pasado muy, muy lejano.

Stella era lo bastante inteligente para saber que estaban hablando de ella. En consecuencia, cuando entró a toda prisa en su habitación, el rubor no solo le cubría el rostro, sino buena parte del cuerpo. Se quitó la ropa y la tiró en una canasta.

—No tengo motivo para estar abochornada —se dijo a sí misma mientras abría el armario—. Ninguno. —Sacó ropa interior limpia y se sintió más normal

en cuanto se la puso.

Y, cuando fue a coger la blusa, sintió el frío.

Se abrazó a sí misma, medio esperando que un jarrón o una lámpara salieran disparados contra ella.

Pero sacó fuerzas de flaqueza, se dio la vuelta, y vio al fantasma. Por primera vez la vio con claridad, aunque la luz del crepúsculo la traspasaba como si no fuera más que humo. Aun así, Stella vio su rostro, su figura, los rizos, los ojos torturados.

La dama de Harper estaba en la puerta que conectaba con el cuarto de baño.

Pero lo que Stella vio en su rostro no era ira. No era desaprobación. Era un pesar profundo y terrible.

El miedo de Stella se transformó en compasión.

—Me gustaría ayudarte. Quiero ayudarte. —Sujetando todavía la blusa contra el pecho, Stella dio un paso al frente algo vacilante—. Me gustaría saber quién eres y qué te pasó. Por qué estás tan triste.

La mujer volvió la cabeza y miró con ojos llorosos a la habitación que tenía a su espalda.

—No se han ido —se oyó decir Stella a sí misma—. Nunca los dejaría marchar. Son mi vida. Están con mi padre y su mujer... sus abuelos. Es un día de fiesta para ellos, nada más. Una noche en la que los pueden mimar y consentir y en que pueden comer todo el helado que quieran. Mañana estarán de vuelta.

Dio un segundo paso con cautela, aunque sentía la garganta totalmente seca.

—Les encanta estar con mi padre y con Jolene. Pero, cuando no están, todo parece muy silencioso, ¿verdad?

Dios santo, estaba hablándole a un fantasma. Tratando de entablar conversación. ¿Cómo había llegado a esos extremos?

—¿Puedes decirme algo sobre ti, alguna cosa que me ayude? Estamos tratando de averiguar quién eres, y cuando lo sepamos quizá podríamos ayudarte... ¿Puedes decirme tu nombre?

Aunque la mano le temblaba, Stella la levantó. Aquellos ojos torturados se encontraron con los suyos y la mano de Stella pasó por la figura. Había frío, y sintió una especie de sacudida, y luego ya no había nada.

—Sé que puedes hablar —le dijo Stella a la habitación vacía—. Si puedes cantar, también puedes hablar. ¿Por qué no lo haces?

Stella se vistió, sintiéndose profundamente conmovida, y trató de sujetarse el pelo con una horquilla. Su corazón aún latía con violencia cuando se maquilló,

medio esperando ver aquel rostro torturado en el espejo.

Se puso los zapatos y bajó. De momento dejaría atrás la muerte, pensó, y se prepararía una nueva vida.

17

Quizá el ritmo había aflojado, pero la cantidad de horas era mortal. Mientras la primavera se volvía de un verde exuberante y las temperaturas alcanzaban valores que a Stella le parecían de pleno verano, los clientes satisfechos seguían acudiendo al invernadero para comprar, pero también por el placer de pasar una hora deambulando entre las plantas y charlando con el personal o con los otros clientes.

Y, aun así, cada día salían por la puerta carros y más carros de plantas decorativas, tiestos de plantas vivaces, y un sinfín de arbustos y árboles ornamentales.

Controlaba la preparación de los ejemplares cultivados en el exterior, con el cepellón bien envuelto en tela de saco, y se apresuraba a rellenar los huecos que se iban abriendo en las mesas añadiendo plantas del invernadero. Conforme las jardineras con composiciones de diferentes plantas y las canastas con flores volaban, ella creaba más.

Llamaba continuamente a los proveedores para pedir más material: más fertilizante, más semillas para césped, más hormona de enraizamiento, más de todo.

Armada con su carpeta, comprobó minuciosamente el inventario, y fue a suplicarle a Roz que pusieran ya a la venta parte de las plantas más jóvenes.

—No están listas. El año que viene.

—Si seguimos a este ritmo nos quedaremos sin aguileñas, sin astilbes, sin hostas... —Agitó la carpeta—. Roz, hemos agotado el treinta por ciento de nuestras existencias de plantas vivaces. Tendremos suerte si llegamos a finales de mayo con el material que tenemos.

—Y el ritmo de ventas disminuirá. —Roz examinó con mimo los esquejes de un portainjertos de clavel—. Si pongo a la venta plantas que no están listas el cliente no estará contento.

—Pero...

—Estos claveles no florecerán hasta el año que viene. Los clientes quieren flores, Stella, ya lo sabes. Quieren adquirir las plantas cuando están floreciendo o a punto de hacerlo. No quieren tener que esperar un año para ver su recompensa.

—Lo sé. Pero...

—Estás demasiado entusiasmada con el trabajo. —Con su mano enguantada, Roz se rascó debajo de la nariz—. Como todo el mundo. Dios, Ruby no deja de sonreír como si hubiera vuelto a ser abuela. Y Steve me quiere chocar los cinco cada vez que me ve.

—Adoran este sitio.

—Yo también. Lo cierto es que este ha sido nuestro mejor año. En parte es por el tiempo. Estamos teniendo una bonita primavera. Pero también porque hemos contratado a una directora eficiente y entusiasta. Y, sin embargo, aquí lo primero sigue siendo la calidad. La cantidad va después.

—Tienes razón, por supuesto. Pero es que no puedo soportar la idea de que se nos agote algún producto y tengamos que mandar al cliente a otro sitio.

—Seguramente no hará falta llegar a eso, sobre todo si somos lo bastante listos para ofrecerles una bonita alternativa a lo que buscan.

Stella suspiró.

—Tienes razón otra vez.

—Y si tuviéramos que recomendarles otro centro de jardinería...

—Los clientes se sentirán satisfechos e impresionados ante nuestro interés por complacerlos. Por eso tú eres la propietaria de un lugar como éste y yo la directora.

—También ayuda el hecho de que haya nacido y me haya criado aquí. De aquí a unas semanas, la temporada de primavera para comprar y plantar habrá terminado. Después de mediados de mayo, los clientes que vengan buscarán sobre todo material o accesorios, una cesta, una jardinera ya preparada, o alguna planta para sustituir alguna que haya muerto o haya perdido ya las flores. Y cuando llegue el calor de junio, estarás deseando librarte de las plantas de primavera y verano que aún nos queden para poder empezar a preparar el género para el otoño.

—En Michigan sería muy arriesgado tratar de plantar nada antes de mediados de mayo.

Roz pasó a la siguiente cubeta con esquejes.

—¿Lo echas de menos?

—Me gustaría poder decir que sí, porque lo contrario quizá parezca desleal. Pero la verdad es que no. No he dejado nada en Michigan, solo recuerdos.

Y eran los recuerdos lo que la preocupaba. Había tenido una buena vida con un hombre al que amaba. Y, al perderlo, esa vida quedó truncada. Aquello la había dejado muy tocada y le provocó un fuerte sentimiento de inseguridad. Pero, había seguido adelante por sus hijos, aunque en su corazón sentía mucho más que dolor. Sentía miedo.

Pero Stella había combatido el miedo y había conservado los recuerdos.

Ella había perdido un marido. Sus hijos habían perdido a su padre. El recuerdo que Gavin conservaba de él era más borroso a cada año que pasaba, aunque era un recuerdo dulce. Luke era demasiado pequeño para recordarlo con claridad. Parecía tan injusto... Si su relación con Logan se convertía en algo serio mientras los niños eran tan pequeños...

Supuso que era un poco como el hecho de no añorar su hogar. Parecía una deslealtad.

Entró en la sala de exposición y vio varios clientes con sus carros, recorriendo las mesas, y a Hayley acuclillándose para levantar un tiesto con un madroño.

—¡No lo hagas! —El grito hizo que varias cabezas se volvieran, pero Stella pasó con decisión entre los curiosos y miró hecha una furia a Hayley—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Hemos vendido las jardineras de exposición. He pensado que esta quedaría bien junto al mostrador.

—Seguro que sí. ¿Te has fijado lo embarazada que estás?

Hayley se miró su voluminoso vientre.

—Es un poco difícil no verlo.

—Si quieres cambiar de sitio una jardinera, pídele a alguien que lo haga.

—Soy fuerte como un buey.

—Y estás embarazada de ocho meses.

—Hazle caso, niña. —Una de las clientes le dio una palmadita en el brazo—. No es bueno que te fuerces. Cuando el pequeño nazca te pasarás el día levantando cosas. Aprovecha ahora que puedes y deja que te mimen un poco.

—No puedo dejar de vigilarla —dijo Stella—. Esa lobelia es preciosa, ¿verdad?

La mujer miró su carro.

—Sí, me encanta ese azul tan intenso. Estaba pensando llevarme un poco de salvia roja para acompañarla, y tal vez complementar el conjunto con cosmos.

—Es perfecto. Encantador y colorido, y tendrá flores toda la temporada.

—Aún me queda sitio en la parte trasera del parterre, pero no sé muy bien qué coger. —Se mordió el labio mientras escudriñaba las mesas atestadas de posibilidades—. No me iría mal un poco de consejo si tiene tiempo.

—Para eso estamos. Tenemos unas malvarrosas excelentes, lo bastante altas para acompañar al cosmos. Y si quiere algo para colocar detrás de la salvia, creo que esas caléndulas quedarían muy bien. ¿Ha visto la perilla?

—Ni siquiera sé lo que es —dijo la mujer con una risa.

Stella le mostró la planta, con hojas de un púrpura intenso, e hizo que Hayley reuniera varias caléndulas. Entre las dos llenaron otro carro.

—Me alegra que también se haya decidido por el aliso. Mire cómo el blanco de sus flores realza los colores de las otras plantas. En realidad, el orden en que los ha colocado en el carro le dará una idea bastante aproximada de cómo quedarán en su jardín. —Stella señaló los dos carros—. Se aprecia perfectamente cómo las plantas se complementan entre sí.

—Estoy impaciente por plantarlas. Mis vecinos se pondrán verdes de envidia.

—Mándenlos.

—No sería la primera vez. Vengo a este centro desde que abrió. Antes vivía a poco más de un kilómetro, pero hace un par de años me mudé a Memphis. Ahora estoy a unos treinta kilómetros, pero aquí siempre encuentro algo especial, por eso no he dejado de venir.

—Es agradable oír eso. ¿Hay algo más que Hayley o yo podamos hacer por usted? ¿Necesita hormona de enraizamiento, mantillo, fertilizante?

—Con eso me puedo entender yo sola. Pero, de hecho —le sonrió a Hayley—, ya que este carro ya está lleno, si alguno de esos jóvenes fornidos me pudiera llevar ese tiesto a la caja y luego llevarlo hasta mi coche, no me iría mal.

—Enseguida me ocupo. —Stella le dedicó a Hayley una última mirada de advertencia—. Y tú, haz el favor de comportarte.

—¿Sois hermanas? —le preguntó la mujer a Hayley.

—No. Es mi jefa. ¿Por qué?

—Me recuerdan a mi hermana y a mí. Yo aún regaño a mi hermana menor, igual que ha hecho tu jefa, sobre todo cuando estoy preocupada por ella.

—¿De verdad? —Hayley miró en la dirección por donde Stella se había ido

—. Entonces me parece que debemos de ser como hermanas.

Si bien estaba de acuerdo en que el ejercicio era bueno para las embarazadas, no estaba dispuesta a permitir que Hayley trabajara todo el día y luego recorriera a pie el casi kilómetro que había hasta la casa a aquellas alturas del embarazo. Hayley se quejaba, pero cada noche Stella la llevaba en coche.

—Me gusta caminar.

—Cuando llegemos a casa y comas algo, podrás dar un agradable paseo por el jardín. No pienso dejar que vuelvas sola a casa, a pie por el bosque.

—¿Es que te piensas pasar las próximas cuatro semanas atosigándome?

—Por supuesto.

—¿Conoces a la señora Tyler? La señora a la que hemos ayudado a escoger todas esas plantas anuales.

—Ajá.

—Pues me ha preguntado si éramos hermanas, porque me atosigas igual que ella hace con su hermana pequeña. Cuando lo ha dicho me ha parecido bonito. Ahora lo encuentro de lo más irritante.

—¡Qué pena!

—Me puedo cuidar yo sola.

—Yo también.

Hayley suspiró.

—Cuando no eres tú, es Roz. ¿Qué vendrá después, la gente empezará a portarse como si fueran mi madre?

Stella bajó la vista y vio que Hayley se quitaba los zapatos.

—¿Te duelen los pies?

—Mis pies están perfectamente.

—Tengo una pomada para los pies que va estupenda. ¿Por qué no te pones un poco cuando llegemos a casa y pones los pies en alto un rato?

—Ya casi no me llego. Me siento...

—Gorda, torpe y lenta —terminó de decir Stella por ella.

—Y estúpida y mala. —Se echó el flequillo húmedo hacia atrás, y hasta pensó en cortárselo—. Acalorada y enfadada.

Stella puso el aire acondicionado, y Hayley sintió que los ojos empezaban a escocerle por el remordimiento y la sensación de desdicha.

—Sois todos tan buenos conmigo... Y yo ni siquiera os lo agradezco. Me

siento como si llevara toda la vida embarazada y fuera a estarlo para siempre.

—Te aseguro que no.

—Y yo... Stella, cuando pasaron ese vídeo en la clase de preparación y vi a esa mujer pariendo... No podré hacerlo, sé que no podré.

—Yo estaré a tu lado. Todo irá bien, Hayley. No digo que no vaya a ser duro, pero también es emocionante.

Entró con el coche en el camino de acceso. Allí estaban sus hijos, corriendo por el patio con el perro y con Harper en lo que parecía un partido de *wiffle ball*.

—No me imagino teniendo un bebé. Antes sí podía, pero ahora que el día se acerca... no puedo.

—Claro que no puedes. Nadie puede imaginar realmente un milagro. Es normal que estés nerviosa.

—Entonces creo que lo estoy haciendo muy bien.

Cuando paró el coche, los niños se acercaron corriendo.

—¡Mamá, mamá! Estamos jugando un partido olímpico de *wiffle ball* y le hemos dada a la pelota un millón de veces.

—¿Un millón? —Stella se apeó del coche y miró a Luke abriendo mucho los ojos—. Eso debe de ser un récord.

—Ven a jugar, mamá. —Gavin la cogió de la mano mientras Parker le daba con las patas en las piernas—. ¡Por favor!

—De acuerdo. Pero no creo que yo pueda golpear la bola un millón de veces.

Harper rodeó el coche para ir hacia el lado de Hayley. Los rizos húmedos le sobresalían por debajo de la gorra de béisbol y tenía manchas de tierra y de hierba en la camiseta.

—¿Necesitas ayuda?

Hayley no conseguía meter los pies en los zapatos. Se los sentía calientes e hinchados, no parecían sus pies. Sintió las ganas de llorar en la garganta.

—Estoy embarazada —espetó—, no soy ninguna inválida.

Dejó los zapatos en el coche y trató de bajar y, sin poderse contener, dio un manotazo a la mano que Harper le ofrecía.

—Déjame en paz, ¿quieres?

—Perdona. —Y se metió las manos en los bolsillos.

—No puedo ni respirar sin tener a todo el mundo encima. —Echó a andar hacia la casa, lo más dignamente que pudo.

—Está cansada —le dijo Stella a Harper; pero, tanto si eso era estarle encima como si no, no le quitó el ojo de encima a Hayley hasta que vio que entraba—.

Cansada y nerviosa. Es por el embarazo.

—Quizá no debería trabajar.

—Si se lo dijera, creo que explotaría. El trabajo la distrae. Todos estamos atentos para asegurarnos de que no se excede, y supongo que en parte ése es el problema. Supongo que se siente un poco abrumada.

—¡Mamá!

Stella levantó una mano para aplacar a sus impacientes hijos.

—Le habría dado un manotazo a cualquiera que le hubiera ofrecido la mano. No era nada personal.

—Claro. Bueno, tengo que ir a asearme. —Se volvió de nuevo hacia los niños, que se estaban peleando por el bate de plástico—. Seguiremos luego. Y la próxima vez os pienso ganar a los dos.

La tarde era bochornosa, un anticipo del verano que esperaba a la vuelta de la esquina. Incluso con el aire acondicionado puesto, Stella sudaba en su pequeño despacho. Como concesión al tiempo, se había puesto un jersey de punto de tirantes y unos finos pantalones de algodón. Había dejado el pelo por imposible y lo recogió lo mejor que pudo en lo alto de la cabeza.

Acababa de terminar el esquema del programa de trabajo para la semana siguiente y estaba a punto de actualizar una de sus hojas de cálculo, cuando llamaron a la puerta.

—Pase.

Automáticamente cogió el termo de café helado que había empezado a prepararse cada mañana. Y el corazón le dio un vuelco cuando vio entrar a Logan.

—Hola. Pensaba que hoy estarías trabajando en la casa de los Fields.

—Está lloviendo.

—Oh. —Se giró hacia su pequeña ventana y vio las cortinas de lluvia—. No me había dado cuenta.

—Todos esos números parecen muy absorbentes.

—Para algunos sí.

—Hace un buen día para hacer novillos. ¿Por qué no sales y gozamos un poco de la lluvia, pelirroja?

—No puedo. —Extendió los brazos para abarcar la mesa—. Tengo trabajo.

Logan se sentó en la esquina de la mesa.

—Está siendo una primavera muy ajetreada. No creo que a Roz le importe si te tomas un par de horas libres una tarde de lluvia.

—Seguramente. Pero no lo haré.

—Me lo imaginaba. —Cogió un contenedor para lápices con una extraña forma y que era evidente que había hecho un niño. Lo examinó—. ¿Gavin o Luke?

—Gavin, cuando tenía siete años.

—¿Me estás evitando?

—No. Un poco —reconoció—. Pero no del todo. Hemos estado muy ocupadas, aquí y en casa. A Hayley solo le quedan tres semanas para salir de cuentas y prefiero no perderla de vista.

—¿Crees que podrías salir un par de horas el viernes por la noche, por ejemplo? Y vemos una película.

—Bueno, los viernes por la noche normalmente intento salir con los niños.

—Estupendo. Están pasando la nueva película de Disney. Puedo pasar a recogeros a las seis. Primero iríamos a comer pizza.

—Oh, yo... —Se recostó en el asiento y lo miró frunciendo el ceño—. Eso ha sido un golpe bajo.

—Mientras funcione...

—Logan, ¿has ido alguna vez al cine con un par de críos un viernes por la noche?

—No. —Se levantó y sonrió—. Debe de ser toda una experiencia.

Rodeó la mesa y, sujetándola por los codos, la levantó de la silla con tan poco esfuerzo que a Stella la boca se le hizo agua.

—Estaba empezando a añorarte.

Le rozó los labios con la boca y la mantuvo apretada contra él, para luego dejar que se deslizara contra su cuerpo hasta tocar el suelo. Stella le rodeó el cuello con los brazos y se quedaron así hasta que su mente volvió a la carga.

—Parece que yo también te añoraba —dijo Stella retrocediendo—. He estado pensando.

—Apuesto a que sí. Tú sigue con eso. —Le tiró de un mechón suelto de pelo—. Nos vemos el viernes.

Stella volvió a sentarse cuando él se fue.

—Pero me cuesta recordar lo que pienso.

Logan tenía razón. Fue toda una experiencia. Y se manejó mejor de lo que Stella esperaba. No parecía tener problemas para charlar de cosas de críos. De hecho, mientras comían la pizza, Stella acabó con la sensación de que era ella quien estaba fuera de sitio. Normalmente se las arreglaba a la perfección en sus conversaciones sobre cómics y béisbol, pero aquélla entraba en otra dimensión.

Hubo un momento en que habría jurado que el Wolverine de los X-Men había fichado para jugar como tercera base con los Atlanta Braves.

—Yo puedo comerme cincuenta porciones de pizza —anunció Luke mientras cortaban el círculo—. Y luego una tonelada de palomitas.

—¡Entonces vomitarás!

Stella iba a recordarle a Gavin que en la mesa no está bien hablar de vomitar, pero Logan se le adelantó.

—Lo más inteligente sería vomitar después de la pizza y así dejas sitio para las palomitas.

Aquel consejo tan divertido hizo que los niños se pusieran a hacer que vomitaban.

—¡Eh! —Luke puso cara de enfado—. El trozo de Gavin tiene más pepperoni. ¡Yo tengo dos y él tres!

Gavin dio un bufido y puso la cara de siempre, y Logan asintió.

—Oye, tienes razón. No es justo. Vamos a solucionarlo enseguida. —Cogió una rodaja de pepperoni de la porción de pizza de Gavin y se la comió—. Ahora estáis iguales.

Más risas. Los niños comieron como estibadores, armaron un gran revuelo, y cuando llegaron al cine estaban tan entusiasmados que Stella temió que empezarían a alborotar.

—Recordad que durante la película tenéis que estar calladitos —les advirtió—. Hay más gente aquí además de nosotros.

—Lo intentaré —dijo Logan solemnemente—. Pero a veces no puedo evitarlo y hablo.

Los niños no dejaron de reír tontamente hasta el puesto de palomitas.

Stella conocía hombres que montaban un espectáculo para los hijos de la mujer... y lo hacían solo para conseguir a la mujer. Y conocía a algunos que trataban sinceramente de entretener a los niños porque para ellos eran una novedad interesante, pensó cuando se sentaron en sus asientos con sus conos de palomitas.

Aun así, se lo veía a gusto con ellos, y un hombre de treinta y pico que al

menos aparenta estar disfrutando de una película sobre monos que hablan tiene mucho mérito.

Como Stella esperaba, a mitad de la película Luke empezó a revolverse en su asiento. Dos vasos de gaseosa, una vejiga pequeña. Pero seguro que no querría ir al lavabo para no perderse nada. Y tendría una breve discusión entre susurros. Se inclinó hacia el niño, ya preparada. Pero Logan se le había adelantado. No oyó lo que le dijo a Luke al oído, pero el niño rio tontamente y los dos se levantaron.

—Volvemos enseguida —le susurró a Stella cuando salía con Luke de la mano.

Muy bien, se dijo Stella con los ojos llorosos. Se había llevado a su hijo a hacer pipí.

Estaba perdida.

Dos niños contentísimos subieron a la parte de atrás del coche de Logan. En cuanto les pusieron el cinturón, se pusieron a botar y charlar sobre las partes que más les habían gustado de la película.

—Eh, chicos. —Logan se sentó frente al volante, y apoyó el brazo contra el asiento para mirar atrás—. A lo mejor queréis prepararos, porque voy a besar a vuestra madre.

—¿Por qué? —quiso saber Luke.

—Porque, como habréis observado, es guapa y sabe bien.

Se inclinó hacia ella y, cuando Stella le ofreció la mejilla, él le volvió la cara con la mano y le dio un beso suave y rápido en la boca.

—Tú no eres guapo —dijo Luke resoplando por la nariz—. ¿Cómo es que ella te ha besado?

—Mira, hijo, eso es porque soy un pedazo de hombre muy atractivo. —Guiñó un ojo por el espejo retrovisor y vio que Gavin lo miraba en silencio, con expresión especulativa. Arrancó el motor.

Luke se estaba durmiendo cuando llegaron a la casa, y su cabeza no dejaba de bambolearse mientras trataba de mantenerse despierto.

—Deja que lo suba en brazos.

—Puedo hacerlo yo. —Stella se inclinó para quitarle el cinturón de seguridad—. Ya estoy acostumbrada. Y no sé si es buena idea que vuelvas a subir.

—Vuestro fantasma tendrá que acostumbrarse. —Apartó a Stella y cogió a Luke en brazos—. Venga, rey de la pizza. Tú y yo nos vamos arriba.

—No estoy cansado.

—Por supuesto que no.

Bostezando, el niño apoyó la cabeza en su hombro.

—Hueles diferente que mamá, y tienes la piel más dura.

—¿Qué te parece?

Cuando ellos entraron, Roz salió al vestíbulo.

—Vaya, parece que lo habéis pasado bien. Logan, ¿por qué no bajas a tomar algo cuando hayáis acostado a los niños? Me gustaría hablar con los dos.

—Claro. Bajamos enseguida.

—Puedo llevarlos yo —empezó a decir Stella, pero Logan ya estaba subiendo la escalera con Luke en brazos.

—Yo iré sirviendo el vino. Buenas noches, cielo —le dijo Roz a Gavin, y sonrió a la espalda de Stella, que subía detrás de Logan.

Logan se puso a desatar los cordones de las Nike de Luke.

—Yo me encargo de eso —dijo Stella—. Baja ya.

Él siguió con las Nike, preguntándose si el nerviosismo que notaba en la voz de Stella se debía al fantasma o era por él. Pero era el niño silencioso que estaba junto a Stella quien acaparaba toda su atención.

—De acuerdo, acuéstalo tú. Gavin y yo vamos a tener una pequeña charla, ¿verdad, chico?

Gavin se encogió de hombros.

—No sé. A lo mejor.

—Tiene que acostarse.

—No tardaremos. ¿Por qué no pasas a mi despacho? —le dijo a Gavin, y, cuando señaló con el gesto el cuarto de baño, vio que él torcía el gesto.

—Logan —empezó a decir Stella.

—Cosas de hombres. Perdona. —Y le cerró la puerta en las narices.

Logan supuso que sería mucho más fácil para los dos si podían mirarse cara a cara, así que se sentó en el borde de la bañera. No estaba seguro, pero intuía que el niño estaba tan nervioso como él.

—¿Te ha molestado que le diera un beso a tu madre?

—No sé. A lo mejor. Una vez, cuando era más pequeño, vi a un hombre que también le daba un beso a mamá. Mi madre fue a cenar con él, y nos dejó con una canguro, y yo me levanté y vi que la besaba. Pero a mí no me gustaba,

porque sonreía todo el rato. —Y para ilustrar lo que decía enseñó los dientes.

—A mí tampoco me gusta.

—¿Besas a todas las chicas que son guapas? —espetó el niño.

—Bueno. Mira, yo he besado a bastantes chicas, pero tu madre es especial.

—¿Por qué?

El niño quería respuestas directas, y Logan decidió que intentaría dárselas.

—Porque me hace sentir algo raro en el corazón, de una forma buena. Las chicas nos hacen sentirnos raros de muchas maneras, pero cuando notas algo en el corazón eso significa que son muy especiales.

Gavin miró hacia la puerta cerrada, volvió a mirar a Logan.

—Mi padre la besaba. Me acuerdo.

—Eso es bueno. —Logan sintió un impulso que lo sorprendió, el impulso de acariciarle el pelo al niño. Pero no creyó que fuera el mejor momento, para ninguno de los dos.

Sabía que en aquella casa había más de un fantasma.

—Supongo que la quería mucho, y que ella lo quería a él. Tu madre me lo dijo.

—Papá no va a volver. Antes yo pensaba que sí, aunque mamá me decía que no. Cuando la señora empezó a venir por las noches, pensé que papá vendría también. Pero no ha venido.

¿Es posible que hubiera algo más duro para un niño que perder a su padre? Él mismo ya era un hombre hecho y derecho, y no podía imaginar el dolor que le causaría perder a uno de sus padres.

—Eso no significa que no se preocupe por vosotros. Estoy convencido. Cuando la gente que nos quiere se tiene que ir, sigue preocupándose por nosotros. Vuestro padre siempre os querrá.

—Entonces te verá besar a mamá, porque también la quiere a ella.

—Eso creo, sí. —Logan asintió—. Me gustaría pensar que no le importa, porque sabe que quiero hacerla feliz. A lo mejor, cuando nos conozcamos un poco mejor, a ti tampoco te importará.

—¿Tú también haces que mamá sienta algo raro en el corazón?

—Eso espero, porque no me gustaría nada ser yo solo quien lo siente. No sé si hago bien en decirte esto, Gavin. Nunca había tenido que hacer algo así. Pero quiero que sepas, que si decidimos ser felices todos juntos, los cuatro, tu padre seguirá siendo tu padre. Siempre. Quiero que sepas que lo entiendo, y lo respeto. De hombre a hombre.

—Vale. —Logan le tendió la mano y él sonrió levemente y la aceptó, y el gesto de su boca se convirtió en sonrisa—. De todas formas, tú me gustas más que el otro.

—Me alegra saberlo.

Cuando volvieron a la habitación, Luke ya estaba acostado y se había dormido. Logan se limitó a arquear las cejas ante la mirada inquisitiva de Stella y se apartó a un lado mientras ella acostaba a su otro hijo.

Cuando salieron al pasillo, la cogió de la mano.

—Si quieres saberlo pregúntale a él —dijo antes de que ella pudiera hablar—. Es asunto suyo.

—No quiero verlo preocupado.

—¿Te parecía preocupado cuando lo has acostado?

—No. —Suspiró—. No.

Cuando estaban en lo alto de la escalera, el frío los atravesó. Logan le rodeó la cintura en un gesto protector y la sujetó con fuerza a su lado. El frío pasó, como un pequeño latigazo.

Momentos después, la oyeron cantar.

—Está furiosa con nosotros —susurró Stella cuando Logan se dio la vuelta para volver a la habitación—. Con ellos no. No les hará daño. Dejémosla en paz. Abajo tenemos un monitor para bebés, así puedo oírlos si me necesitan.

—¿Cómo puedes dormir ahí arriba?

—Bueno, es curioso. Al principio dormía porque no acababa de creerlo. Y ahora duermo porque sé que de alguna forma ella los quiere. La noche que se quedaron en casa de mis padres, entró en mi habitación y lloró. Me dio mucha pena.

—¿Hablando de fantasmas? —preguntó Roz—. Justamente yo estaba pensando en lo mismo. —Les ofreció el vino, que ya estaba servido, y frunció los labios cuando Stella conectó el monitor—. Me resulta extraño volver a oírlo. Hacía años que no lo escuchaba.

—Tengo que reconocer —dijo Logan con los ojos en el monitor— que me pone la piel de gallina. Más que de gallina.

—Te acostumbrarás —dijo Stella—. Más o menos. ¿Dónde está Hayley? —le preguntó a Roz.

—Estaba cansada... y diría que algo triste, irritada. Se ha metido en la cama con un libro y un enorme vaso de coca-cola sin cafeína. Ya he hablado con ella sobre esto, así que... —Indicó los asientos. En la mesita auxiliar había una

bandeja con uvas, galletitas y media bola de Brie.

Roz se sentó y cogió una uva.

—He decidido hacer algo más activo para averiguar la identidad de nuestra invitada.

—¿Un exorcismo? —preguntó Logan, mirando de reojo al monitor, desde donde oían la suave voz que cantaba.

—No tanto. Queremos averiguar su historia y su relación con la casa. Pero parece que no estamos progresando mucho, sobre todo porque no acabamos de saber en qué dirección mirar.

—Tampoco hemos podido dedicarle tiempo suficiente —señaló Stella.

—Otra razón para que busquemos ayuda en el exterior. Estamos demasiado ocupados y somos unos aficionados. Así que ¿por qué no buscar a alguien que sepa qué hay que hacer y tenga tiempo?

—Parece que por hoy el concierto ha terminado. —Logan señaló al monitor, donde se había hecho el silencio.

—A veces vuelve dos o tres veces la misma noche. —Stella le ofreció una galletita—. ¿Conoces a alguien, Roz, alguien a quien puedas encargarle este trabajo?

—No, todavía no. Pero he estado indagando, con la idea de hacer una búsqueda genealógica sobre mis antepasados. Y he encontrado el nombre de un señor de Memphis. Mitchell Carnegie, el doctor Mitchell Carnegie —añadió—. Daba clases en la Universidad de Charlotte y se mudó a Memphis hará un par de años. Creo que dio clases en la Universidad de Memphis uno o dos semestres, y es posible que de vez en cuando aún dé alguna. Se dedica principalmente a escribir. Biografías y ese tipo de cosas. Se lo considera un experto en genealogías.

—Parece que podría ser nuestro hombre. —Stella untó un poco de Brie sobre una galletita—. Tener a alguien que sepa lo que hace será mucho mejor que ir dando palos de ciego como nosotros.

—Eso depende de lo que piense de los fantasmas.

—Solicitaré una entrevista. —Stella levantó su vaso—. Pronto lo sabremos.

18

Aunque tenía la sensación de que se estaba jugando el cuello, Harper siguió instrucciones y encontró a Hayley en el mostrador de caja. Estaba sentada en un taburete, rodeada de montones de tuestos y carros. Cobrando a los últimos clientes del día. La blusa que se había puesto (¿bata?, ¿túnica?, o como se llamen esas cosas que se ponen las embarazadas) era de un rojo encendido y chillón.

Curioso, porque ese color siempre le hacía pensar en ella. Un rojo intenso y sexy. El flequillo hacía que sus ojos parecieran enormes, y en las orejas llevaba unos grandes aros plateados que se movían y asomaban cada vez que se movía.

Desde detrás del mostrador, como la zona en cuestión quedaba oculta, casi no se notaba que estaba embarazada. Aunque sus ojos parecían cansados. Y tenía la cara algo abotagada... tal vez a causa del aumento de peso, o por la falta de sueño. Fuera como fuese, supuso que no debía mencionarlo. El caso era que últimamente parecía que no decía una a derechas cuando estaba cerca de Hayley.

No esperaba que su siguiente encuentro fuera mucho mejor. Pero había prometido sacrificarse por la causa.

Esperó hasta que Hayley terminó de atender a los clientes y, haciendo acopio de valor, se acercó.

—Hola.

Ella lo miró. Desde luego, no podía decirse que su expresión fuera especialmente amistosa.

—Hola. ¿Qué haces fuera de tu guarida?

—He terminado por hoy. En realidad mi madre acaba de llamarme. Y me ha pedido que te lleve a casa cuando termine.

—Bueno, pues yo aún no he terminado —dijo ella con mal humor—. Aún quedan al menos dos clientes mirando. Y el sábado me toca cerrar a mí.

Obviamente, aquél no era el tono que utilizaba con los clientes. Estaba empezando a pensar que lo reservaba especialmente para él.

—Sí, bueno, pero me ha dicho que necesita que llegues a casa lo antes posible por no sé qué, y que Bill y Larry se encargarían de cerrar.

—¿Qué quiere? ¿Por qué no me ha llamado ella?

—No lo sé. Yo solo soy el mensajero. —Y sabía muy bien lo que pasa con frecuencia con el mensajero—. Ya he hablado con Larry. Está con la última pareja de rezagados. No te preocupes.

Hayley empezó a bajar del taburete. Harper se moría por ayudarla, pero supuso que si la tocaba la chica le cortarían las manos.

—Puedo ir andando.

—Oh, Hayley, por Dios. —Se metió las manos en los bolsillos y correspondió a su mala cara poniendo mala cara él también—. ¿Por qué me pones en esta situación? Si dejas que vayas andando, mi madre me va a echar a los perros. Y cuando termine conmigo seguirá contigo. Venga, vamos.

—Vale. —Lo cierto es que Hayley no sabía por qué se sentía tan resentida, tan cansada y tan dolorida. La aterraba pensar que algo pudiera estar mal, con ella o con el bebé, por mucho que el médico dijera lo contrario.

El bebé nacería enfermo, deformado, porque...

Bueno, no sabía por qué, pero seguro que era culpa suya.

Cogió con brusquedad su bolso, pasó como pudo ante Harper y salió.

—Aún me faltaba media hora para acabar —se quejó, y abrió la puerta del coche de Harper—. No sé qué hay tan importante que no pueda esperar media hora.

—Yo tampoco.

—Aún no ha visto al experto en genealogías.

Harper subió al vehículo y arrancó.

—No. Se pondrá cuando se ponga.

—De todos modos, a ti no parece que te interese gran cosa. ¿Cómo es que no vienes a las reuniones para hablar de la dama de Harper?

—Creo que iré cuando se me ocurra algo que comentar.

Y también tenía un olor intenso, sobre todo ahora que estaban tan cerca, en un sitio cerrado. Intenso y sexy. Lo ponía nervioso. Lo mejor que podía decirse de la situación era que el trayecto sería corto.

Sorprendido al ver que no sudaba a mares, dio un volantazo y frenó delante de la casa.

—Si llevas un coche de pijos como este tan deprisa, estás pidiendo a gritos que te pongan una multa.

—No es un coche de pijos. Es un deportivo bueno y seguro. Y no he conducido deprisa. ¿Por qué siempre tienes que saltarme a la yugular?

—No te salto a la yugular. Solo era un comentario. Al menos no es rojo. — Abrió la puerta y consiguió sacar las piernas—. La mayoría de los hombres quieren un coche rojo y chillón. Si no te han puesto ya un montón de multas por exceso de velocidad en la guantera seguro que es porque es negro.

—No me han puesto ninguna multa por exceso de velocidad desde hace dos años.

Ella dio un bufido.

—De acuerdo, dieciocho meses, pero...

—¿Podrías dejar de discutir cinco jodidos segundos y ayudarme a bajar de este jodido coche? No puedo levantarme.

Como un corredor en la línea de salida, Harper rodeó el coche a toda velocidad.

No sabía cómo hacerlo, con ella allí sentada, toda arrebolada y con los ojos llameantes. La cogió de las manos y tiró ligeramente, pero pensó que a lo mejor... rompía algo.

Así que se inclinó, la sujetó por debajo de las axilas y tiró.

El vientre de Hayley chocó contra él, y notó que el sudor le caía por la espalda.

La criatura que había allá adentro se movió... dio un par de patadas.

Era... extraordinario.

Y entonces Hayley lo apartó.

—Gracias.

Qué bochorno, pensó ella. No había sido capaz de cambiar su centro de gravedad o bajar lo bastante las piernas para apearse de un estúpido coche. Por supuesto, si Harper no hubiera insistido en que montara en ese trasto de juguete no habría tenido que pasar tanta vergüenza.

Lo único que quería era meterse en una bañera de agua fría con una tonelada de helado de vainilla y pasarse el resto de su vida así.

Abrió de un empujón la puerta de la casa y entró con pesadez.

¡Sorpresa! El grito con que la recibieron hizo que se le pusiera el corazón en la garganta y a punto estuvo de perder el control de su vejiga, cada vez más díscola.

En el vestíbulo había festones de papel de seda en rosa y azul colgados del techo, y gruesos globos blancos por las esquinas. Sobre una mesa alta, una

colorida montaña de cajas envueltas con papel de regalo. La habitación estaba llena de mujeres. Stella y Roz, las chicas que trabajaban en el invernadero, incluso algunas de las clientas habituales.

—No pongas esa cara, mujer. —Roz se acercó y le rodeó los hombros con el brazo—. No creerías que íbamos a dejar que tuvieras al bebé sin que tuvieras tu fiesta, ¿verdad?

—Una fiesta para mi bebé. —Se dio cuenta de que estaba sonriendo, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ven y siéntate. Antes de que te pongas a abrir regalos, te dejaremos que tomes un vasito del mágico ponche de champán de David.

—Esto es... —Vio la silla en el centro de la habitación, adornada con gasa y globos, como el trono en una fiesta—. No sé qué decir.

—Entonces deja que me siente a tu lado. Soy Jolene, la madrastra de Stella. —Le dio una palmadita en la mano, y luego otra en el vientre—. Y nunca se me acaba la cuerda.

—Toma, aquí tienes. —Stella se acercó con el vaso de ponche.

—Gracias, muchas gracias. Es la cosa más bonita que nadie ha hecho nunca por mí. En toda mi vida.

—Llora tranquila, anda. —Jolene le pasó un pañuelo con ribete de encaje—. Y después nos divertiremos un rato.

Y fue lo que hicieron. No dejaron de sonar exclamaciones ante las diminutas prendas para el bebé, mantitas suaves como terciopelo, botitas de punto, sonajeros, juguetes, peluches. Hubo juegos absurdos de los que solo podrían disfrutar un grupo de mujeres en una fiesta de bienvenida a un bebé, y grandes cantidades de ponche y pastel para endulzar la velada.

El nudo que Hayley había sentido en el estómago durante días se deshizo.

—Nunca lo había pasado tan bien. —Hayley estaba sentada, extasiada y exhausta, mirando las montañas de regalos, que Stella había vuelto a colocar sobre la mesa—. Sé que la fiesta era para mí, y me encanta, pero todas os habéis divertido, ¿verdad?

—¿Bromeas? —Era Stella, que estaba sentada en el suelo, doblando meticulosamente el papel de regalo de las cajas que habían abierto—. La fiesta ha sido genial.

—¿Piensas guardar todo ese papel? —le preguntó Roz.

—Algún día le servirá. Solo guardo el que no se ha roto.

—Lo siento, lo he roto casi todo. Estaba tan emocionada... Tengo que

mandaros postales de agradecimiento a todas, y tratar de recordar qué me ha regalado cada una.

—He ido anotando los nombres conforme los abrías.

—Cómo no. —Roz se sirvió otro vaso de ponche, luego se sentó y estiró las piernas—. Dios, estoy molida.

—Todas habéis trabajado tanto... Ha sido realmente maravilloso. —Y agitó las manos, porque sintió que se iba a poner a llorar otra vez—. Todas habéis estado... Creo que había olvidado que la gente pudiera ser tan buena. Mira todos esos regalos maravillosos. El pijamita amarillo con ositos. El sombrero a juego. Y el columpio para bebés. Stella, no sabes cuánto me ha gustado tu columpio.

—Yo me habría sentido perdida sin el mío.

—Es tan bonito que hayáis hecho esto por mí. No tenía ni idea. Ha sido una sorpresa, de verdad, muchas gracias.

—Supongo que ya te imaginas de quién salió la idea —dijo Roz señalando con el gesto a Stella—. David ha empezado a llamarla general Rothchild.

—Tengo que darle las gracias a David por la comida tan deliciosa que ha preparado. No puedo creer que me haya comido dos trozos de pastel. Tengo la sensación de que voy a reventar.

—Pues espera un poco, que aún no hemos terminado. Tenemos que subir para que te pueda dar mi regalo.

—Pero la fiesta ya ha sido...

—Un esfuerzo conjunto —terminó de decir Roz por ella—. Pero arriba tengo un regalo que espero que te guste.

—He sido muy desagradable con Harper —empezó a decir Hayley mientras la ayudaban a subir la escalera.

—No es la primera vez que alguien es desagradable con él.

—Pero me gustaría no haberlo sido. Estaba ayudándoos a darme mi sorpresa, y yo lo he tratado fatal.

—Ya te disculparás. —Roz las hizo dirigirse hacia el ala oeste, pasaron de largo ante la habitación de Stella, y ante la de Hayley—. Aquí es, cielo. —Abrió la puerta e hizo pasar a Hayley.

—Oh, Dios mío. —Y se llevó las manos a la boca mientras miraba la habitación.

Estaba pintada de un amarillo muy suave, con cortinas de encaje en las ventanas.

La cuna era una pieza de anticuario. Las cosas no son tan bonitas si no tienen

muchos años y se han cuidado con mimo. La madera brillaba y tenía vetas rojas. Y la cesta con el ajuar del niño era igual que una que había visto una vez en una revista y que pensó que jamás podría permitirse.

—El mobiliario te lo presto mientras estés en esta casa. Lo utilicé para mis hijos, y mi madre lo utilizó con los suyos, y la madre de mi madre, hace más de ochenta y cinco años. Pero la ropa de cama es tuya, y el cambiador. La alfombra y la lámpara las ha puesto Stella. Y David y Harper, benditos sean, han pintado la habitación y han bajado los muebles del ático.

Hayley estaba tan emocionada que solo fue capaz de menear la cabeza.

—Cuando subamos todos los regalos, tendrás un bonito cuarto de niños. —Stella le pasó la mano por la espalda.

—Es todo tan bonito... más de lo que habría soñado. He... he echado tanto de menos a mi padre. Cuanto más se acerca el día, más lo echo en falta. Siento un dolor por dentro... Estaba triste y asustada, y no hacía más que compadecerme de mí misma.

Se limpió las lágrimas con las manos.

—Pero hoy no. Todo esto me ha hecho sentirme... No es por las cosas. Me encantan, me gusta todo. Pero es el hecho de que hayáis hecho esto por nosotros.

—No estás sola, Hayley. —Roz le puso una mano sobre el vientre—. Ni tú ni el pequeño.

—Lo sé. Creo que... bueno, creo que habríamos salido adelante solos. He trabajado muy duro para asegurarme de que sea así. Pero no esperaba volver a tener una familia. No esperaba que hubiera alguien que se preocupara por mí y mi bebé de esta forma. He sido una estúpida.

—No —le dijo Stella—. Solo estás embarazada.

Hayley contuvo las lágrimas y esbozó una media sonrisa.

—Creo que eso explica muchas cosas. Pero dentro de poco ya no podré seguir poniéndolo como excusa. Nunca podré agradeceréoslo lo bastante o pagaros. Nunca.

—Oh, creo que si le pones al bebé nuestro nombre nos daremos por pagadas —dijo Roz como si nada—. Sobre todo si es un chico. Rosalind Stella sería un nombre algo duro para un niño en la escuela, pero es lo justo.

—Vaya, yo había pensado Stella Rosalind.

Roz miró a Stella arqueando una ceja.

—Ésta es una de las raras ocasiones en que me alegro de ser la mayor.

Aquella noche, Hayley fue de puntillas a la habitación del niño, solo para tocar, para oler, para sentarse en el balancín y mecerse mientras se acariciaba el vientre.

—Siento haber estado tan desagradable últimamente. Ahora ya estoy mejor. Todo irá bien. Tienes dos hadas madrinas, pequeño. Las mejores mujeres que conozco. No sé si alguna vez podré pagarles todo lo que han hecho por nosotros, pero juro que haré cualquier cosa que me pidan. Aquí me siento segura. Ha sido una estupidez que lo olvidara. Tú y yo somos un equipo. No tendría que haberte tenido miedo, ni haber temido por ti.

Cerró los ojos y se meció.

—Tengo tantas ganas de cogerte en brazos que me duele. Y ponerte alguno de esos preciosos trajecitos, abrazarte, olerte, mecerte conmigo en este balancín. Oh, Dios, espero no estar equivocándome.

El aire se volvió frío, y en los brazos se le puso la piel de gallina. Pero no fue el miedo lo que hizo que abriera los ojos; fue pena. Miró a la mujer que había junto a la cuna.

Esa noche llevaba el pelo suelto, un pelo dorado y muy enredado. Iba vestida con un camisón blanco, con los bajos sucios de barro. Y la mirada de sus ojos... Hayley la habría definido como desquiciada.

—No tenías a nadie que te ayudara, ¿verdad? —Las manos le temblaban ligeramente, pero no dejó de acariciarse el vientre, no apartó los ojos de la figura, no dejó de hablar.

—Quizá tenías miedo como yo pero no encontraste apoyo en nadie. Creo que de haber estado sola yo también me habría vuelto loca. Y no sé qué haría si algo le pasara a mi pequeño. O cómo me sentiría si lo arrancaran de mi lado... o la arrancaran. No podría soportarlo, ni aunque estuviera muerta. Así que creo que en parte te entiendo.

Entonces Hayley oyó un lamento, un sonido que la hizo pensar en un alma hecha añicos.

Y se quedó sola.

El lunes, Hayley estaba sentada en su taburete, como de costumbre. Cuando la espalda le dolía, no hacía caso. Y cuando tuvo que llamar a alguien que la sustituyera mientras ella iba al retrete una vez más, hizo una broma.

Tenía la sensación de que su vejiga había quedado reducida al tamaño de un guisante.

Cuando volvía a su puesto, dio un rodeo y salió, y no solo para estirar las piernas. También quería ver a Stella.

—¿Te parece bien si hago mi hora de descanso ahora? Quería ir a buscar a Harper para disculparme. —Había pasado toda la mañana temblando al pensar en aquello, pero no podía seguir posponiéndolo—. El domingo no lo vi por ningún lado, y ahora seguramente estará en su guarida.

—Ve, anda. Oh, acabo de ver a Roz. Ha llamado a ese profesor, el doctor Carnegie. Ha quedado con él esta misma semana. Tal vez consigamos avanzar algo. —Y entonces miró a Hayley entrecerrando los ojos—. Te diré lo que haremos. Mañana una de nosotras te acompañará a tu visita con el médico. No quiero que conduzcas con el embarazo tan avanzado.

—Aún quepo detrás del volante.

—A duras penas.

—Puede, pero Roz o yo te acompañaremos. Y creo que ya es hora de que empieces a trabajar solo a media jornada.

—Para eso más vale que me metáis en el loquero. Vamos, Stella, muchas mujeres trabajan hasta el último momento. Además, me paso la mayor parte del día sentada. Lo mejor de ir a buscar a Harper es que podré caminar un poco.

—Camina —concedió Stella—. Pero no levantes cosas pesadas.

—Nooo. —Pero lo dijo con una risa, mientras se volvía para marcharse a la zona de injertos.

Cuando salió del invernadero, se detuvo un momento. Había practicado lo que quería decir. Mejor pensarlo bien. Harper seguro que aceptaría sus disculpas. Su madre lo había educado bien, y por lo que había visto el chico tenía buen corazón.

Pero necesitaba hacerle entender que lo había tratado de aquella forma porque estaba de mal humor.

Abrió la puerta. Le encantaba cómo olía allí. A experimentación, posibilidades. Esperaba que algún día Roz o Harper le enseñaran algo sobre aquella rama de la jardinería.

Vio a Harper al fondo, encorvado sobre su trabajo. Tenía los auriculares puestos y movía un pie al ritmo de la música.

Dios, qué majo. Si lo hubiera conocido en la librería antes de que su vida cambiara, habría intentado ligar con él a cualquier precio. Esa mata de pelo

oscuro y rebelde, la línea tan marcada de la mandíbula, los ojos soñadores. Y sus manos de artista.

Seguramente tenía montones de chicas a sus pies, y otro montón haciendo cola, esperando una oportunidad.

Empezó a caminar y cuando Harper levantó la cabeza y se giró hacia ella, Hayley se detuvo de golpe, sobresaltada.

—Dios, Harper. Pensaba que era yo quien te iba a dar un susto.

—¿Cómo? ¿Qué? —Se quitó los auriculares, con mirada confusa—. ¿Qué?

—No pensé que pudieras oírme.

—Yo... —No la había oído: la había olido—. ¿Necesitas algo?

—Creo que sí. Quería pedirte disculpas porque estas dos últimas semanas no he hecho más que saltar cada vez que abrías la boca. Me he portado fatal.

—No. Bueno, sí. No pasa nada.

Hayley rio y se acercó un poco tratando de ver qué hacía. Había atado juntos un montón de tallos.

—Creo que estaba histérica. ¿Qué voy a hacer, cómo lo voy a hacer? ¿Por qué me siento tan gorda y tan fea todo el tiempo?

—No estás gorda. Y no estarías fea ni aunque quisieras.

—Gracias. Pero el embarazo no me ha afectado la vista, y sé perfectamente lo que veo cada día en el espejo.

—Entonces ya sabes que eres guapa.

Hayley sonrió y sus ojos chispearon.

—Debo de darte mucha pena para que te sientas obligado a flirtear con una mujer embarazada que está de mal humor.

—Yo no... no lo haría. —Aunque como mínimo lo deseaba—. El caso es que ya estás mejor.

—Mucho mejor. Me compadecía de mí misma, y no lo soporto cuando me pasa eso. Imagínate, Stella y tu madre preparándome una fiesta para dar la bienvenida al bebé. Lloré como una Magdalena. Y Stella también. Pero luego lo pasamos maravillosamente. ¿Quién me iba a decir que una fiesta podía conmoverme tanto? —Apoyó las dos palmas sobre su vientre y rio—. ¿Conoces a la madrastra de Stella?

—No.

—Pues es divertidísima. Me hizo reír tanto que pensé que el bebé iba a salir allí mismo. Y la señora Haggerty...

—¿La señora Haggerty? ¿Nuestra señora Haggerty también estaba?

—No solo eso, ella ganó el juego de decir títulos de canciones. Había que escribir todos los títulos de canciones que recordáramos con la palabra «baby».

Nunca adivinarías cuál incluyó.

—No sé. Dime.

—«Baby got back».

Harper sonrió.

—Nooo. ¿La señora Haggerty escribió el título de una canción de rap?

—Y la cantó.

—No puede ser.

—Que sí. O al menos un par de frases. Casi me meo encima. Pero me estoy desviando del tema. Allí estabas tú, tratando de ayudar a darme la sorpresa más bonita de mi vida y yo lloriqueando y fustigándote. Saltándote a la yugular, como dijiste. Lo siento mucho.

—No pasa nada. La mujer de un amigo tuvo un hijo hace unos meses. Te juro que, hacia el final, prácticamente le habían salido colmillos. Y un par de veces hasta se le pusieron los ojos rojos.

Hayley volvió a reír y se llevó una mano al costado.

—Espero no llegar a esos extremos...

Pero calló, con una expresión perpleja en el rostro, porque sintió que por dentro algo se partía. Lo oyó, más bien. Como un silbido metálico.

Y entonces el agua se escurrió entre sus piernas.

Harper también profirió un sonido, como si las palabras se le hubieran quedado ahogadas en algún punto de la garganta. Se levantó de un salto, balbuceando, mientras Hayley miraba al suelo.

—Oh, oh —dijo ella.

—Vale, vale, no pasa nada. Quizá tendría que... tendrías...

—Oh, por el amor de Dios, Harper. Que no me he meado, acabo de romper aguas.

—¿Aguas, cómo que aguas? —Pestañeó y entonces se puso blanco—. Esas aguas. Oh, Jesús. Oh, mierda. Siéntate. Siéntate o... traeré... —Una ambulancia, los marines—. A mi madre.

—Creo que es mejor que me vaya contigo. Me estoy adelantando un poco. —Se obligó a sonreír para no gritar—. Solo un par de semanas. Creo que el bebé está impaciente por salir y ver a qué viene tanto revuelo. Ayúdame, ¿vale? Oh, Dios, Harper, estoy muerta de miedo.

—No pasa nada. —La rodeó con el brazo—. Apóyate en mí. ¿Te duele algo?

—No. Todavía no.

Por dentro Harper seguía igual de blanco, y se sentía algo mareado. Pero su brazo siguió rodeándola con firmeza, y cuando volvió la cabeza para mirarla, sonrió con gesto afable.

—Eh. —Le tocó el vientre con mucho cuidado—. Feliz cumpleaños, pequeño.

—Oh, señor. —El rostro de Hayley se iluminó cuando salieron—. Esto es increíble.

Stella no podía tener el bebé por Hayley, pero podía ocuparse de casi todo lo demás o encargarse de que otros lo hicieran. Hayley no había preparado la maleta para el hospital, pero Stella tenía una lista. Una llamada a David y aquella parte quedó resuelta mientras ella llevaba a Hayley al hospital. Luego llamó al médico para informarle del estado de Hayley, dejó un mensaje en el buzón de voz del móvil de su padre y otro en el contestador automático del fijo para poder dejar colocados a sus hijos, y estuvo ayudando a Hayley con la respiración cuando empezaron las contracciones.

—Si alguna vez me caso o me compro una casa o empiezo una guerra, espero que tú te ocupes de los detalles.

Stella la miró mientras Hayley se acariciaba el vientre.

—Cuenta con ello. ¿Toda va bien?

—Sí. Estoy nerviosa y entusiasmada y... oh, voy a tener un bebé.

—Vas a tener un bebé fabuloso.

—He leído que durante el proceso de parto las cosas se pueden poner algo feas. Así que si te grito o te insulto...

—Ya he pasado por eso. No te lo tendré en cuenta.

Cuando Roz llegó, Hayley ya estaba instalada en un paritorio. La televisión estaba encendida —reponían un capítulo de Friends—; debajo, sobre una encimera, había un centro con rosas blancas. Obra de Stella, seguro.

—¿Cómo está nuestra mamá?

—Dicen que va deprisa. —Arrebolada y con los ojos brillantes, Hayley le tendió una mano—. Y todo va bien. Las contracciones cada vez son más frecuentes, pero no duele tanto.

—No quiere que le pongan la epidural —le dijo Stella.

—Ah. —Roz le dio una palmadita en la mano a Hayley—. Eso es decisión

tuya. Puedes cambiar de opinión más adelante si ves que no puedes aguantar.

—A lo mejor es una tontería, y puede que luego me arrepienta, pero quiero sentirlo. ¡Uau! Eso lo he sentido.

Stella se acercó y la ayudó con la respiración. Hayley espiró por última vez y cerró los ojos justo cuando David entraba.

—¿Es aquí la fiesta? —Dejó una maleta pequeña, un bolso grande y un jarrón con margaritas, y luego se inclinó sobre la cama y le dio un beso en la mejilla—. Supongo que no me echarás solo porque soy un hombre, ¿verdad?

—¿Quieres quedarte? —Sus mejillas se iluminaron de satisfacción—. ¿De verdad?

—¿Bromeas? —Se sacó una pequeña cámara digital del bolsillo—. Me nombro fotógrafo oficial.

—Oh. —Hayley se mordió el labio y se pasó una mano sobre el vientre—. No sé si lo de las fotografías es buena idea.

—No te preocupes, cielo, no fotografiaré nada que no quede perfecto. Sonríe a la cámara.

Tomó un par de fotografías, indicó a Roz y a Stella que se pusieran junto a la cama e hizo un par más.

—Por cierto, Stella, después del colegio Logan se llevará a los niños a su casa.

—¿Cómo?

—Tus padres están en un torneo de golf. Querían volver, pero les dije que no hacía falta, que yo me ocuparía de los niños. Y entonces por lo visto Logan pasó por el invernadero, se topó con Harper... Por cierto, llegará enseguida.

—¿Logan? —preguntó Hayley—. ¿Va a venir aquí?

—No, Harper. Logan se ocupa de los niños. Dijo que se los llevaría a su casa, que los pondría a trabajar, y que no te preocuparas. Y que lo mantengamos informado de lo que pase.

—No sé si... —empezó a decir Stella, pero se interrumpió porque llegó una nueva contracción.

Su trabajo ayudando en el parto la tuvo muy ocupada, pero una parte de su cabeza no dejaba de buscarle peros a la idea de que Logan cuidara de sus hijos. ¿Qué quería decir eso de «ponerlos a trabajar»? ¿Cómo iba a saber qué tenía que hacer si se peleaban... cosa que, en un momento u otro seguro que harían? ¿Cómo los iba a vigilar adecuadamente si los llevaba con él a algún trabajo? Podían caer en una zanja, o de un árbol, o cortarse una extremidad con alguna

herramienta afilada... oh, Dios.

Cuando el médico entró para comprobar los progresos de Hayley, Stella salió corriendo para llamar a Logan al móvil.

—Kitridge.

—Soy Stella. Los niños...

—Sí, están bien. Los tengo aquí conmigo. Eh, Gavin, no persigas a tu hermano con esa tronzadora. —Al oír el chillido de horror de Stella, Logan rio al teléfono—. Era broma. Los tengo cavando un hoyo, y están más felices que cerdos revolcándose en el fango, y el doble de guarros. ¿Ya tenemos un bebé?

—No, el médico la está examinando. La vez anterior había dilatado ocho centímetros y estaba bastante encajado.

—No tengo ni idea de lo que es eso, pero deduzco que es bueno.

—Muy bueno. Y lo lleva maravillosamente. Como si tuviera un bebé cada semana. ¿Seguro que los niños están bien?

—Escucha.

Stella supuso que había extendido el auricular, porque oyó risitas y las voces de sus hijos que discutían animadamente sobre lo que iban a enterrar en el hoyo. Un elefante. Un brontosaurus. Al gordo del señor Kelso, de la tienda de comestibles.

—No tendrían que hablar así del señor Kelso.

—No tenemos tiempo para mujeres. Llámame cuando tengamos un bebé.

Y colgó, dejando a Stella mirando con mala cara al teléfono.

Cuando se dio la vuelta, topó con Harper, o más bien con el gigantesco ramo de lirios rojos que llevaba en las manos.

—¿Harper? ¿Estás ahí?

—¿Hayley está bien? ¿Qué ha pasado? ¿Llego tarde?

—Está bien. El médico la está examinando. Y llegas con tiempo de sobra.

—Vale. He pensado en los lirios porque son exóticos, y a ella le gusta el rojo. Creo que le gusta el rojo.

—Son preciosas. Deja que te acompañe.

—No sé si debo entrar. Quizá es mejor que se las lleves tú.

—No seas tonto. Tenemos una fiesta montada ahí dentro. Es una chica muy sociable, y tenemos a su lado la ayuda a no pensar en el dolor. Cuando he salido, David acababa de poner un CD de los Red Hot Chili Peppers y una botella de champán a enfriar en el lavamanos del baño.

Lo hizo pasar. Los Red Hot Chili Peppers seguían sonando, y David se

volvió con la cámara hacia la puerta para fotografiar a Harper asomando la cabeza con nerviosismo entre los lirios rojos.

—¡Oh! ¡Oh! Son las flores más bonitas que he visto nunca. —Hayley trató de incorporarse en la cama, algo pálida pero radiante.

—Y serán un bonito punto de atención. —Stella ayudó a Harper a dejarlas sobre una mesa—. Puedes concentrarte en ellas durante las contracciones.

—El médico dice que ya casi está. Que pronto podré empezar a empujar.

Harper se acercó a la cama.

—¿Estás bien?

—Un poco cansada. Esto es muy duro, pero no tanto como pensaba. —De pronto, su mano se aferró a la de Harper—. Oh, oh, Stella.

Roz estaba a los pies de la cama. Miró la mano de su hijo, que sujetaba la de Hayley, miró su rostro. Notó que algo en su interior se ponía muy tenso, y luego se relajaba dolorosamente. Suspiró y se puso a frotarle los pies a Hayley, mientras Stella le daba instrucciones y la animaba.

El dolor aumentó. Stella observó el arco de las contracciones en el monitor y sintió que su vientre se tensaba por simpatía. Aquella chica era de hierro, pensó. Estaba pálida y tenía la piel cubierta de sudor. Había momentos en que le sujetaba la mano con tanta fuerza que a Stella le sorprendía que no le partiera los dedos. Pero Hayley estaba concentrada, y superó las contracciones.

Una hora dio paso a otra, las contracciones eran cada vez más frecuentes, más intensas, y Hayley respiraba dando resoplidos como un tren. Stella le llevaba pedacitos de hielo y paños húmedos, mientras Roz le daba un masaje en los hombros.

—¡Harper! —el general Rothchild no dejaba de gritar órdenes—. Masajéale el vientre.

El chico la miró con ojos desorbitados, como si le acabaran de decir que tuviera al bebé personalmente.

—¿Que qué?

—Con suavidad, en círculos. La ayudará. David, la música...

—No, me gusta la música. —Hayley buscó la mano de Stella porque notó que se acercaba otra contracción—. Sube el volumen, David, por si me pongo a gritar. Oh, oh, mierda. Quiero empujar. Quiero empujar, ¡ahora!

—Todavía no. Todavía no. Concéntrate, Hayley, lo estás haciendo muy bien. Roz, quizá deberíamos llamar al doctor.

—Ya voy —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta.

Cuando llegó el momento de empujar y el médico estuvo instalado entre las piernas de Hayley, Stella se dio cuenta de que los dos hombres se ponían pálidos. Le dio a Hayley el extremo de una toalla y ella sujetó el otro para ayudarla a aguantar mientras contaba hasta diez.

—Harper, ponte detrás de ella y dale apoyo en la espalda.

—Yo... —Ya se iba hacia la puerta, pero su madre le cerró el paso.

—¿No te irás a marchar cuando está teniendo lugar un milagro? —Y lo empujó hacia delante.

—Lo estás haciendo muy bien —le dijo Stella a Hayley—. Eres increíble. —Y asintió con el gesto cuando el médico le dijo que volviera a empujar—. Lista, respira hondo. Aguanta y ¡empuja!

—Dios santo. —Incluso en aquella algarabía de voces, se oyó perfectamente cómo David tragaba saliva—. Nunca había visto nada igual. Tengo que llamar a mi madre. Y mandarle un camión lleno de flores.

—¡Jesús! —Harper aspiró con fuerza al mismo tiempo que Hayley—. Veo una cabeza.

Hayley empezó a reír, mientras las lágrimas le bañaban el rostro.

—¡Mira cuánto pelo! ¡Oh, Dios! ¿No podemos sacar lo que falta de un tirón?

—Ahora faltan los hombros, cielo, y ya estará. Tienes que empujar con fuerza otra vez, ¿de acuerdo? ¡Escucha! Ya llora. Tu bebé está llorando. —Stella también lloró cuando Hayley empujó una última vez con desespero y la habitación se llenó de vida.

—Es una niña —dijo Roz con suavidad limpiándose las lágrimas de las mejillas—. Tienes una hija, Hayley. Es muy guapa.

—Una hija. Una niña. —Sus brazos ya la buscaban. Cuando la tendieron sobre su vientre para que Roz pudiera cortar el cordón umbilical, Hayley no dejó de reír y acariciar al bebé de la cabeza a los pies—. Oh, mira qué cosita. Mira qué cosita. No, no os la llevéis.

—La van a limpiar, nada más. Solo será un momento. —Stella se inclinó y le dio un beso en la coronilla—. Felicidades, mamá.

—¿La oís? —Hayley cogió la mano de Stella, luego la de Harper—. Hasta suena bonita.

—Tres kilos —anunció la enfermera, y le llevó a la pequeña bien arropada a la cama—. Cuarenta y cinco centímetros, y en el test de Apgar su puntuación es de 10.

—¿Lo habéis oído? —Hayley acunó al bebé en sus brazos, le besó la frente,

las mejillas, su boquita diminuta—. Has superado tu primera prueba con honores. ¡Me está mirando! Hola, hola, soy tu mamá. Estoy tan contenta de verte...

—¡Sonríe! —David hizo otra fotografía—. ¿Qué nombre le vas a poner?

—He elegido uno diferente mientras empujaba. Será Lily porque la he tenido viendo y oliendo los lirios. Lily Rose Star. Rose por Rosalind y Star por Stella.

19

Agotada y entusiasmada, Stella entró en la casa. Aunque ya pasaba de sobra su hora para acostarlos, esperaba que los niños saldrían corriendo a recibirla, y tuvo que contentarse con un eufórico Parker. Lo cogió en brazos y le dio un beso en el hocico cuando el animal trataba de lamerle la cara.

—Adivina, mi pequeño amigo peludo. Hoy hemos tenido un bebé. Nuestra primera niña.

Se atusó el pelo y enseguida se sintió culpable. Roz se había ido del hospital antes que ella y seguramente estaba arriba ocupándose de los niños.

Ya se iba hacia la escalera cuando Logan entró en el vestíbulo.

—Un gran día.

—El mejor —concedió ella.

No se le había ocurrido que Logan pudiera estar allí, y de pronto fue terriblemente consciente de que sus obligaciones como asistente en el parto habían hecho desaparecer todo el maquillaje de su cara. Además, supuso que no olería precisamente a limpio.

—No sabes cuánto te agradezco que te llevaras a los niños.

—No pasa nada. Me han cavado un par de buenos hoyos. Seguramente tendrás que quemarles la ropa.

—Tienen más. ¿Roz está con ellos?

—No, está en la cocina. David está preparando algo de comer, y he oído algo de un champán.

—¿Más champán? Casi nos hemos bañado en champán en el hospital. Será mejor que suba y los acueste.

—Ya están durmiendo. Desde antes de las nueve. Cavar hoyos es muy cansado.

—Oh. Sé que dijiste que los traerías a casa cuando llamé para darte la noticia, pero no esperaba que los acostaras.

—Estaban agotados. Nos dimos una ducha masculina, se metieron en la cama y a los cinco minutos ya estaban fritos.

—Bueno. Te debo una.

—Pues págame.

Se acercó a ella, la rodeó con los brazos y la besó, hasta que a Stella la cabeza casi se le cae de los hombros.

—¿Cansada? —le preguntó.

—Sí, pero de la mejor de las maneras.

Logan le pasó los dedos por el pelo, y siguió rodeándola con el otro brazo.

—¿Cómo están nuestra nueva pequeña y su madre?

—Estupendamente. Hayley es increíble. Ha aguantado como una leona las siete horas del parto. Y, aunque se haya adelantado un par de semanas, la pequeña ha salido como una campeona. Solo pesa unas decenas de gramos menos de lo que pesó Gavin al nacer, aunque yo tarde el doble de tiempo en convencerlo para que saliera.

—¿No te dan ganas de tener otro?

Stella palideció considerablemente.

—Oh, bueno.

—Te he asustado, ¿eh? —Le pasó un brazo por los hombros con expresión divertida—. Vamos a ver qué hay en el menú para acompañar ese champán.

No es que la hubiera asustado exactamente. Pero sí la había inquietado ligeramente. Apenas estaba empezando a acostumbrarse a su relación, y el hombre hacía alusiones sutiles a los hijos.

Claro que, dadas las circunstancias, también podía ser un comentario inocente. O una especie de broma.

Fuera cual fuese el motivo, la hizo pensar. ¿Quería ella más hijos? Cuando Kevin murió, había tachado aquella posibilidad de su lista, y había cerrado implacablemente su reloj biológico. Físicamente aún podía tener hijos, desde luego. Pero hacía falta más que la capacidad física para traer a un hijo al mundo.

Ella ya tenía dos hijos saludables y activos. Y era responsable de ellos, emocional, económica y moralmente. Considerar la idea de tener otro hijo significaba pensar en una relación permanente con otro hombre. Matrimonio, un futuro, y no solo compartir lo que había creado, sino crear algo nuevo, en una dirección diferente.

Había regresado a Tennessee para reencontrarse con sus raíces, para plantar a su familia en la tierra de sus orígenes. Para estar cerca de su padre y que sus hijos pudieran disfrutar de sus abuelos.

Su madre nunca se había mostrado particularmente interesada, no le gustaba ser abuela. Estropeaba su imagen juvenil, claro.

Si un hombre como Logan hubiera aparecido en el radar de su madre, no lo habría dejado escapar.

Y si ésa era la razón que la hacía dudar, entonces era bien triste. Sí, seguramente era una de las razones. Si no, no lo habría pensado.

No podía decir que no le hubiera gustado ninguno de sus padrastros, pero no había tenido una relación especialmente estrecha con ninguno de ellos. ¿Cuántos años tenía la primera vez que su madre había vuelto a casarse? La edad de Gavin. Sí, unos ocho años.

La habían sacado del colegio y la habían metido en uno nuevo, nueva casa, nuevo vecindario... Estaba totalmente desconcertada, y en cambio su madre vivía entusiasmada con su nuevo marido.

Aquél le había durado... ¿cuánto? ¿Tres años, cuatro? Algo así, más otro año de agitación mientras había durado el divorcio, nueva casa, nuevo trabajo, un nuevo comienzo.

Y una nueva escuela para Stella.

Después de aquello, su madre se había limitado a los «novios» durante una buena temporada. Pero aquello en sí también suponía un trastorno, porque Stella tenía que sobrevivir a los arrebatos que le daban cuando se enamoraba y a los amargos desenlaces.

Porque siempre eran amargos, recordó Stella.

Pero al menos ya estaba en la universidad y vivía por su cuenta cuando su madre había vuelto a casarse. Y quizá en parte esa fue la razón de que ese matrimonio le durara casi diez años: no había ningún hijo estorbando. Y sin embargo al final había habido otro divorcio destructivo, y la ruptura prácticamente había coincidido con la muerte del marido de Stella.

Había sido un año horrible en todos los sentidos, y su madre lo había rematado con otro breve y tumultuoso matrimonio.

Era curioso que, ni siquiera siendo adulta, Stella pudiera perdonar estar siempre en un segundo o incluso tercer plano por detrás de las necesidades de su madre.

No, ella no se comportaría así con sus hijos. No sería egoísta y

desconsiderada en su relación con Logan, ni relegaría a sus hijos a un rincón de su corazón por estar enamorada.

Y, aun así, lo cierto es que todo iba espantosamente deprisa. Lo mejor sería que aflojaran un poco hasta que pudiera tener una imagen más clara del conjunto.

Además, estaría demasiado ocupada para pensar en matrimonio. Y no había que olvidar que Logan no le había pedido que se casaran y tuvieran hijos. Por Dios. Estaba sacando de quicio un comentario casual.

Ya era hora de moverse. Se levantó de su mesa de trabajo, y se dirigía hacia la puerta cuando ésta se abrió.

—Ahora iba a buscarte —le dijo a Roz—. Voy al hospital a recoger a Hayley y la pequeña.

—Ojalá pudiera acompañarte. He estado a punto de posponer la cita para ir contigo. —Consultó su reloj, como si se lo estuviera planteando otra vez.

—Cuando vuelvas de tu entrevista con el doctor Carnegie ya estarán instaladas y listas para pasar un tiempo de calidad con la tía Roz.

—Tengo que reconocer que me muero por coger a la pequeña en brazos. Bueno, ¿y tú por qué estás nerviosa?

—¿Nerviosa? —Stella abrió un cajón de su mesa y sacó su monedero—. ¿Qué te hace pensar que estoy nerviosa?

—Tienes el reloj del revés, lo que significa que has estado retorciendo la correa. Y eso significa que estás nerviosa por algo. ¿Hay algún problema que yo desconozca?

—No. —Molesta consigo misma, Stella se puso el reloj del derecho—. No tiene nada que ver con el trabajo. He estado pensando en Logan, y en mi madre.

—¿Y qué tiene que ver Logan con tu madre? —mientras preguntaba, Roz cogió el termo de Stella. Lo abrió, olió y se sirvió un poco del café helado en la tapa.

—Nada. No sé. ¿Quieres una taza?

—No, ya me apañó. Solo quería probarlo.

—Creo... intuyo... me pregunto... Parezco tonta. —Stella sacó una barra de lápiz de labios de su bolsa de maquillaje y, tras acercarse al espejo que había colgado en la pared, se puso a retocarse el maquillaje—. Roz, las cosas empiezan a ir en serio entre Logan y yo.

—Ya me había dado cuenta. ¿Quieres que añada un «¿Y?» o prefieres que me meta en mis asuntos?

—Pues que no sé si estoy preparada para una relación seria. O si lo está él. Ya me resulta bastante curioso que al final resulte que nos gustamos, por no hablar... —Se dio la vuelta—. Nunca me había sentido así con nadie. Con esta sensación de vértigo, tan inquieta y... nerviosa.

Dejó el lápiz de labios en su sitio y cerró la bolsa de maquillaje.

—Con Kevin todo fue siempre muy claro. Éramos jóvenes y estábamos enamorados, no tuvimos que superar ningún tipo de barrera. Tampoco es que nunca discutiéramos o que no tuviéramos problemas, pero para nosotros todo fue relativamente fácil.

—Y cuanto más vives, más se complica todo.

—Sí. Tengo miedo de volver a enamorarme, de cruzar esa línea entre el yo y el nosotros. Sé que parece muy egoísta...

—Tal vez, pero es normal.

—Puede. Roz, mi madre era... es un desastre. En el fondo, sé que en mi vida he tomado muchas decisiones precisamente porque sabía que eran lo contrario de lo que ella habría hecho. Es patético.

—Yo no diría tanto, no si esas decisiones fueron las correctas.

—Lo fueron. Y lo son. Pero no quiero evitar algo que podría ser maravilloso solo porque sé que mi madre se habría lanzado de cabeza.

—Cielo, te miro y recuerdo muy bien cómo es, y las dos podemos mirar a Hayley y preguntarnos de dónde ha sacado el valor y la fortaleza para sacar adelante a esa niña.

Stella dejó escapar una pequeña risa.

—Dios, tienes razón.

—Y como resulta que las tres hemos conectado bien como amigas, podemos darnos apoyo entre nosotras, consejo, un hombro sobre el que llorar. Pero la cuestión es que cada una tiene que pasar por lo que tiene que pasar. En cuanto a mí, espero que encuentres pronto una respuesta. Porque es lo que mejor sabes hacer: encontrar la mejor solución para las cosas.

Dejó la tapa del termo sobre la mesa y le dio a Stella dos ligeras palmaditas en la mejilla.

—Bueno, yo me voy a casa a asearme un poco.

—Gracias, Roz, de verdad. Si Hayley está bien cuando lleguemos a casa, la dejaré con David. Sé que hoy estamos algo faltos de personal.

—No, quédate en casa con Hayley y la pequeña. Harper puede arreglarse solo. No todos los días llega un nuevo bebé a la casa.

Roz estuvo pensando en aquello mientras buscaba aparcamiento cerca del apartamento de Mitchell Carnegie en el centro. Hacía años que no tenían un bebé en la mansión Harper. ¿Cómo se lo tomaría la dama de Harper?

¿Cómo se lo tomarían todos?

Y ella ¿cómo se tomaría que su primogénito se enamorara de aquella dulce madre soltera y su pequeña? Seguramente Harper aún no lo sabía, y Hayley no sospechaba nada. Pero una madre sabe esas cosas, puede verlo en el rostro de su hijo.

Otra cosa en la que tendría que pensar en otro momento, decidió, y se puso a renegar porque no encontraba aparcamiento.

Tuvo que dejar el coche a casi tres manzanas del sitio, y volvió a renegar por haberse puesto tacones. Ahora los pies le dolerían y tendría que perder más tiempo poniéndose ropa cómoda cuando terminara la entrevista.

Llegaría tarde, cosa que detestaba, y encima llegaría acalorada y sudada.

Le habría gustado encargarle a Stella la entrevista. Pero aquello no era algo que pudiera encargarse a una directora. Tenía que ver con su casa y su familia. Y lo había obviado durante demasiado tiempo.

En la esquina, se paró a esperar que el semáforo cambiara.

—¡Roz!

Aquella única sílaba hizo que se pusiera frenética. Cuando se dio la vuelta y miró al hombre atractivo y delgado que avanzaba con rapidez hacia ella con sus relucientes Ferragamos, su rostro tenía una expresión glacial.

—Ya me ha parecido que eras tú. Nadie más podría tener un aspecto tan adorable y elegante en una tarde tan calurosa.

Estiró el brazo, aquel hombre con el que en otro tiempo había cometido la locura de casarse, estiró el brazo y tomó su mano entre las suyas.

—¡Tienes un aspecto estupendo!

—Suéltame la mano ahora mismo, Bryce, o te aseguro que te vas a comer el bordillo. Y el único que se avergonzaría ante semejante eventualidad serías tú.

La expresión del hombre, con su piel bronceada y cuidada, se endureció.

—Esperaba que después de tanto tiempo podríamos ser amigos.

—No somos amigos ni lo seremos. —Deliberadamente, Roz sacó un pañuelo de papel de su bolso y se limpió la mano que le había tocado—. No tengo a ningún cabrón mentiroso y ladrón entre mis amigos.

—Contigo no puede uno cometer un error ni esperar perdón, ¿eh?

—Exacto. No has tenido tanta razón en toda tu miserable vida.

Se puso a cruzar la calle, y cuando él la alcanzó, más que sorpresa sintió resignación. Llevaba un traje gris claro, de corte italiano. Canali, si no se equivocaba. Al menos ése era su diseñador cuando ella le pagaba las facturas.

—Roz, cielo, no entiendo por qué sigues enfadada. A menos que aún albergues algún sentimiento por mí.

—Oh, y lo albergo, Bryce, lo albergo. El asco es el más representativo. Vete antes de que llame a un policía y haga que te arresten por acoso.

—Solo quería otra oportunidad para...

Ella se detuvo.

—Eso no pasará ni en esta vida ni en ninguna. Da gracias por poder andar libremente por la calle con esos zapatos caros y llevar un traje de sastre en lugar del mono de la cárcel.

—No tienes ningún motivo para hablarme así. Conseguiste lo que querías. Me echaste sin pagarme un centavo.

—¿Eso incluye los quince mil seiscientos cincuenta y ocho dólares con veintidós centavos que transferiste de mi cuenta una semana antes de que te echara de mi casa? Oh, sí, eso también lo sabía —dijo Roz cuando el otro puso cara de perplejidad—. Pero lo dejé pasar como un justo precio por mi estupidez. Y ahora vete y mantente fuera de mi camino. Fuera de mi vista, o te aseguro que te arrepentirás.

Siguió caminando a buen paso por la acera y ni siquiera el «zorra frígida» que él le gritó hizo que se alterara.

Pero estaba temblando. Para cuando encontró la dirección, las manos y las rodillas le temblaban. Detestaba que la hubiera alterado de esa forma. Que el hecho de haberlo visto la hubiera hecho reaccionar, aunque fuera con rabia.

Pero junto con la rabia también había vergüenza.

Ella había acogido a aquel hombre en su corazón y su casa. Había dejado que la sedujera... que le mintiera y la engañara. Le había robado mucho más que dinero. Le había robado su orgullo. Y fue un duro golpe comprobar que, después de tanto tiempo, no lo había recuperado. No del todo.

Agradeció el frescor del interior del edificio y subió a la tercera planta en ascensor.

Se sentía demasiado agotada y molesta para comprobar cómo llevaba el pelo o el maquillaje, así que llamó directamente y esperó dando toquecitos

impacientes con el pie hasta que la puerta se abrió.

Aquel hombre era tan atractivo como en la fotografía que aparecía en la contraportada de sus libros... varios de los cuales había leído u hojeado antes de la entrevista. Si acaso, con aquellos vaqueros y las mangas de la camisa arremangadas parecía más dejado. Lo que Roz vio fue un hombre muy alto y delgado con unas gafas de montura de pasta medio bajadas sobre una nariz recta y estrecha. Tras los vidrios, sus ojos verde botella parecían distraídos. Tenía mucho pelo, una maraña de color marrón que enmarcaba una cara de rasgos fuertes y marcados con un morado en la mandíbula.

El hecho de que fuera descalzo la hizo sentirse excesivamente acalorada y bien vestida.

—¿Doctor Carnegie?

—Soy yo. Señora... Harper. Lo siento. Me había despistado. Pase, por favor. Y no mire nada. —Le dedicó una sonrisa fugaz que la desarmó—. En parte cuando uno se despista significa que también se olvida de recoger. Así que iremos directamente a mi despacho, donde puedo justificar el desorden en nombre del proceso creativo. ¿Quiere tomar algo?

Tenía acento de la costa sur. Ese acento arrastrado que convertía las vocales en un líquido templado.

—Lo que sea, mientras sea frío.

Evidentemente, mientras el hombre la escoltaba por la sala de estar, Roz miró. Sobre un sofá marrón enorme, vio periódicos y libros tirados, y otro montón sobre una mesita auxiliar que tal vez fuera georgiana, junto con una gruesa vela blanca. En medio de una preciosa alfombra turca, había una pelota de baloncesto y un par de botas deportivas tan lastimosas que ni sus hijos las habrían querido, y la pantalla de televisión más grande que había visto ocupaba una pared entera.

Aunque iban de prisa, pudo ver la cocina. A juzgar por la cantidad de platos que había en el fregadero, supuso que recientemente había tenido invitados.

—Estoy escribiendo un libro —explicó él—, y cuando salgo a respirar un poco, las tareas domésticas no son una prioridad. Mi última asistente me abandonó. Igual que la anterior.

—No entiendo por qué —dijo ella con estudiada cortesía mientras contemplaba el despacho.

No había ni una superficie limpia por ningún lado, y apestaba a tabaco. En el alféizar de la ventana había una *dieffenbachia* marchitándose en un tiesto

desportillado. Elevándose sobre el caos de su mesa, había un monitor con pantalla plana y un teclado ergonómico.

El hombre despejó la silla, tirándolo todo al suelo sin ceremonias.

—Espere un momento.

Salió a toda prisa. Roz arqueó las cejas al ver un sándwich a medio comer y un vaso de... tal vez fuera té, entre los desechos de la mesa. Se sintió un tanto decepcionada cuando estiró el cuello para curiosear en la pantalla. Tenía activado el salvapantallas. Aunque supuso que aquello también era interesante, ya que mostraba varias figuras de dibujos animados jugando al baloncesto.

—Espero que el té le vaya bien —dijo el hombre cuando volvió.

—Perfecto, gracias. —Roz cogió el vaso, con la esperanza de que lo hubiera lavado en algún momento de la pasada década—. Doctor Carnegie, está usted matando a esa planta.

—¿Qué planta?

—La *dieffenbachia* de la ventana.

—Oh. No sabía que tenía una planta. —Le dedicó a la planta una mirada confusa—. ¿De dónde habrá salido? No parece muy saludable, ¿verdad?

La cogió y, para su horror, Roz vio que iba a tirarla en la papelera desbordada que tenía junto a la mesa.

—Pero, por Dios, no la tire sin más. ¿Acaso enterraría vivo a su gato?

—No tengo gato.

—Ande, deme. —Se levantó y le cogió el tiesto de las manos—. Se está muriendo de calor y de sed, y las raíces no tienen espacio. Esta tierra está dura como el cemento.

Dejó la planta junto a su silla y volvió a sentarse.

—Yo la cuidaré —dijo, y cruzó las piernas con gesto furioso—. Doctor Carnegie.

—Mitch. Si va a llevarse mi planta, debería llamarme Mitch.

—Como ya le expliqué cuando hablamos por teléfono, necesito que haga una genealogía exhaustiva de mi familia, haciendo especial hincapié en reunir información sobre cierta persona.

—Sí. —Directa, se dijo, y se sentó a su mesa—. Y yo le dije que solo hago genealogías si algo sobre la historia de la familia me interesa. En estos momentos estoy escribiendo un libro, y no tendría mucho tiempo para dedicarme a su genealogía.

—No me ha dicho su tarifa.

—Cincuenta dólares la hora, más gastos.

Roz sintió un tirón en el estómago.

—Eso es lo que cobraría un abogado.

—Una genealogía estándar no toma tanto tiempo, si uno sabe lo que hace y dónde buscar. En la mayoría de los casos puede hacerse en unas cuarenta horas, dependiendo de cuánto quiera remontarse en el tiempo. Si es más complicado, se puede negociar una tarifa plana... reevaluando la situación una vez que agotemos esas horas. Pero como le dije...

—No creo que tenga que remontarse más de un siglo.

—Eso sería calderilla. Tratándose solo de cien años, seguramente podría hacerlo usted misma. Con mucho gusto le daré las indicaciones necesarias. Sin cargo.

—Necesito un experto, y me consta que usted lo es. Y estoy dispuesta a negociar los términos. Dado que ha encontrado un momento en su abultada agenda para hablar conmigo, lo normal sería que me escuchara antes de echarme.

Directa, volvió a pensar el hombre, y encima susceptible.

—No era mi intención que piense que la estoy echando. Por supuesto que la escucharé. Si no tiene prisa, quizá podría ayudarla de aquí a unas pocas semanas.

Roz inclinó la cabeza en señal de asentimiento y el hombre se puso a rebuscar sobre la mesa, debajo.

—Deje que... ¿cómo demonios ha llegado esto aquí?

Desenterró un cuaderno amarillo, rescató un bolígrafo.

—Rosalind, ¿verdad? ¿Por el personaje de Como gustéis?

Roz esbozó una sonrisa fugaz.

—Por Russell. Mi padre era un fan.

Él escribió su nombre en la parte superior de la hoja.

—Ha dicho cien años. Lo normal es que una familia como la suya tenga registros, diarios, documentos... Y una dosis importante de información oral sobre la historia familiar que se remonte al pasado siglo.

—Es lo normal, ¿verdad? En realidad tengo bastante información, pero hay cosas que me han llevado a pensar que parte de la historia oral es incorrecta o que faltan detalles. Sin embargo, con mucho gusto le dejaré revisar el material que tengo.

Nosotros ya hemos revisado una buena parte.

—¿Nosotros?

—Yo y otros habitantes de la casa.

—Entonces, lo que busca es información de un antepasado en concreto.

—No estoy segura de que sea un antepasado, pero sé con toda seguridad que vivió en la casa. Y estoy casi segura de que murió allí.

—¿Tiene su certificado de defunción?

—No.

El hombre se subió las gafas mientras anotaba.

—¿Su tumba?

—No. Su fantasma.

Roz sonrió con serenidad cuando vio que el hombre la miraba pestañeando.

—No me diga que un hombre que indaga en las historias familiares no cree en fantasmas...

—Nunca me he topado con uno.

—Si acepta este trabajo lo hará. ¿Cuál sería su tarifa por descubrir la historia e identificar al fantasma de la familia, doctor Carnegie?

Él se recostó en el asiento, dándose con el bolígrafo en el mentón.

—¿No me está tomando el pelo?

—Ciertamente, no tomaría el pelo a nadie por cincuenta dólares la hora, más gastos. Estoy segura de que podría escribir un libro muy interesante sobre el fantasma de la familia Harper si le doy autorización y colaboro con usted.

—Sí, desde luego.

—Y, según yo lo veo, para usted lo que estoy buscando podría considerarse un estudio. Quizá tendría que cobrarle.

Él volvió a sonreír.

—Tengo que acabar este libro antes de implicarme en ningún otro proyecto. A pesar de lo que pueda parecer, siempre termino lo que empiezo.

—Entonces tendría que empezar a fregar sus platos.

—Ya le dije que no mirara. Primero deje que le diga que, en mi opinión, las posibilidades de que tenga un fantasma en su casa son de... una entre veinte millones.

—Si usted se juega esos veinte millones, yo estoy dispuesta a jugarme un dólar.

—En segundo lugar, si acepto el encargo, quiero acceso a todos los documentos familiares... personales, y su consentimiento por escrito para que indague en cualquier documento público relativo a su familia.

—Por supuesto.

—Estoy dispuesto a esperar las primeras veinte horas de trabajo para darle una tarifa, hasta que me haga una idea de por dónde voy.

—Cuarenta.

—Treinta.

—Hecho.

—Y quiero ver la casa.

—Podría venir a cenar. ¿Hay algún día que le vaya bien?

—No sé. Espere. —Giró la silla hacia su ordenador, sus dedos se movieron sobre el teclado—. ¿El martes?

—A las siete. No somos especialmente ceremoniosos, pero espero que venga con zapatos. —Cogió la planta y se levantó—. Gracias por dedicarme su tiempo —dijo, y le tendió una mano.

—¿De verdad se quiere llevar eso?

—Desde luego. Y no pienso devolvérsela y permitir que la deje a las puertas de la muerte otra vez. ¿Sabe cómo llegar a la mansión Harper?

—La encontraré. Me parece que una vez pasé por delante. —La acompañó hasta la puerta—. ¿Sabe?, las mujeres sensatas no suelen creer en fantasmas. Y las mujeres pragmáticas no pagan a alguien para que indague en la historia de los fantasmas.

Usted parece sensata y pragmática.

—Los hombres sensatos no suelen vivir en una cuadra ni mantienen entrevistas de negocios descalzos. Los dos tendremos que arriesgarnos. Será mejor que se ponga hielo sobre ese moretón. Tiene pinta de doler.

—Y duele. El muy... —Se interrumpió—. Me llevé un buen golpe cuando saltaba para coger un rebote. Baloncesto.

—Ya veo. Bueno, lo espero el martes a las siete.

—Allí estaré. Adiós, señora Harper.

—Doctor Carnegie.

El hombre esperó con la puerta abierta lo bastante para satisfacer su curiosidad. Sí, no se equivocaba. Por detrás se veía tan elegante y sexy como por delante, y las dos caras encajaban perfectamente con esa voz sureña tan glacial.

Tiene clase de la cabeza a los pies, pensó mientras cerraba la puerta.

Fantasmas. Meneó la cabeza y rio mientras se abría paso entre aquel desorden hasta su despacho. Aquello era como una patada en el culo.

20

Logan estudió a aquella figura diminuta que no dejaba de pestañear bajo el sol tamizado por las hojas. No era la primera vez que veía un bebé, incluso había tocado a alguno. En su opinión, los recién nacidos tenían un extraño parecido con los peces.

Era por los ojos. Y, con aquella mata de pelo negro, aquella pequeña parecía una criatura medio humana medio marina. Exótica y sobrenatural.

Si Gavin hubiera estado allí y Hayley no hubiera podido oírlo, habría dicho que la niña parecía hija de Aquaman y Wonder Woman.

El niño lo habría cogido enseguida.

Los bebés lo intimidaban. Con esa forma tan directa de mirar que tenían, como si supieran mucho más que uno y solo estuvieran dispuestos a aguantarlo hasta que fueran lo suficientemente mayores para coger las riendas por sí mismos.

Pero supuso que tendría que pensar algo mejor que compararla a la prole de dos superhéroes, porque la madre estaba junto a él, esperando.

—Parece como si acabara de caer de Venus, donde la hierba es azul zafiro y el cielo es un cuenco de polvo dorado. —Lo cual era cierto, pensó Logan, y sonaba más poético que lo de Aquaman.

—Oh, qué bonito. Va. —Hayley le dio un ligero codazo—. Puedes cogerla.

—Creo que esperaré hasta que tenga un poco más de sustancia.

Con una risa, Hayley sacó a Lily de su moisés.

—Un hombre tan fuerte como tú no debería tener miedo de un bebé. Venga, cógela. Y sujétale bien la cabeza.

—Para ser tan pequeña tiene las piernas muy largas. —Y la niña las sacudió un poco mientras cambiaba de manos—. Es bonita como un cuadro. Y se parece mucho a ti.

—No puedo creer que sea mía. —Hayley se puso a toquetear el sombrero

de algodón, pero enseguida se contuvo—. ¿Puedo abrir ya el regalo?

—Claro. ¿Ya le va bien que le dé el sol así?

—Le convienen baños de sol —dijo la madre soltando el lazo rosa de la caja que Logan había colocado sobre la mesa del patio.

—¿Cómo?

—Tiene un poquito de ictericia. El sol le irá bien. Stella me ha dicho que Luke también tenía y que lo sacaban un poquito para que le diera el sol varias veces al día. —Se puso con el papel—. Por lo que he visto, ella y Roz lo saben todo sobre bebés. Puedo hacer la pregunta más tonta y una de las dos siempre tiene la respuesta. Lily y yo hemos tenido suerte.

Tres mujeres, un bebé. Seguramente en cuanto la niña eructaba, alguna de las tres iba corriendo a cogerla.

—Logan, ¿crees que las cosas pasan porque tienen que pasar o porque la persona hace que pasen?

—Creo que la persona hace que pasen porque tienen que pasar.

—He estado pensando. Cuando uno se despierta dos o tres veces en mitad de la noche, tiene mucho tiempo para pensar. Cuando me fui de Little Rock, necesitaba salir de allí. Y si vine aquí fue porque pensé que Roz podría darme trabajo. Pero también podría haberme ido a Alabama. Allí tengo familia, familia de sangre. Y, sin embargo, vine aquí porque creo que estaba predestinado. Creo que Lily tenía que nacer aquí y tener a Roz y Stella en su vida.

—Todos nos habríamos perdido algo importante si hubieras dirigido tu coche a otro lugar.

—Aquí me siento en familia. Y desde que mi padre murió he echado mucho en falta sentirme así. Creo... sé que habríamos salido adelante solas. Pero no quiero salir adelante sin más. Eso ya no es suficiente.

—Los hijos lo cambian todo.

Ella sonrió.

—Sí. Ya no soy la misma que hace un año, o incluso una semana. Soy madre. —Retiró el resto del envoltorio y dejó escapar un sonido que Logan consideraba totalmente femenino—. Oh, qué muñeca tan bonita. Y qué suave. —La sacó de la caja y la abrazó de forma muy parecida a como Logan abrazaba a Lily.

—Es más grande que ella.

—No por mucho tiempo. ¡Oh, tan sonrosada y bonita! Y con su sombrero.

—Si se lo quitas, suena una melodía.

—¿De verdad? —Complacida, Hayley le quitó el sombrero y empezó a sonar una nana—. Es perfecto. —Se puso de puntillas para darle un beso a Logan—. A Lily le encantará. Gracias, Logan.

—Supuse que a una niña nunca le sobran las muñecas.

Se volvió a mirar, porque oyó que la puerta del patio se abría. Los dos niños salieron corriendo y gritando, precedidos por Parker.

También ellos habían sido así de pequeños, pensó Logan algo perplejo. Lo bastante pequeños para acunarlos en el hueco del brazo, tan indefensos como un pez fuera del agua.

Corrieron hacia Logan mientras el perro corría en círculos, delirante de alegría.

—Hemos visto la camioneta —anunció Gavin—. ¿Vamos a trabajar contigo?

—Por hoy ya he terminado. —Los dos niños pusieron mala cara, y el placer que eso le produjo hizo que Logan cambiara sus planes para el fin de semana—. Pero mañana quería construir un emparrado en mi jardín. No me irían mal un par de esclavos.

—Nosotros podemos ser tus esclavos. —Luke tironeó de la pernera del pantalón de Logan—. Yo también sé lo que es un emparrado. Es una cosa para que crezcan plantas por encima.

—Bueno, entonces ya tengo dos esclavos expertos. A ver qué dice vuestra madre.

—No le importará, tiene que ir a trabajar porque Hayley está de vacaciones.

—Baja por maternidad —le explicó Hayley.

—Ya lo había entendido.

—¿La puedo ver? —Luke dio otro tirón al pantalón de Logan.

—Claro. —El hombre se acuclilló con el bebé en brazos—. Qué pequeña, ¿eh?

—Todavía no hace nada. —Gavin frunció el ceño con expresión pensativa mientras con un dedo tocaba con suavidad la mejilla de Lily—. Solo llora y duerme.

Luke se acercó al oído de Logan.

—Hayley le da de comer —dijo el niño susurrando con tono conspirador— ¡con leche que le sale de los melones!

Logan asintió, manteniendo admirablemente la compostura.

—Sí, algo de eso había oído. Parece increíble, ¿a que sí?

—Pues es verdad. Por eso las chicas tienen bebés. Los hombres no tienen

melones y por eso no pueden hacer leche, aunque beban mucha.

—Claro, eso lo explica todo.

—Pues el gordo del señor Kelso sí tiene melones —dijo Gavin, y su hermano lanzó una risotada.

Stella se acercó a la puerta y vio a Logan con el bebé en brazos, rodeado por sus hijos. Los tres sonreían de oreja a oreja. El sol se filtraba entre las hojas de un arce rojo, formando dibujos cambiantes de luz y sombra sobre la piedra. Había lirios en un festival de colores y formas exóticas. El olor llegaba hasta ella, y también el de las rosas tempranas, la hierba recién cortada, la verbena.

Oía el canto de los pájaros, las risitas de sus hijos, la delicada música del móvil de campanillas que colgaba de una de las ramas del arce.

Mientras estaba allí petrificada, como si acabara de entrar en el marco invisible de un cuadro, su primer pensamiento definido fue «Ohhh».

Y quizá lo dijo en voz alta, porque Logan volvió la cabeza hacia ella. Cuando sus ojos se encontraron, la risa divertida de él se transformó en una sonrisa cordial.

Parecía demasiado grande acucillado de aquella forma, pensó Stella. Demasiado grande con aquella criatura tan pequeña en los brazos, demasiado masculino con sus preciosos hijos al lado.

Y tan... deslumbrante, tan moreno, atlético, fuerte.

Su sitio estaba en un bosque, construyendo un sendero sobre un terreno rocoso. No allí, en aquel lugar elegante perfumado por la fragancia de las flores y con un bebé en brazos.

Logan se puso en pie y fue hacia ella.

—Te toca.

—Oh. —Stella cogió a Lily—. Mira qué niña tan guapa. —Le rozó la frente con los labios y aspiró—. ¿Cómo está hoy? —le preguntó a Hayley.

—Estupendamente. Mira, Stella. Mira lo que Logan le ha traído.

Sí, concluyó Logan cuando Stella profirió exactamente el mismo sonido que Hayley al ver la muñeca, totalmente femenino.

—Pero qué preciosidad.

—Y mira esto. —Hayley le quitó el sombrero para que oyera la melodía.

—Mamá, mamá. —Luke se apartó de Logan para ir a tirarle de la falda a su madre.

—Espera un momento.

Y siguieron concentradas en la muñeca mientras Luke levantaba los ojos con

exasperación y se agitaba con impaciencia a su lado.

—Creo que Lily y yo iremos a echar una siesta. —Hayley colocó al bebé en su moisés, alzó éste y cogió también la muñeca—. Gracias otra vez, Logan. Ha sido un detalle precioso.

—Me alegro de que te guste. Cuídate.

—Las muñecas son aburridas —declaró Gavin, pero tuvo la suficiente educación para esperar a que Hayley se fuera para decirlo.

—¿En serio? —Stella le bajó la visera de la gorra de béisbol sobre los ojos—. ¿Y qué son esos hombrecitos que tienes en las estanterías y la mesa?

—Eso no son muñecas. —El niño parecía todo lo horrorizado que puede parecer un niño de ocho años—. Son hombres de acción. Venga, mamá.

—Qué error más tonto.

—Queremos ser esclavos y construir un emparrado —dijo Luke tirándole de la mano para atraer su atención—. ¿Vale?

—¿Esclavos?

—Mañana voy a construir un emparrado —le explicó Logan—. No me iría mal un poco de ayuda, y he encontrado estos dos voluntarios. He oído decir que trabajan a cambio de sándwiches de queso y polos.

—Oh, en realidad mañana había pensado llevarlos conmigo al trabajo.

—Un emparrado. Mamá. —Luke la miró con expresión suplicante, como si le hubieran dado la oportunidad de construir una lanzadera espacial y viajar con ella a Plutón—. No he hecho nunca un emparrado.

—Bueno, yo...

—¿Por qué no nos los repartimos? —propuso Logan—. Tú te los quedas por la mañana y yo me paso a recogerlos a mediodía.

Stella sintió un nudo en el estómago. Sonaba de lo más normal. Como si fueran un matrimonio. Una familia. A lo lejos oyó que los niños suplicaban.

—Está bien —consiguió decir—, si estás seguro de que no te van a estorbar.

Él ladeó la cabeza, al oír su tono tenso y ceremonioso.

—Si me estorban, los echo y ya está. Como ahora. Chicos, ¿por qué no vais a ver qué hace Parker y así yo puedo hablar un momento con vuestra madre?

Gavin puso cara de disgusto.

—Vamos, Luke. Seguro que la va a besar otra vez.

—Bueno, soy completamente transparente para ese chico —dijo Logan. Le hizo levantar el rostro por el mentón, acercó sus labios a los de ella, vio cómo lo miraba—. Hola, Stella.

—Hola, Logan.

—¿Me vas a decir qué está pasando por esa cabecita tuya o tengo que adivinarlo?

—Muchas cosas. Y nada importante.

—Cuando has salido parecías pasmada.

—Pasmada. Vaya, no oigo esa palabra todos los días.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo?

—Bien.

—¿Quieres saber para qué he venido esta tarde?

—Para traerle la muñeca a Lily. —Eché a andar por uno de los senderos junto a Logan. Oía a los niños y al perro, y le llegó el sonido del bate de Luke. Estarían ocupados un rato.

—Para eso y para ver si lograba que Roz me invite a comer, lo cual es una forma indirecta de conseguir comer contigo. No creo que pueda arrancarte del lado de la pequeña durante un tiempo.

Stella no pudo evitar sonreír.

—Por lo visto yo también soy transparente. Es tan divertido volver a tener un bebé en casa... Si consigo arrebatársela una hora a Hayley, y evitar que Roz me la robe a mí, podría jugar con ella como... bueno, como si fuera una muñequita. Todos esos adorables vestiditos... Yo solo he tenido chicos, y no sabía lo fascinante que puede ser toda esa ropita de niña.

—Bueno, el otro día, cuando te pregunté si querías otro hijo, te asustaste.

—No me asusté.

—Digamos que te retrajiste. ¿Por qué?

—No es tan raro que una mujer de mi edad con dos hijos ya crecidos se... retraiga ante la idea de tener otro.

—Ajá. Y has vuelto a retraerte cuando he dicho que mañana quería llevarme a los niños a casa.

—No, lo que pasa es que había pensado...

—No intentes liarme, pelirroja.

—Las cosas están yendo demasiado deprisa, y en una dirección que no tenía prevista.

—Si lo que quieres es planificarlo todo, a lo mejor te puedo hacer un jodido mapa.

—Puedo hacerme mis mapas yo sólita, y no sé por qué te molestas. Tú has preguntado. —Se detuvo junto a una tupida columna de flor de la pasión—.

Pensaba que en el sur las cosas iban más despacio.

—Ya me sacaste de quicio la primera vez que te vi.

—Muchas gracias, hombre.

—Eso tendría que haberme hecho sospechar —siguió diciendo él—. Eres como cuando te pica entre los omóplatos, en ese punto preciso donde, te pongas como te pongas, no puedes llegar y rascarte. Me encantaría ir más despacio. Normalmente no le encuentro ningún sentido a hacer las cosas deprisa. Pero, mira, Stella, no se puede planificar cómo se va a enamorar uno. Y yo me he enamorado de ti.

—Logan.

—Me doy cuenta de que eso te asusta. Y solo puede ser por dos motivos. Uno, que no compartes mis sentimientos por ti y temes hacerme daño. O, dos, que tienes muchos sentimientos por mí y eso te asusta.

Arrancó una flor de la pasión, con sus pétalos blancos y los largos filamentos azules, y la prendió entre los rizos de Stella. Un gesto romántico que contrastaba con el tono de frustración de su voz.

—Yo apostaría por el número dos, no solo porque me conviene, sino porque sé lo que nos pasa a los dos cuando te beso.

—Eso es atracción física. Química.

—Conozco perfectamente la diferencia. —La sujetó con fuerza por los hombros y la obligó a detenerse—. Y tú también. Porque los dos hemos pasado antes por esto. Los dos hemos estado enamorados y conocemos la diferencia.

—Sí, puede que tengas razón. Y en parte puede que esa sea la razón de que todo esto me parezca demasiado precipitado. —Lo sujetó por los antebrazos, y sintió su fuerza y su voluntad—. Cuando las cosas empezaron a ir en serio, ya hacía un año que conocía a Kevin, y pasó otro año antes de que empezáramos a hablar del futuro.

—Más o menos como me pasó a mí con Rae. Y aquí estamos, Stella. Tú a causa de una tragedia, y yo de las circunstancias. Los dos sabemos que, por mucho que se planifique, en el amor no hay garantías.

—No, no las hay. Pero ahora no se trata solo de mí. Tengo otras cosas en que pensar aparte de mí misma.

—Vienes con el paquete entero. —Le frotó los brazos y luego se apartó—. No soy tonto, Stella. Y no digo que no esté intentando congeniar con tus hijos para llegar a ti. Pero el caso es que me gustan. Lo paso muy bien con ellos.

—Lo sé. —Ella le oprimió los brazos y retrocedió—. Lo sé —repitió—. Me

doy perfecta cuenta cuando alguien finge. El problema no eres tú. Soy yo.

—Es la cosa más estúpida que he oído.

—Tienes razón, pero es cierto. Sé lo que es para un niño ver a su madre pasar continuamente de un hombre a otro. No es lo mismo, lo sé —dijo, levantando las manos al ver la expresión de enfado de Logan—. Lo sé, pero el caso es que ahora mi vida gira alrededor de mis hijos. Como tiene que ser.

—¿Y no crees que mi vida también podría girar alrededor de ellos? Si crees que no puedo ser su padre solo porque no proceden de mí entonces sí que eres tú el problema.

—Se necesita tiempo para...

—¿Sabes cómo se consigue una planta fuerte y saludable como ésta? —Y señaló el emparrado de flor de la pasión—. Si haces un acodo, tendrás nuevos frutos y nuevas flores. Pero si creas un híbrido, es posible que consigas una variedad distinta.

—Sí, pero se necesita tiempo.

—Algún día hay que empezar. No quiero a esos niños como tú. Pero sé que podría si me das la oportunidad. Y quiero esa oportunidad. Quiero casarme contigo.

—Oh, Dios. No puedo... no podemos... —Tuvo que llevarse la mano al corazón y tragar aire, pero era como si no le llegara a los pulmones—. Casarnos. Logan, no puedo respirar.

—Bien. Así al menos te callarás un rato. Te quiero, y quiero que tú y tus hijos seáis parte de mi vida. Si hace unos meses alguien me hubiera insinuado que querría responsabilizarme de una pelirroja quisquillosa y dos niños revoltosos, me habría muerto de risa. Pero mira. Podría pedirte que viviéramos juntos un tiempo mientras te habitúas a la idea, pero sé que no querrás. Así que no veo por qué no podemos casarnos y empezar una nueva vida.

—Casarnos, así sin más —consiguió decir ella—. Como si te fueras a comprar una camioneta nueva.

—Con una camioneta nueva al menos te dan garantía.

—Tanto romanticismo me nubla la razón.

—Podría ir y comprar un anillo, arrodillarme. Es lo que tenía pensado, pero las cosas no han salido así. Tú me quieres, Stella.

—Empiezo a preguntarme por qué.

—Tú siempre te preguntas por qué. Y no me importa que sigas haciéndolo. Podríamos tener una buena vida juntos. —Y con el gesto señaló en dirección a

los chicos, desde donde les llegó una vez más el sonido del bate contra la bola de plástico—. Para ellos. No puedo sustituir a su padre, pero sería un buen padre para ellos. Nunca les haría daño, ni a ti tampoco. Puedo irritarte, molestarte, pero jamás os haría daño.

—Lo sé. No podría quererte si no fueras un buen hombre. Y lo eres, eres muy bueno. Pero casarnos... No sé si es la respuesta adecuada para ninguno de los dos.

—Tarde o temprano te convenceré. —Se acercó de nuevo a ella y enredó su pelo con los dedos en un repentino cambio de humor—. Si es temprano, podrías decidir cómo quieres arreglar todas esas habitaciones vacías que tengo en casa. Estaba pensando en elegir una de ellas empezar a arreglarla la próxima vez que llueva.

Ella entrecerró los ojos.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo que sea con tal de que funcione. Sé mía, Stella. —Le rozó los labios con la boca—. Seamos una familia.

—Logan. —Su corazón lo deseaba, aunque su cuerpo se apartó de él—. Espera un momento. En parte ahí está el problema. Antes te he visto con Lily.

—¿Y?

—Ya tengo treinta y pico, Logan. Tengo dos hijos de ocho y seis años. Tengo un trabajo muy absorbente. Una carrera profesional que quiero potenciar. No sé si quiero tener más hijos. Tú nunca has tenido un hijo tuyo, y mereces poder tenerlo.

—Ya he pensado en eso. Tener un hijo contigo estaría muy bien si los dos lo queremos. Pero creo que de momento con vosotros es como si me hubiera tocado la lotería. Tú y dos niños divertidos que ya están enseñados. No necesito saber lo que va a pasar, Stella. No quiero conocer todos los jodidos detalles. Me basta con saber que te quiero y que quiero a tus hijos.

—Logan. —Hora de pensar con calma, decidió Stella—. Tenemos que sentarnos un día y hablar de todo esto con calma. Ni siquiera conocemos a la familia del otro.

—Eso tiene fácil arreglo, al menos con tu familia. Podemos invitarlos a cenar. Elige un día.

—No tienes ni un mueble en tu casa. —Su voz le sonó muy chillona y trató de serenarse—. No, eso no es importante.

—Para mí no.

—La cuestión es que nos estamos saltando los pasos más importantes. —Y, en aquellos momentos, estaban completamente desordenados y confundidos en su cabeza.

Una boda, un nuevo cambio para sus hijos, la posibilidad de tener otro hijo. ¿Cómo lo iba a hacer?

—Me estás hablando de hacerte cargo de dos niños, y no tienes ni idea de lo que es vivir con dos críos ya crecidos.

—Pelirroja, que yo también he sido pequeño. Mira, te diré lo que haremos. Tú me preparas una lista con todos esos pasos que dices. Y si es lo que quieres, los seguiremos, uno a uno. Pero quiero que me digas aquí y ahora si me quieres.

—Tú mismo me has dicho que te quiero.

Él la sujetó por la cintura y la pegó contra él, de aquella forma que hacía vacilar a su corazón.

—Dímelo.

¿Tenía idea aquel hombre de lo difícil que era para ella pronunciar esas palabras? En toda su vida solo se las había dicho al hombre al que había perdido. Y allí estaba, con los ojos clavados en ella, esperando que le confirmara lo que ya sabía.

—Te quiero, pero...

—Por ahora eso me sirve. —Y cerró la boca sobre la de ella, dando rienda suelta a la tempestad emocional que se había desatado en su interior. Luego se apartó—. Hazme esa lista, pelirroja. Y empieza a pensar de qué color quieres las paredes de la sala de estar. Di a los chicos que los veré mañana.

—Pero... ¿no te ibas a quedar a comer?

—Tengo cosas que hacer —dijo alejándose—. Y tú también. —Miró atrás por encima del hombro—. Necesitas preocuparte un rato por mí.

Una de las cosas que tenía que hacer era dominar su frustración. Cuando le había pedido a Rae que se casaran, no había sido una sorpresa para ninguno de los dos, y ella había aceptado enseguida, entusiasmada.

Claro que mira lo que había pasado.

Pero para el ego de un hombre era muy duro que la mujer a la que amaba y con la que quería pasar el resto de su vida saliera al paso a cada uno de sus movimientos con una barrera de sentido común y obstinación.

Pasó una hora haciendo ejercicio, sudando, bebiendo agua y renegando por

haber tenido la mala fortuna de enamorarse de una pelirroja testaruda.

Claro que, si no hubiera sido testaruda y sensata, seguramente no se habría enamorado de ella. Lo cual seguía convirtiéndola en la culpable de todo aquel embrollo.

Antes de que aparecieran ella y sus bulliciosos hijos, estaba la mar de feliz. La casa no le parecía vacía. ¿Desde cuándo se dedicaba él voluntariamente a quedar para pasar un precioso sábado libre, un solitario sábado, en su casa con un par de críos que no harían más que causar problemas?

Dios. Tendría que salir y comprar polos.

Estaba perdido, decidió cuando se metió en la ducha. ¿No había elegido ya un lugar en el patio trasero para instalar un columpio? ¿No había empezado un esbozo para una casa en un árbol?

Había empezado a pensar como un padre.

Quizá le había gustado la sensación de tener a aquel bebé en brazos, pero tampoco era tan imprescindible que tuvieran un hijo. ¿Cómo podía saber ninguno de ellos cómo se sentiría aun año vista?

Las cosas, pensó recordando las palabras de Hayley, pasan porque tienen que pasar.

Porque uno hace que pasen, se corrigió mientras se ponía unos vaqueros limpios.

Y él iba a hacer que empezaran a pasar cosas.

Quince minutos más tarde, después de consultar brevemente el listín telefónico, iba en su coche, de camino a Memphis. Aún tenía el pelo mojado.

Will acababa de ponerse con su descafeinado y la exigua porción de pastel de merengue de limón que Jolene le permitía después de la comida, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién demonios será?

—No sé, cariño. Ve a abrir y lo sabrás.

—Como sea alguien que viene a pedirte pastel, yo también quiero más.

—Si es el chico de los Bower que viene a cortar el césped, dile que tengo un par de latas de coca-cola frías para él.

Pero cuando Will abrió la puerta, no vio al hijo larguirucho de los Bower, sino a un hombre de hombros anchos con cara de irritación. Instintivamente, Will se interpuso en la abertura para impedir que pasara.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy Logan Kitridge y acabo de pedirle a su hija que se case conmigo.

—¿Quién es, cielo? —Jolene salió a la puerta toqueteándose el pelo—. Vaya, usted es Logan Kitridge, ¿verdad? Nos hemos visto una o dos veces en el centro de jardinería. Aunque ya hace tiempo. Conozco un poco a su madre. Pase.

—Dice que le ha pedido a Stella que se casen.

—¡Ah, sí! —Su rostro se iluminó como un sol, y sus ojos se abrieron con avidez y curiosidad—. Vaya, eso es maravilloso. Venga a comer un poco de pastel.

—No ha dicho si ella ha aceptado —señaló Will.

—¿Desde cuándo dice Stella algo tan sencillo como sí? —preguntó Logan, y sus palabras hicieron reír a Will.

—Ésa es mi chica.

Se sentaron, comieron pastel, tomaron café y, antes de pasar al tema en cuestión, estuvieron dando rodeos, charlando sobre la madre de Logan, Stella y el bebé de Hayley.

Finalmente, Will se recostó en su asiento.

—Bueno, ¿es necesario que pregunte cómo piensa mantener a mi hija y mis nietos?

—Pues usted verá. La última vez que hice esto, el padre de la chica tuvo un par de años para ir sonsacándome. No pensé que tuviera que volver a pasar por esa parte a mi edad.

—Por supuesto que no. —Jolene le dio a su marido una ligera palmada en el brazo—. Estaba bromeando. Stella se puede mantener solita a ella y los niños. Y no estaría usted ahí con esa cara de disgusto si no la quisiera. Si no le molesta, me gustaría saber cómo se siente ante la idea de convertirse en padrastro.

—Pues imagino que igual que usted siendo abuelastra. Con un poco de suerte, los hijos de Stella sentirán por mí lo mismo que sienten por usted. Sé que les encanta estar en su compañía, y he oído que las galletas de su yaya Jo son tan buenas como las de David. Eso es todo un cumplido.

—Los queremos con locura. Stella los quiere con locura. Kevin los quería con locura. Era un buen hombre.

—Quizá para mí las cosas serían más fáciles si no hubiera sido tan bueno. Si hubiera sido un hijo de puta y se hubieran divorciado en vez de ser bueno y haber muerto tan joven. No lo sé, porque no es el caso. Pero me alegro de que fuera un buen marido, por Stella y por los niños. Podré vivir con su fantasma, si

es eso lo que quiere saber. Creo que hasta le estoy agradecido.

—Bueno, eso es muy inteligente. —Jolene le dio unas palmaditas en la mano en señal de aprobación—. Y demuestra que tiene buen carácter. ¿No te parece, Will?

Will profirió un sonido algo impreciso y se puso el índice en el labio inferior.

—Si se casa con mi hija, ¿me hará un precio especial en los trabajos de jardinería?

La sonrisa de Logan se amplió lentamente.

—En eso estamos de acuerdo.

—Había estado pensando rehacer el patio.

—Primera noticia —musitó Jolene.

—Vi cómo montaban uno de esos diseños de espinapez con ladrillo en un programa de la tele. Me gustó como quedaba. ¿Sabrías hacer algo parecido?

—Lo he hecho alguna vez, sí. Si quiere puedo echar un vistazo a lo que tiene ahora.

—Me parece bien. —Will apartó su silla de la mesa.

21

Stella le dio vueltas y vueltas, pensó y pensó. Cuando Logan llegó para recoger a los niños a mediodía, ya estaba preparada para enzarzarse en otro debate sobre los pros y los contras del matrimonio.

Sabía que estaba furioso con ella. Y supuso que también dolido. Pero, curiosamente, sabía que pasaría a recoger a los niños. Les había dicho que iba, e iría.

Un punto más a su favor: podía confiar en él en lo que se refería a sus hijos.

Discutirían. Los dos estaban demasiado exaltados para tener una conversación tranquila y razonable sobre sus emociones. Pero no le importaba. Una buena discusión siempre hacía salir los hechos y los sentimientos. Y necesitaba las dos cosas para decidir qué era lo mejor para todos.

Pero, cuando Logan la localizó donde tenía a los niños devolviendo carros a su sitio —a un cuarto de dólar por carro—, fue de lo más amable. De hecho, casi parecía feliz.

—¿Listos para un poco de trabajo de hombres? —preguntó.

Gritando de alegría, los niños dejaron lo que estaban haciendo. Luke le enseñó con orgullo el martillo de plástico que llevaba sujeto a una de las trabillas de sus shorts.

—Te será útil. Me gustan los hombres que llevan sus propias herramientas. Luego los llevaré a tu casa.

—¿A qué hora crees que...?

—Depende del tiempo que aguanten trabajando. —Pellizcó los bíceps de Gavin—. Este creo que aguantará todo un día.

—¡Tócame los míos! ¡Tócame los míos! —Luke flexionó el brazo.

Después de cumplir y dar un silbido de admiración, inclinó la cabeza mirando a Stella.

—Hasta luego.

Y ya está.

Así que Stella le dio vueltas y más vueltas, y pensó y pensó el resto del día. Y ella, que no era tonta, dedujo que eso era exactamente lo que Logan quería.

Cuando llegó a casa después del trabajo, la casa estaba anormalmente callada, y la verdad era que no acababa de gustarle. Se duchó para quitarse el cansancio del día, jugó con el bebé, se tomó un vaso de vino y estuvo andando arriba y abajo hasta que el teléfono sonó.

—¿Diga?

—Hola, ¿es usted Stella?

—Sí, ¿quién...?

—Soy Trudy Kitridge, la madre de Logan. Logan me pidió que la llamara, me dijo que volvería del trabajo sobre esta hora.

—Yo... oh. —Oh, Dios. ¿La madre de Logan?

—Logan nos ha dicho a mí y a su padre que le ha pedido que se case con él. Casi me caigo de espaldas.

—Sí, yo también. Señora Kitridge, aún no hemos decidido... yo no he decidido... nada.

—Pues tarde o temprano tendrá que decidirse, ¿no? Pero se lo advierto, cuando a este chico se le mete algo en la cabeza, es como un perro con su presa. Me dijo que quería usted conocer a su familia antes de darle una respuesta. Es un detalle muy bonito. Por supuesto, viviendo aquí, no es tan fácil. Pero pronto iremos de visita, durante las vacaciones. Seguramente veremos a Logan para Acción de Gracias y a nuestra hija para Navidad. Tengo nietos en Charlotte, ¿sabe?, por eso queremos estar allí en Navidad.

—Claro. —No sabía qué decir.

¿Cómo iba a saberlo si no había podido prepararse?

—Aunque, claro, Logan me ha dicho que tiene usted dos hijos. Que son un terremoto. Así que a lo mejor resulta que también tendremos dos nietos en Tennessee.

—Oh. —No había cosa que la hubiera podido conmover más profundamente —. Es un detalle que lo diga sin conocernos siquiera y...

—Logan la conoce, y he enseñado a mi hijo a saber lo que hace. Si él la quiere a usted y a sus hijos, nosotros también. Bueno, he oído que trabaja para Rosalind Harper.

—Sí. Señora Kitridge...

—Oh, llámeme Trudy. ¿Ya se siente más integrada por allí?

Y Stella se encontró manteniendo una conversación de veinte minutos con la madre de Logan, conversación que la dejó desconcertada, divertida, conmovida y exhausta.

Cuando terminó, se sentó con el cuerpo totalmente flácido en el sofá, como si acabara de ser víctima de una emboscada y no acabara de creerlo.

Y entonces oyó que llegaba la camioneta de Logan.

Tuvo que controlarse para no ir corriendo a la puerta. Seguro que era lo que Logan esperaba. Así que, en vez de eso, se sentó en la salita con una revista de jardinería y el perro dormitando a sus pies, como si no tuviera ninguna preocupación.

A lo mejor de pasada mencionaría que había hablado con su madre. O no, podía no decir nada y dejar que Logan se devanara los sesos pensando.

Sí, de acuerdo, había sido muy sensato y amable que pidiera a su madre que la llamara, pero ¡por Dios!, al menos podría haberle avisado para que no tuviera que pasarse los primeros cinco minutos balbuceando como una idiota.

Los niños entraron con la elegancia de un batallón del ejército.

—Hemos hecho un emparrado entero. —Cubierto de sudor y tierra, Gavin corrió para coger a Parker en brazos—. Y hemos plantado la planta que se enredará por encima.

—Jamén de Carol.

Jazmín de Carolina, supuso Stella que quería decir. Bonita elección.

—Y yo me he clavado una espina. —Luke extendió su mano sucia para mostrar la tirita que llevaba en el índice—. Una muy grande. Pensábamos que la teníamos que sacar con un cuchillo. Pero no ha hecho falta.

—Uau. Te has salvado por poco. Pondremos un poco de antiséptico.

—Logan ya me ha puesto. Y no he llorado. Y hemos comido bocadillos. Logan dice que son bocadillos de pobre,^[5] pero no sé por qué, porque llevan un montón de cosas dentro. Y también hemos comido polos.

—Además hemos subido en la carretilla. —Gavin tomó el relevo y siguió con los detalles—. Y yo he usado un martillo de verdad.

—Uau. Cuántas cosas. ¿Logan no viene?

—No, ha dicho que tenía que hacer cosas. Y mira. —Gavin se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete arrugado de cinco dólares—. Nos ha dado uno a

cada uno.

Dice que hemos trabajado tan bien que en vez de esclavos ahora somos mano de obra barata.

Stella no pudo evitar reír.

—Menudo ascenso. Enhorabuena. Creo que será mejor que os bañéis enseguida.

—Y luego comeremos como una piara de cerdos. —Luke puso su mano en la de su madre—. Lo dijo Logan a la hora de comer.

—Lo de comer como cerdos mejor lo dejáis para cuando estéis trabajando.

Mientras se bañaban y luego durante la cena, no dejaron de hablar de Logan y lo que habían hecho aquel día. Y estaban demasiado agotados para aprovechar la hora de más que normalmente les dejaba antes de acostarse los sábados por la noche.

A las nueve estaban profundamente dormidos y, por primera vez que ella pudiera recordar, se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Trató de leer, de trabajar, pero no pudo hacer ni una cosa ni la otra.

Cuando oyó llorar a Lily se animó.

Salió al pasillo y vio a Hayley tratando de tranquilizar a la niña.

—Tiene hambre. Había pensado ir un rato a la sala de estar y mirar un rato la tele mientras le doy el pecho.

—¿Te molesta si te acompaño?

—Claro que no. Hoy ha estado todo muy vacío. David ha salido a pasar el fin de semana en el lago y tú y Roz estabais trabajando, tus hijos han estado fuera... —Se sentó, se abrió la blusa y colocó a Lily junto al pecho—. Bueno. Así está mejor, ¿verdad? La puse en la mochilita para bebés que me regalaron en la fiesta y dimos un bonito paseo.

—Eso es muy bueno para las dos. ¿Qué quieres mirar?

—En realidad nada. Solo era por escuchar voces.

—¿Os sirve la mía? —Roz entró y se acercó a Lily para sonreírle—. Quería pasar a verla. ¡Mira cómo come!

—No tiene problemas de apetito —confirmó Hayley—. Hoy me ha sonreído. Sé que dicen que solo son gases, pero...

—¿Qué sabrán ellos? —Roz se puso cómoda en un sillón—. ¿Acaso están dentro de la cabeza del bebé?

—Logan me ha pedido que me case con él.

Stella no sabía por qué lo había dicho... ni siquiera sabía que su cerebro

quería mover su lengua.

—¡Santa madre! —exclamó Hayley, y enseguida se puso a tranquilizar a Lily y bajó la voz—. ¿Cuándo, cómo, dónde? Es increíble. Menudo notición. Cuéntanoslo todo.

—No hay mucho que contar. Me lo pidió ayer.

—¿Después de que yo entré para acostar al bebé? Sabía que pasaba algo.

—No creo que lo tuviera planeado. Más bien diría que pasó, y luego se enfadó porque traté de señalarle las razones por las que no debíamos precipitarnos.

—¿Y qué razones son esas?

—Que solo os conocéis desde enero —empezó a decir Roz mirando a Stella—. Tú tienes dos hijos. Los dos habéis estado casados y llegaríais al matrimonio con el bagaje de vuestros matrimonios anteriores.

—Sí. —Stella dejó escapar un suspiro—. Exacto.

—Cuando lo sabes, lo sabes, ¿no? —argumentó Hayley—. Tanto si llevas cinco meses como si son cinco años. Y Logan se porta maravillosamente con tus hijos. Están locos por él. El hecho de que hayáis estado casados antes os hará más conscientes de los posibles inconvenientes. No lo entiendo. Tú lo quieres, ¿no?

—Sí. Y lo otro también sí, hasta cierto punto, pero... es diferente cuando uno es joven y no tiene trabas. Se pueden correr más riesgos. ¿Y si él quiere hijos y yo no? Tengo que pensar eso con calma. Tengo que decidir si sería capaz de tener otro hijo a estas alturas, o si mis hijos y yo estaremos felices y seguros con él a largo plazo. Kevin y yo teníamos unos planes.

—Y ahora tus planes se podrían resumir con la frase «No es fácil entrar en un nuevo matrimonio» —apuntó Roz—. Yo esperé mucho para decidirme, y tomé la decisión equivocada. Pero creo que si hubiera podido enamorarme de un hombre a tu edad, un hombre que me hiciera feliz, que se alegrara de poder pasar la tarde del sábado con mis hijos y que me excitara en la cama, me hubiera tirado de cabeza.

—Pero tú misma lo has dicho, antes has mencionado las razones por las que es demasiado precipitado.

—No, he mencionado las razones que tú darías... y lo cierto es que te entiendo, Stella. Pero hay otra cosa que tú y yo sabemos, o deberíamos saber. Y es que el amor es algo maravilloso y que con frecuencia nos arrebatan. Tú tienes la oportunidad de volver a sentirlo. Eres muy afortunada.

Stella volvió a soñar con el jardín y la dalia azul. Estaba cargada de capullos, gruesos y maduros, a punto de abrirse. En lo más alto, una flor solitaria y deslumbrante se mecía con su color eléctrico bajo la brisa. Su jardín ya no estaba ordenado ni arreglado, pero se extendía desde sus pies en ondas y encantadores tramos de diferentes colores y formas.

Luego Logan estaba a su lado, y sus manos eran ásperas y tibias cuando la atrajo hacia sí. La boca era fuerte y sensual. A lo lejos oía reír a sus hijos, y el ladrido alegre del perro.

Se tendió en la hierba en el límite del jardín, y sus sentidos estaban saturados de infinitud de colores, olores; saturados del hombre.

Sentía un calor tan intenso, un placer tan intenso mientras se amaban bajo el sol... Palpó su rostro con las manos. No era guapo como en los cuentos de hadas, no era perfecto, pero lo amaba. Su piel se estremecía mientras sus cuerpos se movían, piel contra piel, dureza y suavidad, curva y ángulo.

¿Cómo podían encajar, cómo podían formar un todo tan perfecto habiendo tantas diferencias entre ellos?

Pero su cuerpo se fundía con el de él, se unió al de él.

Estaba tendida al sol, junto a él, sobre la hierba, en el límite de su jardín, oyendo el retumbar de su propio corazón, y supo lo que era la dicha.

Los capullos de la dalia se abrieron. Había tantos... demasiados. Estaban quitando luz y espacio a otras plantas. El jardín era una maraña, cualquiera podía verlo. La dalia azul era demasiado agresiva y prolífica.

Está bien donde está, solo ha cambiado tus planes.

Pero, antes de que pudiera contestarle a Logan, oyó otra voz fría y dura en su mente.

Sus planes, no el tuyo. Sus necesidades, no las tuyas. Córtala antes de que se extienda.

No, aquél no era su plan. Desde luego que no. Aquel jardín tenía que ser un lugar encantador y tranquilo.

En la mano tenía una pala, y empezó a cavar.

Eso es. Desentiérrala. Arráncala.

El aire era frío, como si fuera invierno, y Stella clavó la pala en la tierra con un estremecimiento.

Logan se había ido, y ella estaba sola en el jardín con la dama de Harper, que

permanecía de pie a su lado, con su vestido blanco, el pelo desordenado y una mirada enloquecida en los ojos.

—No quiero estar sola. No quiero renunciar a ella.

Cava. Deprisa. ¿Quieres sentir el dolor, el veneno? ¿Quieres que infecte a tus hijos? Deprisa. Lo estropeará todo. Lo matará todo si la dejas vivir.

Stella ya la había sacado. Era lo mejor. La plantaría en algún otro sitio, pensó, un sitio mejor.

Pero, cuando la estaba levantando con cuidado para no dañar las raíces, las flores se volvieron negras, y la dalia azul se marchitó y se convirtió en polvo en sus manos.

La mejor forma de no pensar era estar ocupada. Y eso no era problema para Stella, con el año escolar a punto de acabarse, la temporada de venta de plantas perennes a punto de empezar en el invernadero y su mejor vendedora de baja por maternidad.

No tenía tiempo para analizar sueños extraños e inquietantes o preocuparse por un hombre que la pedía en matrimonio y luego desaparecía. Tenía un negocio que dirigir, una familia de la que ocuparse y un fantasma al que identificar.

Vendió los tres últimos laureles, y luego se puso a reordenar la zona de arbustos.

—¿No tendrías que estar arreglando papeles en vez de camelias?

Ella se incorporó, perfectamente consciente de que estaba sudada, tenía tierra en los pantalones y el pelo se le salía de la gorra de béisbol bajo la que lo había escondido. Y miró a Logan.

—Me encargo de la dirección del negocio, y parte del trabajo consiste en asegurarme de que el género está expuesto correctamente. ¿Qué quieres?

—Tengo un nuevo trabajo. —Agitó los papeles ante ella, y el aire que levantó casi la hizo gemir—. Vengo a buscar el material.

—Bien. Puedes dejar los papeles en mi mesa.

—No, yo me quedo aquí. —Y le puso los papeles en la mano—. Mis hombres están cargando el material. Yo voy a llevarme ese arce rojo de ahí y cinco adelfas.

Acercó uno de los carros planos y se puso a cargarlos.

—Bien —repitió Stella por lo bajo.

Molesta, echó una ojeada a la factura, pestañeó y volvió a leer la información sobre el cliente.

—Es mi padre.

—Ajá.

—¿Qué haces tú plantando adelfa en la casa de mi padre?

—Mi trabajo. Y le voy a construir un nuevo patio. Tu madrastra ya está hablando de poner nuevos accesorios en el jardín. Y una fuente. Creo que no hay mujer que no vea una superficie y no sienta la necesidad de comprar algo para ponerlo encima. La otra noche, cuando me fui, aún lo estaban hablando.

—Tú... ¿Qué hacías allí?

—Comer pastel. Tengo que irme. Tengo que ponerme cuanto antes con esto si quiero llegar a casa y asearme a tiempo para venir a la reunión con ese experto esta noche. Hasta luego, pelirroja.

—Un momento. Espera un momento. Le dijiste a tu madre que me llamara, así sin más.

—¿Cómo que sin más? Dijiste que querías que conociéramos a la familia del otro. En estos momentos la mía está a unos tres mil kilómetros de aquí, así que pensé que la solución del teléfono estaría bien.

—Quiero que me expliques... —Agitó los papeles—. Todo esto.

—Lo sé. Eres una fanática de las explicaciones. —Se detuvo lo suficiente para cogerla del pelo y besarla—. Si esto no es explicación suficiente, es que estoy haciendo algo mal. Nos vemos.

—Y luego se fue y me dejó allí plantada como una idiota. —Horas más tarde Stella todavía le daba vueltas al asunto, mientras le cambiaba los pañales a Lily y Hayley terminaba de arreglarse para la cena.

—Tú dijiste que teníais que conocer a la familia del otro —señaló Hayley—. Ahora tú has hablado con su madre y él ha hablado con tu padre.

—Ya sé lo que dije, pero presentarse en casa de mi padre... Y le dijo a su madre que me llamara sin avisarme antes. A veces no lo soporto. —Cogió a Lily en brazos y la acunó—. Me pone mala.

—Pues yo añoro encenderme de esa forma. —Se puso de lado frente al espejo, y suspiró ligeramente por los kilos de más que seguía teniendo tras el parto—. No sé por qué, pero a pesar de lo que dicen los libros, estaba convencida de que al nacer Lily todo volvería a su sitio.

—Nada vuelve a su sitio después de tener un bebé. Pero eres joven y activa. Recuperarás tu figura.

—Eso espero. —Cogió sus pendientes de aro favoritos mientras Stella le hacía arrumacos a Lily—. Stella, voy a decirte una cosa, porque eres mi mejor amiga y te quiero.

—Oh, cielo.

—Bueno, es verdad. ¿Te acuerdas de la semana pasada, cuando Logan vino a traerle la muñeca a Lily y tú y los niños salisteis? Antes de que yo entrara y él te hiciera la gran pregunta. ¿Sabes lo que parecíais los cuatro juntos?

—No.

—Una familia. Y creo que, sea lo que sea que te pasa por la cabeza, en el fondo lo sabes. Y así es como será siempre con él.

—Eres demasiado joven para ser tan lista.

—No se trata de los años, sino de los kilómetros que uno ha recorrido. —Hayley se colocó un trapo sobre el hombro—. Ven conmigo, pequeña. Mamá va a presumir de hija ante los invitados antes de acostarte. ¿Estás lista? —le preguntó a Stella.

—Pronto lo sabremos.

Por el camino, Stella recogió a sus hijos y todos juntos empezaron a bajar la escalera. Se encontraron con Roz en el descansillo.

—Bueno, tenemos un aspecto inmejorable.

—Nos ha obligado a ponernos camisetas nuevas —se quejó Luke.

—Y bien guapos que estáis. Me pregunto si me dejaréis ser un poco egoísta y llevarme a estos dos jovencitos tan bien vestidos como escoltas. —Y les tendió una mano a cada uno—. Habrá tormenta —dijo echando un vistazo por la ventana—. Mirad, aquel debe de ser nuestro doctor Carnegie, y justo a tiempo. ¿Qué demonios está conduciendo? Parece una caja roja oxidada sobre ruedas.

—Creo que es un Volvo. —Hayley se acercó para espiar por encima del hombro de Roz—. Un Volvo muy, muy viejo. Es de los coches más seguros que hay, y tiene un aire tan simplón... Me encanta. ¡Oh, señor, mirad eso! —Sus cejas se arquearon cuando vio a Mitch apearse del coche—. Me están dando unos calores...

—Por Dios, Hayley, podría ser tu padre.

Hayley se limitó a sonreír a Roz.

—Si me dan calores me dan calores.

—A lo mejor tienes que beber agua —sugirió Luke.

—Sí, mejor le damos un poco de agua. —Con aire divertido, Roz bajó para recibir al primer invitado.

El hombre había llevado una botella de buen vino, cosa que a Roz le agradó, pero cuando le ofreció algo de beber, él pidió agua mineral. Roz supuso que un hombre que conduce un coche fabricado seguramente por la misma época en que él había nacido necesitaba todos sus sentidos. Profirió los sonidos adecuados al ver al bebé. Estrechó las manos de los niños con sobriedad.

Y ganó más puntos por el tacto que demostró al hablar de cosas sin importancia en lugar de preguntar directamente por el motivo que lo había llevado allí.

Para cuando Logan llegó, el ambiente era bastante distendido.

—No creo que debamos esperar a Harper. —Roz se puso en pie—. Mi hijo padece de falta de puntualidad crónica, y a veces ni se presenta.

—Yo también tengo un hijo —dijo Mitch—. Sé muy bien cómo van estas cosas.

—Oh, no sabía que tenía usted hijos.

—Solo uno. Josh tiene veinte años. Estudia en la universidad. Tiene usted una casa realmente bonita, señora Harper.

—Llámeme Roz, y gracias. Es uno de los grandes amores de mi vida. Y éste es el otro —añadió cuando Harper entró corriendo desde la cocina.

—Llego tarde. Lo siento, casi me olvido. Hola, Logan. Stella. Hola, chicos. —Dio un beso a su madre, luego miró a Hayley—. Hola. ¿Dónde está Lily?

—Durmiendo.

—Doctor Carnegie, éste es mi poco puntual hijo Harper.

—Lo siento. Espero que no haya tenido que esperar por mi culpa.

—En absoluto —afirmó Mitch mientras se estrechaban la mano—. Me alegro de conocerlo.

—¿Por qué no nos sentamos a la mesa? Parece que David se ha superado.

En el centro de la mesa había un cuenco muy largo con un arreglo floral de verano. Velas blancas y finas en candelabros de plata en el aparador. Y David había utilizado la vajilla blanca y la mantelería amarillo y verde claro por su sencillez y elegancia. En los platos ya había servido una ensalada artística y fría de langosta.

David entró con el vino.

—¿A quién le interesa este excelente Pinot Grigio?

El doctor, según vio Roz, siguió con su agua mineral.

—¿Sabe? —dijo Harper mientras disfrutaba del primer plato, cerdo relleno—. Me resulta usted familiar. —Miró a Mitch entrecerrando los ojos—. He estado tratando de situarlo. Por casualidad no daría usted clases en la Universidad de Michigan cuando yo estudiaba, ¿verdad?

—Tal vez, pero no recuerdo haberlo visto en ninguna de mis clases.

—No, creo que no. Quizá asistí a alguna de sus conferencias o algo por el estilo. Espere, un momento. Ya sé. Josh Carnegie. Los Memphis Tigers.

—Mi hijo.

—Se parecen mucho. Uau, es increíble. La primavera pasada estuve en el partido contra Carolina del Sur, y él marcó treinta y ocho puntos. Menudo juego tiene.

Mitch sonrió, se pasó el pulgar sobre el morado que aún se notaba en su mandíbula.

—Dígame a mí.

La conversación derivó hacia el baloncesto y se volvió muy bulliciosa, y esto dio a Logan la ocasión de inclinarse hacia Stella.

—Tu padre dice que está deseando veros a ti y los niños el domingo. Yo os llevaré, porque resulta que estoy invitado a comer.

—¿Ah sí?

—Le gusto. —Le cogió la mano que tenía libre, rozó sus dedos con los labios—. La adelfa nos ha unido.

Stella no trató de reprimir la sonrisa.

—Has sabido encontrarle su punto débil.

—Tú, los niños, el jardín. Sí, diría que tengo las bases cubiertas. ¿Ya me has escrito esa lista, pelirroja?

—Parece que te las arreglas muy bien tachando cosas de tu propia lista sin consultarme.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Jolene piensa que tendríamos que hacer una boda tradicional y casarnos en junio.

Stella se quedó boquiabierta, y él se dio la vuelta para hablar con sus hijos sobre los números más recientes de cómics de Marvel.

Cuando estaban tomando el postre, se oyó un ruido y luego un llanto agudo por el monitor del bebé, que estaba sobre el bufete. Hayley se levantó como movida por un resorte.

—El deber me llama. Volveré cuando haya comido y se quede dormida otra

vez.

—Hablando de deberes. —Stella también se levantó—. Hora de acostarse, chicos. Mañana hay que ir al cole —añadió antes de que los niños pudieran protestar.

—Irse a la cama antes de que esté oscuro es un rollo —se lamentó Gavin.

—Lo sé. La vida está llena de rollos. ¿Qué se dice?

Gavin suspiró.

—Gracias por la cena, estaba muy buena, y ahora tenemos que irnos a la cama por culpa del estúpido colegio.

—Casi —decidió Stella.

—Buenas noches. Las patatas fritas me han gustado «especialmente» —le dijo Luke a David.

—¿Te echo una mano? —preguntó Logan.

—No. —Pero se detuvo al llegar a la puerta, se dio la vuelta y lo miró un momento—. Pero gracias.

Llevó a los niños arriba e inició el ritual de todas las noches mientras fuera empezaba a tronar. Parker se escondió debajo de la cama de Luke. Cuando los estaba arrojando en la cama, empezaron a caer gruesos goterones contra las ventanas.

—Parker es un miedica. —Luke acomodó la cabeza sobre la almohada—. ¿Puede dormir conmigo esta noche?

—Vale, pero solo esta noche, para que no tenga miedo. —Cuando consiguió que saliera de debajo de la cama, temblando, se puso a acariciarlo y lo acostó junto a Luke—. ¿Mejor así?

—Sí. Mamá... —la llamó mientras acariciaba al perro e intercambiaba una mirada con su hermano.

—¿Qué? ¿Qué estáis tramando?

—Tú. Pregúntaselo tú —dijo Luke por lo bajo.

—No, tú.

—Tú.

—¿Preguntarme qué? Si os habéis gastado la semana y el dinero que ganasteis con el trabajo en cómics, yo...

—¿Te vas a casar con Logan? —soltó Gavin.

—¿Si me voy a casar con Logan? ¿De dónde habéis sacado esa idea?

—Oímos a Roz y Hayley decir que te lo había pedido. —Luke bostezó, y la miró pestañeando con aire somnoliento—. Bueno, ¿te vas a casar?

Stella se sentó en el borde de la cama de Gavin.

—Lo he estado pensando. Pero no tomaría una decisión tan importante sin hablar antes con vosotros. Tenemos que pensar y que hablar muchas cosas.

—Es bueno, y juega con nosotros. Si te casas está bien.

Stella lanzó una risotada al oírlo. De acuerdo, desde el punto de vista de algunos, no había tantas cosas que hablar.

—El matrimonio es una cosa muy, muy importante.

—¿Iremos a vivir a su casa? —preguntó Luke.

—Sí, supongo que sí si...

—Nos gusta su casa. Y me gusta cuando me aguanta cabeza abajo. Y me sacó la espina del dedo, casi no me dolió. Y luego me dio un beso en el dedo.

—¿Eso hizo? —musitó Stella.

—Será nuestro padrastro. —Gavin trazaba círculos ociosos con el dedo sobre las sábanas—. Igual que la yaya Jo, que es nuestra abuelastra. Ella nos quiere.

—Desde luego.

—Y por eso hemos pensado que está bien tener un padrastro si es Logan.

—Veo que lo habéis pensado a conciencia —consiguió decir Stella—. Yo también lo pensaré. A lo mejor mañana podemos hablar un poco más. —Besó a Gavin en la mejilla.

—Logan dice que papá siempre vela por nosotros.

Stella sintió que los ojos le escocían.

—Sí, oh, sí que lo hace.

Lo abrazó con fuerza, luego se volvió para abrazar a Luke.

—Buenas noches. Estoy abajo, ¿vale?

Pero primero fue a su habitación para recuperar el aliento y la compostura. Un tesoro, pensó. Sus hijos eran su tesoro más precioso. Se oprimió los ojos con los dedos y pensó en Kevin. Él era su tesoro perdido.

Logan dice que papá siempre vela por nosotros.

Y un hombre capaz de pensar, aceptar y decir esas palabras a un niño, era también un tesoro.

Logan había roto sus esquemas. Había plantado una dalia azul y estridente en medio de su jardín de calma. Y no pensaba arrancarla.

—Me casaré con él —se oyó decir a sí misma, y se rio por la emoción.

Un trueno resonó, y en medio de aquel sonido Stella oyó cantar al fantasma.

Instintivamente entró en el baño para mirar a la habitación de los niños. Y allí estaba, con su aire vaporoso, vestida de un blanco etéreo, con sus cabellos

dorados convertidos en una maraña sin brillo. Estaba entre las dos camas; su voz era dulce y tranquila, pero bajo la luz del relámpago, sus ojos la miraron enloquecidos.

A Stella el miedo le recorrió la columna. Dio un paso adelante, pero un golpe de frío la echó hacia atrás.

—No. —Corrió hacia la puerta otra vez, y chocó contra un muro—. ¡No! —Golpeó y golpeó ese muro—. No podrás quitarme a mis hijos. —De nuevo se arrojó contra aquella pantalla helada, llamando a gritos a sus hijos, que seguían durmiendo, sin enterarse de nada.

—¡Bruja! No se te ocurra tocarlos.

Salió de su habitación, sin hacer caso de Hayley, que llegó corriendo, sin hacer caso de los pasos que se oían en la escalera. Solo sabía una cosa. Tenía que llegar hasta sus hijos, atravesar aquella barrera y llegar hasta sus hijos.

Llegó corriendo a la puerta abierta de la habitación de los niños y el impacto la arrojó contra la pared opuesta.

—¿Qué demonios pasa aquí? —Logan la aferró y la apartó a un lado mientras corría también a la habitación.

—No me deja entrar. —Desesperada, Stella se puso a aporrear aquella pantalla de frío, hasta que las manos le quedaron entumecidas y ensangrentadas—. Tiene a mis hijos. Ayúdame.

Logan se arrojó contra la abertura.

—Es tan duro como el acero. —Volvió a arrojarse contra la puerta, junto con Harper y David.

Detrás de ellos, Mitch miraba a la habitación, a la figura vestida de blanco que emitía una intensa luz desde el interior.

—En el nombre del cielo.

—Tiene que haber otra entrada. Por la otra puerta. —Roz cogió a Mitch del brazo y lo arrastró con ella por el pasillo.

—¿Había pasado esto alguna vez?

—No. Dios mío. Hayley, llévate a la niña de aquí.

Frenética, con las manos doloridas por los golpes, Stella corrió. Tiene que haber otra forma, pensó. La fuerza no sirve. Podía golpear la barrera invisible de hielo todo lo que quisiera, amenazar, enfurecerse, pero no la rompería.

Oh, por favor, Dios, sus hijos.

Razonar. Trataría de razonar con ella, suplicar, prometer. Salió a la lluvia, abrió las puertas de la terraza desde fuera. Y, aunque sabía que no resultaría, se

arrojó contra la entrada.

—¡No puedes quedártelos! —gritó en mitad de la tormenta—. Son míos. Son mis hijos. Mi vida. —Cayó de rodillas, llena de temor. Veía a sus hijos durmiendo, y la luz intensa y fría que emanaba de la figura que había entre ellos.

Pensó en su sueño. En lo que ella y sus hijos habían hablado momentos antes.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo. —Tuvo que hacer un esfuerzo para que la voz no le temblara—. Son mis hijos. Haré lo que sea mejor para ellos. Tú no eres su madre.

La luz pareció vacilar y, cuando la figura se dio la vuelta, en sus ojos había tanta pena como ira.

—No son tuyos. Me necesitan. Necesitan a su madre. Su sangre.

Levantó las manos, arañadas y magulladas de tanto golpear.

—¿Quieres que sangre por ellos? Lo haré. Lo hago. —De rodillas, apretó las palmas contra la pantalla de frío, mientras la lluvia caía sobre ella.

—Me pertenecen, y haría cualquier cosa para protegerlos, para que sean felices. Siento mucho lo que te pasó. Pero no puedes llevarte lo que es mío. No puedes quedarte a mis hijos.

Stella empujó con la mano y esta pasó, como si la estuviera metiendo en un agua helada. Sin vacilar, entró en la habitación.

Veía más allá del fantasma, a Logan, que seguía tratando de entrar, a Roz, empujando por la otra entrada. No los oía, pero veía la angustia en el rostro de Logan, y sus manos ensangrentadas.

—Él los quiere. Quizá no se había dado cuenta hasta esta noche, pero los quiere. Los protegerá. Será un buen padre para ellos, el padre que merecen. Es mi decisión, nuestra decisión. No intentes apartarme de mis hijos nunca más.

La figura se deslizó flotando hacia las puertas de la terraza, con lágrimas en los ojos. Stella apoyó una mano temblorosa en la cabeza de Gavin, en la de Luke. A salvo, pensó mientras las rodillas empezaban a temblarle. Están sanos y salvos.

—Te ayudaré —dijo con firmeza, mirando de nuevo aquellos ojos torturados—. Todos te ayudaremos. Dinos alguna cosa. Dinos al menos tu nombre. Dime tu nombre.

La dama de Harper empezó a desvanecerse, pero levantó una mano al cristal de la puerta. Allí, escrita en las gotas de lluvia, había una única palabra.

AMELIA

Cuando Logan consiguió entrar por la puerta que Stella tenía a su espalda, ella se volvió y le puso los dedos en los labios.

—Chis. Los despertarás.

Y entonces escondió el rostro en su pecho y lloró.

Epílogo

—Amelia. —Stella temblaba, a pesar de la ropa seca y el brandy que Roz había insistido en que tomara—. Se llama Amelia. Vi su nombre escrito en el cristal antes de que se desvaneciera. No quería hacerles daño. Solo estaba furiosa, los estaba protegiendo de mí. No está del todo cuerda.

—¿Estás bien? —Logan estaba acuclillado ante ella—. ¿Seguro?

Ella asintió, pero bebió más brandy.

—Tardaré bastante en recuperarme, pero sí, estoy bien.

—En mi vida había pasado tanto miedo. —Hayley miró hacia la escalera—. ¿Estáis seguros de que los niños están bien?

—Nunca les haría daño. —Stella apoyó su mano en la de Hayley para tranquilizarla—. Creo que pasó algo que le partió el corazón y le hizo perder la razón. Pero los niños son su única alegría.

—Espero que me disculpen, pero todo esto me resulta absolutamente fascinante y disparatado. —Mitch andaba arriba y abajo—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos... —Meneó la cabeza—. Cuando empiece a investigar, necesitaré toda la información que puedan darme. —Dejó de andar, miró a Roz—. No lo puedo racionalizar. Lo he visto, pero no puedo racionalizarlo. Una... A falta de otra cosa, creo que la llamaría entidad. Había una entidad en esa habitación. Y ha bloqueado la entrada. —Con gesto ausente, se restregó el hombro con el que había golpeado contra el muro invisible—. Y ella estaba dentro.

—No esperábamos ofrecerle un espectáculo así en su primera visita —dijo Roz, y le sirvió otra taza de café.

—Se lo toma con mucha calma —replicó él.

—De todos los que estamos aquí, yo soy la que ha convivido más tiempo con ella.

—¿Cómo es eso?

—Ésta es mi casa. —Se la veía cansada, pálida, pero en sus ojos brillaba una luz combativa—. El hecho de que ella esté aquí no va a cambiar eso. Ésta es mi casa. —Respiró con calma y tomó un sorbito de brandy—. Aunque reconozco que lo que ha pasado esta noche me ha trastornado, nos ha trastornado a todos. Nunca había visto nada semejante.

—Debo terminar el proyecto en el que estaba trabajando, y luego quiero que me cuenten todo lo que han visto. —Los ojos de Mitch miraron a todos los presentes—. Todos.

—Bien, nos ocuparemos de arreglarlo.

—Stella tendría que acostarse —dijo Logan.

—No, estoy bien, de verdad. —Miró hacia el monitor, y escuchó la estática—. Creo que lo que ha pasado esta noche lo ha cambiado todo. En ella, en mí. Los sueños, la dalia azul.

—¿Dalia azul? —preguntó Mitch interrumpiéndola, pero Stella meneó la cabeza.

—Se lo explicaré cuando me sienta un poco más tranquila. Pero no creo que vuelva a tenerlos. Creo que ella dejará en paz a mi dalia, dejará que crezca ahí porque he conseguido llegar a ella. Y estoy convencida de que es porque le he hablado de madre a madre.

—Mis hijos se criaron en esta casa. El fantasma nunca trató de impedir que me acercara a ellos.

—No decidiste volver a casarte cuando aún eran pequeños —explicó Stella, y vio que Logan entrecerraba los ojos.

—¿No te has saltado algunos pasos? —preguntó.

Ella consiguió sonreír débilmente.

—Ninguno que sea importante. En cuanto a la dama de Harper, quizá su marido la dejó, o quedó embarazada de un amante que no la ayudó, o... no sé. No puedo pensar con claridad.

—Ninguno de nosotros puede. Y, digas lo que digas, sigues estando muy pálida. —Roz se puso en pie—. Ahora te voy a acompañar arriba y te acostarás. —Meneó la cabeza al ver que Logan quería protestar—. Los demás podéis quedaros cuanto queráis. Harper...

—Bien. —El chico entendió perfectamente, así que se levantó—. ¿Alguien quiere tomar algo?

Como aún no se sentía del todo estable, Stella dejó que Roz la acompañara.

—Estoy cansada, pero no tienes por qué subir conmigo.

—Después de una experiencia tan traumática creo que mereces que te mimen un poco. Estoy segura de que a Logan le habría encantado ocuparse, pero esta noche es mejor que estés con otra mujer. Ahora desvístete —le dijo mientras le abría la cama.

La impresión iba remitiendo y dejó pasó al agotamiento. Stella hizo lo que Roz le decía y luego fue al cuarto de baño para ir a echar un último vistazo a sus hijos.

—Tenía tanto miedo... Tenía tanto miedo de no poder llegar a ellos...

—Has sido más fuerte que ella. Siempre has sido más fuerte.

—Nunca me había sentido tan desgarrada. Ni siquiera cuando... —Stella volvió a su habitación, se metió en la cama—. La noche que Kevin murió, no podía hacer nada. Por más que quisiera, no podía llegar hasta él, ni recuperarlo, ni evitar lo que había pasado.

—Pero esta noche podías hacer algo y lo has hecho. Las mujeres, al menos las que son como nosotras, hacen lo que hay que hacer. Ahora quiero que descanses. Entraré para comprobar que tú y los niños estáis bien antes de acostarme. ¿Quieres que deje la luz encendida?

—No, estoy bien, gracias.

—Si necesitas algo, estamos abajo.

En la oscuridad, Stella suspiró. Permaneció inmóvil, escuchando, esperando.

Pero no oyó nada aparte de su propia respiración. Al menos por aquella noche todo había acabado. Cuando cerró los ojos, se durmió. Y no hubo sueños.

Al día siguiente, esperaba que Logan pasase por el invernadero, pero no lo hizo. Estaba segura de que pasaría por la casa antes de la cena. Pero no lo hizo.

Ni tampoco llamó.

Supuso que, después de lo que había pasado la noche anterior, necesitaba un respiro. De ella, de la casa, de tanto melodrama. ¿Acaso podía culparlo?

Se había destrozado las manos, sus manos fuertes y endurecidas, tratando de llegar a sus hijos y a ella. Ahora ya sabía todo lo que tenía que saber sobre aquel hombre al que había llegado a amar y respetar.

Sabía lo bastante para confiarle todo lo que tenía. Y lo amaba lo bastante para esperar a que volviera.

Cuando acostó a los niños y la luna empezó a levantarse, la camioneta de Logan apareció por el camino a la casa.

Esta vez, Stella no vaciló. Corrió a la puerta para salir a su encuentro.

—Me alegro de que hayas venido. —Ella lo abrazó primero, y apretó con fuerza cuando él la abrazó a ella—. Me alegro tanto... De verdad, tenemos que hablar.

—Primero quiero que vengas conmigo. Tengo algo para ti en la camioneta.

—¿No puede esperar? —Se apartó de él—. Si pudiéramos sentarnos y aclarar algunas cosas. No sé si ayer hablé con mucho sentido.

—Muchísimo. —Y para zanjar el asunto, la cogió de la mano y la hizo salir—. Viendo que del susto me habías hecho envejecer diez años de golpe, dijiste que te casarías conmigo. Pero, tal como estaban las cosas, no hubo ocasión de que siguiéramos con el tema. Antes de que empieces a hablar y me vuelvas loco, quiero darte una cosa.

—A lo mejor no te apetece que te diga que te quiero.

—Ya habrá tiempo para eso. —La abrazó y la levantó del suelo y empezó a dar vueltas con ella alrededor de la camioneta—. ¿Me vas a organizar la vida, pelirroja?

—Lo intentaré. Y tú ¿vas a desorganizar la mía?

—No lo dudes. —La bajó, y sus labios se encontraron.

—Lo de anoche fue una auténtica conmoción, en todos los sentidos —dijo mientras apoyaba su mejilla en la de él—. Pero ya ha pasado.

—Esta tormenta ha pasado. Pero habrá otras.

Le cogió las manos, las besó, y luego se limitó a mirarla a la luz de la luna.

—Te quiero, Stella. Pienso hacerte feliz aunque te ataque los nervios. Y los chicos... anoche, cuando vi al fantasma allí con ellos y no conseguía entrar...

—Lo sé. —Ahora fue ella la que le cogió las manos y las levantó para besar los nudillos desollados e hinchados—. Algún día, cuando sean mayores, se darán cuenta de la suerte que han tenido al poder tener dos hombres tan buenos como padres. Yo ya lo sé, sé lo afortunada que soy por haber podido amar y ser amada por dos hombres como vosotros.

—Eso ya me lo imaginaba cuando empecé a enamorarme de ti.

—¿Y cuándo fue eso?

—Cuando íbamos de camino a Graceland.

—No pierdes el tiempo.

—Aquel día me hablaste de tu sueño.

Su corazón se llenó de emoción.

—El jardín. La dalia azul.

—Y más adelante, cuando dijiste que lo habías soñado otra vez y me lo contaste, eso me hizo pensar. Así que... —Abrió la cabina de la camioneta y sacó un pequeño tiesto con una planta injertada—. Le pedí a Harper si podía prepararme esto.

—Una dalia —susurró Stella—. Una dalia azul.

—Está convencido de que las flores serán azules. El chico tiene mano para esto.

Las lágrimas le escocían en los ojos y le enturbiaron la voz.

—La iba a arrancar, Logan. Ella insistía en que lo hiciera, y parecía que tenía razón. No era lo que yo había plantado, no entraba en mis planes, por muy hermosa que fuera. Y cuando la desenterré, se murió. Fui muy estúpida.

—En su lugar plantaremos ésta. La plantaremos los dos juntos, y los cuatro crearemos un jardín a su alrededor. ¿Te parece bien?

Ella levantó las manos y le rodeó el rostro.

—Me parece bien.

—Me alegro, porque Harper ha trabajado como un científico loco para crear una flor de un azul intenso. Habrá que esperar a ver qué sale.

—Tienes razón. —Lo miró—. A ver qué sale.

—Me dijo que puedo escoger el nombre yo. Así que se llamará Sueño de Stella.

Los ojos de Stella se llenaron de emoción.

—Estaba equivocada contigo, Logan. Después de todo, eres perfecto.

Acunó el tiesto en sus brazos, como si fuera un precioso bebé recién nacido. Y luego cogió a Logan de la mano y cruzó sus dedos con los de él y caminaron juntos por el jardín, a la luz de la luna.

En la casa, en un ambiente perfumado por la fragancia de las flores, alguien más caminaba. Y lloraba.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, «la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.

Notas

[1] Hotel Peabody. Desde los años treinta, cinco patos bajan cada mañana a su fuente en el vestíbulo del hotel y se retiran por la tarde, pasando por una alfombra roja que se despliega especialmente para ellos. La ceremonia es por sí sola una atracción turística. (*N. de la T.*) <<

[2] Se refiere a la conocida frase que el personaje de Marlon Brando utilizaba continuamente para llamar a su mujer en la película *Un tranvía llamado deseo*. (N. de la T.) <<

[3] El comentario se explica porque en inglés «siluro» se dice *catfish*, literalmente «pez gato». (N. de la T.) <<

[4] Margaret Sanger (1879-1966). Polémica enfermera que defendía el derecho de la mujer a decidir sobre los embarazos y controlar así su vida. (*N. de la T.*) <<

[5] Se refiere a un tipo de bocadillo que se conoce con diferentes nombres según la zona; en Memphis se le llama *poo'boy*, «niño pobre». Lleva jamón cocido, salami, queso, lechuga, tomate, cebolla y a veces ajo y orégano. (*N. de la T.*) <<